



*La Predestinación y
la Providencia de Dios*



Juan Calvino

CONTENIDO

Prefacio.....	i
Introducción Histórica.....	iii

Tomo 1

Capítulo 1

Prefacio dedicatorio de los pastores de Ginebra	5
---	---

Capítulo 2

El eterno consejo de Dios	11
---------------------------------	----

Capítulo 3

El testimonio de Agustín	23
--------------------------------	----

Capítulo 4

La elección conforme a la voluntad eterna de Dios	33
---	----

Capítulo 5

Argumentos Bíblicos	45
---------------------------	----

Capítulo 6

El propósito de la creación: objeción y respuesta	77
---	----

Capítulo 7

Las doctrinas de Pighio	87
-------------------------------	----

Capítulo 8

Las doctrinas de Pighio II	111
----------------------------------	-----

Capítulo 9	
Las doctrinas de Pighio III.....	137
Capítulo 10	
Contra Georgio de Sicilia.....	157
Capítulo 11	
Contra Georgio de Sicilia II.....	173
Capítulo 12	
Una Breve Respuesta.....	189

Tomo 2

Capítulo 1	
Introducción.....	213
Capítulo 2	
Acusación y Respuesta.....	245
Capítulo 3	
Artículo I.....	253
Capítulo 4	
Artículo 2.....	269
Capítulo 5	
Artículo 3.....	275
Capítulo 6	
Artículo 4.....	289
Capítulo 7	
Artículos 5 y 6.....	293
Capítulo 8	
Artículo 7.....	299
Capítulo 9	
Artículos 8 y 9.....	311
Capítulo 10	
Artículo 10.....	317

Capítulo 11	
Artículo 11	319
Capítulo 12	
Artículo 12	325
Capítulo 13	
Artículos 13 y 14	327
Índice de citas bíblicas	347

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

ENTRE LAS FIGURAS CIMERAS DE la reforma protestante del siglo dieciséis, Juan Calvino fue sin duda el máximo teólogo. En su *Institución de la religión cristiana* (1559), Calvino presentó la fe reformada con sensibilidad pastoral y amplitud teológica. La fe reformada se basa sobre el conocimiento que la revelación divina provee, especialmente en las Escrituras de los testamentos antiguo y nuevo, del Dios trino como creador y redentor. No es una fe nueva, sino la fe antigua de la iglesia de Jesucristo que escucha la voz de Cristo que habla en las Escrituras sagradas.

Uno de los grandes temas que aflora en todos los escritos de Calvino es el de la gracia soberana, o libre, de Dios en Jesucristo. El salvarse del pecado y de todas sus consecuencias tiene su raíz en el favor gratuito e inmerecido de Dios hacia pecadores indignos. La salvación es por la gracia sola por medio de la fe sola, sobre la base de la obra de sólo Dios. Para Calvino el principio rector de la religión cristiana es la doctrina de la justificación por la gracia, la aceptación de los creyentes al favor de Dios por razón de la justicia de solo Cristo.

No sorprende que en la defensa de la doctrina de salvación por la gracia sola, Calvino apele especialmente a lo que la Biblia enseña de la predestinación o elección. La enseñanza de que Dios por su gracia elige salvar en Cristo a su pueblo desde antes de la fundación del mundo, nos recuerda vivamente que la salvación es la obra de Dios del principio al fin. El propósito de Dios en la elección, que es el fundamento de la salvación de su pueblo en la historia de la

redención, hace ver que las obras humanas no contribuyen nada a la salvación de los pecadores. Según Calvino la doctrina de la elección cumple dos propósitos: la gloria de Dios, el único autor de la salvación del pecador, y el consuelo de los creyentes, que pueden confiar que nada los separará del amor de Dios en Cristo Jesús. Al contrario de otros teólogos protestantes que se mostraban reacios a hablar de la elección soberana y misericordiosa de Dios, Calvino insistió en que se enseñaba en la palabra de Dios, la escuela del espíritu de Cristo, y que debe enseñarse a los fieles a fin de estimularlos a la alabanza de Dios y a la confianza en su inmerecida misericordia.

Los dos tratados que en este volumen aparecen traducidas proveen una exposición particularmente clara de la interpretación que Calvino hace de lo que la Biblia enseña acerca de la elección. De todos sus escritos, estos presentan la discusión más extensa de lo que Calvino enseñaba tocante a la elección. Para mejor apreciar sus argumentos conviene hacer algunas observaciones referente al momento histórico en que se escribieron.

El primer tratado, *La predestinación eterna de Dios*, se dio a la luz en Ginebra en el año 1552. Nueve años antes Calvino había escrito un tratado, *De la libertad de voluntad*, con vistas a refutar a Alberto Pighio, teólogo católico-romano holandés. Pighio, que había recibido un ejemplar del capítulo ocho de la edición de 1539 de la institución de Calvino, *De la predestinación y la providencia de Dios*, escribió una dura crítica de la doctrina de Calvino en diez libros titulados, *De la relación entre el libre albedrío y la gracia divina* (1542). Calvino replicó a los primeros seis capítulos de los libros de Pighio en su *Defensa de la doctrina sana y ortodoxa acerca de la esclavitud y liberación de la voluntad humana en contra de las calumnias de Alberto Pigge de Kampen* (1543). Aunque Calvino tuvo al principio la intención de completar su respuesta a Pighio en una obra subsiguiente, decidió no hacerlo a causa de la muerte de Pighio en 1542. Sin embargo, surgió en la Ginebra de 1551 otra controversia en torno a la predestinación cuando Jerónimo Bolsec, que había sido

INTRODUCCIÓN

monje carmelita, y luego médico, atacó con gran fuerza la doctrina de Calvino. En respuesta a los ataques previos de Pighio, y de nuevos adversarios como Bolsec y Georgio el siciliano, Calvino compuso su obra, *De la predestinación eterna de Dios*. En ésta, Calvino, con la aprobación del concilio de la ciudad de Ginebra, presentó una enérgica defensa de la doctrina bíblica de que los seres humanos han perdido la libertad de cooperar con la gracia de Dios, y que para ser salvos dependen de la elección por la gracia de Dios. Estas circunstancias históricas y los argumentos de los que se oponían a Calvino serán evidentes para todo lector atento de este tratado.

El segundo tratado en este volumen, *De la providencia secreta de Dios*, se publicó en 1558. A pesar de que la ocasión histórica de éste no está tan clara como la del primero, representa una continuación de parte de Calvino de su defensa de la doctrina bíblica en cuanto a la predestinación y la providencia, en contra de Pighio y de otros contemporáneos suyos, basándose en su interpretación de la enseñanza de la escrituras.

Puesto que los argumentos de los contemporáneos de Calvino en contra de la doctrina bíblica de la elección continúan subiendo a la superficie en nuestros días, el lector de estos tratados tendrán la oportunidad de evaluar de nuevo la defensa que Calvino hace de su doctrina. La pregunta que la doctrina de la elección suscita sigue siendo, fundamentalmente, sencilla: ¿se salvan los pecadores con base en el propósito de elección del Dios trino? ¿o son las obras humanas la base? La respuesta que Calvino ofreció, y que expuso en estos tratados, permanece tan clara y vigorosa como lo fue en aquel momento en que salió a la luz.

LIBRO 1



UN TRATADO DE LA PREDESTINACIÓN ETERNA DE DIOS

«A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó». —Romanos 8:29-30

POR JUAN CALVINO



CAPÍTULO 1

PREFACIO DEDICATORIO DE LOS PASTORES DE GINEBRA

DE LOS PASTORES DE LA IGLESIA DE CRISTO EN GINEBRA,
CONCERNIENTE A «LA PREDESTINACIÓN ETERNA DE
DIOS», POR LA CUAL HA ESCOGIDO A ALGUNOS HOMBRES
PARA SALVACIÓN, MIENTRAS QUE HA ABANDONADO
A OTROS A SU PROPIA DESTRUCCIÓN, Y TAMBIÉN SU
CONSENTIMIENTO CONCERNIENTE A «LA PROVIDENCIA
DE DIOS», POR LA CUAL RIGE LOS ASUNTOS HUMANOS,
QUE EXPONE

—JUAN CALVINO

*Los pastores de la Iglesia de Cristo en Ginebra ruegan que Dios
conceda a aquellos excelentísimos hombres, sus Señores superiores,
y a los Síndicos y al Senado de Ginebra, una justa y santa adminis-
tración del Estado, y toda feliz prosperidad y éxito.*

EL MISMO MOTIVO QUE NOS indujo a escribir este libro,
Excelentísimos Señores, igualmente nos obliga a dedicarlo a
ustedes, para que salga bajo sus nombres y con sus auspicios. La libre
elección de Dios, mediante la cual adopta para Sí mismo a cuantos
desea de entre la generación perdida de los hombres, hasta aquí la
hemos declarado públicamente en esta ciudad con toda reverencia,

sobriedad y sinceridad, y el pueblo la ha recibido en paz. Mas, ahora Satanás, el padre de todas las contiendas, ha introducido sutilmente, por medio de cierta persona indigna, un error que se propaga por todas partes, y ha intentado suprimir nuestra doctrina, que sacamos de la Palabra pura de Dios, y sacudir la fe del pueblo. Pero ya que este famélico cazador de vanagloria desea sacar notoriedad de las llamas del templo de Dios, para que no eche mano de la recompensa de su impía audacia para la cual ha tendido las redes, sea su nombre sepultado bajo nuestro silencio, dejándolo, de propósito, sin mención¹.

En vista de que el disturbio que este vano mortal se ha empeñado en causarnos alcanza a ustedes también, es justo que de igual modo compartan el bendito fruto que deriva Dios de ello. Y como siempre les hemos visto ser esforzados y sinceros defensores de nuestra santa causa, hemos sentido el deber de testificarles, hasta donde nos sea posible, nuestra gratitud. El cumplimiento de este deber también habrá de testificar cuál sea esa doctrina que ustedes han protegido mediante su favor y autoridad. No sienta bien ni a los gobernantes del Estado ni a los ministros de Cristo estar ansiosos en demasía por rumores y tumultos. Aunque todo denuestro insidioso (que generalmente se disipa, por grados, en el ruido que produce) merece el desprecio tanto de los gobernantes como de los ministros de Cristo, con ánimo resuelto y mente exaltada, es de la mayor importancia que la gran realidad de este asunto se mantenga en las manos, y (como si estuviesen grabadas en placas expuestas al público) ante los ojos de todos, a fin de que su declaración llana condene y detenga las falsas lenguas de los necios o los malvados, y al mismo tiempo, reprima las murmuraciones frívolas de las gentes.

1 La persona a quien se alude es Serveto, el taimado y colérico enemigo de la Verdad y de Calvino, el defensor de ella. De Calvino se dijo falsamente, siendo Pastor principal de la Iglesia ginebresa, que fue el instigador eminente de la ejecución de Serveto. En este Prefacio Dedicatorio negamos muy solemnemente que el rumor sea verdadero, y apelamos a todo el Senado de Ginebra en confirmación de la veracidad de la negación.

Por muchos lugares se difundió el rumor de que esta vana persona estaba en prisión, cuando por el contrario se encontraba perfectamente libre y circulando por la ciudad campechanamente a diario. Y con saña algunos sujetos virulentos se imaginaban y decían que nosotros deseábamos que fuera ejecutado, de lo cual ustedes son nuestros mejores testigos. Refutar tales calumnias hasta hacerlas desaparecer con desdén y serena magnanimidad es el decoroso deber de la gravedad y la prudencia.

Sin embargo, no sea que algunos que son inestables se perturben, de quienes debemos cuidarnos mucho, exponer llanamente delante de todos el estado efectivo del caso y de la causa en disputa, es un deber solemne de nuestra parte. La iniquidad, a menos que la encaremos resueltamente, se insinúa (al decir de Pablo) «como gangrena» (2 Ti. 2:17). Ahora bien, esta Defensa, que ofrecemos a todos los piadosos, será, según esperamos, fuerte y eficaz remedio para los que sean curables, y servirá también de antídoto salutífero para los que estén en buena salud. La materia es tal que los hijos de Dios deben dedicarle su más asidua atención a fin de no caer en la ignorancia acerca de su nacimiento y origen celestial. Algunos sandios, a causa de que se dice que el Evangelio es «poder de Dios para salvación a todo aquel que cree», pretenden anular con este pretexto la elección divina, cuando debió haberles pasado por las mientes pensar de dónde viene la fe. La Escritura por todas partes proclama a viva voz que Dios da a Su Hijo todos aquellos que siempre fueron Suyos, que llama a los que ha escogido, y que a aquellos que adopta como hijos los engendra por Su Espíritu, y finalmente, que los hombres a quienes ha instruido interiormente, y a quienes «reveló Su brazo», creen. Por lo cual, quienquiera que sostenga que la fe es las arras y la promesa de adopción, habrá de confesar ciertamente que ella fluye de la elección divina como su fuente eterna. Pero aun así, el conocimiento de la salvación no ha de buscarse en el consejo secreto de Dios. La vida se nos pone delante en Cristo, que no sólo se da a conocer, sino que también se nos presenta para regocijo nuestro

en el Evangelio. Que en este espejo mire siempre fijamente el ojo de la fe; mas que nunca desee penetrar allí donde no se le conceda acceso a su vista.

Siendo ésta la senda correcta, caminen en ella los hijos de Dios, no sea que volando más alto de lo que es lícito se precipiten en un laberinto más profundo de lo que quisieran. Pero no habiendo otra puerta al reino de los cielos que la fe en Cristo, según la exhiben abiertamente las promesas que el Evangelio nos pone delante, tiene que ser, pues, el mayor oscurantismo no reconocer que el ojo de la mente nos lo abre Dios mismo, porque nos escogió para tener fe en Cristo antes de que fuésemos concebidos en la matriz. Con todo, que el objeto de este individuo impuro y abandonado era no sólo anular todo conocimiento de la elección de Dios en la mente de los hombres, sino también abolir Su poder, queda claramente manifiesto en sus alocados sueños que ustedes tienen en sus registros públicos, escritos de su propia mano. Allí asevera que la fe no depende de la elección, sino que la elección se mantiene por la fe; y que nadie permanece ciego a causa de la corrupción innata de la naturaleza, pues todos los hombres reciben la iluminación de Dios; y que perpetramos una gran injusticia contra Dios cuando declaramos que Él reprueba a aquellos a quienes no le place iluminar por Su Espíritu.

Este indigno individuo mantiene además que todos los hombres, general e igualmente, son «atraídos» por Dios, y que no hay diferencia, excepto cuando la resistencia la origina; y que cuando Dios promete que hará «corazones de carne» a partir de «corazones de piedra», no quiere sino decir que nos hace capaces de recibir la gracia de Dios; y que esta capacidad, o el ser hechos capaces, se extiende sin distinción a todo el género humano, mientras que la Escritura con sobrada claridad afirma que éste es privilegio peculiar de la Iglesia de Dios.

En cuanto a la Providencia de Dios, por la cual se rige el mundo, esto deberán siempre confesar todos los piadosos: que no existe razón para que los hombres hagan a Dios partícipe de sus pecados,

o que de ninguna manera lo involucren consigo mismos en participar de su culpa. La Escritura enseña que los réprobos son también instrumentos de la ira de Dios, y que por medio de algunos de ellos instruye a los fieles en la paciencia; y sobre otros de ellos, como enemigos Suyos, inflige los castigos que merecen; aun así este frívolo profano afirma que ningún acto de Dios es justo, sino aquél para el cual una razón llana salte a la vista. Así pues, descartando toda diferencia entre causas remotas y próximas e inmediatas, no admite que las severas aflicciones que le sobrevinieron a Job se consideren como obra de Dios, a menos que lo hagamos igualmente culpable que el diablo y los saqueadores caldeos y sabeos.

Pues bien, dejando de lado en silencio a este prójimo, la razón por la que entramos en batalla con los otros dos, Alberto Pighio y Georgio el Siciliano, es doble, como hemos de explicarles. Este ignorante plagiario no puede producir nada que no haya obtenido de estas fuentes, y así empeora más y más lo que en ellas ya era malo. Una prueba debía satisfacer al lector. Las argucias con que Pighio y Georgio pretenden empañar el primer capítulo de Pablo a los Efesios se han mostrado en su lugar propio. En verdad eran ignorantes y repugnantes, pero la necedad de este indigno ser es aún más ofensiva, pues no se ruborizó al parlotear sus desatinos en el Senado y la venerable asamblea; y no sólo eso, también tuvo la osadía de defender porfiadamente lo que había barboteado neciamente. Sostuvo que Pablo no estaba hablando en el lugar mencionado acerca de la salvación común de los piadosos, sino sólo demostrando que él y sus colaboradores habían sido elegidos para el oficio apostólico.

Confutar tan fútil ficción sería obra de un momento, viendo que todavía la tienen fresca en la memoria. Pero si hay quienes estuvieran dispuestos a estudiar con tal maestro, deberán conformarse con la instrucción en una teología miserable que privaría a casi todos los hombres de la confianza en la vida eterna, pues de acuerdo con ella nadie más que los apóstoles podrían participar de la adopción divina y ser reconciliados con Cristo; sólo ellos podrían ser

bendecidos e incorporados a la compañía de los santos. Pero el lugar y la hora de refutar la vana ficción en cuestión fueron donde y cuando ocurrió. Refutar, mediante un libro que se publique, tan insípido animal, quizá no sería tan deseable y agradable, pues no ignoran ustedes cuán fatuo es, ni es causa de admiración que un hombre que puede quitarse la capucha de monje e inmediatamente transformarse en médico, sea persona de tan consumada audacia. Pero provocar náuseas a muchos, dándole gusto «respondiendo al necio de acuerdo con su necesidad» (Pr. 26:4), sería un poco ajeno a mi acostumbrado esmero.

Y además, dado que estos dos sujetos son enemigos conocidos y declarados del Evangelio, y uno de ellos, atacando a Calvino por nombre, ha proclamado guerra con nosotros y con esta Iglesia, nos ha parecido mucho mejor que el veneno de la impía doctrina que se ha esparcido por los libros que publican debe purgarse totalmente. Y que así no continúen propagándose sus disparates, los cuales sería mucho mejor que permanecieran enterrados fuera de todo conocimiento. Además, sería cargante asediar el oído de los hombres que por tan largo tiempo se han visto vejados y atormentados por estas contenciones superfluas.

Conceda Dios, nobles y excelentes Señores, que (según hasta ahora lo han cumplido con la más alta alabanza) por su infatigable fe y autoridad, lleguen hasta el fin en la defensa de la doctrina pura del Evangelio de Cristo, que se ve por todos lados embestida por la furiosa violencia del mundo; y que jamás cesen de recibir bajo su cuidado solícito a todos los piadosos que a ustedes acudan en busca de protección; para que así su ciudad sea siempre un santuario dedicado a Dios, y un fiel asilo para los miembros de Cristo, permaneciendo inmóvil en medio de estos fieros tumultos. De esta manera hallarán siempre en Él un perpetuo Guardián de su seguridad, pues ¡cualquier morada humana que se le dedique a Él permanecerá segura bajo Su poder y jamás caerá!

1º de enero de 1552

CAPÍTULO 2

EL ETERNO CONSEJO DE DIOS

NUEVE AÑOS HAN TRANSCURRIDO DESDE que Alberto Pighio, el campanense, hombre de evidente audacia frenética, intentó al mismo tiempo y en el mismo libro, establecer el libre albedrío del hombre y subvertir el consejo secreto de Dios, mediante el cual Él escoge a algunos para salvación y asigna a otros a la ruina eterna. Pero puesto que me atacó por nombre, para poder apuñalar, valiéndose de mi costado, la sagrada y sana doctrina, he juzgado necesario refrenar la enajenación sacrílega de este hombre. En aquel entonces, sin embargo, distraído por diversos compromisos, no pude abarcar en un corto lapso de tiempo la discusión de ambos asuntos. Pero habiendo publicado mi pensar sobre el primero, prometí considerar, cuando la oportunidad se ofreciera, la doctrina de la predestinación. Poco después de que saliera a la luz mi libro sobre el libre albedrío, Pighio murió. Y para no insultar un perro muerto, volví la atención a otros asuntos de seriedad. A partir de aquel momento hasta ahora, siempre he tenido mucho en que ocuparme. Por otra parte, ya que había yo tratado profusamente este magno punto de doctrina, y lo había expuesto claramente y confirmado por testimonio sólido de la Escritura, tratarlo de nuevo no parecía ser tan absolutamente necesario, y podía dejarlo quieto por algún tiempo.

Pero, ya que en el presente ciertos espíritus enloquecidos y exultantes luchan con todas sus fuerzas, siguiendo el ejemplo de Pighio, por destruir todo lo que las Escrituras contienen tocante a la libre

elección de los piadosos y el juicio eterno de los réprobos, he considerado deber mío evitar que este contagio se extienda más allá, recolectando y refutando esas frívolas objeciones por las cuales tales hombres se engañan a sí mismos y a otros. Entre estos sujetos ha aparecido en Italia un tal Georgio, siciliano —un hombre de veras ignorante y más digno de desprecio que de ningún género de mención pública, si no fuera porque la notoriedad, adquirida por fraude e impostura, le ha conferido un considerable poder para hacer daño. Cuando era monje permanecía anónimo en su celda, hasta que Lucio Abbas, uno de los padres tridentinos, lo elevó por lo alto por medio de un falso encomio, con la esperanza de que él mismo pudiera, de sobre los hombros de su favorito, remontar el vuelo hasta el mismo cielo. Este depravado individuo, habiendo dado a entender mentirosamente que Cristo le había aparecido y que lo había nombrado intérprete de toda la Escritura, persuadió a muchos, sin gran dificultad, a creer, con una insensatez estúpida, desvergonzada y más que insubstantial, lo que había publicado. Y para suministrar osadía al drama hasta el acto último, trompeteó sus dementes visiones de tal modo que dejó a sus partidarios, trabados ya por el prejuicio, perfectamente atónitos. Y muy cierto es que en nuestros días la mayoría merece tener precisamente tales profetas. El corazón de los más, curtido y obstinado por la iniquidad, no se sanará, mientras que los oídos de otros por siempre habrán de sentir el prurito del insaciable deseo de especulaciones depravadas. Y quizá haya otros, que constituyen la excepción, a quienes podamos mencionar de buena gana y decorosamente, aunque los dejaremos sin nombre, pues estamos resueltos a hacer que nuestros lectores vean y entiendan cuán frívolas y sin valor son las objeciones de todos los enemigos de la verdad.

Me propongo ahora entrar en santo combate con Pighio y Georgio el siciliano, un par de bestias inmundas (Lv. 11:3) de quienes no se puede decir que de ningún modo estén mal apareadas. Aunque confieso que en algunas cosas difieren, aun así, tratándose de incubar absurdos de error, de adulterar la Escritura con audacia malvada y

engreída, de vanidoso desprecio de la verdad, impudencia descarada, locuacidad atrevida, se encontrará la más perfecta semejanza e igualdad entre ambos. Excepto que Pighio, inflando la ampuliosidad turbia de su pedantería, se porta con mayor alarde y pompa; mientras que el otro toma botas prestadas para poder encumbrarse con su revelación inventada. Aunque los dos, al comienzo, están acordes en su empeño de derribar la predestinación, después difieren en cuanto a las fábulas que fomentan. Una invención de los dos es decir que ser o no partícipe de la gracia de la adopción reside en la voluntad de cada individuo, y que no depende del consejo y decreto de Dios quiénes son elegidos y quiénes reprobados; cada quien, pues, determina por sí mismo un estado o el otro por su propia voluntad. Con respecto al hecho de que algunos creen el Evangelio mientras que otros persisten en la incredulidad, dicen que esta diferencia no surge de la elección libre de Dios, ni de Su consejo secreto, sino de la voluntad de cada individuo.

UNA POLÉMICA CONTRA PIGHIO Y GEORGIO EL SICILIANO

Pighio expone su parecer en esta importante materia que nos ocupa. Dice que Dios, por Su inmutable consejo, creó a todos los hombres para ser salvos sin distinción, pero, pues que previó la Caída de Adán, y a fin de que Su elección permaneciera firme e inalterada, aplicó un remedio que, por lo tanto, fuera común a todos. El remedio consistió en confirmar la elección de toda la especie humana en Cristo, de modo que nadie pudiera perecer excepto aquel que por su propia contumacia borre su nombre del libro de la vida. Su parecer sobre el otro lado de esta gran cuestión es que, previendo Dios que algunos se mantendrían hasta el fin en malicia y desprecio de la gracia divina, por Su presciencia los reprobó, a menos que se arrepintieran. Esto es, según él, el origen de la reprobación, por lo cual quiere hacer ver que los malvados se privan del beneficio de la elección universal, irrespectiva e independientemente del consejo y de la voluntad de Dios. Y declara además que todos

aquellos que mantienen y enseñan que ciertas personas son positivas y absolutamente elegidas para salvación, mientras que otros son señalados para destrucción, piensan inicualemente de Dios y le imputan una inclemencia totalmente extraña a Su justicia y bondad. Este humano razonador condena así el razonamiento de Agustín señalándolo por nombre.

Y para demostrar, según cree, que la presciencia de Dios nada detrae de la libertad de nuestra voluntad, el impostor recurre al mañoso artificio de Nicolás de Cusa, quien nos haría creer que Dios no previó, en su aspecto y realidad futura, aquellas cosas que le eran conocidas desde la eternidad, sino que las vio, por así decir, en una luz entonces presente. Aquí también levanta la frente en un gesto que le es peculiar, como si hubiera descubierto algo recóndito, cuando por el contrario el tal subterfugio puede encontrarse en la boca de cualquier muchacho de escuela. Pero como aun así se ve obligado por la verdad, lucha por escapar introduciendo una doble presciencia de Dios. Asevera que Dios dio forma al designio de crear al hombre antes de saber que habría de caer, y que por lo tanto la idea de la salvación del hombre precedió a la presciencia de su muerte, en cuanto al orden, en la mente de Dios. Cuando expone estas opiniones en un turbio torrente de palabras, le parece que así inunda los sentidos de sus lectores al grado que nada puedan percibir distinta y claramente. Yo espero, sin embargo, por mi brevedad, despejar la lobreteja de la garrulería de este hombre.

Es la fantasía de Georgio que nadie en absoluto, ni éste ni aquél, está predestinado para salvación, sino que Dios fijó un tiempo para salvar a todo el mundo. En el empeño de probarlo tuerce ciertos pasajes de Pablo, como éste: «el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos» (Col. 1:26). Después de tergiversar este pasaje del apóstol y acomodarlo al caso, se escabulle confiado, creyéndose victorioso. Exactamente como si el testimonio de la Escritura no declarara que a unos Dios los escoge para salvación, y a otros los pasa por alto. En

una palabra, en la cuestión de la elección, este sujeto no toma nada en cuenta sino la época del Nuevo Testamento.

De lo que sea mi pensamiento tocante a este muy importante asunto, mi *Institución* provee testimonio pleno y abundante, aun si ahora no añadiera nada. Quisiera rogar, primero, a los que me lean, que con cuidado recuerden la amonestación que en aquel lugar ofrecí en cuanto a que esta excelsa cuestión no es, según algunos lo imaginan, una mera disputa llena de espinas y ruido, ni una especulación que fatiga la mente sin provecho alguno. Es una discusión seria, eminentemente adaptada al interés de los piadosos porque nos edifica firmemente en la fe, nos adiestra en humildad, y nos eleva a admirar la infinita bondad de Dios para con nosotros, y nos inflama a alabar esa bondad con el más exaltado acento. No existe medio más efectivo de edificar la fe que aprontar el oído abierto a la elección de Dios que el Espíritu Santo nos sella en el corazón mientras escuchamos, demostrándonos que es parte de la benevolencia de Dios para con nosotros. Por tanto, no hay en el mundo tormenta, ni asaltos satánicos, ni cambios o fluctuaciones ni debilidad de la carne que puedan mover o alterarla. La salvación se nos asegura cuando hallamos la causa de ella en el seno de Dios. Así que cuando nos asimos de la vida en Cristo, vida que se manifiesta a la fe, la misma fe que es todavía delantero y guía, a nuestra vista se le concede penetrar mucho más profundamente, y ver la fuente de donde procede esa vida. La confianza de salvación tiene sus raíces en Cristo, y descansa en las promesas del Evangelio. Cuando creemos en Cristo, nos enteramos de que Dios originalmente nos lo dio todo, y que fuimos ordenados, antes de la fundación del mundo, para la fe en Cristo, y escogidos para heredar vida eterna en Cristo; conocer estas cosas se convierte en puntal robusto de nuestra confianza.

De aquí, pues, surge la seguridad inexpugnable e indestructible de los santos. El Padre, que nos dio al Hijo como Su peculiar tesoro, es más poderoso que todos los que se nos oponen, y no permitirá

que nadie nos arrebate de Su mano. Esto es causa de humildad en los santos de Dios, al ver que se hace tal diferencia de condición entre aquellos que por naturaleza son todos iguales. A donde quiera que los hijos de Dios vuelvan los ojos, ven pasmosos casos de ceguera, ignorancia e insensibilidad que los llenan de horror; mientras que ellos, en medio de una cerrazón tal, han recibido iluminación divina, y saben y sienten que así es. ¿Cómo (se dicen) es que unos, a la clara luz, persisten en oscuridad y ceguera? ¿Quién produce la diferencia? Una cosa saben por experiencia personal, que mientras que también una vez tenían los ojos cerrados, ahora los tienen abiertos. Y otra cosa también es cierta, que los que voluntariamente permanecen ignorantes de cualquier diferencia entre ellos y los demás nunca han aprendido a rendir a Dios la gloria que a Él se le debe por establecer esa diferencia.

Nadie duda que en el fondo de toda genuina religión yace la humildad que es madre de todas las virtudes. Pero, ¿cómo podrá ser humilde el que no quiere oír del pecado y de la miseria original de que fue rescatado? Y por extender la misericordia salvadora de Dios a todos sin distinción, ¿quién disminuye, tanto como le sea posible, la gloria de tal misericordia? Los que más lejos se encuentran de glorificar la gracia de Dios a la medida de su grandeza, son los que afirman que es común a todos; porque declaran que descansa eficazmente en *ellos*, porque *ellos* la han abrazado por fe. Sin embargo, en todo momento esconden fuera de la vista la causa de la fe misma, que es ésta: que los hijos de Dios, escogidos según ese propósito, son luego bendecidos con el espíritu de adopción. Ahora bien, ¿qué género de gratitud demuestro si, después de recibir tan preeminente beneficio, no me considero mayor deudor que aquél que no recibió ni una centésima parte? Por consiguiente, si para alabar la bondad de Dios dignamente es necesario recordar cuánto le debemos, se muestran malignos contra Él y le roban Su gloria los que repudian y no toleran la doctrina de la elección eterna. Manteniendo la elección fuera de la vista, la mitad de la gracia de Dios necesariamente

se disipa juntamente con ella.

EL ETERNO CONSEJO INESCRUTABLE DE DIOS

Que truenen contra nosotros los que quieran. Nosotros por siempre continuaremos dando esplendor, con toda la fuerza de expresión que nos asista, a la doctrina de la libre elección de Dios que sustentamos, pues vemos que sólo por ella los fieles pueden entender cuán grande es la bondad de Dios que los llama eficazmente a ser salvos. Aquí me limito a dar a esta doctrina un ligero toque, no sea que alguno, esquivando un asunto que tanto le incumbe conocer, más tarde advierta con pesar la pérdida que su desidia le haya causado. Más adelante, en lugar conveniente, trataré esta divina materia con la holgura apropiada. Si no nos avergonzamos del Evangelio, por fuerza hemos de reconocer lo que en él se declara patentemente, es decir, que Dios, por Su eterna buena voluntad (para la cual no hubo otra causa que Su propósito), marcó para salvación a aquellos a quienes le plugo, y desechó al resto. Aquellos que bendijo con la libre adopción para ser Sus hijos, los ilumina entonces por Su Espíritu Santo a fin de que reciban la vida que les ofrece en Cristo, mientras que los otros, que persisten voluntariamente en incredulidad, quedan en oscuridad total, destituidos de la luz de la fe.

Contra este insondable juicio de Dios, muchos perros insolentes se alzan y ladran. Algunos de ellos no vacilan en atacar a Dios explícitamente, preguntando por qué, si previó la Caída de Adán, no regularizó de mejor manera los asuntos humanos. Para reprimir espíritus como los tales, no hay que buscar mejores medios que los que Pablo nos presenta. Supone él que un impío es quien hace la pregunta: ¿Cómo puede Dios ser justo si muestra misericordia a quien quiere, y endurece a quien quiere? El apóstol considera que audacia humana como ésta no merece respuesta, pero sí les hace recordar el orden y la posición que ocupan en la creación de Dios: «[...] oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?» (Ro. 9:20). El vano parloteo de los profanos pregona que el apóstol cubrió

con silencio lo absurdo del asunto por no tener una respuesta. Pero el caso es muy diferente.

El apóstol adopta un axioma, o reconocimiento universal, en que toda mente piadosa debe afirmarse y tenerlo esculpido hondamente en el seno del sentido común: que el inescrutable juicio de Dios es más profundo de lo que el ser humano puede desentrañar. ¿Y qué hombre, tengan la bondad de decirme, no se sonrojaría de comprimir todas las causas de las obras de Dios dentro de las limitadas dimensiones de su intelecto individual? Pero sobre este gozne gira toda la pregunta: ¿Acaso no hay justicia en Dios, excepto la que nosotros concebimos? Si condensáramos esto en una sola pregunta, si es lícito tantear el poder de Dios por nuestro sentido natural, no hay un hombre que no confesara de inmediato que todos los sentidos de todos los hombres combinados en un individuo desfallecerían al intentar comprender el poder inconmensurable de Dios. Sin embargo, tan pronto como no sea palmaria una razón para ciertas obras de Dios, los hombres de una u otra manera, están listos a señalar al instante un día para entablar juicio contra Él. ¿Qué, pues, será más oportuno o apropiado que el llamado del apóstol, que aquellos que así se ensoberbecen por encima de los cielos en sus razonamientos, se olvidan totalmente de quiénes y qué son?

Y supongamos que Dios, cediendo Su derecho propio, se ofreciera dispuesto a dar razón de Sus obras. Cuando la discusión tocara aquellos consejos secretos Suyos, que los ángeles adoran con temblor, ¿quién no se vería privado de sus sentidos ante tan glorioso esplendor? ¡Asombrosa es, en verdad, la enajenación del hombre, que con mayor audacia se coloca por encima de Dios antes que ponerse en igualdad de condiciones con cualquier juez pagano! Para ti es intolerable y odioso que el poder y las obras de Dios excedan la capacidad de tu mente; y aun así le concedes a un igual el disfrute de su propia mente y juicio. ¿Tendrías la temeridad, con locura como ésta, de mencionar al Dios adorable? ¿Qué crees, de veras, del glorioso Nombre de Dios? ¿Y te jactarías de que el apóstol está exento de toda razón porque

no arrebatara a Dios de Su trono y lo pone delante de ti para que lo interrogues y examines?

Podemos estar plenamente seguros, sin embargo, de que el apóstol, en primer lugar, refrena con decorosa gravedad la licenciada locura de estos hombres que no reparan en atacar explícitamente la justicia de Dios; y que, en segundo lugar, da a los adoradores de Dios un consejo de circunspección más útil que si les hubiera enseñado a remontarse en alas de águila sobre las nubes prohibidas. La sobriedad mental que, disciplinada por el temor de Dios, se mantiene dentro de las demarcaciones de la comprensión que Él prescribe, es mucho mejor que toda la sabiduría humana. Si así les place, que hombres vanidosos denigren esta sobriedad, y la llamen ignorancia. Con todo, esta sobriedad siempre habrá de afirmarse en la cumbre de la verdadera sabiduría, sosteniendo que la voluntad de Dios es la más alta regla de rectitud, y así le atribuiremos a Él Su propia gloria privativa.

Pighio, empero, y sus cofrades, no quedan satisfechos con esto. Aparentando una gran solicitud por el honor de Dios, nos ladran, imputándole una crueldad radicalmente extraña a Su naturaleza. Niega Pighio que tenga ninguna disputa con Dios. ¿Luego, cuál es la causa, o la causa de quién, que Pablo mantiene? Después de adoptar el mencionado axioma —que Dios endurece a quien quiere, y tiene misericordia de quien quiere— añade el supuesto reproche de un sofista inicuo: «¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido su voluntad?» (Ro. 9:19). A tal blasfemia responde sencillamente contraponiéndole el poder de Dios. Si aquellos cubren a Dios con el manto de un tirano, aun achacando el endurecimiento del hombre a Su consejo eterno, nosotros, por cierto, no hemos originado tal doctrina. Si sobreponer la voluntad Suya a todas las demás causas es menoscabar a Dios, entonces Pablo enseñó esta doctrina mucho antes que nosotros. Discutan estos enemigos de Dios, pues, el tema con el apóstol. Yo nada mantengo, en la presente discusión, sino lo que declaro que él enseña. En cuanto a estos perros que ladran, no obstante, no voy a perder mi sosiego. Más bien me mueve cierta ansiedad por

algunos que de otro modo son buenos hombres, que si bien temen atribuir a Dios nada indigno de Su bondad, de veras parecen estar horrorizados ante lo que Él declara acerca de Sí mismo por medio del apóstol.

Ahora bien, nosotros nos afirmamos en todo momento en el piadoso propósito de vindicar la justicia de Dios de toda calumnia. La modestia de estos timoratos hombres sería digna de alabanza, si no fuera hija de la displicencia, inflada con una cierta jactancia secreta. Los tales hablan con arreglo a su propio sentido y entendimiento naturales. Pero, ¿por qué temen conceder al poder de Dios aquello que está más allá de lo que su propia mente puede comprender, por miedo de que Su justicia quedara en peligro? ¿Por qué, pregunto? Porque pretenden someter el tribunal de Dios a su propio juicio. Pablo nos demuestra que es un acto de orgullo intolerable en cualquier humano arrogarse el juicio de su hermano, porque hay un Juez por quien todos nos sostenemos o caemos, y ante quien toda rodilla ha de doblarse. ¡Qué locura es, por lo tanto, que un hombre alce la cresta en contra de este Juez único, y tenga la osadía de medir Su poder infinito por el sentido natural!

Aquellos, pues, que alegan como excusa que el recato les impide suscribir el testimonio del apóstol Pablo, por necesidad tienen, en primer lugar, que confesar que cualquier alabanza que tributen a la justicia de Dios se circunscribe a los límites de su propia natural comprensión. Y en segundo lugar, si en realidad están de acuerdo con nosotros, y prefieren suprimir esta parte de la gran doctrina, no sea que suelten las riendas a la insolencia de los inicuos, tal precaución es absurda. ¡Como si la mentira pudiera salvaguardar el honor de Dios! Dios mismo no sólo rechaza tal protección, sino que también declara, en el Libro de Job, que le es aborrecible. Que se cuiden estos defensores, no sea que por afectar mayor cautela que la que el Señor manda en Su Palabra, se hagan culpables de una doble locura y necesidad. La moderación y precaución que estos hombres recomiendan son, en verdad, útiles para sofocar las blasfemias de los

impíos. Pero si estas personas se persuaden de que con sus palabras serán capaces de coartar a los que se rebelan contra Dios y Su verdad, su esperanza y expectación son ridículas. El apóstol Pablo, después de espaciarse en los consejos secretos de Dios tanto como era necesario, extiende la mano, por así decirlo, para prohibirnos ir más allá. Los espíritus inquietos, sin embargo, habrán de dar coces y cornadas, y con desarreglada veleidad saltarán sobre la valla que se les pone delante. ¿Cómo pensar, entonces, que los tales han de detenerse a una señal de esta o aquella mente sobria que les impondría confines aún más estrechos a su temerario curso? Lo mismo sería intentar sujetar con una telaraña un caballo de espíritu fiero que ha roto la estacada y hace cabriolas con todo su vigor. Pero alguno dirá: En asunto tan difícil y profundo como éste, nada mejor que pensar con moderación. ¿Quién lo niega? Empero debemos, al mismo tiempo, examinar qué clase y grado de moderación sea ésta, a fin de no caer en el principio de los papistas, que para retener la obediencia de sus discípulos, los hacen como bestias mudas y brutas. Pero, ¿podrá llamarse sencillez cristiana considerar como nocivo el conocimiento de las cosas que Dios nos pone delante? Pero, (dicen nuestros contrarios), esto es materia de la cual podemos permanecer ignorantes sin menoscabo o perjuicio. ¡Como si nuestro Maestro celestial no fuera el mejor juez de lo que nos conviene saber, y hasta qué punto debamos saberlo! Por lo cual, a fin de no forcejear en el oleaje, ni que nos lleve el viento, errantes e inseguros, ni nos ahoguemos en el fondo, entreguémonos a Dios para que nos gobierne y nos enseñe de tal modo que, satisfechos con Su Palabra solamente, jamás apetezcamos saber más de lo que en ella hallamos. ¡No!, ni siquiera si se nos concediera la capacidad de hacerlo. Esta idoneidad de ser enseñado, por la que todo hombre piadoso por siempre mantendrá todas sus facultades mentales bajo la autoridad de la Palabra de Dios, es el verdadero y único criterio de sabiduría.

CAPÍTULO 3

EL TESTIMONIO DE AGUSTÍN

A DONDEQUIERA Y HASTA DONDE QUIERA nos guíe con mano extendida Aquél que es «el Camino», cuyo Espíritu habló por los apóstoles y los profetas, podemos seguir con absolutísima seguridad. Y el que permanece indocto de todas aquellas cosas que no se aprenden en la escuela de Dios, aventaja con mucho toda la perspicacia del intelecto humano. Por esto Cristo requiere de Sus ovejas que mantengan los oídos abiertos a Su voz, pero cerrados a la voz de extraños. Ni puede ser de otro modo sino que los vanos vientos del error, que de todas partes vienen, soplen en el alma carente de sana doctrina. Además, puedo con toda veracidad confesar que nunca hubiera hablado o escrito de esta cuestión si la Palabra de Dios en mi alma no hubiera abierto el camino; los lectores piadosos podrán deducirlo leyendo mis escritos anteriores, especialmente mi «Institución». Aun siendo así, esta presente refutación de mis enemigos, que contra mí se sitúan, quizá pueda arrojar alguna luz adicional sobre la materia.

Ya que con gran ojeriza se me estruja en la cara la autoridad de la Iglesia antigua, quizá valga la pena considerar al comienzo cuán injustamente se sofoca la verdad de Cristo bajo esta enemistad cuya base es, en un sentido, falsa; y en otro, frívola. Prefiero borrar esta acusación, sin embargo, con las palabras de Agustín antes que con las mías. Los pelagianos de antaño lo importunaban con la misma acusación, diciendo que todos los demás escritores de la Iglesia estaban

en contra suya. Al responderles observó que antes de la herejía de Pelagio, los padres de la Iglesia primitiva no emitían sus opiniones de la predestinación muy profunda y exactamente, respuesta que, de hecho, es la verdad. Y añade:

¿Qué necesidad hay de inquirir en las obras de aquellos escritores que, antes de que la herejía de Pelagio naciera, no sintieron necesidad de emplearse en esta cuestión, de tan espinosa solución? Si hubiera surgido tal necesidad, y si se hubieran vistos obligados a responder a los enemigos de la predestinación, seguramente lo hubieran hecho.

Esta observación de Agustín es prudente y sabia; pues si los enemigos de la gracia de Dios no hubieran preocupado tanto a Agustín, nunca hubiera dedicado tanto esfuerzo (según él mismo confiesa) a la discusión de la elección de Dios.

Por esta razón, en referencia a su libro titulado *De la bendición de la perseverancia*, dice de manera penetrante,

La predestinación de los santos es cierta y manifiesta; la necesidad me obligó más tarde a defenderla con mayor diligencia y esfuerzo cuando discutía el tema en contra de cierta nueva secta. He venido a ver que cada herejía diferente introduce en la Iglesia sus problemas peculiares, que exigen una defensa de las Santas Escrituras más diligente que si tal necesidad de defensa no hubiera surgido. ¿Qué me compelió en aquella obra mía a defender más profusamente y con más amplia explicación, aquellos pasajes de la Escritura en que se nos presenta la predestinación? ¿Qué, sino el arranque de los pelagianos, que dicen que la gracia de Dios nos viene según y conforme nosotros nos hagamos merecedores de ella?

Además, Agustín acababa de negar que se pudiera con justicia tomar en cuenta ningún prejuicio en contra de sus libros alegando que carecían de la autoridad de la Iglesia antigua. «Nadie», dice, «puede ser tan injusto o tan detestable que no me permita lograr alguna instrucción y provecho de esta importante cuestión». Sostiene, después, que puede colegirse de los testimonios de algunos padres antiguos que sus pareceres y enseñanzas eran las mismas que las de él. Sin mencionar otras autoridades a que alude, la que cita de Ambrosio es más que satisfactoria: «De quien Cristo tiene misericordia, lo llama». Otra vez: «Cuando lo desea, hace devotos a los descuidados». Y una vez más: «Dios llama a los que se complace en llamar; y hace religioso a quien quiere». ¿Quién no podrá ver que la suma de toda esta divina materia está comprendida en estas breves palabras? Así asigna Ambrosio la razón o causa de que no todos los hombres vengan a Cristo para obtener salvación: porque Dios no les toca eficazmente el corazón. El santo varón declara que la conversión de un pecador procede de la libre elección de Dios, y que la razón de llamar a unos, mientras otros quedan reprobados, yace solamente en Su propia voluntad. Ambrosio ni titubea ni disimula en esto. Ahora, ¿quién que esté dotado de la más ordinaria discreción no puede percibir que estos tres extractos contienen y definen el estado de toda esta tesis?

En una palabra, Agustín está tan completamente de mi lado que si yo quisiera componer una confesión de mi fe, podría hacerlo completamente y a satisfacción mía desde sus escritos. Pero a fin de no ser demasiado prolijo en esta ocasión, quedaré contento con tres o cuatro ejemplos de su testimonio, de lo cual se verá que no difiere él de mí ni un ápice. Y sería aún más manifiesto cuán plena y firmemente está de acuerdo conmigo en todas las particularidades, si se pudiera aducir el grueso de su confesión. En su libro, *Sobre la predestinación de los santos*, tiene estas palabras:

No sea que alguien diga, mi fe, mi justicia (o alguna cosa semejante) me distinguen de los demás; enfrentando tales

ideas, el gran maestro de los gentiles pregunta, «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Cor. 4:7). Como si el apóstol dijera, ¿De quién, en realidad, podías recibirlo, sino de Aquél que te separa de todos los demás, a quienes no ha dado lo que a ti te dio?

Agustín luego añade,

La fe, pues, desde el comienzo hasta su perfección es don de Dios. Y que este don se conceda a unos y a otros no, ¿quién lo negaría, sino el que luche contra los más patentes testimonios de la Escritura? Pero por qué la fe no se concede a todos no debe inquietar al creyente que sabe que todos los hombres, por el pecado de uno, merecieron una condenación justísima. Pero por qué Dios libra a unos de esta condenación y a otros no, pertenece a Sus juicios insondables, y «Sus caminos son inescrutables». Si se investigara e inquiriera cómo es que Dios decide que cada uno que recibe fe es digno de semejante don, no faltarían quienes dijeran, «Por la voluntad humana». Pero nosotros declaramos que es por la gracia, o predestinación divina.

El santo varón luego hace las siguientes bellas y extraordinarias observaciones:

Verdaderamente el Salvador del mundo, el adorable Hijo de Dios, es la más resplandeciente luminaria de la gracia divina y de la predestinación eterna, no sólo en cuanto a Su naturaleza divina como Hijo de Dios, sino también, y especialmente, respecto a Su naturaleza humana como «Hombre». Pues ¿de qué manera fue que «EL HOMBRE Cristo Jesús», como hombre, mereció tan grande gloria como la de ser recibido a la unión con la Persona Divina

del Hijo por la palabra del Padre coeterno, para que llegara a ser «el unigénito Hijo de Dios»? ¿Qué buena palabra u obra precedió en este glorioso caso? ¿Qué buena cosa ejecutó «EL HOMBRE»? ¿Qué acto de fe realizó? ¿Qué oración ofreció para ser exaltado a tal preeminente dignidad? Ante esto, quizá, algún ser profano e insolente pudiera inclinarse a decir, «¿Por qué no fui yo el predestinado para esta excelente grandeza?» Pudiéramos responder con la solemne reprensión del apóstol, «oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?», y si el tal ni aun así sofrena su temerario espíritu, sino que le suelta la rienda a su blasfemia para decir, «¿Por qué me lanzas la advertencia, «¿Quién eres tú, oh hombre?», etc.; ¿No soy un hombre, como fue Aquél de quien hablas? ¿Por qué, pues, no soy yo ahora lo que Él es? Verdaderamente Él es lo que es, y tan grande como es, por la gracia. ¿Por qué, pues, es diferente la gracia si la naturaleza es la misma? Por que ciertamente Dios no hace acepción de personas.» Yo preguntaría solemnemente, ¿Qué hombre cristiano, aún más, qué hombre demente, razonaría, hablaría o pensaría de este modo? Nuestra gloriosa Cabeza, la Fuente de toda gracia, sea entonces una siempre esplendente luminaria de la predestinación eterna, y ejemplo divino de la naturaleza soberana de esa doctrina.

Y de Él mane la corriente de gracia electiva y fluya por todos Sus miembros, «conforme a la medida del don» en cada uno. ¡Esta es, pues, la eterna predestinación de los santos, que brilló con esplendor superlativo en el SANTO de los santos! Y según solamente Él fue predestinado, como HOMBRE, para ser nuestra CABEZA, así muchos de nosotros también somos predestinados para ser Sus miembros.

Ahora bien, a fin de que nadie atribuya a la fe el que a uno se le prefiera sobre otro, Agustín testifica que los hombres no son

escogidos porque creen, sino al contrario, son escogidos para que crean. De igual manera, cuando le escribe a Sexto, dice, «En cuanto al gran arcano —por qué uno cree y otro no, por qué Dios libra a uno y no a otro— el que pueda, busque en ese profundo abismo, pero que se cuide del pasmoso precipicio».

Luego, en otro lugar, dice: «¿Quién creó a los réprobos sino Dios? ¿Y por qué? Porque esa fue Su voluntad. ¿Por qué lo quiso así? —“¿Quién eres tú, para que alterques con Dios?”» Y otra vez, en otro lugar, después de probar que ningún mérito humano mueve a Dios a hacerlos obedientes a Sus mandamientos, sino que les devuelve bien por mal, y eso por amor de Sí mismo, añade, «Si alguno preguntare por qué Dios hace a algunos hombres Sus ovejas y no a otros, el Apóstol, prevenido ante esa pregunta, exclama, “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”» (Ro. 11:33).

Así como Agustín rastrea el origen de la elección hasta la libre y gratuita voluntad de Dios, y coloca igualmente la reprobación en Su mera voluntad, asimismo enseña que la seguridad de nuestra salvación está también en esa voluntad, y no en ninguna otra cosa. Escribiéndole a Paulino, afirma que aquellos que no perseveran hasta el fin no pertenecen al llamado de Dios, que es siempre eficaz y del cual Él no se arrepiente. En otra obra sostiene, con mayor detalle, que la perseverancia se concede libremente a los elegidos, y que de ella nunca pueden caer. «Así», dice,

...cuando Cristo rogó por Pedro, que la fe no le faltara, ¿qué otra cosa le pedía a Dios, sino que hubiera con, o en, la fe de Pedro una voluntad, o determinación plenamente libre, valerosa, victoriosa y perseverante? Y poco antes había dicho, «el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos». La fe de los tales, que obra por amor, no falla en absoluto, o si en alguno fallare parcialmente, se renueva y restaura antes de que esta vida

llegue a su fin. La iniquidad que la haya interrumpido se quita de en medio, y la fe persevera hasta el fin. Pero aquellos que Dios no señala para perseverar —si caen de la fe cristiana, y el fin de la vida los encuentra en ese estado caído— los tales, sin duda, no podían haber sido del número de los elegidos de Dios, aun cuando, según todas las apariencias, hubieren llevado vidas buenas y justas. Tales hombres nunca estuvieron separados, por la presciencia y predestinación de Dios, de la masa general de perdición, y por lo tanto nunca fueron llamados «conforme a su propósito».

Y a fin de que a nadie se le desconcierte el ánimo porque a las veces apostatan algunos que habían sido considerados hijos de Dios, responde así a los perplejos:

Nadie piense que habrán de apostatar los que son sujetos de la predestinación, llamados conforme al propósito de Dios, y que son verdaderos hijos de la promesa. A los que en apariencia viven santamente, la gente sí los llama hijos de Dios; pero, por estar destinados a vivir de manera impía alguna vez, y a morir en esa impiedad, Dios, en Su presciencia, no los llama hijos Suyos. La Escritura entiende que los que son ordenados para vida se le darán a Cristo. Estos son predestinados y llamados, conforme al propósito de Dios. Ni uno de ellos jamás perecerá. En atención a esto, ninguno de los tales, aunque se mude de bueno a malo por un espacio de tiempo, jamás termina su vida en ese estado, porque para este fin Dios lo ha ordenado, y para este fin le fue dado a Cristo, es decir, para que no pereciera, sino que tuviera vida eterna.

Un poco después el mismo Agustín dice, «Aquellos que, por designación de Dios, son conocidos de antes, predestinados, llamados,

justificados y glorificados, son hijos de Dios, no solamente antes de ser regenerados, sino también antes de nacer de mujer, y los tales no pueden perecer jamás». Luego asigna la razón: «Porque [...] Dios hace que todas las cosas les ayuden a bien a todos estos; y de tal manera lo hace, que si algunos de ellos se descaminaran, y aun excedieran todo límite, Él hace que aún esto les ayude para su bien y provecho, pues retornan a Él más humildes y más enseñables que antes».

Si el asunto ha de llevarse más allá, y se suscitara la pregunta acerca de la creación del hombre, Agustín la enfrenta de este modo:

De la manera más provechosa posible confesamos lo que muy cabalmente creemos, que Dios, el Señor de todas las cosas, que lo creó todo «bueno en gran manera», previó que de este bien había de salir mal; y también supo que redundaría más para la gloria de su omnipotente bondad lograr bien del mal, que no permitir que el mal existiera! Y de tal manera ordenó las vidas de ángeles y de hombres, que pudiera mostrar primero en ellos lo que la libre voluntad puede hacer, y luego demostrar lo que el gratuito don de Su gracia y el juicio de Su justicia pueden hacer.

En su *Manual* a Laurentino, explica más clara y plenamente lo que pudiera todavía restar de duda:

Cuando Cristo aparezca [...] para juzgar al mundo en el último día, se verá, en la más clara luz del conocimiento, lo que la fe de los piadosos ahora afirma, aunque aún no sea ostensible a su comprensión; cuán segura, cuán inmutable, cuán eficaz en todo es la voluntad de Dios; cuántas cosas puede hacer, o tiene poder para hacer, que quiere no hacer (pero no quiere hacer nada que no tenga poder para hacer), y cuán cierto es lo que el salmista canta, «Nuestro Dios está

en los cielos; todo lo que quiso ha hecho». Esto, sin embargo, no sería cierto si Él quisiera algunas cosas y no las hiciera. Nada, consiguientemente, se hace sino lo que el Omnipotente quiso que se hiciera, ya sea permitiendo que se hiciera, o haciéndolo Él mismo. Ni se debe tener dudas de que Dios obra rectamente al permitir que se hagan todas esas cosas que se hacen con perversidad; pues excepto por Su justo juicio, no lo permite.

Por lo tanto, a pesar de que esas cosas que son malas, en cuanto son malas, no son buenas, aun así, es bueno que existan no solamente cosas buenas, sino malas también. Si no fuera un bien que lo malo existiera también, el Omnipotente, Grande y Bueno, no permitiría del todo la existencia de esas cosas malas. Sin duda, Él puede con igual facilidad declinar consentir que se haga lo que no quiere que se haga, como puede hacer lo que quiere que se haga. A menos que creamos esto plenamente, peligraría el principio mismo de nuestra fe, por el cual profesamos creer en Dios TODOPODEROSO

Agustín luego añade esta breve oración:

Estas son las poderosas obras de Dios, que brillan con perfección en cada ocasión de Su voluntad. Y tan perfectas son en sabiduría, que cuando las naturalezas angélica y humana habían pecado —es decir, habían hecho no lo que Dios quería, sino lo que cada naturaleza por sí misma quiso— sucedió que por esta misma voluntad de la criatura, Dios, aunque en un sentido sin querer, aun así logró lo que quería. Y lo logró con justicia y con la elevación de plena sabiduría, venciendo los males cometidos, para condenación de aquellos que había justificadamente predestinado para castigo, y para salvación de los que había misericordiosamente predestinado para la gracia. Por lo cual, tocante a estas dos naturalezas

mismas, actuaron de manera contraria a la voluntad de Dios; pero con respecto a la omnipotencia de Dios, actuaron de acuerdo con Su voluntad; ni podían actuar en contra de ella. De ahí que, por el mismo hecho de actuar opuestos a la voluntad de Dios, la voluntad de Dios con respecto a ellos se cumplió. Tan poderosas son, por tanto, las obras de Dios, tan gloriosa y exquisitamente perfectas en toda ocasión de Su voluntad, que por un maravilloso e inefable plan de operación que le es privativo, como el «todo-sabio Dios», lo que es contrario a Su voluntad no puede hacerse sin Su voluntad; pues no podría hacerse sin que Él lo permitiera; y ese permiso evidentemente no es contrario a Su voluntad, sino de acuerdo con Su voluntad.

De buena gana he extraído estos fragmentos de entre muchos similares en los escritos de Agustín, a fin de que mis lectores puedan ver claramente con qué modesto rostro Pighio lo representa discrepando de mí, y cómo lo usa para sustentar sus propios errores. Otras ocasiones tendré en adelante de referirme a los testimonios del mismo santo varón en el curso de esta discusión.

CAPÍTULO 4

LA ELECCIÓN CONFORME A LA VOLUNTAD ETERNA DE DIOS

ENTRARÉ AHORA EN LA MATERIA y objeto patente de la presente tarea, que es probar que nada he enseñado relativo a esta importante doctrina sino lo que Dios mismo enseña claramente en los Sagrados Oráculos. La suma de esto es: que la salvación de los creyentes depende de la elección eterna de Dios, para la cual ninguna causa o razón se puede aducir aparte de Su propia buena voluntad.

LA ELECCIÓN NO SE EXTIENDE IGUALMENTE A TODOS

Muy llanas y elocuentes son las palabras del Apóstol Pablo sobre este punto en el primer capítulo de su Epístola a los Efesios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo» (Ef. 1:3-4). Oigo ahora, en un momento, el parloteo de Pighio, de que la raza humana entera fue elegida en Cristo; que cualquiera que se abrazara a Él por fe alcanzaría salvación. En esta absurda invención suya se encuentran dos muy crasos yerros que se pueden refutar inmediatamente por las palabras del mismo apóstol.

La fe no es la causa de la elección. En primer lugar, existe, ciertísima y evidentemente, un vínculo inseparable entre los elegidos y los reprobados. Así que la elección de la cual habla el apóstol, no puede afirmarse a menos que confesemos que Dios separó de todos los demás a ciertas personas a quienes le plugo separar. Pues bien, este acto de Dios se expresa por el término «predestinar», que el apóstol luego repite dos veces. Además, llama «escogidos» (o elegidos) a aquellos que son injertados por fe en el cuerpo de Cristo; y es patente que esta bendición no es de ningún modo común a todos los hombres. El apóstol, pues, quiere denotar como «escogidos» a aquellos a quienes Cristo condesciende en llamar después que el Padre se los ha concedido. Pero, hacer de la fe la causa de la elección es por completo absurdo, y totalmente en desacuerdo con las palabras del apóstol. «Pablo no asevera [según observa sabiamente Agustín] que los hijos de Dios fueron “escogidos” porque Él preconoció que habrían de creer, sino para que creyeran. Tampoco los llamó el apóstol [...] “escogidos” porque Dios previera que serían santos y sin mancha, sino a fin de que alcanzaran esa condición». De nuevo, «Dios [dice Agustín] no nos escogió porque creímos, sino para que creyéramos, no sea que nosotros pareciéramos haberlo escogido a Él primero. Pablo declara con voz recia que nuestro mero comenzar a ser santos es fruto y efecto de la elección. Aquellos, pues, que colocan la elección después de la fe, actúan insensatamente».

Además observa, «Cuando Pablo presenta, como la sola causa de la elección, aquel beneplácito de Dios que Él se propuso en Sí mismo, excluye absolutamente cualquier otra causa». Agustín, por lo tanto, con razón nos amonesta a volver a aquella primera gran causa de la elección, para que no nos inclinemos a ufanarnos del puro afecto de nuestra voluntad.

La elección de Dios precede la fe. Pablo entonces procede a declarar que «Dios hizo sobreabundar las riquezas de Su gracia para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había

propuesto en sí mismo» (Ef. 1:8-9). En estas palabras, oyes, lector, la gracia de la iluminación que fluye como un río de la fuente de aquel eterno consejo que había estado oculto. Lejos, muy lejos está esto de la idea de que Dios tuviera en cuenta nuestra fe para nada al escogernos. Esa fe no pudo haber existido excepto que Dios la prescribió para nosotros por la libre gracia de Su adopción para con nosotros. Pablo confirma todo esto en mayor grado cuando declara que ninguna causa externa movió a Dios —ninguna causa fuera de Sí mismo al escogernos— sino que Él mismo, en Sí mismo, fue la causa y el autor de la elección de Su pueblo, aún no creado o nacido, como aquellos a quienes más tarde habría de conferir fe: «conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Ef. 1:11).

¿Quién no puede ver que aquí se exhibe el propósito eterno de Dios diametralmente opuesto a nuestra propia voluntad y propósito? También Agustín sopesó a fondo este pasaje y, según su interpretación, observa «que Dios de tal manera obra todas las cosas que también en nosotros obra la disposición de creer». De esta manera se presenta y se prueba, creo yo, quiénes son los que Dios llama por el Evangelio para la esperanza de salvación; a quiénes injerta en el cuerpo de Cristo; y a quiénes constituye herederos de vida eterna; que éstos son los que Él adoptó para Sí mismo por Su eterno y secreto consejo para ser Sus hijos; y que tan lejos estaba de ser movido a adoptarlos por ninguna fe en ellos, que esta elección es la causa y el comienzo de toda fe en ellos; y que, por tanto, la elección es, en cuanto al orden, antes que la fe.

El amar a Dios depende en su llamado. Igualmente claro y manifiesto es lo que se encuentra en el octavo capítulo de la Epístola de Pablo a los Romanos. Después de decir que todas las cosas ayudan a bien a los fieles que aman a Dios, a fin de que nadie busque el origen de su felicidad en sí mismo, o suponga que por amar a Dios primero es merecedor de la bondad de Sus manos, el apóstol, por vía de corregir todo error de esa clase, añade de inmediato: «a los

que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28). Por medio de lo cual se ve que Pablo ansía asegurarle a Dios toda la gloria, pues demuestra que es Él quien, por Su llamado, hace que lo amen los hombres, que por sí mismos no podían sino aborrecerlo.

Si uno examina escrupulosamente la especie humana entera, ¿qué inclinación natural a amar a Dios encontrará en ninguno de ellos? ¡Ninguna! En este mismo capítulo Pablo declara que todos «los designios de la carne son enemistad contra Dios» (Ro. 8:7). Pues bien, si todos los hombres son, por naturaleza, enemigos de Dios y adversarios Suyos, resulta muy evidente que únicamente Su llamado es lo que separa a algunos del resto, les hace deponer su odio, y los induce a amarlo. Además, no puede haber duda de que el apóstol habla aquí del llamamiento eficaz por medio del cual Dios regenera a aquellos que antes había adoptado para que fueran Sus hijos. El apóstol no dice sencillamente «los que son llamados» (esto a veces se aplica a los reprobados que Dios llama, o invita, promiscuamente con Sus propios hijos, al arrepentimiento y a la fe), sino que dice, con plena explicación: «a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28), propósito que debe ser, por su naturaleza y efecto, firme y ratificatorio.

Todo mérito humano previsto excluido. Explicar este texto para aplicarlo al propósito del hombre es (según arguye Agustín) absurdo en extremo. En realidad, el contexto mismo proscribiera todo escrúpulo, como para hacer totalmente innecesaria la introducción de un intérprete. El apóstol añade de inmediato: «a los que predestinó [o definitivamente designó], a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó [...]» (Ro. 8:30). Es evidente que el apóstol habla de un cierto número que Dios destinó para Sí mismo como propiedad y tesoro privativo. Pues aunque Dios llama a muchos —por muchos medios, y especialmente por el ministerio externo de hombres— ni justifica ni al fin glorifica a nadie excepto a quien ha ordenado para vida eterna. El llamamiento de Dios, por consiguiente, es un llamado especial positivo que de tal

modo sella y ratifica Su elección eterna, que manifiesta patentemente lo que había estado oculto en Dios concerniente a cada uno de los que llama.

Muy bien conozco las cavilaciones de muchos sobre este punto. Dicen que cuando Pablo afirma que Dios predestinó a los que antes conoció, quiere decir que cada uno fue escogido con respecto a su fe futura, cuando creyera. Pero no les concedo a éstos lo que ilusamente se imaginan: que debemos entender que Dios previó en ellos algo que lo inclinaría a dispensarles Su favor y gracia. Es evidente que a Sus elegidos Dios los preconoció cuando, y porque, los escogió libremente. De ahí que el mismo apóstol enseñe en otro lugar que Dios conoce a los que son Suyos porque los ha marcado, por así decirlo, y los da por incluidos en Su lista.

Agustín tampoco omite el importante punto de que por el término «presciencia» hemos de entender el consejo de Dios por el cual predestina para salvación a los Suyos. Que Dios supo de antemano quiénes habían de ser herederos de vida eterna, nadie niega. La única pregunta que pudiera surgir es ésta: si Dios previó lo que habría de hacer en ellos, o qué serían ellos en sí mismos. Vana astucia es tomar el término «presciencia» y usarlo para fijar la elección eterna de Dios en los méritos del hombre, mientras que el apóstol en todas partes la vincula únicamente al propósito de Dios.

También, Pedro saluda a la Iglesia como «elegidos según la presciencia de Dios» (1 P. 1:2). ¿Haría esto Pedro creyendo que alguna virtud que Dios previó en ellos les ganó Su favor? ¡No! Pedro no está comparando hombres con hombres, haciendo que algunos sean mejores o más dignos que otros, sino que está situando en alto, por encima de toda otra causa, el decreto que Dios determinó en Sí mismo. Como si hubiera dicho que aquellos a quienes escribía se contaban ahora entre los hijos de Dios, porque fueron escogidos o elegidos por Él antes de que nacieran. Siguiendo este mismo principio, enseña después en el mismo capítulo que Cristo fue «destinado desde antes

de la fundación del mundo» (1 P. 1:20) a ser el Salvador que habría de lavar con Su sangre los pecados del mundo. Es indudable que con esto aquel apóstol significa que la expiación del pecado, cumplida por Cristo, fue preordinada por el eterno consejo de Dios. Ni de otra manera puede explicarse lo que hallamos en el sermón de Pedro, registrado por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que Cristo fue entregado a la muerte «por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios» (Hch. 2:23). Pedro articula «anticipado conocimiento» con «consejo» de modo que sepamos que Cristo no fue arrastrado a la muerte por mera casualidad o sencillamente por asalto violento de hombres, sino porque el todo-bondadoso y todo-sabio Dios, que conoce todas las cosas, así lo había decretado de propósito.

Un pasaje del Apóstol Pablo debe bastar para terminar toda controversia entre aquellos de mente sana. Dice él: «No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció» (Ro. 11:2). Y un poco más adelante explica qué era esa presciencia, diciendo que «un remanente escogido por gracia» se salvó (Ro. 11:5). Otra vez, Israel no alcanzó por obras lo que buscaba, pero «los escogidos» sí lo alcanzaron (Ro. 11:7). Lo que en el pasaje anterior llamó *presciencia*, después lo define como *elección*, elección libre y gratuita.

EL TESTIMONIO DE JUAN 6:37

La ficción de Pighio es pueril y absurda cuando interpreta la gracia como la bondad de Dios que invita a todos los hombres a la salvación, aunque todos se perdieron en Adán. Pablo muy claramente separa a los antes conocidos, de aquellos a quienes Dios no se dignó mirar con misericordia. Y lo mismo expresan, sin vaguedad alguna, las memorables palabras de Cristo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo echo fuera» (Jn. 3:27). Tenemos aquí tres cosas breves, pero perspicuamente, expresadas:

1. Todos los que vienen a Cristo le fueron dados previamente por el Padre.
2. Los que así le fueron dados fueron entregados de la mano del Padre en la mano del Hijo para que fueran verdaderamente Suyos.
3. Cristo es el seguro guardador de todos aquellos que el Padre entregó a Su fiel custodia y cuidado, con objeto de que no permitiera que ninguno de ellos pereciera. Si la pregunta se suscitare en cuanto al inicio de la fe, Cristo aquí nos da la respuesta al decir que los que creen, por lo tanto le fueron dados por el Padre.

El descreimiento de los escribas constituía un gran obstáculo para la multitud ignorante puesto que los persuadían de que ninguna doctrina era digna de creerse excepto la que se recibía por sanción de ellos. Por otra parte, Cristo declara en voz alta que la luz que nos guía al camino de la salvación es don de Dios. Y si alguno se inclina a darle la espalda a la verdad de que todos aquellos a quien el Padre escoge en Cristo le fueron dados, aun así la verdad permanece inalterable, y es un hecho que ese don no sólo antecede a la fe, sino que es la causa y origen de ella.

En lo que resta de la declaración de Cristo, «vendrá a mí», hay un peso aún más maravilloso. Dice Él que no sólo nadie viene a Él sino aquellos a quienes Dios tiende la mano; también asevera que todos los que el Padre le dio son, sin excepción, conducidos a creer en Él. Esto lo confirma de lleno en el contexto de Su divino discurso: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Jn. 6:44).

La elección depende del llamado del Padre. Pighio confiesa que se necesita iluminación para traer a Cristo a los que son adversarios de Dios; pero al mismo tiempo se afirma en la ficción de que la gracia se ofrece a todos igualmente, si bien al fin se hace eficaz por la voluntad del hombre, según cada uno esté dispuesto a recibirla. Cristo, sin embargo, testifica que el sentido de Sus

palabras es muy diferente, pues luego añade: «hay algunos de vosotros que no creen [...] Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre» (Jn. 6:64-65). Se ve aquí que Cristo excluye a los que «no creen» del número de los que son «traídos». Cristo hubiera dicho todo esto en vano, y fuera de lugar, si la fe no fuera don especial de Dios. Pero eso es lo más claro de lo que añade concluyentemente al continuar Su discurso. Habiendo citado la profecía de Isaías: «Todos tus hijos serán enseñados por Jehová» (Jn. 6:45; Is. 54:13), añade: «Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de Él, viene a mí» (Jn. 6:45). Con esto enseña que la profecía de Isaías se cumple cuando Dios, por Su Espíritu, habla a Sus hijos y discípulos interiormente, a fin de entregarlos en las manos y posesión de Cristo. Isaías explica que esta es la manera en que Dios renueva y acrecienta Su Iglesia, instruyendo a Sus hijos desde arriba: «serán enseñados por Jehová». El profeta, pues, registra un peculiar favor de Dios, del cual nadie es considerado digno excepto Sus hijos. Cristo también declara aquí, por Su enseñanza, que son llamados eficazmente aquellos cuyas mentes y corazones Dios «obliga».

«Así es que Dios», dice Agustín, «instruye en el interior a “los que conforme a su propósito son llamados”, al mismo tiempo haciéndoles ver lo que les es menester hacer, y proveyéndoles el poder para hacer lo que saben. Aquel, pues, que sabe qué debe hacer y no lo hace, no ha aprendido de Dios según la gracia, sino según la ley nada más, no según el espíritu, sino sólo según la letra». Y poco después, «Si como dice “la Verdad”, “Todo el que ha aprendido viene”, aquel que no viene, de seguro no ha aprendido». Al fin el santo padre llega a esta conclusión: «No se sigue [...] que el que puede venir, por lo tanto viene. Este sacro asunto no se logra a menos que el humano esté dispuesto a venir, y que en realidad venga. Todo aquel que es enseñado del Padre no sólo tiene el poder de venir, sino que viene.» Aquí, pues, vemos el movimiento progresivo del poder, el afecto de la voluntad, y el efecto del acto.

No me valgo de Agustín como testigo en esta ocasión para lidiar con mis enemigos al amparo de su autoridad, sino porque no puedo hallar palabras más apropiadas que las suyas con las cuales expresar el pensamiento de Cristo en el evangelio. Si alguien aún carece de sosiego, Agustín discute este asunto en otro lugar con más detalle de esta manera:

¿Qué quiere decir Cristo con «todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (Jn, 6:45)? ¿Qué es, sino como si dijera, «No hay uno que oiga y aprenda del Padre que no venga a Mí»? Si todo el que oye y aprende del Padre viene (a Cristo), muy ciertamente quien no venga a Él jamás ha oído o aprendido, pues si hubiera oído y aprendido, de cierto vendría. Esta escuela de Dios está muy distante de todo sentido y entendimiento carnal. Allí el Padre enseña, y escuchamos nosotros, que los que oyen y aprenden vienen al Hijo.

Un poco después Agustín observa:

Esta gracia, que se comunica secretamente a los corazones de los hombres, no la recibe ningún corazón endurecido. De hecho, se comunica con el expreso propósito de remover la dureza del corazón. Cuando, por tanto, escuchamos al Padre en lo interior, nos quita el «corazón de piedra» y nos da «un corazón de carne». Es de esta manera que Él hace Suyos a los hijos de la promesa y a los vasos de misericordia que Él había antes preparado para gloria. Si se preguntara por qué no enseña de igual manera a todos para que vengan a Cristo, la respuesta es que aquellos a quienes enseña, los enseña en misericordia; pero aquellos a quienes no enseña, en juicio no los enseña. Porque «de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece». (Ro. 9:18)

La elección depende del tocar del Espíritu Santo. La suma de esta sagrada cuestión, empero, se puede condensar en límites aún más estrechos. Cristo no dice que el Padre atrae a aquellos a quienes les dio un corazón flexible a fin de capacitarlos para venir a Él; sino que aquellos que vienen a Él son los que Dios, por Su Espíritu, toca interiormente, y que, por la eficacia de ese toque, de veras vienen. Que este privilegio no se concede a todos promiscuamente es un hecho manifiesto de la experiencia universal, aun a los ciegos.

Luego, cuando Cristo declara que de ningún modo echará fuera al que a Él viene, más aún, que la vida de los tales está escondida y guardada con seguridad en Él mismo hasta que los resucite en el último día; ¿quién no ve aquí que la perseverancia final de los santos (según se le llama comúnmente) del mismo modo se le atribuye a la elección de Dios? Puede ser, y ha sucedido, que algunos se aparten de la fe, pero los que el Padre le da a Cristo quedan, como el mismo Cristo declara, fuera del riesgo de destrucción. También del mismo modo, cuando en otro lugar Cristo había dicho que algunos de los judíos no creían «porque no eran de sus ovejas» (Jn. 10:26), sitúa a las ovejas, por así decirlo, en un refugio seguro: «[...] No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Jn. 10:28-29). Seguramente que Pighio no se atreverá a basar el estado de segura salvación de estas ovejas en la fe en ellas presente. ¡Y aun así lo haría depender todo del libre albedrío del hombre!

LA INSUFICIENCIA DE LA VOLUNTAD HUMANA

Tampoco debemos tomar como punto de disputas ambiguas el que Cristo se muestre solamente a Sí mismo como suficiente protección de todas las maquinaciones de Satanás, y que declare que estaremos seguros hasta el fin, porque Su voluntad es salvarnos. Pero a fin de que no persista en la mente de ninguno duda sobre este tema respecto de las personas que Él se compromete en Su fidelidad a proteger y preservar, nos llama la atención por segunda vez al don

del Padre, exponiendo tanto el don del Padre como la enseñanza del Padre. Ni debiéramos pasar, sin prestarle atención particular, el que Cristo señale que el Padre es mayor que todos los adversarios que pudieran oponerse a Su pueblo. El Señor lo dice para que nuestra confianza en la seguridad de la salvación sea tan grande como nuestra reverencia por el poder de Dios. Nuestra seguridad y la omnipotencia de Dios son iguales; aquélla no es menor que ésta. Por consiguiente, en medio de todos los violentos asaltos, todos los diversos peligros, todas las poderosas tormentas, y todos los sacudimientos, convulsiones y agitaciones con que tenemos que contender, la continuación y perpetuidad de nuestra posición se apoyan en esto: que Dios constantemente habrá de defender lo que ha decretado en Sí mismo tocante a nuestra salvación por la fuerza omnipotente de Su brazo.

Si uno de nosotros mirara en su interior, ¿qué podrá hacer sino temblar?, pues todas las cosas alrededor nuestro se sacuden hasta los tuétanos, y nada hay más débil y tambaleante que nosotros mismos. Pero ya que nuestro Padre celestial no permite que ni uno perezca de los que dio a Su Hijo, tan grande como es Su poder, tan segura es la confianza nuestra, y tan grandemente nos gloriamos. Y Su omnipotencia es tal que permanece firme como el vindicador invencible de Su propia dádiva. Así pues, Agustín observa adrede:

Si alguno de éstos pereciera Dios sería engañado. Pero ni uno de ellos jamás parece porque Dios nunca es, ni puede ser, engañado. Si alguno de éstos pereciera, Dios sería derrotado y superado por el pecado del hombre. Pero ni uno de ellos jamás parece porque nada puede vencer o superar a Dios. Los elegidos de Dios son escogidos para reinar con Cristo para siempre. No son como Judas que fue escogido sólo para una función temporera, en la cual encajaba naturalmente.

Luego, [añade]: «De éstos ninguno perece porque todos son escogidos conforme a un propósito; el de Dios, no el de ellos. Se puede ver que no se les concede tal don de perseverancia que puedan perseverar si esa fuere su voluntad; sino el don que no les permite sino perseverar». Agustín entonces confirma esas palabras con el siguiente excelente argumento:

Si en la gran debilidad de esta vida (en medio de la cual debilidad hay, sin embargo, necesidad de un poder extraordinario para frenar la vanidad y el orgullo humanos), a los hombres se les concediera la facultad de decidir a su propio arbitrio perseverar o no, de modo tal que, con el poder socorredor de Dios (sin el cual no podrían perseverar en absoluto), pudieran estar firmes si así lo desearan; y, si Dios no obrara en ellos la voluntad de perseverar, entonces la propia voluntad del hombre, en medio de tales y tan grandes tentaciones, se hundiría por su propia flaqueza.

Y por lo tanto los hombres no serían en absoluto capaces de perseverar porque, hundiéndose por sus propias flaquezas, no estarían dispuestos a perseverar, o si lo estuviesen, no tendrían las fuerzas para ello. Se suministra, pues, un remedio para la fragilidad de la voluntad humana, haciendo que actúe, incesante e inseparablemente, bajo el influjo de la gracia divina. Así que, la voluntad humana, aunque por sí misma endeble, no puede fallar ni ser subyugada por ninguna flaqueza en sí misma.

CAPÍTULO 5

ARGUMENTOS BÍBLICOS

PERMITAMOS AHORA QUE AQUEL MEMORABLE pasaje de Pablo, Romanos 9:10-13, se nos presente ante la vista. Sólo este pasaje debería ser suficiente para poner fin a toda controversia entre los obedientes y sobrios hijos de Dios. Y aunque no es de extrañar que ese monstruo sin ojos, Pighio, se mofe con desprecio de las palabras del apóstol mismo, espero llevar a todos los lectores de juicio cabal a aborrecer la bárbara audacia, que este monstruo hace patente, de profanar la Escritura. Tal como los judíos, que se vanagloriaban del nombre de la Iglesia, repudiaron el Evangelio de Cristo con el pretexto de que había sido condenado por el consentimiento de la (llamada) Iglesia, el apóstol, para evitar que la majestad del Evangelio fuera ensombrecida por orgullo tan desvergonzado, arranca de las caras de estos enemigos de Cristo la máscara detrás de la cual falsamente se jactaban.

Era, en verdad, una gran dificultad y un formidable obstáculo para los débiles, ver que la doctrina de Cristo era objeto del repudio de casi todas estas personas que Dios había designado para ser herederos de Su pacto perpetuo. Desde el principio los apóstoles habían predicado que Jesús era el Mesías de Dios. Pero toda esta nación a quien se le prometió el Mesías, se opuso a Él y lo repudió. ¡Esto no es causa de maravilla cuando hoy mismo vemos a miles tambalearse, flaquear y desmayar, atemorizados por esta máscara eclesiástica que los papistas se ponen sobre los ojos, jactándose de ser la Iglesia!

EL TESTIMONIO DE ROMANOS 9-11

Por consiguiente, traba el apóstol batalla con los judíos de esta manera: De ningún modo toma la simiente carnal como la descendencia legítima de Abraham, sino que cuenta solamente a los hijos de la promesa como la simiente. Pudo haber contado la simiente según la carne. Y eso hubiera sido consecuente con su argumento cuando, con respecto a la promesa, exponía la diferencia entre la progenie genuina y la espuria, cosa que ya había hecho. Pero ahora se remonta aún más en la mente de Dios y declara que aquellos que Dios escogió antes de que nacieran son los hijos de la promesa. En prueba de lo cual cita la promesa que el ángel dio a Abraham: «Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo [como si el apóstol hubiera añadido que antes de que Isaac fuera concebido en la matriz, era escogido de Dios]. Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre —pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama—, se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí» (Ro. 9:9-13).

Pighio se escurriría con la excusa de que éste es uno de los lugares más difíciles de la Escritura. Supongamos que le conceda el punto; no por eso reconozco que sus impíos ladridos hayan de tolerarse, cuando jactanciosamente sostiene que esto es un laberinto donde no se puede encontrar camino recto. ¿Pues qué? ¿Habremos de suponer que el Espíritu Santo, hablando por boca del apóstol, se despistó o se perdió, nos hizo perder el rumbo y nos llevó más allá de lo que es útil o propio que conozcamos? Hubiera sido muy fácil (según acabo de decir) para el apóstol diferenciar, por la marca de la fe solamente, entre los verdaderos hijos de Abraham y los espurios. Pero introduce adrede el tema de la elección, asunto más elevado y apartado. Y ciertísimamente, ya que, según lo que dice de sí mismo, fue arrebatado hasta el tercer cielo y le fueron revelados secretos de Dios que no le es dado al hombre expresar, tiene que ser evidente

que él sabía muy bien hasta qué punto le era conveniente y lícito divulgar las cosas secretas del Altísimo.

Así pues, cuando lleva el asunto a tan gran altura, y lo aplica a un punto tan importante, siendo que pudo haberlo asentado de una manera tan general, breve y sumaria, ¿qué persona piadosa vacilaría en prestar oído atento y enseñable a lo que testifica? A menos que consideremos la suposición de que este monstruo furioso y ciego pudiera refrenar, por su *gran moderación* al Espíritu de Dios mismo para evitar que actuara irresponsablemente (en su propia opinión) rebasando todo límite apropiado. Nuestro muy *modesto* opositor añade: «Esta es una de las porciones de la Escritura que personas indoctas e inestables trastocan para su propia destrucción». Esta es precisamente la realidad que, por la más sencilla prueba, nos obliga a señalar acerca de sí mismo, pues tan ilícitamente tuerce y pervierte todo el contexto del Apóstol Pablo. Y cuando exhorta a sus lectores a ser obedientes a la Iglesia en cuanto a la interpretación de pasajes difíciles de la Escritura, como éste, yo secundaría su grave admonición si mostrara a sus lectores, como Iglesia, un redil de Cristo, ¡y no una hedionda pocilga de cerdos! Pues, ¿qué es la Iglesia de Pighio sino esa vorágine formada de la masa aglutinada de todas las iniquidades, y siempre atestándose pero aún no colmada de toda clase de errores?

La última amonestación de Pighio es que sus lectores no admitan nada que sea inconsistente con la bondad infinita de Dios, ni nada que pudiera incitarlos a aborrecer a Dios antes que a amarlo. Y aún así se apresura a toda vela directamente contra Dios porque predestina a algunos para destrucción desde que son creados. Pero suponiendo que esta doctrina fuera suprimida, los réprobos siempre hallarían ocasión para odiar a Dios y para atacarlo con sus impíos razonamientos y argumentos. Qué razón válida tengan para su ruidosa oposición será considerada debidamente en su lugar, cuando hayamos explicado plenamente el pensamiento del apóstol. Por el momento, todos aquellos que estén dispuestos a ser enseñados

en la escuela de Dios, escuchen lo que el apóstol llanamente y sin equívocos realmente dice y significa.

LA ELECCIÓN DE JACOB EN VEZ DE ESAÚ

El apóstol nos pone de frente a los dos hijos de Isaac, que al ser engendrados juntos en la sagrada y secreta matriz de la naturaleza, como si dijéramos en un templo de Dios, aun así fueron separados por la palabra profética de Dios para destinos enteramente diferentes. El apóstol asigna la causa de esta diferencia (que de otro modo pudiera inquirirse en los méritos de las vidas de estos dos niños) al consejo oculto de Dios: «para que el propósito de Dios [...] permaneciese» (Ro. 9:11). Aquí nos enteramos con toda claridad de que Dios determinó escoger solamente uno de estos niños.

Objeción uno y respuesta. Con todo eso, Pighio, con insensata argucia, como con el hocico de un cerdo, trata de desarraigar estas palabras del apóstol con toda la positiva llaneza de su significado. Dice que la elección de la gracia significa en este lugar que Jacob no había merecido tal cosa de antemano. Pero ya que el apóstol alaba esta gracia electiva de Dios basándose en que mientras uno fue elegido y el otro desechado, la vana invención de Pighio sobre la gracia universal se viene abajo de inmediato. El apóstol no dice que Jacob fue hecho heredero de la vida sólo para que la elección de Dios permaneciese, sino que cuando el hermano fue desechado, la primogenitura se le confirió a él.

Me doy perfecta cuenta de lo que algunos otros perros están ladrando, y de las murmuraciones de muchos ignorantes, que los testimonios del apóstol que hemos citado no tratan de la vida eterna, ni de la destrucción eterna, en absoluto. Pero si tales objetores sostuvieran en menor o mayor grado los auténticos principios de la teología (que todos los cristianos deberían conocer muy bien), expresarían sus sentimientos con algo menos confianza e insolencia. La respuesta de Dios a la queja de Rebeca tenía la finalidad de mostrarle que el desenlace de la lucha que ella sentía en su

seno sería que la bendición de Dios y el pacto de vida eterna recaerían sobre el menor. ¿Y qué significaba aquella lucha, sino que ambos niños no podían ser herederos del pacto al mismo tiempo, pacto que ya, por el secreto consejo de Dios, había sido decretado para uno?

Objeción dos y respuesta. Los objetores alegan en este punto que este pacto y el decreto que lo acompaña hacían referencia a Canaán, de lo cual escribe el profeta Malaquías (1:1-3). Y por cierto, esta objeción sería digna de observar si Dios se hubiera propuesto cebar a los judíos en Canaán como cerdos en un chiquero. Pero el pensamiento del profeta está muy lejos de esto. Dios había prometido esa tierra a Abraham como símbolo o figura visible de una herencia mejor, y la había dado a la posteridad de Abraham por posesión para allí congregarlos como pueblo peculiar para Sí mismo, y erigir allí un santuario de Su presencia y de Su gracia. Estos grandes fines y objetivos son los que el profeta revuelve en su profunda y reflexiva mente. En una palabra, el profeta sostiene que Canaán es la morada sagrada de Dios. Y como a Esaú se le privó de ese hogar, el profeta entendió con discernimiento santo, por el hecho de ser desechado Esaú de la familia santa y elegida, que Dios lo aborrecía. Sobre esa familia el amor de Dios reposa perpetuamente.

También nosotros, con el profeta, debemos con gran cuidado considerar la naturaleza particular de esa tierra, y la cualidad peculiar que Dios le asigna para hacer de ella segura señal y prenda de aquel pacto espiritual en que Dios entró con la simiente de Abraham. Es en este punto sagrado que el apóstol asienta que la libre elección de Dios recayó sobre Jacob, porque, no habiendo aún nacido, fue señalado para gozar de la herencia, mientras que su hermano fue, al mismo tiempo, desechado. Pablo, empero, pasa mucho más allá en su sacro argumento y mantiene que esa herencia no se obtuvo por obras, ni se le confirió a Jacob en virtud de las obras que pudiera ejecutar en su vida posterior. Ni es esto todo. El apóstol expresamente declara que los hermanos fueron separados, y esta diferencia se hizo entre ellos antes de que ninguno de ellos hubiera hecho

ni bien ni mal. A partir de estos hechos el apóstol solemnemente asegura que la diferencia que se hizo entre los niños no surgió de obra alguna, sino de la voluntad de Aquél que llamó.

Pighio señala las obras previstas. En este punto Pighio nos echa encima aquella vieja diferencia suya de que las obras ejecutadas no entraban en la consideración divina (pues las obras no existían aún), sino que la elección de Dios se ratificaba en la persona de Jacob porque Dios previó lo que habían de ser su fe y su obediencia. Y filosofa, con gran ingenio, sobre el nombre de Israel —que Jacob fue así llamado por haber visto a Dios— a fin de que sepamos que son verdaderos israelitas (no los que son ciegos por causa de su propia malicia e iniquidad, sino ciegos sólo con respecto a Dios), y que, cuando Dios se presenta para ser visto por ellos, abren los ojos. Pero, ¿no es una circunstancia sumamente ridícula que mientras este sujeto está ansioso por agudizar la vista de los demás, sea él mismo más ciego que un topo? ¡Muy diferente es la etimología que Moisés ofrece! Dice que el ángel con quien Jacob luchó y venció, le dio el nombre Israel. ISRAEL significa «tener poder con Dios», o «prevalecer sobre Dios» (Gn. 32:28-32).

Pero, tengan la bondad de decirme, ¿los ojos de quién podrá este mortal agujerear o arrancar para impedirles ver tales absurdidades? ¿Por qué dice Pablo tan particularmente que los niños no habían hecho ni bien ni mal, sino para deshacerse de todo lo que fuera en ellos meritorio? ¿Por qué, sino para poder afirmar positivamente que Dios no sacó Sus razones de ninguna otra fuente que de Su propia mente y voluntad al pronunciar tan diferentes juicios sobre los gemelos? Bien sé cuán común es la escapatoria de que en la mente de Dios existe una supuesta consideración, presente o futura, del mérito. Pero, antes que nada, yo haría esta pregunta: Si a Esaú y a Jacob se les hubiera permitido seguir el curso de su naturaleza ordinaria, ¿qué mayor número de buenas obras habría encontrado Dios en el segundo que en el primero? En efecto, la dureza del corazón de piedra de ambos hubiera repudiado la salvación cuando se les

ofreciera. «Pero», dice Pighio, «a ambos se les dio un corazón flexible a fin de capacitarlos para abrazar la gracia ofrecida; pero uno estuvo dispuesto a hacer aquello que por su libre voluntad podía hacer; el otro rehusó hacerlo». Como si el apóstol estuviera testificando que la renuencia y la repulsa de Esaú también las hubiera recibido de Dios; y como si Dios no hubiera prometido hacer que Israel anduviera en Sus mandamientos.

Conforme al juicio de Pighio, sin embargo, Juan niega a voz en cuello que Dios nos da «potestad de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1:12-13). Este loco está, primero, totalmente despistado al tomar «potestad» en el sentido de *facultad* o *habilidad*, cuando por el contrario significa ser digno de, o derecho o título de, honor. Pero deja ver una estupidez más que crasa cuando pasa inadvertida, como con los ojos cerrados, la causa de esta «potestad» que tan claramente describe el evangelista, declarando que son hechos hijos de Dios aquellos que reciben a Cristo, y asevera, acto seguido: «los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios». Dios, pues, considera dignos del honor de la adopción a los que creen en Su Hijo, pero que antes engendró por Su Espíritu; es decir, aquellos a quienes había formado para Sí mismo a fin de hacerlos hijos Suyos, aquellos que a la larga patentemente declaró como tales.

La naturaleza humana excluiría a obras previstas. Si, pues, la fe nos hace hijos de Dios, el próximo paso que hay que considerar es, ¿De dónde viene la fe? ¿Quién nos la da? La fe es el fruto de la simiente del Espíritu por la cual Dios engendra otra vez para novedad de vida.

En una palabra, lo que Agustín testifica es certísimo:

Que los redimidos se distinguen de los hijos de perdición sólo por la gracia, redimidos que la masa común de la corrupción original habría añadido a la misma perdición, excepto por la libre gracia de Dios. Por consiguiente se sigue que la gracia de Dios que ha de predicarse es aquella por la

cual Él hace a los hombres elegidos, no aquella por la cual los encuentra elegidos.

Esto lo inculca continuamente el mismo santo padre. A esto se puede añadir: Si Dios prevé algo en Sus elegidos por lo cual los separa de los réprobos, sería un sinsentido de parte del apóstol argüir que fue «no por las obras sino por el que llama» (Ro. 9:11), porque Dios había dicho, «El mayor servirá al menor» (Ro. 9:12) cuando los niños no habían nacido aún. Por lo que este vano intento de resolver la dificultad de la predestinación eterna de Dios, introduciendo la idea de que Él previó obras y méritos en las vidas futuras de los elegidos, es claramente insultante para el Apóstol Pablo y para su testimonio divino. Pablo concluye que no hubo atención a obras en la elección que Dios hizo de Su pueblo porque Él prefirió a Jacob sobre su hermano antes de que nacieran y antes de que hicieran «ni bien ni mal». Pero estos oponentes de la elección, tratando de validar su doctrina de que los elegidos de Dios son los que se distinguen de los réprobos por alguna marca de bondad, desean hacer ver que Dios previó la disposición que tendría cada persona para recibir o declinar la gracia ofrecida. Aun en la suposición de que estos hombres admitieran la expresión del apóstol, «ni habían hecho aún ni bien ni mal», Dios todavía, según la doctrina de ellos, elegiría a base de obras porque Su elección dependería de obras futuras por Él previstas. Pero ya que el apóstol da por hecho reconocido lo que estos excelentes teólogos por completo descreen, que todos los hombres son a la par indignos y que la naturaleza de todos es igualmente corrupta, firmemente concluye que Dios eligió a los que de Su propia buena voluntad y propósito eligió, y no porque previera que habían de serles hijos obedientes. El apóstol, además, reflexiona profundamente en qué sería la naturaleza de los hombres aparte de la elección de Dios. Pero estos hombres sueñan con el bien que Dios previó en el hombre, un bien que nunca pudo haber existido a menos que Él mismo lo produjera.

La sospecha de injusticia excluiría a las obras previstas. A pesar de que estas cosas son por sí mismas abundantemente claras, el contexto del apóstol nos lleva mucho más adentro de este sagrado asunto. Procede así: «¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? [...]» (Ro. 9:12). Pues bien, o esta supuesta objeción se introduce sin ninguna razón en absoluto, o la doctrina de Pablo no tiene lugar para obras previstas. ¿Qué sospecha de injusticia podrá concebirse cuando Dios ofrece la gracia a todos por parejo, y les permite disfrutarla a aquellos que llegan a ser dignos de ella? En una palabra, cuando estos objetantes fijan la causa de la elección o reprobación en las obras que los hombres habrán de hacer en el futuro, parecen escapar, y resolver muy a su propia satisfacción, esta cuestión que ellos encuentran objetable según Pablo supone. Por cuya razón es por completo evidente que el apóstol no estaba instruido en esta nueva sabiduría.

Pues sea, que el apóstol presenta a estos hombres reñidos con la justicia de Dios muy fuera de lugar y sin vestigio de razón. Reparemos en la manera en que repele la objeción que percibe: «En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca». Nada, que yo sepa, es más apropiado que citar las palabras de Agustín para explicar este pasaje:

Es maravilloso observar los abismos en que nuestros adversarios se precipitan para esquivar las redes de la verdad cuando se ven en tan grandes aprietos. Dicen que Dios aborreció a uno de estos niños y amó al otro antes de que nacieran, porque previó sus obras futuras. ¡Qué maravilla es que esta ingeniosa representación de la mente de Dios tocante a este extraordinario asunto se le escapara al Apóstol! Él no vio cosa tal, ni la fácil solución de la dificultad que la opinión de sus adversarios proponía. Su respuesta implica que el asunto no era tan breve, tan sencillo,

tan obviamente verdadero, tan absolutamente claro, como aquellos contendientes imaginaban. Cuando propuso tan estupendo asunto a nuestra meditación, cómo es que puede rectamente decirse acerca de dos niños aún no nacidos, y que no han hecho ni bien ni mal, que Dios amó a uno y aborreció al otro, breve y solemnemente añade,: «¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios?» (Ro. 9:14)

Este sería el lugar de introducir la interpretación inventada por nuestros antagonistas: Porque «Dios previó sus obras futuras». El Apóstol, sin embargo, no hace nada de eso. Antes bien, para que nadie tenga ocasión de atreverse a jactarse de los méritos de sus obras, ensalza la sola gracia de Dios introduciendo la palabra irrefragable de Dios a Moisés: «Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca» (Ro. 9:15). ¿Dónde están los méritos ahora? ¿Dónde están las obras, ya sean pasadas o futuras, cumplidas o por cumplir, como por el poder o la fuerza del libre albedrío? ¿No declara abiertamente el apóstol su pensamiento al alabar sólo la libre gracia?»

Hasta aquí he considerado las palabras de Agustín. Pero supongamos por un momento que el apóstol no hubiera introducido tal argumento con respecto a los dos hijos de Isaac (y por cierto, si la solución es tan clara y satisfactoria: que Dios estableció la diferencia entre los dos niños atendiendo a sus obras futuras, ¿por qué habría de enmarañarse el apóstol más profundamente y mantener que la causa de la diferencia se asentaba solamente en la voluntad de Dios?). No obstante, Dios, anteriormente, en Su conversación con Moisés, había reclamado para Sí mismo el derecho de desplegar Su misericordia como, y para con quien, le placiera. Y así lo hizo, para que nadie osara prescribir leyes para Su proceder. Luego declaró patentemente que sacaría a quien quisiera de entre toda la

multitud del pueblo, y que los salvaría; y todos eran indistintamente infractores del pacto. No dijo que Su elegir de entre ellos habría de depender de ellos mismos —que sería misericordioso para con los que pudiera hallar dignos de perdón. Sino declaró positivamente que sería el Amo, Señor y Árbitro de Su propia misericordia —que perdonaría a quien quisiera, no estando atado por obligación alguna de escoger a uno o a otro.

Depende de la misericordia de Dios. El apóstol pasa prontamente a deducir lo que por necesidad se sigue de la previa declaración de Dios a Moisés: que «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Ro. 9:16). Pues si la salvación de los hombres depende de la misericordia de Dios solamente, y si Dios no salva sino a aquellos a quienes elige por Su beneplácito secreto, no puede haber absolutamente nada que los hombres puedan hacer, querer, o determinar en el punto de la salvación.

Pighio explica este caso solemne de esta manera: ¡que la salvación no se debe a ningún esfuerzo nuestro, ni a ninguna obra nuestra! Por esta razón, porque Dios libremente nos llama a esa salvación. Se solaza con sus opiniones sintiéndose muy seguro, imaginando que puede con una palabra suya dar al traste en un instante con la doctrina del apóstol. Mientras que Pablo llega a su conclusión de esta manera: porque Dios elige aquellos a quienes salva pues que así le ha placido, y no porque en sus vidas haya obras diferentes de las obras y vidas de los demás; por lo tanto, «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia»; haciendo, de este modo, que el todo gire alrededor de la gracia de Dios solamente. Pero Pighio cree que ha escapado impunemente diciendo que la gracia se extiende a todos, cuando por el contrario nadie es acreedor de ella. Y cuando dice que los que el Señor halla dispuestos y obedientes a Él vienen a ser partícipes de la gracia, se ve, por fin, obligado recurrir a este reconocimiento, que tanto el «querer» como el «correr» son de provecho, pero ya que no bastan por sí mismos, el triunfo, ciertamente, ha de concederse

a la misericordia de Dios. Todos estos absurdos el mismo Agustín los refuta admirablemente:

Si Moisés por lo tanto dice, «No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia», porque procede de ambos —es decir, tanto de la voluntad humana como de la misericordia de Dios— esto es lo mismo que decir: La voluntad del hombre sola no es suficiente, a menos que la misericordia de Dios se le añada, ni tampoco lo es la misericordia sola de Dios sin la añadidura de la voluntad humana. Además, si ningún cristiano se atreve a decir: No es de Dios que tiene misericordia, sino del hombre que así lo quiere, síguese evidentemente que debemos entender que no es del que quiere ni del que corre, a fin de que toda la gloria se le atribuya a Dios; pues es Él quien prepara la voluntad del hombre, tornándola buena, para auxiliarla, y la auxilia cuando está así preparada.

Más absurda aún, pues, es la estratagema de ciertas personas que de estas importantes cuestiones devanan la conclusión de que hay una especie de concurrencia, o un partir el camino, entre la misericordia de Dios y los esfuerzos humanos. ¡Como si Pablo quisiera decir que el hombre muy poco puede hacer al correr si no le asiste la gracia de Dios! Por el contrario, el apóstol reduce todas las otras cosas a la nada para poder dar lugar vacante y completo a la misericordia de Dios. Pues ¿de dónde el comienzo de todo legítimo correr? ¿Acaso puede alguno, por sí mismo, ir al encuentro con Dios? ¿Podrá, mientras no lo guíe y dirija el Espíritu Santo?»

Permítaseme una vez más adoptar el lenguaje de Agustín:

Diariamente son atraídos a Cristo aquellos que fueron Sus enemigos: «Ninguno puede venir a Mí, si el Padre no le

trajere». No dice «le conduzca», como si la voluntad humana, de algún modo, precediera; pues ¿quién es traído¹ si está ya dispuesto a ir? Pero Dios, que sabe cómo obrar en el corazón del hombre, a quien elige atrae de manera maravillosa. No que lo obligue a creer en contra de su voluntad, o de mala gana, sino que lo hace estar dispuesto, cuando antes no lo estaba. Vemos, luego, que la elección eterna que Dios hace de un hombre, queda acreditada por el subsiguiente «correr»; pero acreditada de modo tal que la misericordia de Dios sola (el cual levanta a los caídos, a los errantes hace volver al camino; aún más, que da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen) tiene la preeminencia.

EL EJEMPLO DE FARAÓN

Debemos ahora atender a las partes restantes de la oración del apóstol sobre los réprobos. De estos, Pablo nos presenta a Faraón como el más señalado ejemplar. Dios mismo habla de él de este modo por medio de Moisés: «Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder» (Ex. 9:16). Este pasaje lo ha traducido el apóstol fielmente, palabra por palabra, así: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder». El verbo es *hifil*, derivado de la raíz הִפִּיל ('md), que significa «estar de pie»². Por lo tanto a Faraón se le presenta abierta y prominentemente como alguien de quien Dios

1 El verbo griego de Juan 6:44, ἐλκύω, es “sacar, arrastrar, atraer”; nota del presente traductor.

2 El campo semántico de הִפִּיל es muy amplio. Pero es importante notar que el *hifil* tiene una connotación distinta. הִפִּיל en el *hifil* significa *hacer estar de pie, designar, levantar, y asignar* entre otros. La connotación de este aspecto del Hebreo es de obligar que alguien o algo haga una cosa. En este caso, la gramática hebrea señala claramente que Faraón ni se levantó a si mismo ni se eligió, sino que Dios indica que Él mismo había elegido y levantado a Faraón para un propósito único y esto según Su propia voluntad. —Nota del Editor.

haría una memorable muestra de Su poder. ¿De dónde (o de qué estado o condición) recibió Dios a Faraón para colocarlo en esa posición? Pighio diría que Dios lo sostuvo por Su poder por un tiempo, aunque merecedor de muerte. Suponiendo que yo le permitiera tomar refugio en el escape; aún así estaría enmarañado y firmemente paralizado por el hecho de que Dios, abandonando a Faraón a su propia voluntad e inclinación, lo destinó a destrucción.

Si a Pighio le inquieta insistir en la longanimidad de Dios, estoy plenamente al unísono con él; sin embargo, este hecho permanece fijo e inalterado, que los réprobos son puestos aparte, en el propósito de Dios, para el solo fin de que en ellos Dios muestre Su poder. Que la longanimidad de Dios, en el caso presente, está muy distante del pensamiento y argumento del apóstol, es indudable por la inferencia que de inmediato hace, al observar que «al que quiere endurecer, endurece». No hubiera añadido esto a menos que, en la expresión «te he levantado», quisiera incluir el propósito de Dios por el cual Faraón fue designado para engrandecer, por su testarudez, la redención del pueblo de Dios, Israel. Si alguno dijera que «levantar» a Faraón significa que fuese levantado desde arriba hasta la cumbre del honor regio, eso es ciertamente una parte, pero no el todo, del asunto. En la LXX (Septuaginta) los traductores griegos usaron aquí la misma expresión que usaron para traducir el verbo *hifil*, derivado de la radical קָמַ (qwm), «levantarse»³. A más de esto, se dice que Dios

3 Aunque Calvino asevera que el radical קָמַ (qwm) en el *hifil* se equivale a una expresión griega que los traductores de la LXX emplearon, no parece cierto por varias razones. Lo que parece más cierto es que Calvino quiso decir קָמַ en vez de קָמַ. En Ex. 9:16, la LXX emplea el vocablo διατηρέω (DIATNREŌ), *conservar o mantener algo; conservar algo en un estado particular*. En el TM (Texto Masorético) διατηρέω suele equivaler el vocablo hebreo שָׁמַר (šmr), *guardar, observar, o cuidar algo o si mismo*. Su uso novotestamentario incluye todo lo anterior y extiende su alcance semántico hasta *evitar, preservar, y atesorar algo en el corazón*. Al otro lado, el vocablo קָמַ pocas veces se traduce con ἐπαγείρω (EPAGEIRŌ), *recoger*, una palabra relacionada con el vocablo que

«levanta» aquello que Él causa por Su brazo extendido, como para lograr el fin que ha dispuesto. La Escritura primariamente echa de ver, en este lugar, el principio, o *primera causa*, de lo que registra, para adscribir el todo a Dios solamente. De esta misma manera se dice que Dios «levanta» profetas y ministros de salvación, para que nadie reclame estas cosas para sí mismo apoyándose en su propia industria. Por lo tanto, lo que Moisés quiso decir se expresa fielmente con la locución «levantó», si uno está dispuesto a recibirla; y Pablo no la recibió de otra manera. Muy ciertamente la expresión «levantó» abarca, no menos distinta que sumariamente, lo que había tocado concerniente tanto a los elegidos como a los réprobos, ya que reclama para Dios el derecho y el poder de tener misericordia de quien quiere, y de endurecer a quien quiere, según Su propia voluntad y propósito. El apóstol, pues, mantiene que el derecho de endurecer y de mostrar misericordia reside en la potestad de Dios solamente, y que ninguna ley puede imponérsele a Él como regla para Sus obras, ¡porque no se puede pensar que ninguna ley o regla sea mejor, más grande o más justa que Su propia voluntad!

Pero según antes algunos decían que el apóstol introduce aquí vituperio contra Dios, Pighio también se ampara en este refugio. Suponiendo que esto se le concediera, el nudo de ninguna manera se desataría. En primer lugar, el apóstol no propone una cuestión acerca de nada. Y en segundo lugar, su respuesta es tal que admite ser verdadera la objeción de los adversarios. Y, ¿qué logra Pighio con estos subterfugios? Con tales equívocos sólo prueba que es mala su causa. Pero, ¿a quién se hallará que le ceda lo que pide, cuando

Pablo emplea en Romanos 9:17, ἐξεγείρω (EXEGEIRŌ), *dar nueva vida a persona o cosa, resucitar, hacer existir, levantar algo/alguien a un nivel más elevado, o levantar algo/alguien en poder*. Los sentidos de todas estas palabras son muy parecidos y parece que Calvino quiso decir מַחְיֶה, pero ya que el significado del vocablo מַחְיֶה es tan relacionado, se entiende porque substituyó el uno por el otro. Al otro lado, lo que Calvino asevera posteriormente sí se acuerda con el uso veterotestamentario del vocablo KUM.—*Nota del Editor.*

con violencia separa, por un lado, cosas conectadas inmediatamente, y por otro, ata en un fardo cosas manifiestamente separadas y desemejantes? Después que el apóstol había demostrado que Dios hizo distinción entre los elegidos y los réprobos por su incomprensible voluntad, deduce en el mismo contexto: «De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece». A lo cual de inmediato añade, «Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa?» Cuando de este modo Pablo hace que los interlocutores sean evidentemente diferentes, ¿quién no haría caso a las palabras de Pablo antes que a cualquier comentario ajeno a ellas? También en esta ocasión, como en muchas otras, Agustín observa muy doctamente:

Poco significa en qué persona uno recibe lo que se ha de decir que, por su respuesta, el apóstol, da a entender que es cierto. Suponiendo que la objeción fuera falsa, no es muy probable que el apóstol guardara silencio si la causa de los adversarios fuera tan buena, tan clara y tan atendible. Si es falso que Dios endurece a quien quiere, este nudo, insoluble para el intelecto humano, podía asentarle el apóstol con una palabra.

Miradas las cosas de esta manera, Pighio pretende que el apóstol rehusó contestar de manera llana y directa, porque juzgaba que personas desvergonzadas no eran dignas de que se hablara con ellas; que sería mejor que aprendieran a pensar humildemente, antes que exigir razones para las obras de Dios. Así como se lee en otra parte [dice] que los judíos, que preguntaron a Cristo con qué autoridad hacía Sus obras, fueron repulsados por una pregunta similar. Pero las palabras de Pablo se yerguen contra tal suposición, pues más adelante refrena la insolencia de todos los que se entregan a la atrevida curiosidad de escrutar los secretos de Dios. Al mismo tiempo mantiene el hecho de que los réprobos son vasos de la ira de Dios,

en los cuales hace notorio Su poder.

Por lo tanto, Agustín razona de manera muy diferente de Pighio, y con mayor exactitud, arguyendo así: «Cuando Pablo suponía que se presentaba la pregunta “¿Por qué, pues, inculpa?”, ¿Responde: Lo que has dicho, oh hombre, es falso? Nada de eso. Su réplica es, “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?”» Lo que en otro lugar dice Agustín es digno de notar:

Pablo no corta el discurso de los adversarios con una severa reprensión cuando contienden con Dios con profana petulancia, como si la justicia de Dios tuviera necesidad de una defensa solemne, sino que se expresa del modo que juzgó más propio. Ciertas personas necias consideran que la respuesta del apóstol falló en esta ocasión, y que no teniendo razón que presentar, meramente se limitó a reprimir la audacia de los oponentes. Sin embargo, las palabras del apóstol poseen un peso inconcebible. «¿Quién eres tú, oh hombre?» Con preguntas como ésta, el apóstol hace que se repliegue el hombre, considere quién es, y cuál sea la capacidad de su mente. Ésta es una poderosa razón expresada en pocas palabras, ciertamente, pero dentro de una magna realidad. Pues, ¿quién que no entienda esta demanda del apóstol podrá replicar a Dios? Y ¿quién que lo entienda podrá hallar algo que replicar?

Por lo cual dice Agustín en otra parte:

Si estos argumentos de Pablo son de alguna sustancia para nosotros, escuchemos con gravedad al apóstol cuando se dirige directamente a nosotros, de inmediato, en aquellas capitales palabras, «¿Quién eres tú, oh hombre?», etc. Pues aunque Dios no creó los pecados de los hombres, ¿quién si no Dios creó las naturalezas de los hombres?; naturalezas

que son en sí mismas indudablemente buenas, pero que de las cuales males y pecados estaban destinados a proceder, de acuerdo con el beneplácito de Su voluntad; y en muchos, pecados tales que merecerían castigo eterno. Si se preguntara por qué creó Dios tales naturalezas, la respuesta es, porque determinó crearlas. ¿Por qué lo determinó así? ¿Quién eres tú, oh hombre, para que alterques con Dios? Si vanos discutidores tienen algo más que decir, ¡mirad!, ¡aquí se le otorga una razón al hombre! Una razón que le es suficiente, y todo lo que se le debe, si de veras desea recibir aun esto, a aquel que está inclinado a contender por la libertad de su propia voluntad, mientras está bajo el yugo de su propia flaqueza.

«Pero si a alguno todavía lo carcome un deseo depravado de porfiar con Dios, que el tal», dice Agustín, «hable y escuche como le cuadra a un hombre: “¿Quién eres tú, oh hombre?” Pero que escuche y no desprecie. Y si es despreciador, que se considere “endurecido por Dios”, para poder despreciar. Pero si no desprecia, que crea entonces que Dios lo capacita y ayuda a no despreciar. Pero que aquél crea que es endurecido según lo merece; y éste, que es socorrido conforme a la gracia». Y cuál sea el merecido del hombre, Agustín lo demostró en estas palabras: «Todo pecador es inexcusable, ya sea por su pecado original y naturaleza pecadora, o por el acto adicional de su propia voluntad, supiera o no que pecaba, tuviera o no juicio de lo que es recto. La ignorancia misma, en aquellos que no quieren entender, es indudablemente pecado; y en los que no pueden entender, la ignorancia es el castigo del pecado».

EL ALFARERO Y EL BARRO

Depongamos ahora la ayuda del testimonio de Agustín. Ponderad conmigo, lectores, este importantísimo asunto por sí mismo. Comparando Pablo al hombre con Dios, como lo hace aquí, indica que el consejo de Dios al elegir y al reprobar a los hombres, es sin

duda más profundo y más recóndito de lo que el entendimiento humano puede penetrar. Por lo cual, oh hombre, considera (como te lo aconseja el apóstol) quién y qué eres, y concede a Dios más que la medida y alcance de tu propia naturaleza. Pero supongamos que demos lugar, por un momento, al filosofismo de Pighio: que la condición de todos los hombres es igual, excepto en aquellos que se privan a sí mismos de la vida eterna, quienes, a pesar de eso, fueron elegidos como los demás. ¿Qué habría aquí oscuro o de difícil solución? ¿Qué habría que el sentido común no pudiera admitir? ¿Qué sujeto, que el juicio natural no pudiera esclarecer? Pero cuando uno oye de un misterio que sobrepasa todo entendimiento humano, puede uno enseguida concluir que todas las soluciones de los hombres, derivadas del común juicio natural y que pudieran ser útiles en un tribunal de justicia profano, son frívolas y vanas.

Pighio, sin embargo, intenta enfrentarse con nosotros con la observación de que Dios no repulsa ni despidе en duda a aquellos que humildemente mantienen la mente en sujeción; que, por lo tanto, los que contienden con Dios son solamente los refractarios y altivos; y que tal contienda no se encuentra en ninguno otro. Con este aserto me avengo sin dificultad, con la condición de que Pighio confiese, por su parte, que el apóstol culpa de orgullo impiadoso a todos los que miden la justicia de Dios con la vara de su propia comprensión. Pero a fin de obtener la alabanza de Su justicia, Dios debe, según el juicio de Pighio, exponer una razón clara de todo lo que hace. Mientras que, por el contrario, nuestra regla de modestia debe ser que donde la razón que Dios tenga para ejecutar Sus obras esté oculta, debemos nosotros, aun así, creer que Él es justo.

El libro de Sirac y el apóstol Pablo. Pues bien, el hijo de Sirac no se avergüenza de ensalzar a Dios con la alabanza de que, como alfarero, separa y distingue vasos conforme a Su voluntad; y que los hombres son también como barro en las manos de Dios que les da forma y que

da a cada uno según ha decretado. En este pasaje⁴, si se le compara con lo que ha precedido, κρίσις (KRISIS) no puede significar otra cosa que el *beneplácito* del artífice, o alfarero. Tampoco queremos buscar otro intérprete más allá del apóstol, que, con la misma metáfora, patentemente reprende la audacia de todo aquel que le exige a Dios razón de Sus obras: «¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?» (Ro. 9:19; Is. 29:16, 45:9). Por lo tanto, aquél que sostiene que la voluntad de Dios, aunque oculta, es la más alta justicia, se limitará a la moderación del apóstol, y le atribuirá a Dios la libre potestad de destruir o de salvar a quien quiera. Sin importar cuánto Pighio se retuerza a sí mismo retorciendo las palabras del apóstol, no puede hacer que esta similitud se aplique de otra manera, en el caso presente, que como la aplicó el apóstol, que la introdujo para demostrar que Dios, por Su propio derecho, crea a todos los hombres para cualquier destino que quiera y que a Él le plazca.

Si a primera vista esto a alguien pareciere descaminado o ininteligible, que escuche una amonestación adicional de parte del admirable Agustín:

Si las bestias pudieran hablar, y riñeran con su Hacedor porque no las hizo hombres como nosotros, no hay uno entre nosotros que, en un momento, no montara en cólera con ellas. Luego, ¿qué diremos de nosotros mismos? ¿Quién o qué somos para altercar con Dios por hacernos a cada uno lo que somos? Muy ciertamente fuera de sí está aquél que no adscriba a Dios una excelencia mucho mayor y más alta que la que él y la raza humana poseen con respecto a las bestias de la tierra. ¿Qué resta, pues, sino que las ovejas del rebaño de Dios se sujeten a Él sosegada y pacíficamente?

4 Calvino se refiere a la obra apócrifa *Sirac*. Véase *Sirac* 27:5; 33:13; y 38:29. El pasaje a que se refiere probablemente sea *Sirac* 33:13.

Esto sería mucho más apropiado que, siguiendo el ejemplo de Pighio, hacer a los hombres alfareros en lugar de Dios, y dejar que cada uno forje su destino por su virtud propia.

Pero, dice Pighio: «Lo que aquí es oscuro, se hace llano en otro lugar. Así como el horno prueba los vasos del alfarero, la tentación prueba al justo». Esto es cierto. Pero a partir de esto, concluye que, por lo tanto, si un justo ha de ser constante en la fe y en la piedad, será un vaso para honra, pero si falla por falta de valor y constancia, será un vaso para deshonra. Y dado que, según lo que dice, cada uno por su propia voluntad, y asistido por la gracia divina (la cual es común, dice, a todos los hombres, y preparada para todos), a la larga persevera, concluye que somos hechos vasos para honor por nuestra invencible fortitud. No voy a detenerme a observar cuán absurdamente Pighio confunde aquí dos cosas enteramente diferentes —la formación del vaso, y la prueba del vaso ya formado— sólo diré que el hecho de que Dios ponga a prueba a Su pueblo por diversas aflicciones y tentaciones no altera en absoluto la predeterminación (ni interfiere con ella) por Su voluntad y consejo eterno antes de que nacieran. Ni tampoco altera el que los haya formado, desde la eternidad, tal como quería que fuesen después en el tiempo. Tampoco de ningún modo ofrece sostén a las opiniones de Pighio aquel pasaje donde dice Pablo: «Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra» (2 Ti. 2:21). Diciendo esto Pablo no demuestra la manera en que los hombres, desembarazados y purgados de su inmundicia, son hechos vasos para honra; sino cómo los fieles, que ya son elegidos y llamados, son adaptados para los usos puros de Dios.

¡Ahora observen cuán exacta es la armonía entre el pensamiento de Pighio y el del apóstol! Estas son las palabras de Pighio: «Lo que aquí resulta oscuro en el apóstol, en otro lugar lo expresa llanamente —por qué y cómo es que Dios hace unos vasos para honra y no otros. Así pues, a fin de que Jacob pudiera ser un vaso de misericordia, su alma se había purificado a sí misma, por cuya razón merecidamente

fue hecho vaso para honor; y fue así que Dios, previendo y respetando esta purificación propia, amó y eligió al patriarca antes de que naciera». Eso dice Pighio. Ahora escuchemos a Pablo que, al contrario, cuando exhorta a los fieles a purificarse a sí mismos a fin de poner un «fundamento» para esta doctrina, lo prologa diciendo: «Conoce el Señor a los que son Suyos» (2 Ti. 2:19). De la misma manera, en otro lugar exhorta al pueblo de Dios a la santidad arguyendo: «Porque somos hechura suya, creados [...] para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:10). Pablo, por lo tanto, con mente sobria, se gloria de ser un perito arquitecto y pone el fundamento de toda salvación en la gracia libre de Dios solamente. Pighio, sin embargo, comienza su edificio desde la superficie rasa de la tierra, sin ningún fundamento.

El profeta Jeremías. Igualmente, al tratar del pasaje de Jeremías 19:11, gasta multitud de palabras en vano. En ese pasaje el profeta no describe el origen de nuestra formación, sino que afirma y mantiene el legítimo poder de Dios de quebrar y destruir vasos ya formados y acabados. El pensamiento y la intención del apóstol, por lo tanto, al usar esta similitud, deben observarse con cuidado y sostenerse firmemente que Dios —Hacedor de los hombres— forma de la misma masa que tiene en las manos, un vaso u hombre para honra, y otro para deshonor, según Su voluntad soberana y absoluta. Librementemente escoge para vida a algunos que aún no han nacido, dejando a otros a su propia destrucción, destrucción que todos indistintamente merecen. Y cuando Pighio sostiene que la elección que Dios hace de gracia no tiene relación ni enlace con Su aversión hacia los réprobos, yo sostengo que la relación y el enlace son verdaderos puesto que la justa severidad de Dios corresponde, en causa igual y común, a aquel amor voluntario con que abraza a Sus elegidos.

VASOS DE IRA Y DE HONOR

Luego el apóstol llega a esta conclusión: «¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia

los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que Él preparó de antemano para gloria?» Esto no constituye base ni razón [quiere decir el apóstol] para que nadie cuestione a Dios o contienda con Él. Pighio (igual que otros como él suelen hacer) se apodera de la palabra paciencia. Aun más, hace hincapié en esa palabra con altanero alarde que raya en ferocidad, como si Dios no endureciera a los elegidos (¿réprobos?) de otro modo que por lenidad paternal, por así decirlo. «Dios», dice él, «no hace de los hombres vasos para deshonor sino soportándolos bondadosamente mientras abusan de Su benignidad, y atesorando para sí mismos ira para el día de la ira». ¿Qué, entonces, viene a ser de la diferencia que Dios hizo entre los dos hermanos antes de que nacieran? Si hemos de creer a Pighio, Dios hizo la diferencia porque previó la dureza del corazón de Esaú. Entonces, ¿cómo es que la elección de gracia se manifiesta tan claramente en el caso de Jacob, siendo que Esaú ocupaba el mismo grado y posición de Jacob hasta que se excluyó a sí mismo del número de los hijos y familia de Isaac? Pero este meneo y evasiva de Pighio queda tan completamente refutado por una muy breve oración del apóstol Pablo, que resulta realmente superfluo ir más allá en búsqueda de argumentos para rebatirlo.

El sentido en que los hebreos usan los vocablos «vasos» e «instrumentos» es bien conocido por todos los que tienen un mínimo conocimiento de la Escritura. Dondequiera que oímos de «instrumentos», también hallaremos a Dios como el Autor y Regidor de cuanto se hace, mientras que Su mano dirige la totalidad de las cosas. ¿Y por qué se consideraría a los hombres «vasos» de ira sino porque Dios muestra hacia ellos Su justa severidad, que se abstiene de mostrar a otros? ¿Y por qué son hechos «vasos de ira»? Pablo nos dice: Para que en ellos Dios pueda «mostrar su ira y hacer notorio su poder». El apóstol dice que fueron «preparados para destrucción». ¿Cuándo y cómo? Desde su primer origen y naturaleza primitiva. La naturaleza de toda la raza humana se corrompió en la persona de

Adán. No que el propósito más alto y profundo de Dios no precediera al todo, pero fue de este arranque que la maldición de Dios comenzó a operar. De esta fuente empezó, en efecto, la destrucción de la raza humana. Pertinentemente, el apóstol testifica que Dios «preparó de antemano» los «vasos de misericordia» para gloria.

Si este haber sido «preparado de antemano para gloria» es peculiar y especial de los elegidos, se sigue evidentemente que el resto, los que no fueron elegidos, fueron igualmente «preparados para destrucción», porque, abandonados a su propia naturaleza, estaban por lo mismo entregados ya a la destrucción segura. Que fueron «preparados para destrucción» por su propia iniquidad es una idea tan disparatada que no merece atención. Efectivamente, los réprobos mismos se procuran la ira de Dios, y diariamente precipitan la caída de todo ese peso sobre sus propias cabezas. Pero todos han de confesar que el apóstol trata aquí de la diferencia que se establece entre elegidos y réprobos, diferencia que procede solamente de la secreta voluntad y propósito de Dios. Pablo dice también que Dios mostró las «riquezas» de Su «gracia» a los «vasos de misericordia»; mientras que, por lo contrario, los «vasos de ira» se abalanzan a la destrucción. Certísimo es que aquí nada se oye del absurdo parloteo de Pighio —que la gracia es la misma para todos, pero que la bondad de Dios queda ilustrada con más brillo por soportar los vasos de ira mientras les permite llegar a su propio fin. Pero en cuanto a la paciencia de Dios, la solución de su operación es perfectamente clara: está inmediatamente vinculada con Su poder. Dios no sólo permite por Su paciencia que algo se haga o que continúe, sino que gobierna y rige por Su poder absoluto lo que se hace.

El compromiso inviolable de Dios no puede sostenerse sobre ninguna otra base, cuando dice: «Yo el Señor tu Dios soy Dios celoso, que muestro misericordia a mil generaciones, pero vengador severo hasta la tercera y cuarta generación». Este pacto, digo pues, no se puede sostener a menos que el Señor, por Su propia voluntad, decrete a quién ha de mostrar misericordia, y a quién permitirá permanecer

condenado a la muerte eterna. Él extiende Su gracia (así lo declara) hasta mil generaciones. Ahora pregunto: ¿Tiene Dios consideración de los hijos de los piadosos según los méritos de ellos mismos, al continuar extendiéndoles Su gracia que mostró a los progenitores, basándose solamente en que ha prometido así hacerlo? Dios se une libremente en fidelidad con Abraham, que no merecía tal favor, diciéndole que por amor del patriarca, sería el Dios de su posteridad. De aquí aquella solemne súplica, muerto ya el patriarca: «Acuérdate de tu siervo Abraham» (Dt. 9:27). Muy claramente aquí se escoge a los hombres y se hace distinción entre ellos; y no por los méritos de cada uno, sino con arreglo al pacto hecho con sus padres. No que toda la posteridad de Abraham que descende de él según la carne posea este privilegio, sino que a esta promesa ha de referirse la fe y la salvación solamente de todos aquellos que de la simiente de Abraham son elegidos para vida eterna.

Idéntica es la naturaleza de la venganza que Dios ejecuta sobre la tercera y la cuarta generación. Tocante a lo que algunos alegan, que todos los que pecan son castigados en su propia época, cada uno en su día y orden —eso es un subterfugio aún más frívolo. De esta manera los antiguos pelagianos, hallando que no podían desembarazarse de las redes de aquellos testimonios de la Escritura que hacen evidente que todos los hombres pecaron en Adán, comenzaron a poner tachas nimias a la verdad, y fraguaron la doctrina de que toda la posteridad de Adán pecó por imitarlo, y no por una corrupción total de la naturaleza que derivaron de él. Piadosos maestros los atacan, sosteniendo correctamente que todos fueron realmente condenados a causa del pecado y de la culpa de Adán, y que de tal pecado y culpa solamente la gracia de Cristo los liberta. Así, en el caso presente, a fin de que la antítesis y los paralelos concuerden y correspondan entre sí, necesariamente se sigue que Dios ejecuta venganza, en las personas de los hijos, de los pecados que condenó en los padres. Tampoco se pueden explicar de otra manera muchos otros pasajes de la Escritura en que Dios declara

que «castiga la maldad de los padres en sus hijos después de ellos» (Jer. 32:18). En vano los oponentes citan en contra nuestra aquel pasaje de Ezequiel: «El hijo no llevará el pecado del padre: el alma que pecare, esa morirá» (18:20); porque forma parte particular de la venganza de Dios contra el pecado, cuando deja a los hombres vacíos y destituidos de Su Espíritu. Así destituidos, cada uno acarrea las consecuencias de su propio pecado. Por consiguiente, se dice que los hijos llevan los pecados de sus antepasados, y no «inmerecidamente» (según el poeta profano insinuaría); porque son culpables, pues siendo (como el apóstol dice) hijos de ira, y abandonados a su propia voluntad e inclinación natural, y siendo desde su origen herederos de muerte eterna, no pueden hacer otra cosa que aumentar, en una trayectoria perpetua e ininterrumpida, su propia ruina.

EL PROFETA ISAÍAS Y LA CEGUERA ESPIRITUAL

En esta coyuntura se puede explicar muy oportunamente el pasaje de Isaías, que el Espíritu Santo se ha servido repetir con particular aplicación seis veces en el Nuevo Testamento. Al profeta Isaías se le envió con una comisión prodigiosamente enorme: «Anda, y dí a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad» (Is. 6:9-10). El profeta que aquí se representa como el ministro de ceguera, surge manifestamente de la naturaleza del oficio que tuvo que ejercer y de los efectos que, era seguro, habrían de seguir. La gran pregunta tiene que ver con la causa de tal ceguera. También ha de confesarse que es merecido castigo, que se impuso sobre aquel pueblo desagradecido y rebelde, que la luz se les convirtiera en cerrazón. Además, había precedido en ellos una maliciosa y tozuda incredulidad, que merecía plenamente la visitación de tal recompensa. Pero puesto que el profeta testifica que había un cierto número selecto sobre quienes la salvación brilló por la

predicación de la Palabra de Dios, la pregunta que ha de satisfacerse es, ¿Escaparon esos favorecidos el horrible juicio que pesaba sobre el resto por alguna virtud propia, o es que la mano de Dios los conservaba salvos y seguros?

Un asunto de mayor peso nos apremia: ¿Cómo sucedió que, de entre aquella gran multitud, algunos se arrepintieron, mientras que la enfermedad de otros permaneció incurable? Si uno pesara esto en la balanza del juicio humano, decidiría que la causa de la diferencia radica en los hombres mismos. Pero Dios no nos permite detenernos ahí. Declara que todos aquellos que no siguen la corriente de la ruina común son salvos por Su gracia. Si el arrepentimiento es o no Su propia obra, no debe incluirse en la controversia. Lo que Agustín dice es tan evidentemente cierto: «Aquellos que el Señor quiere que se conviertan, los convierte Él mismo; no sólo hace dispuestos a los indispuestos, sino que también hace ovejas de los lobos y mártires de los perseguidores, transformándolos por Su gracia todopoderosa». Si la iniquidad del hombre se alegara aún como la causa de la diferencia entre los elegidos y los no elegidos, esta iniquidad pudiera en verdad parecer más poderosa que la gracia que Dios muestra para con Sus elegidos, si esta solemne verdad no se interpusiera en el camino de tal argumento: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia». Pero la interpretación que Pablo hace del pasaje de Isaías que ahora nos ocupa, no da lugar a ninguna duda. Después de decir que la elección de Dios estaba determinada y fija, añade: «los demás fueron endurecidos; como está escrito,...» etc. (Ro. 11:7-8).

Concedo que esta ceguera de los judíos fue voluntaria, y libremente reconozco su pecado en ello. Pero percibo quiénes son los que Pablo excluye de esta ceguera; son los que a Dios le plugo escoger de entre los demás. Pero, ¿por qué escogió a unos y no a otros? Nadie se ofenda, pues, de que Él aún escoja, de tiempo en tiempo, a unos y no a otros; y excluyamos nosotros, al igual que Pablo, a estos escogidos de entre la masa general de los que han sido cegados. Ni preguntemos cuál es la razón de la diferencia que Dios hace. Como Pablo dice,

predicación de la Palabra de Dios, la pregunta que ha de satisfacerse es, ¿Escaparon esos favorecidos el horrible juicio que pesaba sobre el resto por alguna virtud propia, o es que la mano de Dios los conservaba salvos y seguros?

Un asunto de mayor peso nos apremia: ¿Cómo sucedió que, de entre aquella gran multitud, algunos se arrepintieron, mientras que la enfermedad de otros permaneció incurable? Si uno pesara esto en la balanza del juicio humano, decidiría que la causa de la diferencia radica en los hombres mismos. Pero Dios no nos permite detenernos ahí. Declara que todos aquellos que no siguen la corriente de la ruina común son salvos por Su gracia. Si el arrepentimiento es o no Su propia obra, no debe incluirse en la controversia. Lo que Agustín dice es tan evidentemente cierto: «Aquellos que el Señor quiere que se conviertan, los convierte Él mismo; no sólo hace dispuestos a los indispuestos, sino que también hace ovejas de los lobos y mártires de los perseguidores, transformándolos por Su gracia todopoderosa». Si la iniquidad del hombre se alegara aún como la causa de la diferencia entre los elegidos y los no elegidos, esta iniquidad pudiera en verdad parecer más poderosa que la gracia que Dios muestra para con Sus elegidos, si esta solemne verdad no se interpusiera en el camino de tal argumento: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia». Pero la interpretación que Pablo hace del pasaje de Isaías que ahora nos ocupa, no da lugar a ninguna duda. Después de decir que la elección de Dios estaba determinada y fija, añade: «los demás fueron endurecidos; como está escrito,...» etc. (Ro. 11:7-8).

Concedo que esta ceguera de los judíos fue voluntaria, y libremente reconozco su pecado en ello. Pero percibo quiénes son los que Pablo excluye de esta ceguera; son los que a Dios le plugo escoger de entre los demás. Pero, ¿por qué escogió a unos y no a otros? Nadie se ofenda, pues, de que Él aún escoja, de tiempo en tiempo, a unos y no a otros; y excluyamos nosotros, al igual que Pablo, a estos escogidos de entre la masa general de los que han sido cegados. Ni preguntemos cuál es la razón de la diferencia que Dios hace. Como Pablo dice,

no está bien que el hombre contienda con Dios. El mismo apóstol, dirigiéndose en otro lugar a los judíos, por cuya virulenta malicia había sufrido tan severamente, dice: «Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Vé a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no entenderéis, y viendo veréis, y no percibiréis» (Hch. 28:25-26). Los tacha con su pecado, según colmadamente merecían. Algunos concluirán, equivocada e ignorantemente, que la causa y el comienzo de esta obduración de los judíos fue su maliciosa iniquidad. ¡Exactamente como si no hubiera una causa más profunda y oculta de la iniquidad misma, es decir, la corrupción original de la naturaleza! Y como si no permanecieran sumidos en esta corrupción porque, siendo reprobados por el consejo secreto de Dios antes de haber nacido, quedaron sin rescate.

El profeta Isaías y el apóstol Juan. Escuchemos ahora al evangelista Juan, que no será intérprete ambiguo de este mismo pasaje del profeta Isaías: «Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en Él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; [...]» (Jn. 12:37-40). Muy ciertamente Juan no nos da a entender con estas palabras que la condición pecaminosa de los judíos era lo que les impedía creer. Pues aunque esto sea muy cierto en un sentido, aun así la causa de que no crean ha de rastrearse a una fuente mucho más alta. El propósito y consejo secreto y eterno de Dios debe considerarse como la causa original de la ceguera e incredulidad. Quedaron perplejos, y no en menor grado, los ignorantes y los débiles, cuando oyeron que no había lugar para Cristo entre el pueblo de Dios (pues eso eran los judíos). Juan expone la razón mostrando que nadie cree excepto aquellos a quienes les es dado, y que hay pocos a quienes Dios les revela Su brazo.

Esta otra profecía sobre «el brazo del Señor», la entreteje el evangelista en el argumento que emplea para demostrar la misma gran

verdad; y sus palabras poseen una grave importancia. Dice Juan: «Por esto no podían creer». Por consiguiente, tortúrense los hombres tanto como quieran con sutilezas, la causa de la diferencia —por qué Dios no revela Su brazo de manera igual a todos— yace oculta en Su propio decreto eterno. Todo el argumento del evangelista evidentemente monta a tanto como esto: que la fe es un don especial, y que la sabiduría de Cristo es demasiado alta y demasiado profunda para encontrar lugar en el ámbito del entendimiento humano. La incredulidad del mundo, por tanto, no debía sorprendernos, si aun los más sabios y sagaces hombres no creen. Luego, a menos que quisiéramos eludir el sentido llano y declarado del evangelista, que pocos son los que reciben el Evangelio, debemos concluir que la causa es la voluntad de Dios; y que la voz externa de ese Evangelio toca el oído en vano hasta que Dios es servido de tocar adentro, por ese medio, el corazón.

El profeta Isaías y los demás Evangelistas. Una ocasión diferente para citar este pasaje de Isaías se les presenta a los otros tres evangelistas cuando cada uno registra la vida y el ministerio de nuestro Señor. En Mateo, nuestro Salvador separa y distingue a Sus discípulos de la masa común de los hombres. Declara que a ellos (Sus discípulos) les fue dado saber los misterios del reino de los cielos, pero que hablaba a otros en parábolas para que, oyendo, oyeran y no entendieran, a fin de que la palabra de Isaías se cumpliera (Mt. 13:10-16; Mr. 4:11; Lc. 8:10). Estoy dispuesto a confesar que aquellos a quienes Cristo habló en parábolas eran indignos, por sí mismos, de mayor luz. Pero, por otro lado, quisiera preguntar, ¿qué mérito mayor tenían por sí mismos los apóstoles para ser admitidos generosamente a la amistad íntima con Cristo?, pues está claro que sí los admitió. La antítesis queda aquí establecida visiblemente, que la gracia se confirió a unos pocos, cuando pudo haberseles negado, con justicia, a todos igualmente. ¿O diremos que los apóstoles se procuraron, por méritos propios, aquello que el Señor declara les fue «dado» gratuitamente?

Tampoco podemos pasar de largo sin señalar particularmente que el Salvador denomina «misterios» las cosas que les enseñó. Y muy ciertamente no hay nada en todo el círculo de la doctrina espiritual que no sobrepase con mucho, y confunda, el más largo alcance de la capacidad del hombre. Ninguna explicación en palabras, pues, no importa cuán lúcida, será suficiente para hacer entender los misterios del reino de Dios, a menos que el Espíritu Santo, al mismo tiempo, nos instruya en el interior. Pero Cristo quiere que Sus discípulos magnifiquen, como prenda preciosa del favor de Dios hacia ellos, el hecho de que los honró sobre la masa común de los hombres, bendiciéndolos con los medios externos de la enseñanza. Aunque, mientras tanto, los conducía gradualmente al singular y alto privilegio que distingue a los «amigos» de los «siervos», según Juan lo expresa (Jn 15:15): «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer». Estos amigos son enseñados de arriba con el propósito expreso de que puedan entender aquellas cosas que están más allá de toda comprensión natural.

Por esto es que Cristo, en ocasiones como estas, con frecuencia profirió aquel fuerte clamor: «El que tenga oídos para oír, oiga» (véase Mt. 11:15, 13:9; Mr. 4:9; Lc. 8:8, 14:35). Con esa frase, Cristo no sólo distinguió entre oyentes atentos y desatentos, también dio a entender que todos son sordos salvo aquellos cuyos oídos a Dios le place abrir para que oigan. David magnifica esa bendición divina a nombre de toda la Iglesia de Dios (Sal. 40:6): «Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos».

RESUMEN

Pero no iré más adelante en la discusión de las otras porciones de la Palabra de Dios que tienen que ver con este divino y profundo asunto. Baste este resumen: si admitimos que el Espíritu de Dios, que habló por medio de los apóstoles, es el mismo que interpreta al

profeta Isaías, tendremos que reconocer también que aquel juicio de Dios secreto e incomprensible que ciega la mayor parte del género humano, «para que viendo, vean y no perciban...», ha de adorarse al mismo tiempo que obra de tal manera. Cesen aquí para siempre los razonamientos humanos de toda especie que pudieran concebiblemente presentarse a la mente.

Si limitamos nuestras reflexiones a los hombres, aparte de la gracia y del propósito eterno de Dios, lo primero que se nos presentará a la mente es que Dios da libremente a los que le piden, y que los demás se hunden y mueren bajo el peso de su necesidad, sin procurar remedio. Pero si no tenemos en mente ni entendemos lo que Agustín dice: «Que la naturaleza de la bondad divina no es solamente abrir a los que llaman a la puerta, sino también hacerles que llamen y pidan»; a menos que, según digo yo, entendamos esto, jamás echaremos de ver la verdadera necesidad dentro la cual nos afanamos.

Si llegamos a la ayuda, la experiencia universal demuestra que no todos comprenden aquel poder del Espíritu Santo por el cual se hace todo lo que debe hacerse. Nadie se engañe con vana adulación propia. Los que vienen a Cristo fueron antes hijos de Dios en Su corazón divino, mientras que eran, por sí mismos, enemigos Suyos. Y por haber sido preordinados para vida eterna, fueron por lo tanto dados a Cristo. De aquí la fiel amonestación de Agustín: «Los que vienen a Cristo recuerden que son "vasos" de gracia, no de mérito. ¡La gracia es todo el mérito para ellos! ¡Tampoco hay que deleitarse en ningún otro conocimiento que en aquel que comienza y termina en admiración! ¡Que nos escarnezca quien quiera, si Dios tan sólo da siquiera una señal de asentimiento desde el cielo a *nuestra* estupidez (según piensan los hombres), y si los ángeles la aplauden!»

CAPÍTULO 6

EL PROPÓSITO DE LA CREACIÓN: OBJECCIÓN Y RESPUESTA

PASAREMOS AHORA A RECOGER, POR vía de resumen, aquellas OBJECIONES de Pighio que parecen tener algún color, para que los lectores puedan entender que las armas con que nuestro antagonista lucha son tan malévolas como la causa que él alega para encender la llama de tan grande litigio.

OBJECIONES Y RESPUESTAS DE PIGHIO Y CALVINO

1ª Objeción: «Dios no creó al hombre para sí mismo»

Asevera que toda la cuestión gira en torno al propósito con que fuera creado el hombre. En primer lugar, mantiene que es una gran absurdidad suponer que Dios esperaba algún provecho de la creación del hombre, dado que, estando satisfecho en Sí mismo solamente, no podía desear a nadie ni nada.

Respuesta: «Dios creó todo para su gloria»

Yo también confieso que Dios no necesita ninguna ayuda, puntales o añadiduras externas; pero niego que sea correcta la conclusión de que, por lo tanto, no se consideró a *Sí mismo* cuando creó al hombre para Su propia gloria. Pues, ¿qué significado tiene esta palabra de Salomón: «Todas las cosas ha hecho Jehová para sí

mismo, y aun al impío para el día malo (Pr. 16:4).»? Por consiguiente, no exponemos nada absurdo al decir que Dios, aunque no necesita que se le añada nada, creó al género humano para Su propia gloria. Y esto es lo que ha de considerarse, con justísima razón, el gran y esencial objetivo de la creación del hombre.

El sofisma de Pighio, pues, es todavía más ridículo cuando razona que Dios no podía tenerse en cuenta a Sí mismo al crear al hombre porque es, en Sí mismo, infinitamente perfecto. Resulta curioso observar cómo nuestro oponente se escurre de la red en que la antedicha palabra de Salomón lo embrolla: «Dios en verdad hizo todas las cosas para Sí mismo; sin embargo no con referencia a Su propia gloria, sino porque Su bondad es infinita». Y para que esta absurda interpretación no carezca de peso abundante, afirma que ningún comentarista está de acuerdo conmigo, excepto un reducido número de detestables herejes (así él los llama). ¿Por qué malgastar tiempo en refutar tales absurdidades baladíes? El término hebreo que Salomón emplea, לְמַעַן (lm'nhw), tiene el mismo significado que nuestra expresión «por amor de Sí mismo». Una persona, inflada con su parloteo de latín a medias, se afana por explicarnos el significado del adverbio *propter* (a causa de, debido a); mientras que, si tuviera siquiera una chispa de mente cabal, el contexto mismo le demostraría que «al impío lo hizo para el día malo» sólo porque fue voluntad de Dios mostrar en ellos Su gloria; así como, en otros lugares, Dios declara que levantó a Faraón con el propósito expreso de mostrar en él Su poder y Su nombre a todas las naciones de la tierra.

Con el fin de proveerle algún color a su absurdo error, Pighio introduce el testimonio de Moisés, cuando se dirige a los judíos con estas palabras, «Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que le temas y le sirvas?» (Dt. 10:12). ¿Cuál de mis lectores sería tan insensato que no viera al instante que aquí tenemos un individuo, falto de una mente sana, haciendo el charlatán sin pizca de modestia? Tengo la certeza de que no hay tal lector de estas páginas. ¿Pues qué? ¿Desea Dios que lo adoremos por nuestra propia causa

más que por la Suya? ¿Está Su consideración de Su propia gloria tan escondida de Su vista que nos considera solamente a nosotros? ¿Qué, pues, ha de ser de todos aquellos testimonios de la Escritura que hacen de la gloria de Dios el más alto objeto y el fin último de la salvación del hombre? Por consiguiente, afirmémonos en esta gloriosa verdad —que la mente de Dios era tal que no se olvidó de Sí mismo al salvarnos, sino que colocó Su propia gloria en el primer y más sublime lugar; y que hizo el mundo entero con el propósito deliberado de que fuera un teatro estupendo donde manifestar Su gloria. No que no estuviera satisfecho en Sí mismo, ni que tuviera necesidad de buscar nada de otras fuentes, sino que fue Su buena voluntad honrar tan altamente a Sus criaturas que estampó en ellas los brillantes distintivos de Su magnífica gloria.

2ª Objeción: «Dios creó a todos —sin distinción alguna— para salvación, sin haber previsto su caída»

Después de haber comenzado con *tanto éxito*, Pighio añade otro propósito que Dios tuvo para crear al hombre. Considerando, dice, la naturaleza de Su propia bondad, Dios quiso crear una criatura racional capaz de recibir esa bondad que (según él) no podía recibir sin que Dios dotara a esa criatura de libre albedrío. Esto se admite; y luego él considera que toda mi enseñanza cae en tierra de inmediato, cuando mantengo que Dios decretó una diferencia entre los elegidos y los réprobos. Porque el hombre (este es su argumento), por su voluntad hecho árbitro de su estado futuro, tenía ambos casos (salvarse o perderse) en su propia mano.

En primer lugar, a los lectores se les amonesta y exhorta a tener a Dios, su Hacedor y Creador, en aquel más alto honor que se le debe, y nunca mirarlo de manera insolente o atrevida al considerar Su propósito en la creación del género humano, sino mirarlo con reverencia y medida, y con el ojo puro de la fe. Muy bien sé que apenas se hace mención de la predestinación eterna de Dios, que, en un momento, innumerables pensamientos impíos y absurdos acuden en

tumulto a la mente. Por esto es que encontramos muchas personas excesivamente *modestas* que desearían que nunca se mencionara la gloriosa doctrina de la predestinación, no sea que de esa manera se diera ocasión a mentes irreflexivas de exaltarse en contra de Dios. Yo, sin embargo, olvidándome de estas especulaciones exageradamente ansiosas, y dejándoselas a otros, considero injustificable que un cristiano coarte la confesión genuina de la verdad, para no exponerla a la mueca burlona de los profanos. *En primer lugar*, no hay nada más precioso para Dios que Su verdad. *En segundo lugar*, Él no consentirá que nuestra disimulación proteja Su justicia. *Y en último lugar*, no tiene necesidad de tal protección. Sobre estos puntos abundaremos más adelante. Por el momento responderé a Pighio sobre el punto particularmente en cuestión.

Respuesta: «El hombre provocó su propia ruina debido a su pecado voluntario, y éste de acuerdo con el eterno consejo de Dios»

Contiende Pighio que los hombres fueron tan directamente creados para salvación, que ningún consejo de Dios tocante al suceso contrario, es decir, su destrucción, precedió a su creación. ¡Como si el Señor no previera, antes de crear al hombre, cuál sería su condición futura! ¡Y como si no hubiera antes determinado que se cumpliera Su voluntad! El hombre, a fin de ser la imagen de Dios, fue adornado desde el principio con la luz de la razón y con una naturaleza recta. ¡Por lo tanto, (según el razonamiento de nuestro oponente), siendo Dios (hablando con reverencia) ciego, no previó todos los eventos, sino que esperó dudoso y perplejo la conclusión de esos eventos! ¡Tal es el razonamiento teológico de Pighio! ¡Tales son los antecedentes y las consecuencias de su lógica!

De ahí concluye osadamente, a partir de su parecer acerca del propósito de la creación del hombre, que Dios de tal manera dispuso la creación de todos los hombres que todos, al ser creados, fueran hechos, (sin distinción, diferencia o discriminación) partícipes de Su bondad y bienaventuranza. Pero la mente piadosa no puede

ni por asomo reconciliar la elección de Dios y la reprobación de los hombres de esa manera. Los piadosos no pueden armonizar mediante ese razonamiento carnal el pecado voluntario del hombre con el propósito eterno de Dios. No pueden ver, con estos ojos humanos, cómo es que el hombre fue colocado en tal circunstancia al ser creado, que él mismo, cayendo por voluntad propia, fuera la causa de su propia ruina; y además, que el propósito secreto y eterno de Dios estableciera que esta destrucción voluntaria del género humano, y de toda la posteridad de Adán, fuera causa de que los santos se humillaran delante de Dios, y adoraran la totalidad de Su propósito eterno. Aunque a Dios le plugo ordenar el todo, el hombre no menos voluntariamente, de su parte se lanzó a esta temeraria ruina, a pesar de haber sido dotado de una naturaleza íntegra y de ser creado a la imagen de Dios. Repetiré, sin embargo, que estoy perfectamente consciente de que, para personas profanas, estas cosas parecen estar cargadas de absurdidad y contradicciones irreconciliables. No obstante, que baste una sola conciencia en lugar de mil testigos tales. En tal conciencia, si es que la escuchamos debidamente, nos avergonzaremos si no confesamos que el hombre pereció justamente, viendo que optó por seguir a Satanás y no a Dios.

LAS PRUEBAS BÍBLICAS DE PIGHIO

Malaquías 2:10. Oigamos ahora las *pruebas* que Pighio aduce a favor de sus puntos de vista, sus argumentos y conclusiones. Se afana él en demostrar que la salvación se dispuso para todos los hombres sin distinción o diferencia. Dice: «Si así no fuera, el Espíritu Santo hablaría falsamente cuando declara que Dios es el Padre de todos los hombres» (Ml. 2:10). En este pasaje el profeta trata del matrimonio, la fe del cual violaban muchos maridos, en aquel tiempo. Malaquías hace recordar a tales violadores que Dios es el vengador de la infidelidad conyugal. ¡Juzguen nuestros lectores ahora cuál sea la religión y conciencia que Pighio tiene al tratar de la santa Escritura!

Salmos 145:9. Luego añade, de los Salmos: «Bueno es Jehová

para con todos» (145:9), *de lo cual concluye que, por lo tanto, todos han sido ordenados para vida eterna*. Pues bien, si esto es cierto, ¡perros y asnos tienen acceso al reino de los cielos!, porque el salmista no magnifica solamente la bondad que Dios manifiesta al hombre, sino también la que extiende a todas Sus obras. Entonces, ¿por qué no habría Pighio de luchar por sus hermanos?

Romanos 10:12. Luego sigue una tercera prueba: que según Pablo, «no hay diferencia entre judío y griego» (Ro. 10:12). Esto lo acepto por completo, con tal que se añada lo que el mismo apóstol enseña, que los gentiles fueron llamados a participar del Evangelio porque a ello fueron ordenados por el eterno consejo de Dios (Ro. 16:26).

El libro de Eclesiástico. También cita aquel pasaje de Eclesiástico: «Dios no aborrece nada de lo que ha hecho». Como si no hubiéramos sostenido siempre que Dios no aborrece nada de lo que en nosotros le pertenece, excepto solamente la naturaleza caída que con justicia puede llamarse una deformidad de la primera creación. La gran cuestión de la reprobación, sin embargo, de ningún modo gira sobre este pernio, sea que Dios deteste o no nada de lo que ha hecho. Aunque mucho antes de la Caída de Adán Dios decretó, por Sus propias razones secretas, lo que habría de hacer, leemos en la Escritura que nada condenó, ni condena, sino el pecado.

Romanos 11:32. De esta premisa fluye, pues, la llana y sólida conclusión de que Dios tuvo causas justas para reprobar una parte de la humanidad —causas que ignoramos— pero que no detesta ni condena nada en el hombre sino aquello que es contrario a Su justicia. Otra Escritura que le hilvana a su argumento es de Pablo, quien declara, dice él, que «Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos» (Ro. 11:32). ¡Como si en este pasaje Pablo discutiera el número de hombres! Por el contrario, está loando, en abstracto, la gracia de Dios hacia todos nosotros que recibimos salvación. Con toda certeza, nada más lejos del pensamiento del apóstol que la extensión de la misericordia de Dios a todos los hombres. Su único objeto fue abatir todo el gloriarse de la carne, a

fin de que entendamos claramente que nadie jamás será salvo sino aquel a quien Dios salva por la sola gracia. ¡He aquí, pues, con qué gloriosos argumentos nuestro oponente demuestra que ninguno es escogido, desde lo alto, para salvación con preferencia sobre los demás! Y aun así este simio de Euclides se infla como pensador de primer orden en los títulos de todos sus capítulos.

OTRA OBJECIÓN Y RESPUESTA DE PIGHIO Y CALVINO

3ª Objeción: «el hombre cayó debido al eterno consejo de Dios»

El tercer propósito de la creación del hombre, que Salomón expresa tan clara y vigorosamente, que «Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo» (Pr. 16:4), lo ataca Pighio de esta manera: Referente a que Dios condena a los réprobos y castiga el pecado, arguye:

Si decimos que Dios consideró, en Su decreto eterno, lo que habría de acontecer a cada persona después de ser creada, necesariamente habremos de confesar que la discriminación entre los elegidos y los réprobos fue, en la mente divina, anterior a la Caída del hombre. De aquí se sigue que los réprobos no son condenados porque fueron arruinados en Adán, sino porque ya estaban dedicados a la destrucción aun antes de la Caída de Adán.

Respuesta: «Hay que distinguir entre causas remotas y próximas»

A este necio argumento respondo: No es de extrañar que Pighio confunda así indiscriminadamente (usando su propia expresión) todas las cosas que se refieren a los profundos juicios de Dios, ¡ya que no sabe hacer la mínima distinción entre CAUSAS remotas y próximas! Después de mirar por aquí y por allá, los hombres nunca podrán, de ese modo, determinar la causa de su destrucción, ni el defecto que la produjo. ¿Y por qué? Porque el defecto próximo

yace en sí mismos. Y si se quejaren de que la herida se les infligió de alguna otra parte, su propio sentido interno los llevará firmemente a la conclusión de que el mal se originó de la felonía y caída voluntarias del primer hombre.

Muy bien sé que a la insolencia de la mente carnal no se le puede impedir que inmediatamente vocifere: «Si Dios previó la Caída de Adán, y aun así no estuvo dispuesto a aplicar un remedio, luego más bien perecemos en inocencia por causa de Su mero decreto externo que por sufrir el justo castigo del pecado». Suponiendo que concedamos que Dios no previó nada de esto, el viejo reproche respecto al pecado original habrá de escucharse todavía, tan recio como siempre: «¿Por qué no se dejó a Adán a pecar por sí mismo como individuo privado, de modo que únicamente él sufriera las consecuencias? ¿Por qué se le impuso el que nos implicara a nosotros, que no merecíamos una calamidad tal, a participar de la misma ruina? Es más, ¿por cuál concepto de justicia nos aflige Dios con el castigo de la falta que otro cometió?» Pero después de que todo lo que pueda decirse sobre el tema se haya dicho, el sentido interno del corazón de cada uno continúa urgiendo el fallo condenatorio, ¡ni tolerará que ningún hijo de Adán se absuelva a sí mismo (aunque sea su propio juez) del pecado, la culpa o el castigo consiguiente a la transgresión original de Adán! Tampoco puede nadie, en verdad, suscitar una controversia sobre esta cuestión, pues ya que por motivo del pecado de un hombre se infligió una herida mortal a todos los hombres, ¡todos al punto reconocen que el juicio de Dios es justo!

Luego, si nada puede impedir que un hombre reconozca que el origen de su ruina se halla en Adán, y si cada uno encuentra la causa inmediata de su ruina en sí mismo, ¿qué estorbo tendrá la fe para no reconocer de lejos, con toda sobriedad, y adorar, con toda humildad, aquel remoto y secreto consejo de Dios que preordinó la Caída del hombre? ¿Y qué puede impedir que la misma fe contemple, al mismo tiempo, la causa interior inmediata; que todo el género humano está atado por la culpa y merecimiento de la muerte eterna, derivada de la

persona de Adán; y que todos, por tanto, están sujetos en sí mismos a muerte, y muerte eterna? Pighio, pues, no ha escindido, sacudido, o alterado (como creyó haberlo hecho) aquella simetría preeminente y hermosísima con que estas causas, inmediata y remota, divinamente armonizan.

OTRAS DOS PROPOSICIONES DE PIGHIO

Nuestros lectores deberán entender que las dos proposiciones que siguen a continuación son a la par condenadas por Pighio: Niega él que Dios desde el principio, antes que el hombre cayera, decretara lo que habría de suceder después de la Caída, o (es decir) que Él escogiera de entre la humanidad caída aquellos a quienes quiso escoger. Se ríe de Agustín y de todos los que se le parezcan; esto es, se ríe de todos los piadosos que se imaginan (según él lo dice) que, después que Dios preconoció la ruina universal del género humano en la persona de Adán, ordenó a algunos para vida eterna y a otros para destrucción eterna. Ya que él da por hecho reconocido que el consejo de Dios referente a la creación de todos los hombres para salvación antecedió a la Caída de Adán, mantiene sin dudar que ese propósito de Dios aún permanece fijo e inalterado. De otro modo (arguye) Dios no sería consistente consigo mismo, y Su propósito inmutable se vería subvertido por el pecado del hombre. Ataca severamente la apariencia de contradicción directa (según lo llaman) en nuestra doctrina.

Mantiene, puesto que Dios (según enseñamos) decretó, antes de crear a Adán, lo que habría de sucederle a él y a su posteridad, que la destrucción de los réprobos no debía atribuirse al pecado cometido ahora, después de la Caída, porque, dice él, sería absurdo hacer que el efecto sea el antecedente de la causa. Yo mantengo que tanto una como la otra de estas dos proposiciones que Pighio combate es verdadera. Y en cuanto a que él nos ponga ante los ojos una supuesta discrepancia entre estos dos conceptos, no hay tal en absoluto.

Lo que mantenemos es esto: que el hombre fue creado de

tal manera, y colocado en tal condición, que no podía tener razón alguna para quejarse de su Hacedor. Dios previó la Caída de Adán, e indudablemente permitirle caer no fue algo contrario a Su voluntad, sino conforme a ella. ¿Qué lugar hay aquí para sutilezas y evasivas? ¿Y qué aprovechan tales evasivas, y qué fin llevan a efecto? Aun así Pighio niega la verdad de esta posición, porque, así arguye, el consejo de Dios concebido anteriormente tocante a la salvación de todos los hombres permanece inalterado. Como si ninguna solución pudiera encontrarse para su supuesta dificultad. La verdad del asunto es que la salvación no se ofrece a los hombres sobre ninguna otra base que la condición de que permanezcan en su inocencia original. Que el decreto de Dios referente a la salvación de todos los hombres fue decisivo y absoluto, nadie en su sano juicio sostendrá ni concederá. Cuando el hombre fue puesto en vía de salvación, que cayera de allí voluntariamente fue suficiente razón para condenarlo justamente. No pudo haber sido de otro modo. Adán no podía hacer otra cosa que caer, conforme la presciencia y la voluntad de Dios. ¿Qué, pues? En atención a esto, ¿se libra Adán de culpa? No, por cierto, pues cayó por su libre voluntad, por un acto voluntario.

Pues bien, si Agustín hubiera dicho que alguna vez Dios se propuso salvar a todos los hombres, el astuto argumento de Pighio pudo haber tenido algún peso en la refutación de tal parecer. Pero luego declara que Adán fue de tal modo constituido, en el momento de su creación, que su repudio inmediato de la vida era bien conocido de Dios. Aun más, dice que tal rechazo estaba, como si dijéramos, incluido en el consejo secreto de Dios. Agustín verdadera y justamente concluye de tales bases que los réprobos están tan involucrados y atados en la culpa original universal que, abandonados así en la muerte, justamente sufren el juicio de Dios. Yo mantengo lo mismo. Y también que, puesto que todos están perdidos en Adán, los que perecen, perecen por el justo juicio de Dios; pero al mismo tiempo testifico como mi solemne confesión que lo que le sucedió, o le sobrevino, a Adán, estaba ordenado por Dios.

CAPÍTULO 7

LAS DOCTRINAS DE PIGHIO

A HORA, SIGUIENDO ADELANTE, ME PROPONGO, no tanto el considerar lo que dice Pighio, ni en qué orden lo dice, sino encargarme de que este indigno sujeto quede postrado y sepultado bajo las ruinas de su propia temeraria impudencia. Mi gran preocupación será satisfacer las conciencias devotas, que con harta frecuencia se ven perturbadas, a causa de su sencillez e inexperiencia, por tales individuos. Para lograr estos fines he de seleccionar, de entre el torrente de la interminable locuacidad de nuestro adversario, aquellas partes que parecen ser las más atractivas y sobresalientes, o las más engañosas y aparentemente razonables, para que todos puedan testificar ¡cuánto puede un individuo tal «decir, sin decir nada»!

DOCTRINA: «EL EVANGELIO DEBE SER PREDICADO A TODOS»

Una razón, dice él, para que no podamos creer en la elección particular y especial es que Cristo, el Redentor del mundo entero, mandó que el evangelio se predicara a todos, promiscua y generalmente, sin distinción. Pero el evangelio es una embajada de paz, por la cual se reconcilia al mundo con Dios, según Pablo enseña. Y, de acuerdo con el mismo santo testigo, el evangelio se predica con el fin de que los que lo oyen sean salvos. A esta presunta dificultad de Pighio, por lo tanto, daré una breve respuesta.

RESPUESTA DE CALVINO

Primero. Cristo fue ordenado Salvador del mundo entero de tal modo que salvara a aquellos del mundo que el Padre le dio, para que fuese la vida eterna de aquellos cuya cabeza Él es; para recibir a la participación de todas las «bendiciones en Él» a todos los que, por Su inmerecido beneplácito, Dios adoptó para Sí mismo para ser Sus herederos. ¿Cuál de estas solemnes cosas puede nuestro oponente negar?

Segundo. Por consiguiente, el Apóstol Pablo declara que esta profecía se cumplió en Cristo: «He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová...» (Is. 8:18). Por ende, Cristo mismo dice con voz firme: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echó fuer» (Jn. 6:37). Otra vez, «A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición» (Jn. 17:12). En todas partes leemos que Cristo difunde vida solamente en los miembros de Su propio cuerpo. Y aquél que no confiese que es un don especial y una misericordia especial el ser injertado en el cuerpo de Cristo, no ha leído nunca con atención espiritual la Epístola de Pablo a los Efesios.

Tercero. Sobre esto sigue un tercer importante hecho, que la virtud y los beneficios de Cristo se extienden y pertenecen a nadie más que a los hijos de Dios. Nadie hay que no conceda de inmediato que la mejor manera de justipreciar la universalidad de la gracia de Cristo es considerar la naturaleza de la predicación del evangelio. Empero, sobre este gozne gira toda la cuestión. Si vemos y reconocemos, pues, el principio sobre el cual la doctrina del evangelio ofrece salvación a todos, la sagrada cuestión queda establecida en el acto. De ninguna manera niego que el evangelio sea capaz, por su naturaleza, de salvar a todos. Pero he aquí la gran pregunta: ¿Ordenó el Señor, por Su eterno consejo, salvación para todos? Manifiesto es, en efecto, que todos, sin diferencia o distinción, son externamente llamados o invitados al arrepentimiento y a la fe. Igualmente indudable es que el mismo Mediador se presenta ante todos como el único que puede reconciliarlos con el Padre. Pero es igualmente

bien sabido que ninguna de estas cosas puede entenderse o percibirse sino por fe, en cumplimiento de la afirmación de Pablo de que el evangelio «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Ro. 1:16); luego, ¿qué será para otros sino «olor de muerte para muerte»? según el mismo apóstol destaca tan vivamente en otro lugar (2 Co. 2:16).

Muy pocos son los que creen. Por lo demás, siendo innegablemente claro que de las multitudes que Dios llama con Su voz externa en el evangelio muy pocos creen, si yo demostrare que la mayor parte de esas multitudes persiste en la incredulidad (pues Dios estima digno de Su iluminación sólo a quien desea), obtengo por ese medio la siguiente conclusión, que la misericordia de Dios se ofrece indistintamente a los que creen y a los que no, de modo que los que no reciben en el interior la instrucción divina se hacen inexcusables, no salvos. Hay quienes hacen aquí una distinción, manteniendo que el evangelio es salvífico para todos en cuanto a su poder para salvar, pero no para efectuar salvación. Pero de ninguna manera desatan el nudo por medio de este argumento parcial. Precisamos retornar a la misma gran pregunta: ¿se les concede a todos el mismo poder para creer? Pablo señala ahora la razón de que no todos obedezcan el evangelio. Nos remite al profeta Isaías: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?» (Ro. 10:16; Is. 53:1). El profeta, asombrado por ser tan pocos los que creen, parece clamar con fuerte voz, que era cosa de suprema vergüenza y reproche que, mientras la Palabra de Dios resonaba en los oídos de todos, ¡apenas había corazones que sintieran el toque de atención!

La necesidad del Espíritu Santo. Pero a fin de que tal atroz depravación en el hombre no horripile a los que la contemplan, el apóstol Pablo da a entender a continuación que no es dado a todos creer, sino sólo a aquellos a quienes Dios se manifiesta (Ro. 10:20). En una palabra, en este capítulo el apóstol insinúa que cualquier esfuerzo o leve sonido de la voz humana será infructuoso, a menos que el poder secreto de Dios obre en los corazones

de los oyentes. Lucas nos pone ante los ojos una prueba memorable de este hecho. Después de registrar el sermón que Pablo predicó, dice: «Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna» (Hch. 13:48). Luego, ¿por qué no recibieron, con la misma percepción y corazón, esta misma doctrina de Pablo todos los que la oyeron? Lucas señala la razón y puntualiza el número de los que la recibieron: todos los que estaban ordenados para vida eterna creyeron. Los demás no creyeron porque no estaban «ordenados para vida eterna». ¿Y quién es el que inclina el corazón de este modo sino Dios únicamente?

Con respecto a aquellos que argumentan con sumo desatino que estos individuos fueron ordenados para creer por impulso natural del corazón, tales necios no son más dignos de refutación que los que aseveran que el mundo se creó a sí mismo. El secreto de todo esto yace oculto en la sabiduría oculta del evangelio, tan profunda que el ingenio humano más sutil no puede penetrarla. «El hombre natural», dice el apóstol, «no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Cor. 2:14). ¿Porque no quiere? Eso es muy cierto, pues se rebelan contra Dios todos los que Su Espíritu no cautiva y humilla. Pero el apóstol mira las cosas con mucha más profundidad y altura, tanto en cuanto al hombre como en cuanto a Dios, demostrando que hay una «necedad» e «ignorancia» en el hombre, tal que no puede percibir las cosas del Espíritu, y que la sabiduría y consejo de Dios lo decretaron todo. Porque (dice el apóstol), «¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá?» (1 Co. 2:16). Nadie (argumenta él) puede conocer los secretos de Dios, sino por Su Espíritu solamente. De donde concluye claramente que son alumnos de Dios únicamente aquellos que han sido dotados no del espíritu de este mundo, sino de Su Espíritu celestial, «para que sepamos lo que Dios nos ha concedido» (1 Cor. 2:12).

Ahora, ¿qué quiere decir el apóstol cuando hace esta comparación entre «el espíritu del mundo» y «el Espíritu de Dios» (1 Co. 2:12) sino esto: que los hombres, mientras no hayan nacido de nuevo, pueden ser sabios solamente a su manera, y solo pueden apegarse a la tierra,

en tanto que Dios, como un Padre celestial, ilumina a Sus hijos de manera especial? Y aún así, Pighio nos impondría la absurda idea de que cuando a Dios le place, cada uno puede prepararse por su propia voluntad y esfuerzo. Como si Pablo no estuviera hablando a los corintios, de quienes poco después dice que habían sido ladrones, borrachines, calumniadores, disolutos, y cargados de toda monstruosa iniquidad, hasta que fueron hechos limpios por la santificación del Espíritu. ¿Qué podía haber en estos sujetos a quienes Dios había arrancado del mismo infierno, qué podía haber en estos atroces pecadores, digo, que pudiera ayudarles a encontrarse con Dios a medio camino, por así decirlo, o merecer la iluminación de Su Espíritu? Pero, ¿por qué he de emplear tan amplio rodeo de palabras? El Espíritu de Dios, que nos revela los «misterios del reino de los cielos», es el Espíritu de adopción, y la adopción divina es enteramente gratuita, el don de Dios. Por lo tanto, el Espíritu mismo se da libremente a quienquiera que se le otorgue. Ahora bien, la experiencia universal evidencia indiscutiblemente que el Espíritu no se otorga libremente a todos. Por tal razón la fe es don especial de Dios, y por medio de tal don la elección se manifiesta al alma que la recibe, y en ella se ratifica.

Este es el significado de las palabras de Pablo, al decir que Cristo, que es «para los judíos tropezadero» y «para los gentiles locura», es «para los llamados, poder de Dios y sabiduría de Dios» 1 Co. 1:20-25). La próxima pregunta es, pues, ¿de dónde procede el llamado? ¿De dónde sino de Dios, que llama «conforme a Su propósito» a los que ha escogido? De este estado de cosas fluye la conclusión (y en esto nos afirmamos) de que el evangelio, que en su naturaleza esencial es «olor de vida para vida», y eso debía ser para todos los que lo oyen, viene a ser «olor de muerte para muerte en los que se pierden», que así permanecen en tinieblas e incredulidad porque «el brazo del Señor» no se les revela.

Luego, si en medio de tal corrupción y depravación universal de nuestra naturaleza algunos creen el evangelio, adscribir la fe de estos a su propia bondad sería una perfecta impiedad. ¡No! Al contrario,

demos gracias a Dios incesantemente (siguiendo la amonestación del apóstol), «de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad» (2 Ts. 2:13), palabras con que el apóstol sigue el rastro de la fe y de la santificación hasta la elección eterna de Dios como fuente y causa. ¿Qué, pues, diremos? ¿Fueron escogidos estos porque se santificaron a sí mismos y se hicieron idóneos o dignos de ser elegidos? El apóstol asevera de modo muy expreso que esta santificación es obra del Espíritu de Dios. Y como la naturaleza de la fe es la misma, e igualmente don de Dios y obra de Su Espíritu, se sigue indisputablemente que aquellos que son iluminados para la fe son iluminados y dotados de fe a fin de que su elección se manifieste y se ratifique por estos efectos mismos. Y muy ciertamente, cuando oímos que nadie viene a Cristo si no es atraído por el Padre, podemos adoptar confiadamente el lenguaje y el argumento de Agustín:

¿De quién se podrá decir que es atraído que ya esté dispuesto a ir? Y aun así, nadie viene a Cristo sino el que quiere venir. Por lo que todo el que viene a Cristo es atraído de una manera maravillosa, para persuadirlo a venir, por Aquel que sabe cómo obrar en el interior de los corazones humanos, y obrar de tal manera, no para hacerles creer en contra de sus voluntades (cosa que sería imposible), sino para hacer que estén dispuestos a creer aquellos que no lo estaban.

DOCTRINA: «DIOS QUIERE QUE TODOS SEAN SALVOS»

Todo esto lo niega Pighio a voces, aduciendo aquel pasaje del apóstol (1 Ti. 2:4): «el cual quiere que todos los hombres sean salvos»; y haciendo referencia también a Ezequiel 18:23, arguye así: «Que Dios no quiere la muerte del impío», puede tomarse por juramento de Dios cuando dice por el mismo profeta, “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío

de su camino, y que viva"» (33:11).

RESPUESTA DE CALVINO

A esto respondemos que estas palabras del profeta son una exhortación al arrepentimiento, y por ende no debe extrañarnos en absoluto la declaración de que Dios quiere que todos sean salvos. La relación mutua entre amenazas y promesas indica que tales modos de hablar son condicionales. De la misma manera Dios declaró a los ninivitas, y a los reyes de Gerar y de Egipto, que haría lo que, en realidad, no tenía intención de hacer, pues el arrepentimiento detuvo el castigo que Él había amenazado infligirles. De aquí se colige que el castigo se anunció a condición de que permanecieran obstinados e impenitentes. Aun así, se anunció de manera positiva, tal como si hubiera sido un decreto irrevocable. Pero después que Dios los llenó de terror con la aprensión de Su ira, y los humilló debidamente sin llevarlos a la desesperación total, los reanimó con la esperanza de perdón, para que repararan que aún había lugar para un remedio.

Lo mismo sucede respecto a las promesas condicionales de Dios, que invitan a todos a la salvación; no prueban terminantemente lo que Dios ha decretado en su consejo secreto, sino solamente declaran lo que Él está preparado para hacer a todos aquellos que trae a la fe y al arrepentimiento.

¿Tiene Dios una voluntad doble? Pero los hombres sin instrucción de Dios, que no entienden estas cosas, alegan que por este medio atribuimos a Dios una voluntad doble. Mientras que Dios está tan lejos de ser variable que ni una sombra de tal mutabilidad le atañe, ni siquiera en el más remoto grado. De aquí que Pighio, ignorante de la naturaleza divina de estas profundas cosas, arguye de este modo: «¿Será esto otra cosa que hacer de Dios un escarnecedor de los hombres, si se le representa no queriendo lo que profesa querer, y no complaciéndose en lo que en realidad se complace?» Pero si estos dos miembros de la oración se leen juntamente, como siempre debe ser, —«no quiero la muerte del impío»;

y, «sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva»— léanse estas dos proposiciones en conexión la una con la otra, y al punto la calumnia se desintegra. Dios requiere de nosotros esta conversión, o «volvernos de la iniquidad», y a aquel en quien la encuentre no lo defraudará tocante a la recompensa de la vida eterna.

Por consiguiente, se dice que Dios se complace en esta vida eterna y en ordenar que sea, tanto como en el arrepentimiento; y se complace en éste porque por Su Palabra invita a todos a que se arrepientan. Todo esto guarda perfecta armonía con Su consejo secreto y eterno, por el cual decretó convertir solamente a Sus elegidos, y a nadie más. Nadie sino los elegidos de Dios, por tanto, se vuelven de su maldad. Pero con todo, el Dios adorable no debe considerarse, por estas razones, tornadizo o capaz de cambiar, porque como Legislador ilumina a todos con la doctrina externa de vida condicional. De esta principal manera Él llama, o invita, a todos los hombres a la vida eterna. Pero en ese último caso, Él trae a vida eterna, de acuerdo con Su propósito eterno, a aquellos que quiso traer, regenerando por Su Espíritu, como Padre eterno, sólo a Sus hijos.

Es muy cierto que los hombres no «se vuelven de su camino» al Señor espontáneamente ni por ningún instinto natural. Igualmente cierto es que el don de la conversión no es común a todos; porque este es aquel de los dos pactos que Dios promete no hacer con nadie excepto Sus hijos y Su pueblo elegido, acerca de quienes Él ha asentado Su promesa de que «escribirá Su ley en sus corazones» (Jer. 31:33). Un hombre tiene que estar fuera de sí para afirmar que esta promesa va dirigida general e indistintamente a todos. Por medio de Pablo, que se refiere al profeta Jeremías, Dios dice expresamente: «Este es el pacto que haré con la casa de Israel, no como el pacto que hice con sus padres: pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré» (He. 8:9-10). Con toda seguridad, aplicar esta promesa a aquellos que fueren dignos de este nuevo pacto, o a los que se habían preparado a sí mismos por sus propios méritos o esfuerzos para recibirlo, tiene que ser peor que la más

crasa ignorancia y necesidad; y más aun, ya que el Señor está hablando por el profeta a los que habían tenido «corazones de piedra». Todo esto también lo afirma llanamente, y lo explica de lleno el profeta Ezequiel (36:26).

Que la obstinación y la enemistad son comunes a todos, admito plenamente; y también sostengo que el corazón de nadie se reblandece y se hace dócil y obediente a la voluntad de Dios mientras Dios no le dé la voluntad y el poder para hacer lo que Él ordena. ¿Por qué se nos llama «criaturas nuevas» sino porque «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras»? (Ef. 2:10). Pero, sírvanse decirme, ¿qué clase de división de toda alabanza y gloria, y cuán inicua división, sería decir que Dios es el Creador de todos los mortales, y aun así decir que cada uno de nosotros es su propio creador para justicia y vida eterna? De este modo Dios tendría solamente la alabanza de una gracia ineficaz y fracasada; y la porción de gloria mucho más excelente nos correspondería a nosotros. Pero la Escritura afirma categóricamente que circuncidar los corazones humanos es obra de Dios solamente, ni se asigna la regeneración a nadie sino a Dios mismo.

De ahí que se llame «espíritu» cuanto en el hombre se crea de nuevo, a imagen de Dios: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Jn. 3:6). Es verdad que Dios nos invita frecuentemente al arrepentimiento, pero en todas partes se afirma que Él mismo es el Autor de la conversión; Su «ley», se dice, «convierte el alma» (Sal. 19:7) La agencia intermedia de esta conversión, sin embargo, se transfiere con frecuencia a los ministros de la Palabra. Pero como, mientras ellos se esfuerzan orando, plantando, regando, es sólo Dios quien «da el crecimiento» (1 Co. 3:6-7), no es en absoluto cosa de maravilla cuando se señala que es sólo obra Suya abrir el corazón de los Suyos para «atender a las razones que exponen» Sus ministros.

Por eso es que, después de tratar de los elegidos, y habiendo mostrado que su salvación está segura en la fiel custodia de Dios,

de modo que ni uno de ellos puede perecer, Agustín hace estas solemnes y benditas observaciones. Así se expresa Agustín:

Todo el resto de la humanidad, los que no pertenecen a este número, sino a la misma masa caída, y siendo decretados vasos de ira, nacen para el uso y servicio de los elegidos. Dios no creó a nadie, ni siquiera uno de ellos, al azar, o por casualidad, o de balde. Tampoco hace de manera ignorante lo bueno que obre en ellos o por medio de ellos. Su crear en ellos una naturaleza humana es en sí mismo algo bueno. Y también es bueno que adornara con ellos el orden de esta presente vida. ¡Pero Dios no conduce a ninguno de estos al arrepentimiento espiritual ni a reconciliarse con Él! Por ende, aunque estos nacen del mismo barro de perdición que los elegidos de Dios, todos, por su dureza y corazón impenitente, en cuanto en ellos reside, «atesoran para sí mismos ira para el día de la ira» (Ro. 2:5). De esta misma masa caída Dios llama a algunos al arrepentimiento por Su bondad y misericordia, dejando a estos, el resto, en justo juicio, a su propia destrucción.

Pero a fin de que nadie se imagine que hay aquí alguna discrepancia, variación o conflicto entre la gracia divina y nuestra diligencia, estos sentimientos del santo padre nos salen al encuentro en numerosos pasajes de sus obras: «Los hombres se afanan», dice, «por hallar en nuestra propia voluntad qué cosa buena hay que nos pertenezca, y que no hayamos recibido de Dios. Yo, por mi parte, no sé qué cosas buenas de ese género puedan jamás descubrirse en nosotros.» En otro lugar, abundando sobre el mismo profundo tema, llega a esta conclusión:

Por lo cual, a menos que nos afirmemos en estas dos posiciones, no sólo que aquella fuerza de voluntad que es

libre para volverse aquí y allá, y que es una de esas cosas buenas naturales que un hombre malo puede usar mal, es don de Dios; sino también que aquella buena voluntad que es una de esas cosas buenas espirituales de las cuales no se puede hacer un mal uso, es de Dios también. A menos que nos afirmemos, digo, en estas dos proposiciones, no sé sobre qué base habremos de defender la sagrada posición del apóstol involucrada en esta memorable pregunta, «¿qué tienes que no hayas recibido?» Pero si hubiere en nosotros una cierta voluntad libre, recibida de Dios, que pudiera ser buena o mala; y si también hubiere en nosotros una buena voluntad, que nosotros mismos hacemos buena; aquello que de nosotros procede es mejor que lo que recibimos de Dios.

Agustín llega a esta inferencia final a partir de las premisas mencionadas. Dice:

Cuando a Dios le place dar esta voluntad de obedecerle y de venir a Cristo, es un acto de Su libre misericordia, no según los méritos de aquellos a quienes dispensa el don y a quienes muestra misericordia. Cuando Dios no está dispuesto a dispensar el don ni a mostrar misericordia, es una manifestación de Su verdad que declara que ninguno puede venir a Cristo si no se le da la voluntad de venir. Y a pesar de que tiene el poder para atraerlos, no los atrae, sino que se les deja perecer y así exhibir la verdad de Su Palabra, que «ninguno puede venir a Cristo, si el Padre no le trajere». (Jn. 6:65)

La dificultad que, según Pighio, se halla en aquel otro pasaje de Pablo, donde el apóstol afirma que «Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4), se desvanece en un momento y con una pregunta, a saber,

¿Cómo quiere Dios que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad? Pues Pablo acopla esta salvación con este venir al conocimiento de la verdad. Pregunto yo ahora, esta misma voluntad de Dios ¿ha permanecido igual desde el comienzo del mundo, o no? Si Dios hubiese resuelto o deseado que todos conocieran Su verdad, ¿cómo es que no proclamó Su ley para que los gentiles la conocieran también? ¿Por qué confinó la luz de la vida dentro de la estrecha demarcación de Judea? ¿Y qué quiere decir Moisés cuando dice: «¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?» (Dt. 4:7-8)?

El divino legislador de seguro quiere decir que no había ninguna otra nación que tuviera estatutos y leyes por las que se gobernara, como aquella nación. ¿Y qué hace aquí Moisés sino ensalzar el privilegio peculiar del linaje de Abraham? A esto responde el alto encomio de David, pronunciado sobre la misma nación: «No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron» (Sal. 147:20). Ni debemos desatender la razón expresa que el salmista asignó: «Por cuanto Él amó a tus padres, escogió a su descendencia después de ellos» (Dt. 4:37). Y ¿por qué los escogió Dios? No porque fueron, por sí mismos, más excelentes que otros, sino porque le plugo a Dios escogerlos «para serle un pueblo único». ¿Qué? ¿Debemos suponer que el apóstol no sabía que el Espíritu Santo le había prohibido «hablar la palabra» en Asia y pasar a Bitinia? Pero, como continuar este argumento nos haría parecer demasiado prolijos, quedaremos satisfechos con solo una proposición adicional: que Dios, después de encender la vela de la vida eterna para los judíos solamente, permitió que los gentiles vagaran en la oscuridad de la ignorancia por muchos siglos, y que por fin, este don especial y bendición se prometieran a la Iglesia: «Mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria» (Is. 60:2).

¡Que se ufane Pighio ahora, si puede, de que Dios quiere que todos sean salvos! Los antedichos argumentos, apoyados sobre las Escrituras, prueban que aun la predicación externa de la doctrina de la salvación, que es muy inferior a la iluminación del Espíritu, Dios no la hizo común a todos los hombres.

La respuesta de Agustín a los pelagianos. Hace mucho tiempo los pelagianos presentaron este pasaje del apóstol (1 Ti. 2:4), y lo esgrimieron en contra nuestra con todas sus fuerzas. Lo que Agustín adujo en respuesta en muchos pasajes de sus obras, me parece innecesario presentarlo en esta ocasión. Mencionaré solo un pasaje, que clara y brevemente demuestra la indiferencia con que trataba dicha objeción:

Cuando nuestro Señor se lamenta de que, aunque deseaba juntar los hijos de Jerusalén como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, no quisieron, ¿debemos suponer que la voluntad de Dios se vio dominada por un número de frágiles hombres, de modo que el Dios Todopoderoso no podía hacer lo que deseaba y se proponía? Si así es, ¿qué será entonces de la omnipotencia por la cual «todo lo que quiere, lo hace en los cielos y en la tierra»? Además, ¿a quién se hallará tan profanamente demente que diga que Dios no tiene poder para convertir para el bien las voluntades malvadas de los hombres que le plazca, cuando le plazca, y según le plazca? Cuando lo hace, lo hace por misericordia, y cuando no lo hace, por juicio no lo hace.

Calvino explica 1 Ti 2:4. Sin embargo, el nudo que tenemos directamente al frente, no está, lo confieso, desatado. Aun así, esto le he arrancado a Pighio: que nadie sino un hombre privado de sentido común y de juicio común puede creer que el consejo secreto de Dios ordenó la salvación para todos igual e indistintamente. Lo que Pablo realmente quiere decir, empero, en el pasaje que nos

ocupa, está perfectamente claro e inteligible para todo aquel que no haya resuelto disputar. El apóstol exhorta a que se hagan solemnes «rógativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia» (1 Ti. 2:1). Y por causa de que, en aquel tiempo, había tantos y tan furibundos y acerbos enemigos de la Iglesia, Pablo, a fin de evitar que la desesperanza estorbara las oraciones de los fieles, se apresura a hacer frente a sus apuros instándolos encarecidamente a ser constantes en la oración «por todos los hombres», y especialmente «por todos los que están en eminencia». «Porque», dice el apóstol, «Dios quiere que todos los hombre sean salvos».

¿Quién no puede ver que, al decir esto, el apóstol tiene en la mente categorías de hombres y no individuos? En realidad, la distinción que los comentadores hacen aquí no carece de razón y sustancia; que Pablo está hablando de naciones de individuos, no de individuos de naciones. De todos modos, es sin duda evidente que, a partir del contexto no ha de entenderse aquí otra «voluntad» de Dios que la que se revela en la proclamación externa del evangelio. La llana intención del apóstol, por lo tanto, es que Dios «quiere» la salvación de todos los hombres considerados generalmente, a quienes misericordiosamente llama, o invita, por la proclamación pública de la Palabra, a venir a Cristo.

DOCTRINA: «DIOS NO HACE ACEPCIÓN DE PERSONAS»

Pero Pighio reanuda la batalla conmigo en el campo de la «acepción de personas». Y porque está escrito que no hay «acepción de personas para con Dios» (Ro. 2:10-11; Hch. 10:34-35; 2 Cr. 19:7), de ahí concluye al punto que todos son igualmente amados de Dios.

RESPUESTA DE CALVINO

A esto ya le contesté, arguyendo que «personas» en la Escritura significa todas aquellas circunstancias externas vinculadas con los hombres, circunstancias que abarcan, no la gran causa de todo, sino

que procuran favor para unos y cargan a otros con odio y desprecio. Pighio, sin embargo, ruge que esta explicación del término es absurda más allá de todo lo que pueda expresarse o concebirse. Pero si el asunto se sometiera a voto, estoy convencido de que tendría como compañeros y como líderes, en mi interpretación de la palabra en cuestión, a muchos hombres de la más alta estima en la Iglesia. Baste, para la ocasión presente, una de las bases sobre las que se apoya mi explicación.

En el idioma hebreo se encuentra el sustantivo פְּנִים (pnym), que tiene el mismo significado que el nombre plural latino *facies*, que significa «rostros» o «apariencias». El sustantivo hebreo פְּנִים (pnym) se usa cuando a los jueces se les prohíbe «aceptar personas en el juicio».¹ El mismo término se usa cuando Moisés testifica que «Jehová no hace acepción de personas, ni toma cohecho» (Dt. 1:17; 10:17). También se emplea frecuentemente en el libro de Job. Y ahora pregunto: ¿Qué otra cosa se podrá entender por esta palabra que toda clase de apariencias externas (según corrientemente las llamamos) que a menudo nos apartan de la realidad con la cual están relacionadas?

De la misma manera, los apóstoles, al hablar de siervos y amos, judíos y gentiles, nobles y desconocidos, encumbrados y humildes, emplean el término griego πρόσωπον (prosōpon) para indicar la apariencia externa de excelencia que unos tienen sobre otros, y que con frecuencia impide que se vea claramente lo que es justo y correcto en tales personas, o acerca de ellas. Por lo mismo, Cristo también contrapone el juzgar según ὄψις (opsis), es decir, «apariencias», al justo juicio (Jn. 7:24). Como si hubiera dicho, Cuando quiera que gobierne el favor o el odio de los hombres, no puede ser sino que tal prejuicio habrá de pervertir toda equidad y justicia.

1 Deuteronomio 1:17 emplea un modismo hebreo, לֹא-תִכְרוּ פָנִים (l' tkrw pnym), que a la letra se traduce: *No debes fijarte en las caras*, el cual en la lengua común quiere decir: *No debes hacer acepción de personas*. —Nota del Editor

Todos, por tanto, verán de inmediato que Pighio, arrebatado por la enardecida insolencia del odio a la verdad, no tuvo cuidado de lo que dijo. Escuchemos ahora la corrección que este admonitor hace a nuestra interpretación. En magistral tono profiere que «acepción de personas» es un vicio que ocurre en la administración de la justicia. De ahí concluye que Dios no hace acepción de personas porque es imparcial para con todos, y porque, según conviene a un dispensador de la justicia pública, se muestra, como cosa natural, imparcialmente liberal y benéfico. Así parlotea Pighio, aplicando un extinguidor a la luz de la Escritura, y hablando a borbotones lo primero que se le ocurra a su fermentada cabeza.

La Escritura toda confirma mi interpretación y parecer; tampoco pone a la vista mi oponente ni un pasaje para establecer su absurda ficción. Y no es de extrañar que presente sus alocadas quimeras con tanta confianza y seguridad, si ni siquiera ha ponderado el significado del vocablo mismo sobre el cual profiere tanta vana palabrería. ¡Supongo que con ese desbordamiento de palabras, en desprecio de toda gramática y de todo sentido, se propone hacer gala de gran teólogo! Para él, «persona» significa nada más ni menos que «hombre». Mientras tanto, es más que evidente que «persona» significa «cualidad externa», cualidad que los humanos adoptan, o se revisten de ella, y son entonces estimados dignos de favor y respeto, o justamente expuestos a menosprecio. Pero en cuanto a si Dios es o no es un repartidor imparcial, el testimonio de Cristo, creemos, merece mucho más crédito que el de Pighio. Nuestro Señor, pues, presenta al Dios bendito en la persona o figura del padre de familia, diciendo: «¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?» (Mt. 20:15). Al unísono con este razonamiento de nuestro Señor, el apóstol Pablo, para exhibir al Dios adorable, que no está obligado ni es responsable a nadie, ni nada le impide dispensar Su gracia «conforme a Su propia voluntad», cierra su argumento con esta interrogación: «¿O quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado?» (Ro. 11:35).

En primer lugar, si existiera en este hombre Pighio siquiera un ápice del temor de Dios, ¿hubiera tenido jamás la osadía de censurar a Dios tan insolentemente? Prescribe como regla absoluta que el Altísimo debe extender Su bondad a todos igualmente, como si se tratara de la hacienda pública. De esa manera no deja a Dios nada con que ejercer Su libre beneficencia. Dios juzga a cada individuo, dice Pighio, conforme a la dignidad, mérito y obras de cada uno, no según Su propio beneplácito. ¿Por cuál mérito, luego, escogió Dios a la familia de Abraham? ¿Qué dignidad halló en el linaje aquél que lo indujo a preferirlos sobre el resto de la humanidad? Dios mismo no señala otra razón sino que «amó a sus padres». En otro lugar lo enuncia más expresamente: «He aquí, de Jehová tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos» (Dt. 10:14-15). En otro pasaje Dios reduce a nada todos los méritos de ellos, declarando que Abraham y toda su familia habían sido idólatras: «Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac» (Jos. 24:2-3). De los pasajes antedichos, al menos, yo obtengo lo que Pighio niega: que Moisés predicó el beneplácito soberano de Dios claramente. Sin embargo, nuestro oponente niega que el que uno sea escogido y otro pasado por alto dependa del decreto soberano de Dios, sino que depende de las inclinaciones humanas. Luego, ¿qué significa esto: «Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo: El mayor servirá al menor» (Ro. 9:11-12)?

Pero la blasfemia que Pighio vomita después es execrable: «Hacemos que Dios», asevera él, «sea no solo injusto, sino cruel, si decimos que ordena a cualquier ser humano a la destrucción».

Pighio, sin embargo, un día habrá de comparecer ante el tribunal de ese Dios de quien Pablo declara que, «Mostrará Su poder para con los vasos de ira preparados para destrucción». Es más, ahora mismo el corazón le dice a nuestro oponente, por el sentido de la destrucción eterna que le espera, que Dios no es un ser fabricado de las opiniones o pensamientos de los hombres, sino que era, es, y será el Juez eterno del mundo entero. Ese miserable mortal (digo yo) está echando de ver ahora mismo cuán cierta es aquella palabra, «Que Dios vence cuando lo juzgan» (Sal. 51:4).

Estoy dispuesto a confesar, sin embargo, que hay veces en que se hace distinción entre una vida piadosa y recta, y «persona» (*persona*), como cuando Pedro dice: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas,² sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hch. 10:34-35). Pero la respuesta a aquellos que aducen esta Escritura contra nosotros es que Dios aprueba y se deleita en los dones, cualesquiera que sean, que dispensa a Sus hijos, mientras que en la naturaleza moral humana entera no encuentra nada sino lo que merece Su justo aborrecimiento. Por consiguiente, a fin de tener adoradores a quienes pueda amar, aunque desprovistos de todo bien, debe primero concederles, en medio de su demérito, Su amor gratuito, y de esa manera darles por Su libre voluntad aquello que luego Él mismo ame en ellos. Agustín dice:

Pero esta primera (o preventiva) gracia la concede Él a quien quiere, porque es misericordioso, y si no la da, Él es justo. Y cuando no la da, es porque no es Su voluntad darla, «para hacer notorias las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia». Y cuando Pedro dice que Dios «no hace acepción de personas», demuestra, al cerrar el capítulo, lo que quiere decir, que Dios a veces, pasando por alto los

2 προσωπολήπτῆς, *prosōpolēptēs*, *respetador de personas; mostrador de parcialidad; uno que hace acepción de personas.* —Nota del Editor

hijos de los que lo adoran, libra de destrucción a los hijos de los réprobos.

Y lo que añade Agustín sobre este significativo tema vale la pena tenerlo presente en la memoria: «No existe vidrio más glorioso en el cual contemplar la predestinación, que el bendito Mediador mismo, que según Su naturaleza humana, considerada como tal, alcanzó el honor de llegar a ser el “hijo unigénito de Dios” sin ningún mérito propio». Pero este beneplácito de Dios, que Él mismo nos pone delante para que nos admiremos en Cristo, la Cabeza de la Iglesia, Pighio no lo admite ni lo tolera aun en los miembros individuales de Su cuerpo. Aún más, sostiene que la bienaventurada madre de Cristo fue escogida a causa de su propio mérito, según queda comprobado (dice él) por su propio cántico: «Porque ha mirado la bajeza de su sierva» (Lc. 1:48). ¡Tales son las *pruebas* con que Pighio pretende mostrar que la elección de Dios se funda en méritos humanos, y que no es soberana ni libre, porque escogió, en el caso de María, aquello que era bajo y despreciable.

DOCTRINA: «LA HERENCIA DEL REINO ES POR OBRAS DE CARIDAD»

Sobre este mismo principio divino se desvanece del mismo modo otra objeción que Pighio presenta: «Cuando Cristo llama a los benditos de Su Padre a heredar el reino, no dice que el ser elegidos sea la causa del derecho a esa herencia, sino el hacer obras de caridad» (Mt. 25:34-36). De ninguna manera urgiría yo a nadie a acudir a la elección secreta de Dios para que de allí, con bocas abiertas, esperaran salvación. Pero sí los exhortaría a correr directamente a Cristo, en quien la salvación se nos pone delante de los ojos, salvación que, si no se revelara en Cristo, habría permanecido «escondida en Dios» para siempre. Para quien no ande en el camino llano de la fe, la elección de Dios no puede ser otra cosa que un laberinto de destrucción. Por lo cual, si deseamos gozar de la remisión segura de nuestros pecados, si la conciencia ha de reposar en la confianza firme de la vida eterna, si

quisiéramos invocar sin aprensión a Dios como Padre celestial, luego de ninguna manera debemos *comenzar* hurgando en lo que Dios haya decretado de nosotros antes del comienzo del mundo.

RESPUESTA DE CALVINO

Lo que debemos meditar es lo que Dios, en Su amor Paternal, nos ha revelado en Cristo, y lo que Cristo mismo nos predica diariamente en Su evangelio eterno. Nuestra más profunda búsqueda y más alto propósito debe ser llegar a ser hijos de Dios, y saber que lo somos. Pero el espejo de la libre adopción, que es únicamente donde podemos contemplar bendición tan alta e inefable, es Cristo el Hijo, que descendió del Padre a nosotros con el fin de que, implantándonos en Su cuerpo, nos hiciera herederos del reino de los cielos, del cual Él en Sí mismo es las arras y la promesa. Y como, además, esta herencia nos la ganó una vez la sangre de Cristo, y permanece consignada a nuestro favor en las páginas sagradas del evangelio eterno, así el conocimiento y la posesión de esa herencia no se puede lograr de otro modo que por la fe.

En una palabra, confieso sin reserva no solo ahora, sino también en todas partes de mis obras, que la salvación de los hombres está inseparablemente enlazada con la fe, que Cristo es la única puerta que da entrada en el reino de los cielos, y que la paz serena no se puede hallar sino en el evangelio. Además, siempre he enseñado que quienquiera que se desvíe aun la mínima distancia del evangelio de Cristo, y de la fe en ese evangelio, no puede hacer sino extraviarse en dudas, ambigüedades y perplejidades; y que mientras más resueltamente alguien intente violentar y penetrar los profundos misterios del consejo secreto de Dios, aparte del evangelio y de la fe, *se alejará más y más de Dios*. Por esto no niego, sino constantemente afirmo, que aunque Dios los haya elegido antes de existir todos los mundos, los hijos de Dios han de andar por fe.

DOCTRINA: «DIOS NO REGALA SUS DONES HASTA EL ÚLTIMO DÍA»

Por lo tanto, tomando como fundamento estos principios, damos al traste con otro argumento que nuestro adversario nos presenta cuando alega «que Dios habrá de coronar en el último día los dones de Su Espíritu que hubiera podido dispensar a Sus elegidos en esta vida presente».

RESPUESTA DE CALVINO

Pero esto no altera la verdad y el hecho de que Dios implanta, por la fe y por la santificación de Su Espíritu, en el cuerpo de Cristo aquellos a quienes ha escogido en Él. Tampoco altera la verdad de que Él llama y justifica, en el momento en que así lo desee, a los que predeterminó para estas bendiciones antes de la fundación del mundo.

Pablo, luego enlaza estas dos obras de Dios primorosamente, diciendo: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien»; y de inmediato añade: «a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28). Esta, pues, es la manera en que Dios gobierna a los Suyos; es el modo en que Él consuma la obra de Su gracia en ellos. Pero la razón de que siquiera los tome de la mano, tiene otra causa, mucho más alta, esto es, Su propósito eterno por el cual los ordenó a vida eterna. Por consiguiente, la impudencia de Pighio es aún más ridícula; pues no vacila en echar mano, para sus propios fines, y muy insolentemente, a un testimonio de la Escritura que le es contrario. En primer lugar, de modo irracional nos hace recordar que no se dice que todas las cosas «ayudan a bien» a los elegidos o a los amados. Afirma que se asigna una causa diferente, es decir, que ellos amaron a Dios. Mientras que el apóstol añade de propósito la corrección de todo posible error sobre este punto diciendo: «a los que conforme a su propósito son llamados», para que nadie pueda atribuir «todas las cosas les ayudan a bien» a su propio mérito.

En realidad, la intención del apóstol en este pasaje es demostrar, primero, la disposición de ánimo que los fieles, para quienes Dios

hace que «todas las cosas les ayuden a bien», deberían adoptar para con Él —que deben «amar a Dios»—. Y el amor a Dios es, por cierto, primicia peculiar de los «llamados» de Dios. Pero, a fin de que los que así son «llamados» no se apeguen demasiado a sí mismos ni a sus méritos, Pablo también les enseña que la verdadera fuente de su salvación y de que «todas las cosas les ayuden a bien», está asentada en lugar mucho más alto que ellos —en el mismo cielo y en el propósito eterno de Dios, porque fueron escogidos por Dios, y por lo tanto fueron «los llamados conforme a Su propósito».

Pighio cree que puede desatar y resolver este nudo con una sola oración, que sin duda alguna es un solemne chiste. Dice que Dios «llama» a todos los hombres a la santidad. El apóstol, sin embargo, muy llanamente declara que el «llamado» es eficaz solamente por el «propósito» absoluto de Dios —«a los que son llamados conforme a su propósito». Sobre estas verdades, tan prominentes y notablemente claras, Pighio pretende extender una negrura tan espesa que apenas permitiría entrever aquella transparente claridad. ¿Qué, pongamos por ejemplo, puede ser más perspicuo y límpido que este pasaje de la Escritura?: «A los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Ro. 8:30). Pues bien, no importa hasta qué punto nuestro adversario pueda magullar y mutilar esa sentencia de Pablo, jamás podrá estirla tanto que alcance a la humanidad toda. De aquí es evidente la extrema necedad de los argumentos de todos aquellos que se afanan por subvertir la elección de Dios sustituyendo en su lugar la fe y las buenas obras. Esto es hacer, o intentar hacer, que «la hija se trague a la madre», según dice un antiguo proverbio.

El último subterfugio de Pighio respecto al pasaje ante nosotros es éste: que Dios no predestinó a nadie para salvación, sino que éstos son los que Él conoció previamente. Pero esta ruta de escape ya se la he bloqueado a estos oponentes. He demostrado que Dios no pudo prever nada en el hombre sino lo que era merecedor de destrucción eterna, mientras no lo creara nuevamente

por Su Espíritu. Si, pues, ningún hombre tiene nada bueno que no haya recibido de parte de Dios, ¿qué puede poner un hombre, más que otros, ante los ojos de Dios, en lo cual pueda aventajar a sus semejantes? Dios, por lo tanto, previó a los Suyos, no previendo sus méritos —pues ninguno tenían— sino porque los miró con Su misericordia y favor, distinguiéndolos así de otros, y contándolos entre Sus hijos, a pesar de todo su pecado e indignidad, según la palabra de Pablo, «¿Quién te distingue?» (1 Cor. 4:7). Pero la libre presciencia que Pighio propone, y que llama desnuda (esto es, desnuda de toda preferencia en la mente de Dios), no es presciencia en absoluto. ¿Con qué plumaje de mérito y aceptabilidad ataviará Pighio a su hombre previsto y predestinado, a fin de evitar que se presente delante de Dios desnudo y deformado en todos sus miembros? La Escritura proclama a viva voz que todo lo que haya por naturaleza en el hombre caído y corrupto es aborrecible a los ojos de Dios. También declara, con voz igualmente fuerte, que nada es aceptable a Dios sino Su propia imagen en aquellos que han sido creados de nuevo en Cristo.

CAPÍTULO 8

LAS DOCTRINAS DE PIGHIO II

PROSIGUE PIGHIO DICIENDO DE ESTA manera: Cuando ansiosamente indagamos la razón de que los malvados sean condenados eternamente, la Escritura no nos lanza al rostro palabras despóticas como estas en respuesta: «Porque el eterno consejo de Dios hizo distinción entre ellos y los elegidos, porque a Dios le plugo ordenarlos a destrucción eterna». En la Escritura no encontramos, digo yo, tales duras y ofensivas respuestas a nuestras preguntas. Estas son meramente las razones asignadas por los hombres para hacer que esos dictámenes parezcan ser verdaderos: «Así lo quiero; ordeno que así sea; Mi voluntad es razón más que suficiente. ¡No! Las razones que oímos de la boca del mismo Cristo son estas: «Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber, etc., etc». (Mt. 25:42).

EL PECADO ORIGINAL SUFICIENTEMENTE CONDENA A TODOS

Similar a este argumento es aquel que Pighio alega en otro lugar: Cristo, dice él, no dirá a los malvados en el último día que fueron condenados eternamente «porque nacieron de la simiente corrupta de Adán, porque por el pecado de éste heredaron el merecimiento de la muerte eterna, y porque era justo y recto que perecieran por aquella falta». No, dice Pighio, las razones que Cristo mismo señalará delante de los mundos congregados en aquel día serán estas: que no dieron pan al hambriento, que no vistieron a los desnudos, ni hicieron otras obras de caridad similares a éstas.

Pero si el pecado y la culpa originales no son, en la estimación de Pighio, suficientes para condenar a los hombres eternamente, y si el juicio secreto de Dios no encuentra lugar en su pensamiento, ¿qué entendería él en el caso de infantes que parten de esta vida antes de que puedan realizar ninguna de las obras de caridad a que acabamos de aludir? Las condiciones naturales de nacer y de morir eran las mismas tanto para aquellos infantes que murieron en Sodoma como para los que murieron en Jerusalén, y sus obras, o más bien su carencia de obras, eran precisamente las mismas. ¿Cómo, entonces, es que Cristo separará en el último día unos de otros, poniendo a unos a Su mano derecha y a los otros a la izquierda? ¿Quién no ha de adorar el glorioso juicio de Dios, que decretó que un número de estos niños naciera en Jerusalén, desde donde, por el conocimiento de la verdad, pudieran más tarde ser trasladados a una vida superior, mientras que los otros nacieron en Sodoma, aquella amplia puerta al infierno? Así como afirmo en verdad que Cristo habrá de recompensar en el último día a los elegidos con el galardón de la rectitud, así tampoco hablo falsedad de ningún modo cuando sostengo que los réprobos pagarán en aquel día el castigo de su injusticia y de todas sus iniquidades.

Y aunque sostengo firmemente que Dios, en Su eterno consejo, escogió a aquellos que le plugo para vida eterna, y dejó a aquellos que le plugo a destrucción eterna; no se encontrará en toda mi doctrina ninguna aseveración de que no hay castigos determinados para las obras malvadas, o que no hay recompensa establecida para las buenas obras. ¡No! «Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Co. 5:10). Pero la gran pregunta es: ¿de dónde proceden esa rectitud y esa santidad que serán así coronadas entonces? ¿De dónde sino de Dios mismo, que engendró para novedad de vida por Su propio Espíritu a los que recompensa? ¿Y de dónde es este espíritu de regeneración sino de la gratuita adopción de Dios?

El argumento de Pighio es exactamente como el razonamiento de un hombre que sostuviera que el día no FUE hecho originalmente de la luz creada, porque el día ES el brillar del sol que ahora hace el día. Confieso, sin embargo, que esta comparación no es estrictamente verdadera en todas sus partes. Dios es propiamente el autor de la luz que fue creada «en el principio»; mientras que nuestra condenación eterna yace tan enteramente en nosotros mismos que no nos es lícito traer desde lejos colores extraños que de algún modo propendan a disminuir nuestra percepción de su intensa realidad. El único propósito de esta comparación es señalar, de manera concisa, cuán descabelladamente Pighio nos retira de la vista la gran causa remota cuando nos pone directamente ante los ojos la causa inmediata en la consideración de estas cuestiones de tanta gravedad. Sostiene que los malvados serán condenados eternamente porque se han buscado la ira de Dios por sus propios malos procederes. Y sobre esta base concluye que esa condenación eterna no procede del decreto de Dios. Yo, al contrario, mantengo que ellos han amontonado malas obras sobre otras a lo largo de sus vidas, porque, siendo esencialmente depravados por nacer en pecado, no podían hacer nada sino pecar. No obstante, pecaron, no por algún impulso o coacción externa, sino a sabiendas y voluntariamente, por el ímpetu espontáneo del corazón. Es más, nadie, que no quiera arrancar de raíz los rudimentos mismos de toda piedad, puede negar que la corrupción y la depravación naturales sean la fuente y origen de la cual fluyen todos los pecados de toda laya. Pero si me preguntan por qué corrige Dios el pecado en Sus elegidos, y no considera a los réprobos dignos de igual remedio; respondo que la razón yace oculta en Él mismo.

Este es el talante del razonamiento del apóstol Pablo en el noveno capítulo de su Epístola a los Romanos. Después de probar que Dios es quien en última instancia dispone y ordena la vida eterna y la muerte eterna, y de demostrar que al fin serán salvos aquellos que rescata de la destrucción eterna; y de declarar con fuerte voz que «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia de

quien quiere tenerla», y «al que quiere endurecer, endurece»; después de estas declaraciones, el apóstol presenta copiosas y, por así decirlo, palpables causas de la dureza de su propia nación; es decir, porque la gran mayoría de ellos repudiaron a Cristo, y porque se obstinaron en resistir a Dios, «que todo el día extendía Sus manos (según el profeta lo expresa, Is. 65:2) a pueblo rebelde». Por consiguiente, estos dos solemnes principios armonizan divinamente el uno con el otro, en que todo hombre es por sí mismo la causa de su propia condenación eterna, y que todos aquellos que están destituidos del Espíritu de Dios se abalanzan ciegamente contra Cristo.

Con arreglo a estos principios divinos, Pablo, presentando culpables a los judíos, porque, «ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se ha sujetado a la justicia de Dios», y fueron, por esta causa, arrojados de la Iglesia de Cristo; Pablo, repito, habiendo afianzado estos principios divinos, llanamente enseña que fue enteramente por gracia que el resto permaneció en la verdad y la fe, y no cayó, según aquella notable declaración de Dios: «Yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron» (1 R. 19:18). Agustín tiene cuidado de observar:

Estos siete mil no se sostuvieron por sus propias fuerzas. Fue Dios quien se los reservó para Sí mismo, a fin de que fueran un remanente. Pero Pablo declara aún más expresamente que el remanente reunido por la venida de Cristo en aquel tiempo era un «remanente escogido por gracia». ¿Oíste la palabra «remanente»? La expresión significa que un reducido número fue separado de la masa general de la humanidad. Y el apóstol afirma que estos fueron salvos, no por su propia voluntad o pujanza, sino por la libre gracia y misericordia de Dios. Atribuye él la salvación de estos a la libre elección de Dios, claramente queriendo decir que la sola causa de que no perecieran con el resto de la humanidad es

que fueron libremente elegidos por Dios. De donde se sigue la conclusión natural de que si todos fueran elegidos, nadie perecería.

Si un hombre mortal pronunciara su «Yo quiero» y su «Yo ordeno», y dijera que su voluntad debía considerarse suficiente razón para sus acciones, confieso que ¡tal «Yo quiero» sería ciertamente tiránico! ¡Pero llamar tiránico el «Yo quiero» de Dios y el «Yo ordeno» de Dios es profanación, blasfemia y locura! Ningún mortal osaría imputarle a Dios nada desproporcionado o excesivo, tal que implique la posibilidad en Él de un desconcierto de voluntad, deseo o apetencia, como en los hombres. Al contrario, continuamente se deben a Su voluntad tal honor y reverencia, que nos compete considerar que contiene en sí misma toda la validez de una razón justa, porque la voluntad de Dios es la fuente y la regla de toda justicia.

LA VOLUNTAD DOBLE DE DIOS

Tocante a la distinción acerca de la voluntad doble de Dios que comúnmente se hace en las escuelas, no la admitimos de ninguna manera. Los sofistas de la Sorbona parlotean de una voluntad ordenada de Dios y de una voluntad absoluta de Dios. Pero esto es una blasfemia merecidamente aborrecida por todo oído piadoso, aunque admisible y agradable a los oídos de Pighio y de sus camaradas. Sin embargo, yo, por el contrario, sostengo que, lejos de haber nada desordenado en Dios, todo lo que hay de orden y buena disposición de las cosas, en el cielo o en la tierra, fluye de Él solamente y de Su manantial. Cuando quiera, pues, que llevamos la voluntad de Dios hasta lo sumo, y demostramos que es más alta que toda razón, lejos esté de nosotros imaginar que Él quiera nada si no lo quiere con la más alta razón.

También estamos firmemente convencidos de que Él posee de tal modo, como derecho propio, la suma de todo poder, que nuestro deber sagrado es estar satisfechos con el asentimiento de Su sola voluntad en todas las cosas. Si lo que dice el salmista es cierto, «Tus

juicios, [son] abismo grande» (Sal. 36:6), cuando la mente de un individuo se proyecta a tales alturas de orgullo que no puede tener reposo en el sólo beneplácito y voluntad de Dios, ¡tenga solemne cuidado de que ese «abismo grande» no se lo trague! Sin duda, así, y no de otro modo, tiene que ser, ¡y tal venganza es gloriosamente justa!

Por lo cual, que nunca se nos escape de la memoria aquella noble y solemne instancia de Agustín:

Escucha lo que Dios es y lo que tú eres. ¡Él es Dios! ¡Tú eres hombre! Si te parece que hablas de justicia en las obras y los caminos de Dios, ¿se ha secado, piensas tú, la Fuente de toda justicia? Tú, como hombre, esperas una respuesta de mí, que también soy hombre. Por tanto, escuchemos ambos al apóstol decir, respecto a todo cuestionamiento de Dios, «oh hombre, ¿quién eres tú?» ¡Mejor es la ignorancia creyente, que el conocimiento temerario! ¡Busca mérito, y encontrarás sólo castigo! «¡Oh profundidad...!», [...] ¡Pedro niega, un ladrón cree! —«¡Oh profundidad...!» etc. ¿Preguntas por la razón? —Yo tiemblo ante «la profundidad». ¡Razona tú —yo estaré asombrado y maravillado! ¡Disputa tú —yo creeré! ¡Yo veo la altura; no me precipitaré en la «profundidad»!

Pablo reposaba sosegadamente porque tenía razones para asombrarse y maravillarse. Nombraba los juicios de Dios «insondables»; ¿y vienes tú ex profeso a «sondearlos»? Pablo dice, «Sus caminos son inescrutables», ¿y vienes tú de propósito a «escrutarlos»?

Análogo a estos santos sentimientos es también aquel en que Agustín dice en otro lugar: «¿Te embrollarás conmigo en disputa? Más bien, ¡acompañame en la admiración y la maravilla! ¡Exclamemos a una «Oh profundidad»! ¡Temblemos unidos, y no perezquemos unidos en la vanagloria!»

EL POR QUÉ DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Despliega Pighio, en su estimación, gran agudeza cuando arguye de esta modo: «No habría abismo profundo en absoluto si la voluntad de Dios se considerara como la más alta de toda razón, puesto que nada sería más fácil que decir que todas las cosas se hacen porque a Dios así le plugo, Su voluntad rigiendo absolutamente y sola». Pero barbullando con sofistería, ridículamente pasa por alto el punto mismo que da forma a la importante cuestión que tratamos. Está muy claro que todas las cosas se hacen porque así le place a Dios. Pero la gran pregunta es: ¿Por qué le place a Dios que una cosa se haga de una manera, y otra cosa de manera contraria?

Pighio luego procede en la misma línea de argumentación necia. A fin de demostrar que Dios tuvo una razón y una causa en todos sus consejos, aduce la respuesta que Cristo dio a Sus discípulos en el caso del que nació ciego: «Para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Jn. 9:3). De esta manera Pighio crea una batalla imaginaria, pelea hasta decidirla él mismo, y se imagina que ha ganado la victoria. Pero, ¿cuándo y dónde me entró en la mente la monstruosa idea de que Dios dejara desprovisto de Su razón algún consejo Suyo? Puesto que yo sostengo que Dios es la NORMA del mundo, que por Su consejo incomprensible y maravilloso gobierna y dirige todas las cosas, ¿dirá alguien que en mis palabras puede hallar indicios de que Dios es llevado de aquí para allá al azar, o que hace lo que hace con temeridad ciega?

Es curioso que Pighio cite algunas palabras mías que, si no me equivoco, muy evidentemente refutan lo que él dice. Las palabras aludidas son aquellas en que afirmo que Dios tiene un propósito en todos Sus caminos y obras, sin importar cuán velados sean, y ese designio es extender la gloria de Su Nombre. Pero mi contrario pretende poner ante los ojos de sus lectores una sombra de contradicción en mis palabras, porque sostengo que ninguna razón ha de requerirse o investigarse del beneplácito de Dios en cualquiera de Sus obras; y que aun así, al mismo tiempo expongo la razón. Pero es inútil

desperdiciar tiempo poniendo de manifiesto dislates tan insensibles y evidentes. Su propia excelsa gloria es la razón que el Señor tiene para todas Sus obras. Ese es Su último objetivo en todas ellas. Así pues, según testifica Pablo, Dios levantó a Faraón «para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra» (Ro. 9:17). ¿Se contradice el apóstol Pablo, sírvanse decirme, cuando exclama poco después que los juicios de Dios son «inescrutables»? El mismo apóstol dice también que los vasos de ira «preparados» por el Señor «para destrucción» los «soportó con mucha paciencia», para «mostrar Su ira, y hacer notorio Su poder» (Ro. 9:22). Díganme, el maravillado asombro de Pablo que sigue después, «¡Oh profundidad!», ¿es contrario a este sentir? Díganme, repito, ¿se contradice en esto el apóstol? Si no se contradice, ¿entonces tampoco yo me contradigo si empleo un solemne argumento análogo!

Pero Pighio va aún más lejos en el error, la absurdidad y la confusión, con su manera de argumentar. Desparrama sobre el vocablo mismo *causa* un falso matiz al introducir la *causa final* en lugar de la *causa formal*. Pues aunque *el fin* que Dios se propone en Sus obras no es oscuro, esto es, Su propia gloria grande y extensa, aún así, *la razón* de que le agradase obrar como lo hizo, no parece ser enteramente clara de inmediato. Sin embargo, la médula y suma del punto presente de esta gran cuestión es esta: aunque Dios no nos demuestra por medio de argumentos llanos y satisfactorios Su justicia en todas Sus obras, nuestro deber obligado es tener la certidumbre de que todo lo que Él hace, lo hace rectamente.

Es, por tanto, deber nuestro reposar en Su sola voluntad, de modo tal que lo que sabemos de Su voluntad y beneplácito en cualquier cosa que haga, aunque *la causa* de hacerlo sobrepase nuestra comprensión, debería bastarnos más que mil razones. Aquí se ve la necedad de Pighio al reñir conmigo y de acusarme de ser inconsecuente, porque mientras mantengo que no debe indagarse la razón de la voluntad divina, afirmo enérgicamente que Dios no quiere nada sino lo que juzgue que justa y correctamente deba hacerse. Afirmo

él que esta segunda parte de mi argumento es en realidad dar *una razón* para la voluntad de Dios como *la causa* de todo; cosa que, según él, yo en otro lugar declaro ser inconsecuente en mí mismo o en cualquiera otro. Pero, ¿qué conocimiento de *la causa* podrá decirse que profeso si sólo creo que Dios hace lo que hace con un gran propósito, y lo que juzga que sea apropiado hacer, y especialmente si mientras tanto me declaro incapaz de comprender *la razón cierta y especial* de la obra y del consejo divino? Además de todo esto, mi oponente considera que la gran diferencia entre *la reverencia de la fe* y *la audacia de inquirir* en la voluntad de Dios, no es asunto de peso en absoluto, y echa mano de lo que enseño para decir que es asunto de fe, y luego absurdamente lo lanza en el círculo del conocimiento común de los conceptos humanos.

Sobre este irracional principio [de Pighio], si alguien afirmara que Dios tiene un glorioso objeto en todo cuanto hace, y luego exclamara, con el apóstol, que los juicios de Dios son «insondables» y Sus caminos «inescrutables», tendríamos que pensar que, en el momento de su exclamación, estaría contradiciéndose. Pighio, sin embargo, se equivoca por completo. Me pide él que reconozca mis propias palabras, cuando el pasaje en cuestión lo había yo citado de Agustín. Helo aquí: «Cuando nos pregunten», dice ese santo hombre, «por qué Dios hizo esto o aquello, nuestra respuesta debe ser, “Porque esa es Su voluntad”. Si prosiguieren preguntando ¿Por qué es así Su voluntad?, debemos contestar, “¡Ahora estás preguntando de lo que es más grande y más alto que la voluntad misma de Dios! ¡Preguntas lo que nadie puede descifrar!” Guarde, pues, la temeridad humana sus límites. No inquiera nunca en lo que no es, no sea que no encuentre lo que es». Con estas palabras habla Agustín muy acertadamente, y tiene mi pleno asentimiento. Lo que expresé antes no contiene nada que no concuerde perfectamente con estas palabras del santo padre. Mis conceptos y argumentos son que la voluntad de Dios es el mejor y más apropiado ajuste de todas las cosas que ha creado y hecho.

OTROS ATAQUES CONTRA LA DOCTRINA DE CALVINO

Hay otra objeción, fabricada de la misma broza, que Pighio levanta contra los siguientes conceptos míos ya publicados: «Niego yo que los réprobos se distingan y separen de los elegidos por alguna consideración que Dios tenga de los méritos de estos últimos; porque la gracia de Dios *los haga* dignos de Su adopción, no implica que *los halla* dignos» (según Agustín observa con frecuencia). En otro lugar digo esto: «Niego que ningún daño se hace a los réprobos por reprobarlos, porque merecen destrucción eterna». Aquí Pighio extiende las alas en alborozo desmedido, estrepitosamente exclamando que yo no entiendo ni mis propias opiniones ni a mí mismo, ni en absoluto recuerdo lo que he dicho anteriormente. Pero tan lejos estoy de creer necesario gastar muchas palabras en mi propia defensa, que apenas puedo persuadirme a usar siquiera unas pocas.

Observaré, pues, que cuando Dios prefiere a unos sobre otros, cuando escoge a unos y pasa por alto a otros, no establece la diferencia sobre el *mérito* o el *demérito*, ya sea en uno o en el otro. Por lo tanto, es falso decir que los réprobos son dignos de destrucción eterna. Si, pues, en el primer caso no hay comparación de unos con otros hombres, ni ninguna conexión de mérito con la recompensa de vida eterna; en el segundo no hay, ciertamente, prueba de que la condición de todos los hombres sea igual respecto de la elección de Dios. Añádase a esto que Agustín, después de aseverar en una parte de sus escritos que nadie jamás dejó de obtener salvación si era merecedor de ella, cualifica esta expresión en sus recapitulaciones subsiguientes, esmeradamente excluyendo toda idea de obras y refiriendo todo mérito aceptable al libre llamado de la gracia de Dios.

Pighio, sin embargo, aún aguijonea su violenta oposición alegando que si lo que yo enseñé fuere cierto, es decir, que los que perecen han sido ordenados a muerte eterna por *la voluntad eterna* de Dios, la razón de lo cual nos es imperceptible, las personas así ordenadas son hechas merecedoras de muerte eterna, y no halladas tal. Respondo que tres cosas han de considerarse tocante a este punto:

1. Que la predestinación de Dios, por la cual decretó, antes de la Caída de Adán, lo que debía ocurrir en todo el linaje humano y en cada individuo, está inalterablemente fija y determinada.
2. Que Adán mismo, a causa de apartarse de Dios, fue merecidamente señalado para muerte eterna.
3. Por último, que en la persona de Adán, ahora caído y perdido, su posteridad resultó también condenada eternamente; pero de tal modo condenada eternamente que Dios juzga dignos del honor de Su adopción a todos aquellos que libremente escogió de entre esa descendencia.

Ninguna de estas estupendas cosas es producto de mis fantasías, ni he fabricado ninguna parte de ellas. Ni estoy obligado, en el caso presente, a evidenciar cada detalle, pues considero que ya lo he hecho muy efectivamente. Todo lo que voy a hacer es lavarme de la calumnia con que mi contendiente me ha manchado, al decir que de ninguna manera puede lograrse que estas cosas armonicen o se avengan entre sí. Mientras que lo que yo en todo tiempo he enseñado invariablemente, y todavía enseño en este día, es que siempre que la elección es el tema de discusión, el gran punto que ha de mantenerse, de principio a fin, es que a todos los réprobos se les *deja* justamente en muerte eterna, porque murieron y fueron condenados eternamente en Adán; y también que los que son por naturaleza hijos de ira perecen justamente; y finalmente, que, por lo tanto, nadie puede tener motivo para quejarse de la excesiva severidad de Dios, teniendo en cuenta que todos llevan, en sí mismos y en sus personas individuales, la culpa y merecimiento de muerte eterna.

Cuando, en la discusión de la doctrina de la predestinación, se habla del primer hombre, mi enseñanza es que tenemos que considerar siempre que el solemne caso es éste: que habiendo sido creado perfectamente justo, cayó espontánea y voluntariamente, y que por tal caída acarreo destrucción eterna sobre sí mismo y sobre toda su

futura raza. Y si bien Adán no cayó ni se destruyó a sí mismo y a su posteridad, o sin el conocimiento de Dios o sin Su voluntad ordenadora, eso ni aminora su propia falta ni implica a Dios en culpa alguna. Debemos siempre tener presente que Adán, voluntaria y espontáneamente, se despojó a sí mismo de aquella perfecta justicia que había recibido de Dios; y que de su propia voluntad se entregó al servicio del pecado y de Satanás, y de esa manera se despeñó en la destrucción eterna.

Los hombres, sin embargo, continuamente ofrecerán una misma excusa para Adán —que no le era posible *evitar* lo que Dios mismo *había decretado*. Pero, para establecer la culpa de Adán de una vez y por todas, su transgresión voluntaria es suficiente, y más que suficiente. En realidad, no es el consejo secreto de Dios *la causa real y virtual* del pecado, sino, manifestamente, *la voluntad y la proclividad del hombre*.

El ejemplo de Medea. El desatino de la queja de Medea es justo objeto de burla aun del antiguo poeta, cuando la representa profiriendo el bien conocido lamento: «¡O, que la nave, construida de tablones cortados con hacha de la arboleda Peleana, jamás hubiera zarpado de Egina hacia Colquis, mi tierra natal!» Medea había traicionado a su patria, llevada por la pasión de un amor desesperado que sentía por un extranjero, un extraño total. Cuando la conciencia la golpea por su perfidia y bárbara crueldad, cuando la vergüenza de la indulgencia ilícita la abate, absurdamente encauza sus sentimientos de compunción hacia varias circunstancias *remotas* viéndolas como *causas* de su miseria. Pero, ya que todo ser humano puede siempre hallar *la causa* de sus males en *sí mismo*, ¿de qué sirve mirar a todos lados, o buscar esa *causa* en el cielo?

El defecto de Medea se ve claramente en que pecó voluntaria y deliberadamente. ¿Por qué, pues, se precipita en un laberinto de pensamientos erráticos, abalanzándose en los arcanos del cielo? Aunque los mortales hombres puedan emplear la mente en razonamientos tortuosos, dilatados y profundos, nunca podrán deludirse

o entorpecerse hasta el punto de pretender y creer que no llevan la causa originaria de todo su pecado profundamente arraigada en el corazón. El razonamiento impío, por lo tanto, intentará en vano absolver de la culpa del pecado a aquel cuya propia conciencia condena. Y en cuanto a que Dios, adrede y voluntariamente, le permitió al hombre caer, ¡Su razón para así hacerlo puede estar oculta! «¡INJUSTO, no puede ser!» En esto, además, debemos siempre afirmarnos sin controversia, que el pecado siempre fue aborrecible para Dios. Aquel clamor de alabanza que David ofrece al Altísimo, se aplica a Su adorable Majestad en todo respecto: «Aborreces a todos los que hacen iniquidad» (Sal. 5:5). Por lo cual, especialmente al decretar la Caída del hombre, Dios tenía un designio glorioso y justo; y cuando contemplamos ese designio, la mención o la idea de pecado de parte de Dios jamás puede entrar, ¡pues meramente pensar que pudiera entrar nos horroriza!

Dios no es el autor de la caída. Aunque, por lo tanto, afirmo que Dios decretó la Caída de Adán, lo sostengo de manera tal que no concedo que Dios haya sido propia y realmente *el autor* de aquella Caída. Sin embargo, para no extenderme mucho por ahora en este gran tema, me limitaré a expresar como mi opinión, creencia y sentir lo que Agustín enseña tan profundamente sobre este asunto se cumplió al ordenar Dios la Caída de Adán: «De una manera maravillosa e inexpresable, lo que se hizo aun *contrario* a Su voluntad, no se hizo *sin* Su voluntad, porque no se hubiera podido hacer en absoluto, si Su voluntad no lo hubiera permitido. Y aun así no lo permitió con desgana, sino voluntariamente». El gran y magnífico principio, pues, a partir del que Agustín arguye, no se puede negar: «Que tanto el hombre como los ángeles apóstatas, en cuanto a ellos mismos se refería, hicieron lo que Dios no quería, o que era contrario a Su VOLUNTAD; pero que, en cuanto a la omnipotencia regidora de Dios se refiere, no podían, de ninguna manera, haberlo hecho sin Su voluntad». Estas palabras del santo varón las suscribo de todo corazón.

Solemnemente sostengo que el hombre y los ángeles apóstatas hicieron, al pecar, lo que era contrario a la voluntad de Dios, a fin de que Dios, por medio de la malvada voluntad de ellos, efectuara lo que era acorde con Su *voluntad de decreto*. Si alguien contestara que esto está más allá de su capacidad de comprender, yo también reconozco y confieso lo mismo. Pero, ¿por qué habría de maravillarnos que la infinita e incomprensible majestad de Dios sobrepasara los estrechos límites de nuestro finito intelecto? Tan lejos estoy, sin embargo, de ambicionar dar una explicación de este sublime y profundo misterio valiéndome de cualquier poder de la razón humana, que por siempre habré de retener en la memoria lo que declaré al comienzo de esta discusión —¡que aquellos que buscan saber más de lo que Dios ha revelado, son dementes! Por consiguiente, deleitémonos más en la sabia ignorancia que en una inmoderada e intoxicada curiosidad de saber más de lo que Dios permite. ¡Que todos los poderes de la mente se sujeten dentro de los confines de esta certidumbre revelante, que, tocante al pecado del hombre, Dios no quiso nada sino lo que hizo por Su justicia infinita!

La apostasía del hombre no es obra de Dios. Continúa Pighio: «Si la apostasía del hombre es obra de Dios, luego no es cierto lo que la Escritura declara cuando dice, “Que todas las cosas que Dios hace son muy buenas”». Yo puedo testificar sagradamente, y con todo candor confesar, que este comentario de mi adversario jamás me pasó por la mente. En todas partes he dicho que en el principio el hombre fue creado perfectamente recto. Constantemente he afirmado esto, con el expreso propósito de evitar que la depravación que el hombre contrajo por su Caída se le atribuyera a Dios. Con tenacidad he afirmado que la muerte eterna a la cual el hombre quedó sujeto, de tal modo resultó de su propia falta que no se puede, de ninguna manera, considerar a Dios como el autor de ella. Pues bien, si yo alguna vez hubiera afirmado que el extravío del primer hombre procedió de alguna manera de la inspiración o impulso del Espíritu de Dios; si, al contrario, yo no hubiera contendido uniformemente

que Adán cayó por la instigación del diablo y por el impulso de su propio corazón; entonces, ciertamente, Pighio podría legítimamente montar su furioso ataque contra mí.

Pero ahora, quitando yo de Dios *la causa inmediata* del acto en la Caída del hombre, por ese mismo medio también le quito toda *la culpa* del acto, dejando que sólo el hombre quede bajo el pecado y la culpa. Mientras que esto es lo que enseño, ¿por qué entonces me acusa mi oponente injuriosa y malvadamente diciendo que yo hago de la Caída del hombre «una de las obras de Dios»?

Pero, cómo fue que Dios, por Su presciencia y decreto, ordenó lo que debía efectuarse en Adán, y ordenarlo de modo que no fuera Él partícipe de la falta en absoluto, ni fuera el autor de la transgresión ni le diera su asentimiento?; cómo fue esto, repito, es un secreto manifiestamente demasiado profundo para que ningún intelecto humano pueda penetrarlo. En este asunto, pues, no me avergüenzo de confesar mi total ignorancia. ¡Y muy lejos esté de todo fiel avergonzarse de confesar su ignorancia de aquello que el Señor Dios ha envuelto en el resplandor de Su luz inaccesible!

LOS LÍMITES DEL ENTENDIMIENTO DEL SER HUMANO

Quiero ahora asegurar a mis lectores de que no ofrezco a los demás consejos que yo mismo no sigo con todo el corazón. El Señor es mi testigo, y mi conciencia testifica lo mismo en el Espíritu Santo, que de tal modo medito en estos estupendos juicios de Dios diariamente, que no siento la menor curiosidad o deseo de saber nada más allá de lo que ahora sé y he testificado. Tampoco ningún mal presentimiento o sospecha de la justicia de Dios, que todo lo sobrepasa, jamás se me ha colado en la mente; ni ninguna inclinación a murmurar me ha incitado el espíritu. En una palabra, descanso plenamente, no menos sereno que dispuesto, en los siguientes pensamientos de Agustín:

Dios, que creó todas las cosas muy buenas, previó que el mal habría de surgir del bien; y también sabía que Su gloriosa y omnipotente bondad sería aún más exaltada por producir bien a partir del mal, que por no permitir que el mal existiera. Ordenó la vida de ángeles y hombres a fin de hacer manifiesto, por medio de esa vida, lo que la libre voluntad puede hacer, y luego demostrar lo que la bendición de Su gracia y el juicio de Su justicia podía hacer.

A estos divinos pensamientos yo meramente añadiría (repitiendo mi asentimiento cordial), que, si algunas personas tienen continuamente tanta comezón de oír que no pueden consentir que ninguno de los misterios de Dios permanezcan velados y ocultos, estaría más que loco el maestro que procurara satisfacer tales discípulos con sus enseñanzas.

¡No! Más bien oigamos lo que le sucedió a David, y temblemos, cuando se inclinó a inquirir en ciertos juicios extraordinarios de Dios que aparecieron en las circunstancias externas de la gente y de esta vida presente: «Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti» (Sal. 73:22). Tan exaltado profeta como David no podía intentar saber más de lo que es lícito, sin quedar desconcertado y sentirse, por decirlo así, como una bestia bruta. ¿Debemos suponer, luego, que podemos abandonarnos impunemente a un desaforado libertinaje de la mente en un intento de comprender el consejo de Dios, la cosa más profunda de todas en cielo y tierra? Después que Pablo testificó que Dios escoge a quien quiere de entre la masa perdida de la humanidad, y que reprueba a quien quiere, estaba el apóstol tan lejos de intentar explicar cómo y por qué Dios así lo hizo, que anonadado por la maravilla, admiración y asombro, prorrumpió en la exclamación: «Oh profundidad!». ¿Osaremos entonces, sin asombrarnos de esa «profundidad» y destituidos de toda reverencia, inquirir en las «profundidades» de la Caída, e indagar cómo permitió Dios que la humanidad entera

cayera con Adán? Ya he observado que la Caída de Adán es una lección permanente de *humildad* para toda su posteridad; lección de la cual pueden aprender que nada son por sí mismos, y que nada pueden hacer para recobrar la vida eterna; que Adán era perfecto, y podía obrar perfectamente, ¡y con todo eso cayó! «¡Oh profundidad!» La única regla para ser sabio es que la mente del hombre se refrene con la brida de la maravilla —«¡O profundidad!»

Sin embargo, la razón por la que no hemos tocado esta magna cuestión ni siquiera levemente, no es sólo que se trate de algo abstruso y oculto en lo más recóndito del santuario de Dios, sino que no hay que darle paso a la curiosidad ociosa, de la cual curiosidad es nodriza y aya una especulación envanecida. Y aunque mucho apruebo todo lo que Agustín dice en su *Comentario de Génesis* (capítulo 11: 4-8), donde reúne muchas cosas para formar una lección sobre el temor y la reverencia de Dios; aquella otra parte en que demuestra que Dios escogió de entre la raza condenada de Adán aquellos que le plugo, y reprobó a quienes le plugo, me parece estar mucho más calculada para inspirar y ejercitar la fe, y es probable que su manera de tratar el tema produzca fruto más abundante. Yo, pues, por mi parte, hallo más libertad y gozo en poner en vigor esa doctrina que contiene la enseñanza de la corrupción, el pecado y la culpa de la naturaleza humana. La sustancia de esta doctrina, a mi parecer, no solamente conduce más a la instrucción en toda piedad fundamental, sino que también es más teológica. Recordemos, sin embargo, que en esta última sustancia de doctrina, respecto de la depravación y corrupción de la naturaleza humana, debemos razonar sobria y humildemente. Debe tenerse el mayor cuidado de no ir más allá del punto al que el Señor nos guía por Su Palabra. Demasiado bien sabemos cuán seductores son los encantos de la especulación y de las sutilezas del ingenio humano. Por esto es necesario desplegar la mayor cautela de que el candor de la fe ligue todos nuestros propios juicios con su cadena dorada.

Aun nuestras oraciones cotidianas testifican que Dios atrae a los hombres hacia Sí mismo por la inspiración e influencia secreta

de Su Espíritu Santo. Cuando rogamos por los que nos persiguen, ¿qué otra cosa pedimos para ellos sino que los que antes no querían, ahora quieran someterse a Dios; que puedan ellos, con nosotros, acoger la verdad, cuando antes la resistían; que amen a Dios los que antes luchaban contra Él? Pero es explícitamente manifiesto que no a todos es dado indistintamente que Dios, de repente, estimara dignos de vida eterna a aquellos que merecían destrucción eterna cien veces. Dice Agustín:

Pues, ¿cómo es que Dios concede esta gracia, haciendo de unos, conforme a lo que merecen, vasos de ira, y haciendo de otros, conforme a Su gracia, vasos de misericordia?; si preguntamos cómo es esto, sólo esta réplica puede darse, «¿Quién entendió la mente del Señor?» Y aunque la vanagloria y la insolencia del mundo tiren violentas coces contra esta comparación, a pesar de que la hace el Espíritu Santo mismo, ¡de ninguna manera se ha de tolerar que la condición de Dios sea peor que la del hombre! ¿Qué acreedor entre los hombres no tiene el privilegio de exigir pago de un deudor, y de perdonar las deudas de otro?

Agustín usa esta similitud muy frecuente y apropiadamente. Dice él: «No puede ser sino que la mente natural tiene que encrespase en un momento cuando ve que la misma gracia de Dios se le niega a quienes en verdad son indignos, y se le concede con liberalidad a otros que patentemente son a la par indignos. Pese a esto, consideremos muy de cerca que después que todos resultaron igualmente bajo condenación eterna, no nos es lícito o correcto de ningún modo imponerle a Dios una traba que le impida “tener misericordia de quien quiera tenerla”». Con mucha razón, pues, Agustín sostiene que la justicia de Dios no ha de medirse jamás por la escasa regla de la justicia humana. Observa:

Después de decir todo lo que se pueda decir acerca de este admirable asunto, dejemos que la breve y asombrada exclamación del apóstol ponga fin a todas nuestras disputas. Asombrémonos con él ante la insondable sabiduría de Dios, balbuceando: «¡O profundidad!» Si impudentes lenguas hacen ruido o exigen más, nunca debemos afligirnos ni avergonzarnos de proferir la fuerte reprensión del apóstol: «Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?»

LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN Y LA ELECCIÓN DE DIOS

Creo haber ya refutado con claridad y brevedad, en mi *Institución*, las diversas absurdidades de la oposición que de todas partes mis adversarios amontonan sobre mi doctrina con el fin de calumniarla y difamarla. Y aunque juzgo que me he enfrentado a muchas de esas ficciones con las cuales gente ignorante se engañan y se confunden a sí mismos, y las he expuesto efectivamente, con todo eso, ya que Pighio ha hallado mucho deleite en socavar mis testimonios y respuestas a mis antagonistas, no echaré a mal lavarme, mientras siga adelante, de su ponzoñoso oprobio.

Algunos de nuestros adversarios han hecho la descabellada pregunta: «Si la salvación es asunto que incumbe al consejo secreto de Dios, ¿cómo puede estar seguro el hombre de que la tiene?» He contestado con estas aseveraciones, que son verdaderas. Ya que la seguridad de la salvación se nos «pone delante» en Cristo, ¡es inútil, y no falta de deshonor para Cristo, pasar por alto esta fuente de vida, fuente que se nos abre enteramente y sin estorbos para que los hombres puedan beber de ella, y al mismo tiempo trabajar y esforzarse en vano para sacar agua de vida eterna de los abismos ocultos de la mente y el consejo de Dios! Pablo testifica, por cierto, que «nos escogió antes de la fundación del mundo» —pero escogidos «en Cristo». Nadie, pues, procure confiar en su propia elección sino «en

Cristo», —no en ningún otro lugar— a menos que quiera tachar y deshacerse del «libro de la vida» en que su nombre está escrito.

Dios nos adopta «en Cristo» con el solo propósito de que seamos considerados hijos Suyos. La Escritura declara que todos los que creen en el unigénito Hijo de Dios son los hijos y herederos de Dios. Por lo que se nos llama a contemplar en Cristo, espejo inmaculado, la eterna y secreta elección de Dios. De esa elección Él es, además, las arras. El ojo con el cual contemplamos la vida eterna que Dios nos pone delante en aquel espejo, es la fe. Y la mano que empuña estas arras y la promesa es la fe. Si alguno desea que el asunto se exprese más llanamente, oiga esto: *la elección precede a la fe en cuanto al orden divino, pero es la fe lo que ve y entiende la elección.*

De lo que aquí sólo de paso menciono, sin embargo, los lectores hallarán más copiosa explicación en mi *Institución*. Luego, cuando Cristo abundaba en la elección eterna de los Suyos en el consejo del Padre, señalaba al mismo tiempo la base sobre la cual la confianza de ellos puede descansar, diciendo: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra» (Jn. 17:6). Vemos aquí que Dios comienza consigo mismo al condescender a escogernos y darnos a Cristo. Pero Él desea que nosotros comencemos con Cristo si queremos saber que se nos cuenta entre Su «propio pueblo». Se nos dice que Dios el Padre nos ha dado a Su Hijo a fin de que cada uno de Sus escogidos se goce sabiendo que es heredero de Su reino celestial mientras permanezca en Cristo, fuera de quien la muerte y la destrucción nos asedian por todos lados. Así que se dice que Cristo nos «manifiesta el nombre» del Padre, porque por Su Espíritu nos sella en el corazón el conocimiento de nuestra elección por el Padre, la cual se nos declara patentemente por la voz del Evangelio del Hijo.

LA PREDESTINACIÓN NO SE OPONE A LA FE Y CONFIANZA

Si fuéramos a creer lo que mi amigo Pighio dice, él haría parecer que yo me esfuerzo y sudo, que trastorno las cosas, y que lo embrollo

y lo confundo todo, hasta quedar perfectamente patente que en todo lo que escribo o digo mi propia conciencia me condena. Pighio, en verdad, puede verter el chorro de la locuacidad que lo caracteriza con la mayor desenvoltura, y sin una gota de sudor siquiera. Pero a fin de que su lengua tenga rienda suelta, parece que siempre se cuida de empaparse bien de vino, para poder resollar a la ventura, sin freno alguno de vergüenza, aquellas borrascas de abuso que le llenan los abultados carrillos.

Otra objeción es, «que si la predestinación de Dios es la causa inmutable e inevitable de la salvación, toda fe y confianza, y la necesidad de ellas, se nos arrebatan al instante de las manos». Sin ofrecer una sola palabra de mi argumento en respuesta de tan irrazonable aseveración, me limitaré a observar que cuando Pablo testifica que se nos hace partícipes de la adopción divina, por haber sido escogidos antes de la fundación del mundo, ¿qué hay inexplicable o intrincado, por favor, en esta doctrina o en su conexión? Cuando el apóstol enseña, en el mismo contexto, que aquellos que fueron escogidos por Dios primero, fueron luego llamados según Su propósito, armoniza de manera muy satisfactoria, si no me equivoco, la segura confianza de nuestra fe con el decreto inmutable de la elección de Dios.

LOS PARTICIPANTES DE VERDAD DE LA ELECCIÓN DE DIOS

Continúa Pighio razonando: «Si todos aquellos que son miembros del cuerpo de Cristo están “inscritos en libro de la vida”, entonces borrachos, adúlteros, ladrones, perjurios, asesinos, etc., etc., heredarán el reino de Dios. Todo esto, sin embargo, es de plano contrario al claro testimonio del Apóstol Pablo, pues multitudes de estos han sido “injertados en Cristo” por el bautismo, y se han “vestido de Cristo”. Pues bien, en primer lugar, insto a mis lectores a que dirijan el pensamiento por un minuto a esta desmandada profanación de la Escritura en que Pighio tanto se deleita; luego, que pongan atención al justo juicio de Dios al vengar dicha profanación, juicio

que Pighio de manera tan evidente ejemplifica en sí mismo. Para él, ¡pisotear la Escritura toda no viene a ser nada! Con tal que pueda embaucar los ojos de sus lectores dando colores falsos a la Palabra de Dios, y engrandecerse en la estima de los inexpertos, se burlará al desarraigar los principios primordiales de toda piedad. Pero el Señor lo priva de su sentido común y lo expone a la irrisión incluso de los niños.

El Apóstol Pablo presenta una circuncisión doble: la circuncisión de «la letra» y la circuncisión «del Espíritu». De la misma manera, nosotros hemos de pensar y hablar igualmente del bautismo siempre. Muchos llevan en el cuerpo sólo *la señal*, pero están lejos de poseer *la realidad*. Pedro también, después de decir que somos salvos por el bautismo, inmediatamente explica, por vía de corrección y precaución adicional, que la mera limpieza externa de la carne no es suficiente, sin la correspondiente disposición de una buena conciencia. «No quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios» (1 P. 3:21). Así que la Escritura, al presentar los Sacramentos, siempre habla de ellos con dos sentidos. Cuando trata de los hipócritas que se glorifican en la señal vacía y hacen caso omiso de la realidad, hace clara distinción entre la realidad y la señal a fin de disipar la fútil confianza de los tales, y por medio de la distinción expone y vence al instante la perversidad de sus mentes. Por este medio Pablo les recuerda a los corintios (1 Co. 10:5) que no fue de ningún provecho para los antiguos ser bautizados en su paso por el Mar Rojo, y que «todos comieron el mismo alimento espiritual» que nosotros, y que «todos bebieron la misma bebida espiritual» que nosotros; es decir (esto es lo que significa) todos participaron, con nosotros, de las mismas señales externas de los dones espirituales. Pero cuando se dirige a los creyentes, dice que los Sacramentos, en su uso legítimo y eficaz, responden a los fines de su institución divina. De modo que cuando Pablo habla así de los Sacramentos, usa las frases, «están revestidos de Cristo» (Gl. 3:27), «injertados en Su cuerpo» (Ro. 11:17-

24), «sepultados juntamente con él» (Col. 2:12), «bautizados en Su nombre» (Hch. 19:5), etc., con las significaciones esenciales de los Sacramentos.

Pero Pighio concluye ilógicamente, a partir del uso que Pablo hace de estas expresiones, que todos aquellos que son rociados con el elemento visible de agua son verdaderamente regenerados por el Espíritu y son verdaderamente incorporados en el cuerpo de Cristo, y por ende viven para Dios y en Su justicia. Ni se avergüenza de atiborrar página tras página de sus escritos con desatinos de esta especie. Mientras que yo, cuando en mis escritos hablo de los hombres en general, llamo «miembros de Cristo» externamente a todos aquellos que han sido rociados con el agua del bautismo externo. Poco después, sin embargo, Pighio recoge un poco sus explayadas alas, y dice que apostatan de Cristo muchos que antes habían sido verdaderamente injertados en Su cuerpo, y quiere hacer ver que los que Cristo recibió del Padre, encargados a Su fidelidad y cuidado, Él los salva de tal manera que su salvación todavía depende del libre albedrío de cada uno. «Hay muchos», dice, «que no carecen de la protección de la gracia de Cristo, pero que son deficientes en sí mismos».

Indudablemente, la indolencia e ingratitud de los que por voluntad propia se retiran de la protección de Dios, nunca se podrán condenar con suficiente severidad. Pero es un agravio a Cristo, que de ningún modo ha de tolerarse, que un hombre diga que Dios salva a Sus elegidos siempre y cuando ellos se cuiden diligentemente. De este modo la protección de Cristo se hace totalmente *precaria* y *dudosa*, en contra de lo cual Cristo mismo declara que el diablo y todos los artilugios del infierno jamás prevalecerán. Cristo mismo prometió dar vida eterna a todos cuantos el Padre le concediera. Y testificó que a todos los había guardado hasta el día en que así lo prometió, y que «ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdicción, para que la Escritura se cumpliese» (Jn. 17:2, 12).

En otro lugar declara que los elegidos de Dios están en Sus manos, y que nadie los arrebatará, porque Dios es más poderoso

que todo el mundo. Si pues la vida eterna es segura para todos los elegidos; si ninguno puede ser arrebatado de la mano de Cristo; si no hay violencia ni asalto desesperado que pueda arrancárselos; si su salvación se sostiene en el poder invencible de Dios; ¡qué cara desvergonzada y osada será la de Pighio cuando intenta sacudir una certeza y seguridad como esta!

Pero esto no es todo. Dice además: «Aunque Cristo no echa a nadie fuera, muchos, de su propia voluntad se apartan de Él. Y los que por un tiempo fueron hijos de Dios, no continúan siéndolo». Aquí Pighio delata su malignidad y perversidad como intérprete al rehusar reconocer que Cristo resguarda seguros hasta el fin, para que sean salvos, a todos los que el Padre le concedió. Juan afirma que todos los que se apartan nunca pertenecieron al rebaño de Cristo. «Salieron de nosotros», dice el evangelista, «pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (1 Jn. 2:19).

Si tu doctrina y tu argumento son verdaderos, dice Pighio, que todos los elegidos están seguros en la mano de Cristo «hasta el fin», la condición de salvación que Cristo mismo formula es vana, cuando dice, «el que persevere hasta el fin, éste será salvo» (Mt. 10:22). En este punto, todos han de confesar que mi oponente prevarica. Había él intentado probar que la confianza en la salvación no podía ser consecuente con la elección de Dios. Pero ahora su razonamiento nos aparta de ese punto, y nos conduce a probar que *la salvación* necesariamente depende de *la elección*. Así que yo me encuentro perpetuamente zarandeado de aquí para allá por las oleadas de las violentas embestidas de este hombre, que apenas un momento pasa en que no estoy en peligro de ahogarme. Pero como Dios siempre apoya a Sus elegidos para impedir que se hundan, estoy confiado en que habré de resistir todos los incesantes asaltos de mi adversario. Cuando Pighio me pregunta cómo sé que soy elegido, mi respuesta es, «Cristo es para mí más que mil testigos». Encontrándome

injertado en Su cuerpo, mi salvación descansa en un lugar tan seguro, confiable, y sereno, como si ya fuera efectiva en el cielo.

Si Pighio dijera, en respuesta, que la elección eterna de Dios no puede juzgarse por *la gracia presente*, yo no intentaré, por mi parte, presentar como pruebas lo que los creyentes sienten tocante a esta materia, porque no es dado a «extraños» aun catar aquel pan del cual se alimentan los «hijos» de Dios. Pero cuando Pighio se atreve a parlotear que en ningún lugar de la Biblia se encuentra que los hijos de Dios conozcan de su elección eterna por medio de la gracia presente, falsedad tan evidente y ruin que se refuta en un momento por la Palabra de Dios. Después de testificar que los elegidos son llamados y justificados, y al fin alcanzan una bienaventurada inmortalidad, fortificados, por así decirlo, por un sólido baluarte en derredor, Pablo se alborozaba y triunfa: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» (Ro. 8:33). Y para que nadie suponga que esta doctrina de la seguridad se aplica a todos generalmente, en seguida la aplica al uso particular de cada creyente: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 8:33, 38-39).

Mientras que Pighio sostiene que la confianza del creyente en su eterna salvación puede frustrarse en cualquier momento, ¡Pablo la extiende hacia el futuro y hacia la eternidad, más allá de los límites de esta vida presente, y demuestra que esa confianza procede de la elección de Dios, y no de ninguna otra fuente! Pighio, al contrario, representa la confianza del creyente y su elección tan opuestas y contradictorias, que hace que se destruyan una a la otra.

«¿Qué, pues, quiere decir Ezequiel», inquiere Pighio, «cuando anuncia destrucción sobre el justo, si se aparta de su justicia?» (Ez. 18:26). No negamos que en ocasiones haya en los réprobos muchas cosas que también se encuentran en los hijos de Dios; pero por mucho que brillen con la apariencia de rectitud, es muy cierto que

jamás procedieron del espíritu de adopción. Estas personas reprobadas, aparentemente justas, nunca podrían invocar a Dios como su Padre. Pablo testifica que nadie sino los hijos de Dios, a los cuales también apellida «herederos» de vida eterna, son guiados por ese espíritu de adopción. Si así no fuera, lo que el mismo apóstol testifica en otro lugar no podría mantenerse en pie, cuando dice: «Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido». Y luego, «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Co. 2:12, 16).

Si así no fuera (repetimos), el apóstol Pablo en vano hubiera llamado al Espíritu por el cual los fieles son sellados, «las arras de nuestra herencia». Pero con objeto de que el correcto conocimiento de nuestra elección por Dios nos fortalezca la fe en la perseverancia hasta el fin, aquella oración de Cristo en que encomienda a todos los elegidos a Su Padre celestial, debía proveer abundante prueba al separarlos del mundo por nombre; y al orar para que, cuando este mundo no sea más, pudieran permanecer salvos de todo mal, siendo hechos «perfectos» y «uno» consigo mismo y con el Padre en gloria (Jn. 17).

CAPÍTULO 9

LAS DOCTRINAS DE PIGHIO III

LUEGO VIENE OTRA OBJECCIÓN DE Pighio: «No carece de propósito», dice, «que Pablo advierta a todos los fieles a que pongan atención, no sea que “reciban la gracia de Dios en vano”; ni tampoco que Cristo exhorte a todos Sus discípulos a “velar y orar”». Pero si entendemos y retenemos la importante diferencia entre la despreocupada seguridad de la carne y la serena seriedad que la fe produce, el nudo de esta objeción se desata al instante. Los creyentes deben descansar en la certeza de su salvación. Pero, ¿con qué objeto? ¿Para que puedan estarse quietos en soñoliento reposo? ¿Para que se echen por tierra en indolente cobardía? ¡Oh, no! Más bien para que, gozando de un tranquilo reposo en Dios, puedan darse aún más a la oración.

Pablo los exhorta a «ocuparse en vuestra salvación con temor (*timore*) y temblor (*tremore*)» (Fil. 2:12). ¿Por qué esta exhortación? ¿Para que vivan con miedo e incertidumbre en cuanto al desenlace? De ninguna manera; sino que abrigados bajo la sombra de las alas de Dios, se entreguen continuamente a Su cuidado, dependiendo sólo de Él, y apoyándose en Su poder absoluto al punto de no dudar de ser victoriosos hasta el fin. Pablo de inmediato añade la razón de la ansiedad que los fieles sienten de cobijarse bajo las alas y la omnipotencia de Dios: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13). Además, para que los fieles no quedaran inseguros y perplejos, ya los había

librado de toda posible duda: «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6). El Espíritu Santo, por lo tanto, en ninguna parte nos exhorta a ejercitarnos en la oración con la idea de que la salvación se tambalea en un estado de incertidumbre o duda, pues reposa segura en la mano de Dios. En ninguna parte nos impone un miedo que pudiera de algún modo sacudir la confianza en el amor gratuito de Dios. ¡No! El bendito Espíritu, con exhortaciones como estas, se propone solamente vivificar nuestra pereza y falta de interés.

Con el propósito de consumir y cumplir esta última objeción suya, Pighio tuerce y pervierte injuriosamente las palabras del apóstol en el capítulo once de su Epístola a los Romanos:

Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No de ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado (Ro. 11:17-22).

Pero el verdadero sentido de este pasaje es éste: Después de hablar, en este capítulo, de la *doble elección* de su nación (nacional y eterna), y de demostrar que por causa de la apostasía de muchos de ellos, aconteció que aquellos que antes habían sido los legítimos y propios herederos de la vida, mediante el pacto que Dios había

establecido con sus padres, fueron «desgajados» y desechados, desterrados de Su reino. Después de hablar así de su propia nación, Pablo dirige la palabra a los gentiles, previniéndoles que no se jactaran contra los judíos, ni les profrieran insultos, porque Dios los había llevado a su lugar. Aquí debemos observar cuidadosamente que, según el repudio universal de los judíos no alteró o estremeció la firme elección de Dios de modo que le impidiera salvar un «remanente» de entre ellos, tampoco la elección universal de los gentiles incluyó a cada individuo para hacer a cada uno de ellos partícipe de la vida eterna. Pablo, repito, habla aquí de *la doble elección* de la nación judía. Toda la familia de Abraham había sido elegida, en cierto sentido, por Dios. Pero ya que muchos de ellos no fueron ordenados para vida eterna por el juicio y consejo secreto de Dios, la mayoría pereció, aunque la elección de Dios todavía soportaba al «remanente». Sin embargo, ahora que el pacto de vida se transfiere a los gentiles, esa adopción general de la familia de Abraham nos pertenece. Esto, empero, no impide que aquellos pocos de la familia de Abraham que fueron ordenados para vida eterna por el beneplácito y decreto secreto de Dios, se deleiten en su adopción.

Por lo tanto Pablo, al contrastar los gentiles con los judíos, llama a los primeros «olivos silvestres» injertados en la raíz santa original después que las ramas naturales habían sido desgajadas. El apóstol no está hablando de individuos privados, ni tratando de la elección secreta de Dios en abstracto. Está señalando cuán extraordinario fue el cambio que se verificó cuando *los hijos legítimos* fueron rechazados, y *extraños* se sustituyeron en su lugar. Toda esta exhortación de Pablo no se dirige tanto a los creyentes que habían recibido la gracia de Dios verdaderamente y de corazón, sino al promiscuo conjunto de los gentiles compuesto de miembros diversos, creyentes e inconversos.

Aun así, nada singular hay en que Dios restrinja el orgullo y la insolencia de la carne en Sus hijos gentiles, comprendiendo que todos ellos batallan dentro de esta corrupta flaqueza. Pighio, empero,

de la manera más ridícula, concluye de la mencionada exhortación del apóstol, que la certeza de la elección de Dios y su realización última dependen de la perseverancia de los hombres. Esa conclusión de Pighio es, repetimos, desmesuradamente absurda, porque aunque los hombres abjuren universalmente de Dios, la elección eterna de Dios tiene que permanecer y prevalecer.

LOS REPROBOS NO DESEAN DE VERDAD HACER EL BIEN

Tocante a los que infaman el juicio de Dios, representándolo con un color totalmente falso, y diciendo: «En vano se esfuerzan los réprobos en alcanzar rectitud y santidad, porque de acuerdo con la doctrina de la elección habrán de perecer final e inevitablemente». Calumnia tal, producto de la más crasa ignorancia, podemos sacudírnosla con una breve respuesta: No puede haber en los hombres un auténtico deseo de hacer bien que no proceda del hecho de que Dios los haya elegido. Los réprobos, sin embargo, hechos, como son, vasos de deshonra, nunca cesan de provocar la venganza de Dios sobre sí mismos; y con esto demuestran palpablemente, como si fuera con caracteres escritos, que están ordenados para destrucción.

Con todo eso, para Pighio esta doctrina es el colmo de lo absurdo. Tanto así, que dice que no hay monstruosidad que pueda igualarla en todas y cada una de las discusiones del tema. Pero por esta sola declaración queda manifiesto que está tan arrebatado por un frenético deseo de denigrar todo lo que sea bueno, que los abusos se le desbordan del pecho sin tener ningún motivo justificado. La Escritura claramente enseña que nadie sino los elegidos de Dios son gobernados o «guiados» por Su Espíritu. ¿Qué rectitud o buen obrar puede haber en el hombre aparte de la «dirección» del Espíritu Santo? Por eso dice Pablo: «Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y

cosas semejantes a estas» (Gl. 5:19-21). Y en otro lugar dice que todos los designios de la mente carnal son «enemistad contra Dios» (Ro. 8:7).

Todos carecen de justicia por naturaleza. ¿Qué inconsistencia hay, pues, en que yo afirme que todos aquellos que no son regenerados por el Espíritu de Dios son esclavos del pecado y son impelidos temerariamente a voluntad de la carne? Aquellos que Dios escoge, los justifica por Su propia justicia. ¿Será cosa de maravilla que los réprobos, destituidos de la justicia de Dios, no hagan, ni sepan hacer otra cosa que pecar? Pero Dios ha escogido a los Suyos para el fin expreso de que sean «santos y sin mancha» (Ef. 5:25-27). Si, pues, la santidad es el fruto de la libre elección, ¿quién podrá sino confesar que el resto del género humano persiste sumido en su inmundicia y profanidad naturales? Cristo dice que nadie puede oír Su voz sino Sus ovejas. Y añade que todos aquellos que no escuchen la voz del Padre por Su boca «son de su padre el diablo» (Jn. 8:43-44). Cuando Pighio desea demostrar que los réprobos se esfuerzan por hacer buenas obras, debe también demostrar, si ha de ser consecuente, que la obstinación de ellos es agradable a Dios. Pero Pighio, para sustentar su doctrina de que los réprobos de verdad se dedican a las buenas obras, argumenta que Saúl sobresalía en muchas virtudes. Aún más, que era agradable a Dios. De ninguna manera niego que las virtudes que brillan en los réprobos sean laudables en sí mismas. Esto es lo que la Escritura significa al decir que Saúl y otros del mismo carácter «hicieron lo recto». Pero dado que Dios mira el corazón, la fuente de la cual fluyen todas las obras, una obra que en sentido general es buena en sí misma, con todo, puede ser «una abominación a los ojos de Dios».

En efecto, Pighio desconoce enteramente este primer principio de la piedad: «que nada hay tan puro que la impureza humana no contamine». No es de extrañar, pues, que nuestro contendiente, mirando las obras de Saúl, al mismo tiempo que usa su máscara externa, encomie su inocencia y virtudes. Cuando Pighio señala

que Saúl en una ocasión agradó a Dios, lo concedo, y hago de este caso una excepción a mi observación general. Por cierto, Dios le confirió tal honor en su cargo de rey que la casa de Israel, según se ve en la Escritura, nunca lo censuró, como Ezequiel también testifica. A Judas se le escogió de esa manera para el oficio apostólico. ¿Concluirá Pighio que Judas fue, por tanto, contado entre los hijos de Dios? Mi oponente, sin embargo, calumnia todo este testimonio mío, haciendo ver que repetidamente hablo de los actos particulares de la vida considerados en abstracto; mientras que hablo del curso y tenor continuo de la vida. En una palabra, si decimos que no toda la bondad y rectitud que pueda encontrarse en el hombre procede del Espíritu de santificación, el testimonio entero de las Escrituras se estremecería.

LA ELECCIÓN ETERNA DE DIOS NO DA ÁNIMO A LA INDIFERENCIA

Es inútil desperdiciar más tiempo y trabajo contestando las otras argucias de nuestro adversario. Su próxima objeción está en la boca de todos los enemigos: «Toda enseñanza es vana, y toda exhortación inútil, si la fuerza y el poder para obedecer dependen enteramente de la elección de Dios». Y esta otra sutileza es semejante: «Los hombres se entregarán, como consecuencia inevitable, a la indolencia y la indiferencia si se les enseña a descansar en el consejo eterno de Dios». Las refutaciones a estas objeciones, que ya he dado en mis «Respuestas», las ataca Pighio de tal modo, con su acostumbrado abuso, que voy a dejarlas quietas, sin repetirlas ahora para que no tenga la oportunidad de mancharlas de nuevo con el toque de sus manos. Pero si hubiere algunos displicentes en extremo que aún no están satisfechos, y que piensan que el testimonio de Agustín tiene más peso (reconocimiento que con frecuencia y de buena gana he hecho yo mismo), voy a presentar su parecer sobre el tema en sus propias palabras, testificando así mi asentimiento a esa verdad.

Sus palabras, según se encuentran en su libro titulado, *De la Bendición de la Perseverancia*, son estas:

Dicen los hombres que la doctrina de la predestinación se contrapone a toda predicación, inutilizándola completamente. Según esto, la predicación de Pablo mismo, que estaba repleta de esta doctrina, fue completamente inútil. ¿No predicaba continuamente este gran maestro de los gentiles la doctrina de la predestinación? Pero, ¿oímos alguna vez que dejara de predicar la Palabra de Dios por encontrar inútil su predicación? Pablo proclamaba, «Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13). Pero, ¿encontramos alguna vez que, por esa razón, dejara de exhortarnos a «querer» y desear aquellas cosas que agradan a Dios, y a «hacer» nosotros mismos con todas nuestras fuerzas? Pablo predicaba: «el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». Pero, ¿persuadió Pablo alguna vez a los hombres a comenzar por sí mismos y a perseverar hasta el fin? No, más bien el Señor mismo instó a todos a creer en Él.

Su declaración es eternamente verdadera, y Su descripción no carece de propósito solemne, cuando testifica: «ninguno puede venir a (es decir, ninguno puede creer en) mí, si no le fuere dado del Padre» (Jn. 6:65). Ni tampoco, por otro lado, es vana la exhortación del Señor a *creer*, porque Su descripción de los que creen es verdadera. ¿Cómo puede decirse que la doctrina de la predestinación se contrapone a la predicación, la exhortación y la corrección, y que las inutiliza (cosas que la Escritura tan frecuentemente emplea), cuando la misma Escritura habla tanto de la predestinación?

Un poco más tarde el santo padre observa:

Aquellos a quienes les es dado, oyen estas cosas y las hacen; pero aquellos a quienes no les es dado, no las

hacen —las oigan o no las oigan. Tampoco, por tanto, ha de suspenderse la predicación de la fe fructífera y perseverante por causa de la necesidad de predicar la predestinación, a fin de que los hombres, por la predicación de la fe, oigan qué cosas deben hacer, y que a los que les es dado, las hagan.

Pero, «¿cómo oirán (argumenta el apóstol) sin haber quién les predique?» (Ro. 10:14). Tampoco se ha de reprimir la predicación de la predestinación por la necesidad de predicar una fe productiva que persevere hasta el fin, para que el que vive en fe y obediencia no se gloríe en su obediencia como si fuera suya, sino don de Dios, como está escrito: «el que se hubiere de alabar, alábese en el Señor».

Agustín continúa:

Y de nuevo, así como el que ha recibido el don de hacer lo correcto exhorta y predica, así también oye y obedece el que ha recibido este don. Por esta causa es que el Señor con tanta frecuencia dice: «el que tiene oídos para oír, oiga» (Mt. 11:15; Mr. 4:9; Lc. 8:8, 14:25). Y de quién reciben el don los que lo tienen, el Señor mismo nos lo muestra: «Les daré (dice Él) un corazón para conocerme, y oídos para oírme» (véase Jer. 24:7). Oídos para oír, pues, son el don de obediencia completa, de lo cual están dotados todos aquellos que vienen a Cristo. Por lo cual, tanto PREDICAMOS como EXHORTAMOS.

Aquellos que tienen oídos para oír, nos oyen y obedecen; pero en los que no los tienen, aquella solemne escritura se cumple: «Oyendo no oyen y no entienden»; oyen, a la verdad, con el oído externo del cuerpo, pero no con el oído interno del corazón. Pero, por qué se concede a unos oír, y no a otros; por qué a unos el Padre les concede venir al Hijo, y no a otros —¿hacemos esta pregunta? La respuesta es: «¿Quién

entendió la mente del Señor?» ¿Hemos de negar, pues, lo que es manifiesto por no poder comprender lo oculto?

De aquí se ve claramente (continúa el santo varón) cuán desatinada es la extremada precaución de los que, por temor de una supuesta irracionalidad o contradicción en ello, quisieran ocultar o suprimir totalmente una doctrina que es tan necesario conocer. Pero supongamos que algunos, al oír la doctrina de la predestinación, se entregaran a la indolencia y a la indiferencia y se precipitaran temerariamente de la diligencia y el esfuerzo a la concupiscencia, siguiendo sus propios deseos, ¿se consideraría falso todo lo que se dice en la Escritura acerca de la presciencia de Dios? ¿No existirían estos si Dios hubiera sabido que habrían de ser buenos, aunque ahora se regodeen en la perversidad? Y si Dios previó que habrían de ser malvados, malvados serán, sin importar la bondad en que ahora parecieran brillar. ¿Habrán de negarse o callarse todas esas cosas que la Escritura con verdad dice acerca de la presciencia de Dios, porque se encuentran tales casos entre los hombres? Además es cierto que, si estas verdades no se proclamaran, la gente aún así se lanzaría a otros errores.

Una razón para no declarar la verdad (continúa Agustín) es una cosa; la necesidad de declarar la verdad es otra. Enumerar las diversas razones que se mencionan para explicar que es propio no declarar la verdad, excedería tanto nuestros límites como nuestro propósito. Una de esas razones es: No sea que aquellos que no entienden vengan a ser peores, mientras que, al mismo tiempo, deseamos que los que sí entienden vengan a ser más sabios y mejores. Pero los que no lleguen a ser más sabios y mejores por alguna doctrina verdadera que enseñemos, indudablemente no llegarán a ser peores. Pero cuando la realidad del caso es que cuando proclamamos una doctrina verdadera, el que no puede

entenderla viene a ser peor porque la hemos proclamado, mientras que el que es capaz de entenderla viene a ser peor por nuestro silencio, —¿Qué ha de hacerse (se pregunta uno) en tal caso? ¿No es mucho mejor que la verdad sea proclamada, a fin de que aquel que pueda recibirla la reciba, que guardarla en silencio, para que ninguno la reciba? Por ese silencio ambos son hechos peores —el que sí entiende, y el que no.

Sin embargo, el que entiende puede, por haber oído y recibido la verdad, enseñarla a otros. Por esta razón, algunos de nosotros no estamos dispuestos a expresar y enseñar lo que, según el testimonio de la Escritura, deberíamos expresar y enseñar. La causa de nuestro temor es que, por haber hablado nosotros, el que no puede entendernos recibiera ofensa. También, no obstante, deberíamos temer, no sea que por nuestro silencio, el que nos hubiera entendido, si hubiéramos hablado, fuera arrastrado por la falsa enseñanza de otros.»

Este parecer, brevemente expresado, lo amplía Agustín más adelante y lo confirma de la siguiente manera:

Por consiguiente, si los apóstoles y aquellos maestros de la Iglesia que los siguieron, rindieron servicio doble, solemnemente presentando la doctrina de la elección eterna de Dios, y también conservando a los fieles bajo la disciplina de una vida piadosa, ¿por qué piensan estos hombres de nuestros días que actúan rectamente, en el ejercicio de su tarea de enseñanza, enclaustrándose en silencio dentro de una torre fuerte de verdad invencible, manteniendo que, aunque lo que se dice acerca de la elección es eternamente cierto, no debería predicarse explícitamente al pueblo?

No obstante, y al contrario, la doctrina de la elección debe predicarse constantemente y a fondo, para que el tiene «oídos para oír» oiga. ¿Y quién tiene esos «oídos» sino quien los ha recibido de Aquél que ha prometido darlos? Pues quien no recibe la verdad, que la rechace; pero quien oye y entiende la verdad, ¡que la reciba y la beba; que la beba y viva! Por consiguiente, así como la piedad ha de predicarse, para la obediencia y adoración de Dios como es debido, así también la predestinación debe predicarse, para que el que «tiene oídos para oír» la libre gracia de Dios se gloríe en Dios y no en sí mismo.

Luego, aunque en este santo varón Agustín había una devoción sin par a la edificación de la Iglesia, tan sabiamente modera el método de predicar la verdad, que nos hace guardarnos con toda prudencia de ofender (cuando lícitamente se pueda). Su amonestación es que cualesquiera sean las verdades que se prediquen, han de predicarse consecuentemente. Observa él: «Si alguien se dirigiera al pueblo y dijera, Si no creéis, es porque estáis predestinados por Dios a la destrucción eterna; el tal no sólo fomenta su propia indolencia, sino que también permitiría malicia contra sus oyentes. Si un predicador extendiera sus opiniones hacia el futuro, y dijera que los que lo oyen jamás habrían de creer porque están reprobados, ¡tal predicación sería IMPRECACIÓN, NO DOCTRINA!»

A los predicadores de esta índole Agustín los expulsaría de la Iglesia prontamente (y muy merecidamente) como necios y arteros profetas, de quienes nada bueno puede esperarse. El santo padre en otro lugar mantiene que un predicador es de provecho a los demás cuando se compadece de ellos y les ayuda a avanzar, e invita a los que desea beneficiar a proceder en el camino recto, sin recurrir a reprensiones insultantes y provocadoras. Pero, por qué algunos sacan provecho de la predicación de la Palabra y otros no, ¡lejos esté de nosotros decir que esto ocurre de acuerdo con el buen sentido o

sabiduría del «barro», cuando todo es de acuerdo con la voluntad y sabiduría del «alfarero»!

Cuando los hombres entran en el camino de la justicia, o retornan a él, por medio de una santa rectificación o reprensión, ¿quién es el que obra la salvación en sus corazones sino Aquél que «da el crecimiento», quienquiera que plante o riegue? Ningún libre albedrío humano puede resistir a Aquél que quiere salvar. Por lo cual hemos de tener la seguridad de que ninguna voluntad humana es capaz de resistir la voluntad de Dios, el cual hace todas las cosas en el cielo y en la tierra de acuerdo con Su voluntad, y que ya ha hecho por Su voluntad aquellas cosas que han de ser hechas.

Ninguna voluntad de hombre, repetimos, puede resistir la voluntad de Dios a tal punto que impida que Él haga lo que se propone, siendo que Él hace lo que quiere con las voluntades mismas de toda la humanidad. Y cuando es Su voluntad traer a los hombres por un cierto camino que le plazca, díganme, ¿les traba el cuerpo con cadenas? ¡No, por cierto! Él obra en el interior, se posesiona del corazón, conmueve el corazón, los conquista por esas voluntades propias, ahora nuevas, que Él mismo ha forjado en ellos. Pero lo que Agustín añadió a continuación por nada se debe omitir:

Ya que no sabemos quién pertenece al número de los predestinados y quién no, debería ser nuestro deseo que todos fueran salvos. De aquí que habremos de desear hacer partícipes de la paz de que nosotros gozamos a todos cuantos encontremos en el camino. Sin embargo, aun así, «nuestra paz reposará sobre los hijos de paz». Por lo tanto, hasta donde nos concierne, la corrección sana y aun severa siempre la usaremos como medicina para con todos, tanto para salvarlos de perecer, como para impedir que sean la causa de la perdición de otros. Pero estará solamente de parte de Dios hacer que esa medicina sea de beneficio a los que preconoció y predestinó.

Luego, si estas cosas son ciertas y si son testificadas por un testigo tan eminente como el principal de los santos padres, que no las vomiten entonces las bocas de odio de sus ignorantes y perversamente dispuestos perseguidores sobre la cabeza de Calvino. Quisiera, entonces, que estos insulsos y circunspectos hombres, que tanto desean agradar con su plañidera moderación, consideraran que Agustín —a quien ellos de tan buena gana rinden la palma del conocimiento en las cosas divinas— también los aventaja al mismo grado en modestia. Tal convicción propendería a impedirles hacer pasar su timidez rancia por modestia auténtica.

EL DIOS SOBERANO ES DIGNO DE NUESTRO AMOR

Permítanme ahora ocuparme de Pighio un poco más. Mis lectores deben tener presente tres detalles especiales y sucintos. *Primero*, que cualquier montaña de absurdos que apile para lanzar contra mi doctrina, con la intención de suprimirla, no va dirigida tanto a mí, ¡sino a Dios mismo! *En segundo lugar*, a fin de arrebatarme de las manos aquellos pasajes de la Escritura que me asisten, exhibe a sí mismo un ignorante frívolo, dejando ver que no puede defender su propia causa de otro modo que corrompiendo y trastornando completamente la Biblia. *Por último*, se precipita con gran temeridad a tales extremos de desfachatez que invoca, sin titubeos, a *Agustín mismo* como autoridad que garantice sus disparates:

Si Dios (así arguye este indigno y atrevido mortal) creó hombres para destruirlos, no es digno de que se le ame. Esas pobres criaturas, que fueron privadas de la vida eterna antes de nacer, merecen compasión más que castigo.»

Si los testimonios que este irreverente ser intenta estremecer fueran los míos, estaría él luchando contra un hombre mortal. Pero, como es *Dios mismo* a quien insulta y reprocha, no me

avergonzaré de aplicarle cien veces la solemne amonestación del apóstol: «oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con tu Hacedor?». Ese miserable mortal está sintiendo ahora —y todos sus compañeros habrán de experimentar en el futuro— las consecuencias de los reproches que con inmundas y profanas bocas le lanzan a Dios.

Tales reproches se frustran y caen por el peso de su propia malicia mucho antes de llegar al cielo. Su único curso seguro es volver, con todo su peso, sobre las cabezas de los que los profieren. Permítaseme presentar solo un espécimen de la manera en que la repugnante locura de este rebelde adultera la Escritura. Trastorna y despedaza el capítulo noveno de la Epístola de Pablo a los Romanos del modo siguiente:

LA ELECCIÓN NO DEPENDE DE QUE LOS HOMBRES «ABRAN SUS OJOS»

Al comenzar, para ahorrarse el trabajo y la molestia de desatar el nudo gordiano, él lo corta por la mitad (a su parecer) con esta palabra. Dice que Israel fue escogido por Dios, pero no todos los israelitas, porque (dice) no todos los descendientes de Israel representaban de veras a su padre Israel, el cual recibió ese nombre porque «vio». De aquí concluye él que la elección de Dios ni se hace real ni se ratifica en nadie sino en aquellos que «abren los ojos».

Pero este preeminente maestro de despejada mirada, cuando interpreta el nombre *Israel* se muestra rematadamente ciego, intentando en vano hacer una punta aguda de un grosero tronco. Entretanto, este ciego instructor no piensa en el hecho de que *Israel* (el de «ojos abiertos», según su lúcida interpretación) «abrió los ojos» por la gracia peculiar de Dios, pues fue escogido por Dios estando aún en el vientre de su madre. Nadie más posee «ojos» para ver a Dios, o Su verdad, sino aquellos cuyas mentes Dios mismo ilumina por Su Espíritu. Y son considerados dignos de la luz de Su Espíritu solamente aquellos que Dios adoptó para Sí mismo cuando estaban todavía en su ceguera, y a quienes hace hijos Suyos.

DIOS NO ES UN PADRE INDULGENTE

Entonces Pighio, como una bestia salvaje que se ha escapado de su jaula, se precipita, saltando sobre todas las verjas en su camino, emitiendo opiniones como estas:

La misericordia de Dios se extiende a cada uno, pues Dios desea que todos sean salvos; y a ese fin está a la puerta del corazón y llama, deseando entrar. Por lo tanto, antes de la fundación del mundo escogió aquellos que Él sabía habrían de recibirlo. Pero Dios no endurece a nadie, excepto por Su paciencia, de la misma manera que padres demasiado mimosos perjudican a sus hijos por una indulgencia excesiva.

¡Como si cualquiera, por tales figuraciones pueriles como estas, pudiera escapar la fuerza de todas aquellas cosas que el apóstol afirma llanamente en contradicción directa a esas opiniones! ¡Y como si no fuera nada en absoluto para sus lectores, el que Pablo positivamente asevere que, de los gemelos, mientras aún estaban en el vientre de su madre, uno fue escogido y el otro desechado!; y eso, además, sin considerar las obras de ninguno de ellos, presentes o futuras (de las primeras de las cuales no podía haber ninguna), sino solamente por la buena voluntad de Dios que llama! ¡Como si no fuera nada que el apóstol testifique que «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia», que endurece a quien quiere endurecer y de quien quiere, tiene misericordia! ¡Como si no fuera nada que el mismo apóstol asegure que Dios muestra Su poder en los vasos de ira para hacer notorias las riquezas de Su gloria en los vasos de misericordia!»! Es innegable que Pablo está dando testimonio de que todos aquellos de Israel que fueron salvos, fueron salvos según la libre elección de Dios; y que, por lo tanto, «los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos» (Ro. 11:7). Todas estas solemnes particularidades las hemos discutido más extensamente por orden en las páginas anteriores.

LOS RÉPROBOS NUNCA HABRÍAN DE CREEN

Si nuestro oponente fuera cien veces más ingenioso y sagaz de lo que es, todas las argucias que pudiera juntar jamás impedirían que aun los sordos oyeran la recia tronada de las afirmaciones del apóstol a que acabamos de aludir. Pero aun así, después de amontonar palabras, montaña sobre montaña, al fin deja en pie esta frágil montaña: «Dios no creó aquellos réprobos que previó que lo serían, pero sabía que algunos de los que habrían de crear serían réprobos.» Pero, ¿qué es toda esta necedad, más o menos, sino embadurnar los ojos y las manos del Alfarero, con el objeto de que no podamos discernir Su verdadera forma y facciones, ni que veamos Su obra?

Además, hace lo mismo cuando intenta zafarse de la red divina del apóstol, velada en el primer capítulo de su Epístola a los Efesios. De tal modo luce y se jacta de su ampulosidad, como si por este estrepitoso y vano ruido pudiera amordazar al apóstol mismo y obligarlo a guardar silencio:

Dios (dice este vano mortal) nos escogió en Cristo, porque previó que Su gracia, que de otro modo es gratuita para todos, encontraría lugar solamente en nosotros, y que sólo nosotros la recibiríamos. Nos escogió de entre toda la humanidad porque previó que aquello que se ofreció a todos para que lo recibieran llegaría a ser peculiarmente nuestro, pues exclusivamente nosotros habríamos de recibirlo. Fue de esta manera que nos escogió «para la gloria de Su gracia», gracia que nos santifica; de la misma manera que la alabanza de todos pertenece al preceptor, mientras que la doctrina y su beneficio pertenecen al alumno.

¡Como si aquel propósito eterno, que Pablo en otro lugar pone a la vista en oposición a toda obra humana, no fuera el propósito de Dios solamente! ¡Como si la gloria de la libre gracia no se exhibiera, en este pasaje, más notablemente en la expresión, el «beneplácito

de Dios», que en cualesquiera otros términos! Se dice que Dios nos salvó «según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo» precisamente porque, no encontrando causa en nosotros, se hizo a Sí mismo *la causa* de nuestra salvación. ¿Será por nada, les parece, que el apóstol repite cinco veces que la totalidad de nuestra salvación es *el efecto* de aquel decreto, propósito y beneplácito eterno de Dios, y que de estas cosas depende? ¿Carece el apóstol absolutamente de finalidad cuando declara que fuimos «bendecidos» en Cristo porque fuimos «escogidos» en Cristo? ¿No remite el apóstol toda santificación y toda buena obra a la elección de Dios, así como las aguas se rastrean hasta su nacimiento? ¿No atribuye Pablo a la misma gracia el hecho de que seamos «hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:10)? ¿Por qué nos escogió Dios y nos separó del resto, sino para que supiésemos que somos lo que somos, y que somos bendecidos más que todos los demás solamente por el gratuito favor de Dios?

¡Observen, pues, mis lectores, cuán gratamente armoniza la presciencia divina de las buenas obras en nosotros, según la doctrina de Pighio, con el contexto del apóstol en el primer capítulo de su Epístola a los Efesios! Cuánto mejor hubiera sido, en nuestro oponente, haber retenido el carácter de admirador del apóstol —que por un momento se vio precisado a asumir— que haberse apartado súbitamente a especulaciones altaneras, y haberse despojado por completo de la máscara de admirador, y así exponerse. Sin embargo, estas grandes materias, que traté más plenamente en la parte anterior de esta obra, ahora las he tocado sólo de soslayo.

PIGHIO CRITICA FUERTEMENTE A AGUSTÍN

Este indigno ser, Pighio, fustiga a Agustín severamente por ser un hombre (según dice) que, al discutir esta gran cuestión, revela un arranque violento más que una razón sosegada; alguien que se arroja contra esto o contra aquel que se le atraviesa en el camino,

y que engendra cosas que parecen estar en total desavenencia con la bondad de Dios. Aun así, este mismo vano mortal, falto de todo vestigio de modestia, apela a la autoridad de este mismo santo padre para confirmar sus propios desvaríos. Y con cuánta impudencia lo hace, lo demostraré en unas pocas palabras.

Encomia la diligencia del santo varón por cerner tan esmeradamente este importante asunto en su libro dirigido a Simpliciano, obispo de Mediola. Pero, ¿habrá abierto este padral *alguna vez* ese libro? Lo dudo; ¡porque se imagina que es un libro, en lugar de dos! Y es una maravilla que este «eminente intérprete» haya singularizado esta obra de Agustín de todas las suyas, obra que el santo padre mismo reconoce que escribió en el inicio de su episcopado. Pues aunque Agustín escribió ese libro contra Pelagio, no vacila en confesar francamente que más tarde escribió con mayor amplitud y firmeza sobre el tema. Estas son sus palabras (de Agustín):

La predestinación de los santos la presento, ciertamente, en ese libro. Pero la necesidad me obligó luego a defender esa doctrina con mayor empeño y esfuerzo cuando contendía yo por la verdad contra los Pelagianos. Siempre he encontrado que cada herejía, al surgir, trajo sus propios interrogantes a la Iglesia, en contra de las cuales la Divina Escritura requirió defensa con mayor diligencia que si tal necesidad no hubiera surgido.

Pero veamos ahora cuál es la autoridad que esta descarada persona aduce de las obras de Agustín. Dice: «Mi autor es de opinión que el repudio o desprecio de la vocación es la causa de la reprobación, opinión que plenamente da por cierta.» El hecho es que el sentido de Agustín es precisamente lo contrario. En su libro titulado *Reminiscencia* dice: «Una vez me afané mucho por el libre albedrío del hombre, hasta que la gracia de Dios me venció al fin.» Pero he de omitir aquí lo que además dice en el libro en cuestión,

y en otros lugares que he citado anteriormente, donde explica sus pareceres, cosa que es de más valor para los fieles, por lo menos, que mil opiniones de Pighio o de cualquiera otro a él semejante. ¿Cómo, pues, se atreve Pighio a citar, con algo más que desfachatez, a Agustín como autoridad que respalde aquellos conceptos que, a lo largo de toda su obra, desecha con una determinación tan firme como la sinceridad con que los condena?

Pero, a fin de no llevar estas observaciones demasiado lejos, nada más señalo que las autoridades que Pighio aduce están, por cierto, en la mencionada obra de Agustín, pero el hecho es que se les refuta en la misma página en que aparecen. Arguye Agustín:

Si la Escritura dice, «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia», porque la voluntad humana sola no es suficiente para capacitarlo para vivir justa y rectamente, a menos que la misericordia de Dios la socorra; si este es el caso, bien podríamos argumentar, y la Escritura también pudiera decir, «no depende de Dios que tiene misericordia, sino del que quiere». Según esto, la misericordia de Dios no es suficiente, a menos que la socorra la anuencia de nuestra voluntad. Pero la verdad y el hecho son que *nuestra voluntad* es inútil a menos que Dios *tenga misericordia*.

Pero, ¿cómo podrá decirse (yo no sé) que el que Dios tenga misericordia es inútil a menos que nosotros también queramos? Si Dios tiene misericordia, nosotros a buen seguro tendremos voluntad, porque la naturaleza misma de esa misericordia, cuando se manifiesta, es hacernos dispuestos, según la palabra del apóstol, «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer». Si se preguntara que si una buena voluntad fuera don de Dios, ¿a quién encontraríamos tan osado que lo negara?

Poco después Agustín llega a esta conclusión:

Por consiguiente, la verdad es que «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia», porque, aunque Dios *llama* a muchos, tiene misericordia solo de aquellos a quienes *así llama*, a fin de hacer ese llamado efectivo en ellos, para que lo sigan. Luego, sería totalmente falso que alguno dijera, «No depende de Dios que tiene misericordia, sino del que quiere»; porque Dios no tiene misericordia ineficazmente o en vano. De quienquiera que Dios tenga misericordia, a ése llama de tal manera que el llamado sea eficaz, y así no repulse a Aquél que llama.

Por eso Pighio habló con la mayor verdad cuando dijo, en sus palabras introductorias, que Agustín había considerado diligentemente —en su libro dirigido a Simpliciano— el gran tema de la predestinación. Pero él mismo peca atrocemente en este punto, pues mientras trata de apresar la paja menuda que flota en el aire, hace caso omiso del trigo que evidentemente ha quedado en el suelo.

CAPÍTULO 10

CONTRA GEORGIO DE SICILIA

PERO AHORA SE HACE NECESARIO dedicar algún espacio, aunque reducido, a tratar de Georgio de Sicilia. Todo lo que tiene que ver con esta miserable criatura es tan insípido, vano y repugnante, que me siento de veras avergonzado de consumir tiempo y energía en refutarlo. No condescendería yo a entrar en el campo de batalla con esta sombra, si la tonta consternación de muchos ante sus ínfulas no me obligara a ello. Y no dudo que habrá muchos que se reirán de mi superfluo esfuerzo al considerar la fácil victoria que por necesidad he de ganar sobre sus triviales puerilidades. Si no fuera él individuo malicioso, lo consideraría mucho más digno de pisotearlo con desprecio, que de refutarlo por medio de palabras. Pero como sus libros, difundidos por toda Italia, vuelven locos a muchos, prefiero, en tal necesidad, enajenarme un poco con un loco como él, que tolerar con mi silencio que se haga, por su locura, tanta maldad en la Iglesia.

Cuando, en tiempos antiguos, el profeta Ezequiel vio que ciertas viejas profetisas cegaban los ojos del pueblo, no se avergonzó de entablar batalla con mujeres (Ez. 13:17). No nos aflijamos, pues, si aspiramos ser fieles siervos de Cristo, al vernos precisados a tomar armas en la empresa de echar fuera aquellos, quienesquiera sean, que se afanan con todas sus fuerzas por tirar su broza en el granero del Señor.

Cuando testificamos que el eterno consejo de Dios predestina a los hombres para salvación o para destrucción, Georgio considera

que padecemos alucinaciones y que nos engañamos en este punto de tres maneras en particular.

EL PRIMER ERROR DE GEORGIO

La primera de las cuales, dice, es que desconocemos que al vocablo *elección* se le da diferentes sentidos en la Escritura. Observa él que en ocasiones se dice que Dios elige o escoge a ciertas personas para un cierto oficio temporal, sin que se tenga en cuenta la vida eterna o siquiera se la mencione. Pero, ¿con qué clase de argumentos intentará este estúpido e insustancial individuo persuadirnos de que somos tan inexpertos en la Escritura que no sepamos que Saúl, que de veras fue un réprobo, aun así fue escogido o elegido para ser rey; y que Cristo dice que Él mismo escogió a Judas, uno de los doce, y luego dijo que era un demonio? ¿Por qué no señala este envane-cido prójimo algunos pasajes de la Escritura que nosotros hayamos presentado maliciosa e impiamente en apoyo de nuestro testimonio, y que pongan de manifiesto nuestros errores? Lo cierto es que este iluso fabrica sus propias fantasías, hechuras de su magín, y contra estas hace la guerra como si en realidad fueran fantasías nuestras.

Con todo eso, es, entretanto, una maravilla, que se olvide por completo de sí mismo y de su propio precepto acerca de los sentidos diferentes del término *elección* cuando nos ataca y nos aplica las palabras del apóstol: «no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado (o desechado)» (1 Co. 9:27). A partir de este pasaje, concluye él que Pablo —según la doctrina de la elección— positivamente profirió una falsedad cuando expresó su temor de que la elección inmutable de Dios se malograra en su caso; y que en realidad no se percataba, o no estaba seguro, de su propia elección. Este miserable ente no ve que «réprobo»¹ (o desaprobado)

1 En el presente pasaje a que Calvino se refiere, 1 Co 9:27, Pablo emplea la palabra ἁδόκιμος (adokimos), la cual tiene varios significados en varios contextos. Aquí el significado de *desechado* o *desaprobado* es muy apropiado.

es contrario, en este pasaje, a «aprobado»; y «aprobado» significaría que el individuo «aprobado» habría mostrado señales y pruebas de su piedad. ¿Cómo es que los diferentes sentidos del término «réprobo» no acudieron a la mente de nuestro tonto adversario? Cuando el profeta Jeremías (6:30) habla de «plata desechada», y Pablo de «tierra reprobada» en su Epístola a los Hebreos (6:8), no significa que la «plata desechada» o la «tierra reprobada» fue ordenada por Dios a la destrucción eterna; sino que eran plata y tierra mezcladas, adulteradas, infructuosas e inútiles. Que la palabra «réprobo» se aplica a los hombres en este pasaje del apóstol, como también en otra epístola, se ve de inmediato en cada lugar por el contexto. Y aun así, la elección a un oficio temporal es tan claramente distinta de la elección eterna por la cual Dios nos escoge y nos adopta para vida perpetua, que la Escritura a veces las une en la misma persona, a causa de su afinidad inmediata.

Así, cuando Pablo se gloria de que Dios lo «separó» desde «el vientre de su madre» (Gl. 1:15), está hablando de su oficio apostólico. Pero el mismo apóstol, remontándose aún más, también se gloria al mismo tiempo en la gracia de Dios, que lo llamó a la esperanza de salvación. De manera semejante, Cristo, aunque indica que uno de aquellos que había escogido para el oficio apostólico era un diablo, en otro lugar acopla la gracia de la adopción al honor apostólico, diciendo, «No me elegisteis vosotros a Mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn. 15:16). Señala Él que los Suyos le fueron dados por el Padre, con el propósito expreso de no permitir que ninguno pereciera, excepto el que ya era «el hijo de perdición».

Lo que Calvino arguye aquí se ve reflejado en las notas textuales de la Biblia de Ginebra de 1599 (originalmente publicado en 1560): «Esta palabra *reprobado* no está puesta en contra a la palabra *elegido*, sino la palabra *aprobado*, cuando notamos que uno por experiencia no es como debería ser». Véase una versión de lo anterior en línea en <http://www.genevabible.org/Geneva.html>. —Nota del Editor.

Aunque, pues, en todas partes de las Escrituras leemos que Dios escogió a estos o aquellos para tal o cual género de vida, o para este o aquel oficio temporal, estos hechos no alteran en absoluto la mayor verdad de que Dios escogió para salvación a aquellos a quienes le plugo salvar. Tampoco una de estas elecciones milita en contra de la otra, o la contradice, la contraviene o la impide.

EL SEGUNDO ERROR DE GEORGIO

El segundo punto en que Georgio dice que nos equivocamos y engañamos es que no sostenemos que todos los creyentes (según él los llama) del Nuevo Testamento fuesen escogidos para salvación, como sí lo fueron aquellos de quienes el apóstol habla en el primer capítulo de su Epístola a los Efesios.

Pero ya hemos demostrado hasta la saciedad que Pablo, en ese capítulo, rastrea *la fe* por la cual los hijos de Dios entran en la posesión de su salvación para elección eterna como su verdadera y única fuente; y con toda certeza, *la fe* ha de ser contada entre aquellas riquezas espirituales que se nos dan gratuitamente en Cristo. Y ¿cómo es que Pablo testifica que todas y cada una de nuestras bendiciones espirituales fluyen de aquella eterna y oculta fuente —la libre adopción de Dios? De nuevo, el apóstol emplea estas palabras: «que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia» (Ef. 1:8). ¿De qué manera abundó Dios? Y, ¿de qué fuente fluyó esta abundancia? El apóstol nos dice de inmediato: «según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo» (Ef. 1:8-9).

Por lo cual, si la fe es el fruto de la elección divina, es de inmediato evidente que no todos reciben la luz de la fe. Así pues, es también un hecho indudable que aquellos a quienes Dios determinó en Sí mismo conceder fe, fueron escogidos desde la eternidad para ese fin. Consecuentemente las palabras de Agustín son la verdad cuando escribe: «Dios escoge a los Suyos para ser Sus hijos, a fin de hacer que crean, no porque Él previó que habían de creer».

Me abstengo de citar aquí otros pasajes del apóstol similares a los previos, porque habré de considerarlos muy en breve en su lugar apropiado. Pero el evangelista Mateo tiene un pasaje en que parece que se habla de un número infinito de elegidos de Dios, cuando Cristo mismo dice que «se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mt. 24:24). Georgio entiende «los escogidos» de este pasaje como todos aquellos que perseverarán en la fe y la justicia. Esta interpretación es perfectamente correcta, siempre que él confiese que esta perseverancia depende de la elección solamente. Pero Georgio, para cerrarle la puerta a toda noción de elección especial o particular, hace a cada individuo el autor de su propia elección.

EL TERCER ERROR DE GEORGIO

La tercera causa de nuestro error, según nuestro benemérito amigo, es que, aunque la Escritura menciona que los hombres son «ciegos» y «endurecidos», nosotros no tenemos presente que tales castigos mayores se infligen sobre pecados de mayor magnitud.

Sin embargo, por nuestra parte, no negamos lo que confirman claramente testimonios de la Escritura, que Dios castiga el desprecio de Su gracia, el orgullo, la obstinación y muchos otros pecados afines, con ceguera y con otros numerosos géneros de juicio. Y, en verdad, todos esos conspicuos castigos que se mencionan por toda la Escritura deberían referirse a aquel concepto general del justo juicio de Dios en el despliegue del cual vemos que los que no han temido a Dios como es debido, después de haberlo conocido, ni lo han reverenciado como debían, han sido «entregados a una mente reprobada», y abandonados a revolcarse en toda clase de inmundicia y concupiscencia. Pero este profundo tema lo trataremos con mayor diligencia más tarde.

Por lo tanto, aun cuando el Señor hiere a los inicuos con furor vengativo y consternación, y así les paga con el castigo que merecen,

esto no altera en nada el hecho de que en todos los réprobos, generalmente se encuentra dureza y tenaz callosidad de corazón. Así que, cuando se dice que Dios «endureció» a Faraón, éste ya era, en sí mismo, merecedor de que el Altísimo lo entregara a Satanás. Moisés, sin embargo, también testifica que Dios había cegado a Faraón «para mostrar en ti mi poder». Pablo no añade otras razones explicativas, sólo que Faraón era uno de los réprobos (Ex. 9:16; Ro. 9:17). De esta misma manera el apóstol también demuestra que los judíos, cuando Dios los había privado de la luz del entendimiento, y les había permitido caer en tinieblas horribles, sufrieron el justo castigo de su infame desprecio de la gracia de Dios.

Con todo eso, el apóstol llanamente da a entender que esta misma dureza la inflige Dios justamente sobre todos los réprobos, pues testifica que el «remanente» se salvó porque fue «escogido por gracia», pero «los demás fueron endurecidos». Si pues, «los demás», en la salvación de los cuales la elección de Dios no rige, son «endurecidos», es manifiesto indudable e innegablemente que esas mismas personas que, por su rebelión y provocación de la ira de Dios se procuraron esta dureza adicional, estaban desde el comienzo decretados para la dureza. De aquí que las palabras de Pablo son claramente ciertas, cuando dice que los vasos de ira fueron «preparados para destrucción»; esto es, todos aquellos que, estando destituidos del Espíritu de adopción, se precipitaron a la destrucción eterna por su propio pecado y culpa. Por lo cual no vacilo en confesar que en los juicios secretos de Dios, algo antecede siempre, aunque «oculto». Cómo Dios condena a los impíos, y aun así justifica a los impíos, es un misterio encerrado en la mente secreta de Dios, la cual es inaccesible a todo entendimiento humano. Nada mejor nos queda, pues, nada más propio para nosotros, que asombrarnos con el apóstol y exclamar, «¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Ro. 11:33). Los juicios de Dios son un abismo profundo,

Georgio continúa diciendo «que ni una sílaba puede hallarse en toda la Escritura de la cual pueda concluirse legítimamente que aquellos que fueron reprobados por el eterno juicio de Dios fueron “endurecidos”, y que todo lo que nosotros testificamos concerniente a la predestinación se apoya en el mero artificio de la invención filosófica. No es posible que Dios ignorara ninguna de aquellas cosas que habían de ser, y que cualesquiera cosas que Él previera no podían sino acaecer de acuerdo con esa presciencia».

A esta mentirosa tergiversación de nuestra doctrina no daré respuesta; mis libros son la refutación permanente. El hecho es que, así como el ilimitado favor del reverendo abad le concedió licencia a este sujeto engreído para decir lo que quisiera entre sus tontos hermanos, y como tuvo la audacia de hablar entre ellos de todos los sueños que le entraron en el cerebro, como si fueran oráculos de Dios, él se prometió a sí mismo igual reputación fuera del monasterio. Pero, ¿qué provecho hay en que use yo ahora muchas palabras para demostrar lo que ya he probado mil veces? —que no colegimos la diferencia entre los elegidos y los réprobos (contra la cual Georgio tan violenta pero vanamente lucha) a partir de la simple presciencia de Dios —según la estúpida perversión que este sujeto hace de nuestro testimonio—, sino que demostramos que se enseña patente y firmemente en un sinnúmero de pasajes de la Santa Escritura.

Pero aun así, este sujeto se imagina, y haría parecer, que nosotros estamos en guerra con la presciencia de Dios nada más. Los lectores, sin embargo, hallarán anteriormente veinte pasajes evidentes que ya cité, que prueban lo contrario de esa vana imaginación. Se figura que la elección especial y particular es una fantasía nuestra; pues Dios no escoge personas especiales o particulares. Cristo mismo, sin embargo, dice explícitamente lo opuesto: «yo sé a quienes he elegido» (Jn. 13:18).

¡Mirad, pues, lectores míos, con qué poderosas máquinas de guerra de su propia industria, Georgio se esfuerza en estremecer el consejo eterno de Dios por el cual unos son escogidos para salvación

y otros ordenados para destrucción! En verdad, Pablo enseña que la justicia de Dios es común a todos por la fe, y no admite distinción alguna, testificando que «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:23). Confieso también de todo corazón, acorde con Pablo, que la justicia de Dios se extiende gratuitamente a todos por la fe. Pero, ¿de dónde viene la fe a los hombres? Sólo de la iluminación gratuita del Espíritu. Y ¿a quién considera Pablo creyentes en Cristo? Sólo aquellos a quienes el Padre celestial ha atraído. Y muy ciertamente, por Su parte Cristo cuenta entre los Suyos solo aquellos que el Padre le da. Por esta razón dice que aquellos que le fueron dados pertenecieron primero a Su Padre. Georgio, bien sabemos, nos va a dar en la cara con su alocado sueño de la fe natural, y no entra en mi presente propósito detenerme a refutar ese absurdo. Solo diré que la justicia de Dios es «para todos, y sobre todos los que creen» en Cristo.

Pero tocante al testimonio del mismo apóstol, afirmo que cuando uno cree y otro no, es solamente Dios quien establece la diferencia; que es de Dios solamente que unos tengan ventaja sobre otros por obtener la bendición, a fin de que nadie se gloríe. Afirmo que, para que podamos conocer las cosas que Dios generosamente nos da, tenemos nuestra herencia eterna sellada en el corazón por las arras y sello del Espíritu. Afirmo, además, que nuestra habilidad para creer en Cristo nos la da Dios. También sostengo que «los ojos del entendimiento los alumbró» Dios, para que sepamos «cuál es la esperanza a que él nos ha llamado». Y por último, testifico que la fe es un fruto del Espíritu Santo.

Pablo en verdad declara que «no hay diferencia». Pero lo que quiere decir es que no hay diferencia entre el judío y el griego, puesto que Dios invita a ambos igualmente a salvación. Georgio afirma que estas dos razas de los hombres comprenden toda la humanidad. Aunque así fuere, no puede probar con ese argumento que la justicia personal se le promete a cada individuo del género humano separadamente. Y aun suponiendo que concediéramos este último punto,

tendríamos, después de todo, que volver a la proposición original, al hecho de que nadie puede ser partícipe del bien que se le ofrece, sino por fe. Este argumento, pues, impele a este monje a la necesidad de hacer la fe común a todos los hombres. Y esto, según ya hemos demostrado abundantemente, se contrapone directamente al pensamiento del apóstol Pablo.

Nuestro monje prosigue su argumento diciendo que, según nuestra doctrina, sólo los elegidos «están destituidos de la gloria de Dios». ¿Y cómo llega él a esa conclusión? Porque (dice) la gracia de Cristo ha sido derramada en todos los que han pecado. Pero yo sostengo que la gracia de Dios es universal de modo tal, que la gran diferencia radica en esto: que no todos son llamados «conforme al propósito de Dios».

CRISTO VINO PARA EXPIAR LOS PECADOS DE «TODO EL MUNDO»

Georgio se imagina que arguye astutamente al decir: «Cristo es la propiciación de los pecados de todo el mundo. Por lo tanto, aquellos que excluyen a los réprobos de la participación de los beneficios de Cristo, tienen, por fuerza que colocarlos en algún lugar fuera del mundo». No vamos a permitir que la solución común de esta cuestión nos sirva en la presente ocasión: que los sufrimientos de Cristo son *suficientes* para todos, pero *efectivos* sólo para Sus escogidos. Este gran absurdo —gracias al cual nuestro monje se ha procurado tanto aplauso entre su fraternidad— para mí carece de todo peso. Juan extiende los beneficios de la expiación de Cristo, consumada con Su muerte, a todos los elegidos de Dios *por todas partes* del mundo. Pero aunque este sea el caso, de ningún modo se altera el hecho de que *en el mundo* los réprobos están mezclados con los elegidos.

Es también un hecho, sin controversia, que Cristo vino para expiar por los pecados «de todo el mundo». Pero la solución de la dificultad está prestamente a la mano, en la verdad y el hecho de que es «todo aquel que en Él cree» el que «no se pierde, sino que tiene

vida eterna». La pregunta que nos ocupa no es cuál sea el *poder* o *virtud* de Cristo, ni qué *eficacia* tenga en sí misma, sino *quiénes* son aquellos a los que Cristo se da a Sí mismo para que disfruten de Él. Pues bien, si el poseer a Cristo se funda en la fe, y si la fe fluye del Espíritu de adopción, se sigue que Dios cuenta entre Sus hijos sólo a aquel que Él designa para ser partícipe de Cristo. En realidad, el evangelista Juan no presenta el oficio de Cristo como otra cosa que «congregar en uno a los hijos de Dios» (Jn. 11:52) por Su muerte. De todo lo cual concluimos que aunque la reconciliación se ofrece a todos por medio de Él, aun así, el gran beneficio pertenece peculiarmente a los elegidos, para que sean «congregados en uno», y sean hechos, «juntos», participantes de la vida eterna.

Obsérvese, sin embargo, que cuando hablo de que la reconciliación por medio de Cristo se ofrece a todos, no quiero decir que ese mensaje o embajada, por el cual dice Pablo que Dios «nos reconcilió consigo mismo» (2 Co. 5:19), realmente venga o alcance a todos; sino que no se sella indistintamente en los corazones de todos a quienes viene, para que fuera eficaz para con ellos. Y tocante a la verbosidad insustancial de nuestro oponente actual de que «no hay acepción de personas con Dios», primero debe «ir y aprender» lo que la palabra «persona» significa con arreglo a las previas explicaciones que de dicho vocablo hemos dado; y entonces no volveremos a tener más dificultades con él por este motivo.

Dios quiere que todos sean salvos. Georgio continúa: «Pero Pablo nos enseña que Dios “quiere que todos los hombres sean salvos”». Se sigue, por lo tanto, según él entiende ese pasaje, que los deseos de Dios se ven frustrados, o que todos los hombres sin excepción deben salvarse. Si replicara que Dios quiere que todos sean salvos de Su parte, —o por lo que a Él se refiere, viendo que la salvación se deja, no obstante, al libre albedrío de cada individuo—; yo le contestaría preguntándole, ¿por qué, si tal es el caso, no dispuso Dios que el evangelio se predicara a todo hombre indistintamente desde el comienzo del mundo? ¿Por qué permitió que tantas generaciones

deambularan durante tantas edades en las tinieblas de la muerte? Aquí sigue, en el contexto del apóstol, que Dios quiere que todos «vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). Pero el sentido de todo el pasaje está perfectamente claro, y no presenta ambigüedad alguna al lector candoroso y de sano juicio. En páginas anteriores hemos explicado plenamente el pasaje entero. El apóstol acababa de exhortar a que se ofrecieran en la Iglesia oraciones solemnes y generales «por los reyes y por todos los que están en eminencia», etc., para que nadie tuviera que lamentarse por causa de esos reyes y magistrados que a Dios le pluguiera poner; porque, en aquel tiempo, los gobernantes eran los más violentos enemigos de la fe. Pablo, pues, hace provisión divina, por las oraciones de la Iglesia, para este estado de cosas, y afirmando que la gracia de Cristo puede alcanzar a esta clase de hombres también, —a reyes, príncipes y gobernantes de todo género.

RESPUESTA DE CALVINO

Pero no es cosa de maravilla que mientras más audacia muestra este indigno prójimo en retorcer las Escrituras, más profusamente amontona pasaje sobre pasaje que encajen con su propósito, pues se ve que no posee una triza de religión o de vergüenza que pudiera refrenar su temeraria desfachatez. Pero, mientras más difuso es en sus descabelladas discusiones, más me encargaré de ser breve en mis respuestas, y de este modo espero confinar su presunción.

Él cita el pasaje de Isaías 56:3: «Y el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo». Da por sentado que ese texto jamás puede aplicarse a los réprobos. Juzga absurdo suponer que a los elegidos se les llame alguna vez «el extranjero». A esto respondo que no es de ninguna manera insólito ver en las Escrituras que se considere como «extranjeros», o «hijos de extranjeros», a los elegidos antes de la fundación del mundo, mientras no sean admitidos en la familia y entre los hijos de Dios por la fe. Las palabras de Pedro, tomadas del profeta Isaías, son:

«vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios» (1 P. 2:10). ¿A quién habla Pedro aquí? ¿No es a aquellos de quienes testifica al comienzo de la epístola, que fueron «elegidos según la presciencia de Dios»?

Pablo presenta el asunto con más luz aún en su Epístola a los Efesios. Después de mucho extenderse en la elección eterna de Dios, les hace recordar que, «En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12). Y ¿será causa de maravilla que Isaías, construyendo, de piedras profanas, por la inspiración del Espíritu Santo, el templo de Dios, declare que habría de haber una nueva consagración del templo? Mientras el llamamiento de los gentiles estuvo escondido en el corazón de Dios, ¿qué otra cosa se percibía en ellos sino toda clase de aborrecible inmundicia? Todos aquellos entre ellos que más tarde fueron incorporados en el cuerpo espiritual de Cristo por la fe, eran verdaderamente ovejas de Dios, según Cristo mismo testifica (Jn. 10:16). Pero eran aún ovejas excluidas del rebaño, y «errabundas por las tenebrosas montañas». Y aunque ellos mismos no lo sabían todo ese tiempo, el Pastor las conocía, conforme a la predestinación eterna por la cual escogió a los Suyos para Sí mismo antes de la fundación del mundo. Agustín presenta todo esto de manera correcta y excelente.

«Si la palabra del profeta Ezequiel es verdadera», continúa Georgio, «“el hijo no llevará el pecado del padre” (18:20), ninguna porción de la humanidad queda en el pecado original». Pero, en realidad, no quiero tener absolutamente nada que ver con esta inmunda bestia (Dt. 14:7). Mi propósito es sólo ir en ayuda de los ignorantes, para que no sean hechizados y seducidos por argucias tan inútiles como estas.

Nada es más seguro que esto: que todos aquellos que no estén injertados en el cuerpo de Cristo habrán de permanecer en la ruina general. Este buen hermano monje, pródigo en su trato con extraños, amontona y apiña en la familia aun a aquellos a quienes Dios les ha cerrado y atrancado la puerta. Aquel, quienquiera sea, que no

confiese que ni uno de los que murieron naturalmente en Adán puede ser restaurado a vida eterna de alguna forma que no sea la ordenada por Dios, es un demente voluntarioso. La clara diferencia entre la progenie de un creyente y la de un incrédulo, según la establece el apóstol, es esta, que el primero «es santo» y el segundo es «inmundo». Y sobre este sagrado principio, antes de que los gentiles fueran injertados en la Iglesia con los judíos por el derribo de «la pared intermedia de separación» (Ef. 2:14) entre ambos, el apóstol llama «santas» a las ramas de Abraham por provenir de una raíz santa.

Pero, ¿qué necesidad hay de una prolongada discusión de este punto? El mismo profeta Ezequiel, de cuya palabra este monje abusa, ¿no condena con frecuencia a la destrucción a los gentiles incircuncisos como personas profanas? Aún ahora la circuncisión no sería, sobre ninguna otra base, el pacto de vida. ¿Cómo, pues, puede ser cierto afirmar que el hijo no llevará el castigo del pecado del padre? Y, por otro lado, pregunto, ¿cómo se jactará de ser inocente el que nace como inmundo cuervo de un inmundo huevo? Porque el pecado original se deriva de Adán de modo tan universal, que viene a ser la propiedad peculiar de la naturaleza de todo hombre.

Nadie, por lo tanto, puede quejarse justamente, imaginándose que lleva la culpa del pecado de otro, y considerándose a sí mismo libre de falta. Pero si no es lícito que Dios castigue en los hijos el pecado de sus padres, ¿qué significa la palabra, «visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex. 20:5)? Y otra vez, «[...] que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación» (Ex. 34:7). Además, la primera parte de esta visitación vengadora es que los hijos de Adán no elegidos, destituidos del Espíritu de Dios, permanecen sumidos en el pecado original de su naturaleza.

Georgio arguye así: «Juan dice del que peca, borraré su nombre del libro de la vida; si esto se entiende en referencia a los réprobos, éstos nunca estuvieron inscritos en el libro de la vida. Si se entiende en referencia a los elegidos, el consejo eterno de Dios será mutable y

fracasará». Nuestro monje parlotea así, como si Dios no nos hablara siempre de una manera adaptada a nuestra comprensión como hombres. ¡Cuán mezquina especie de ingratitud es así insultar a Dios por haberse expresado en términos tan sencillos, con la mayor indulgencia para con nosotros y nuestra limitada comprensión! Si este inútil individuo continúa con su interpretación de las Escrituras a este paso, constriñéndose a la letra sola, no tardará mucho en fabricarnos un Dios corporal, usando como explicación el que la Escritura dice que Dios tiene oídos, ojos, pies y manos. El sentido del pasaje es, sin embargo, muy sencillo y llano: que son «borrados del libro de la vida» aquellos a quienes por algún tiempo se les consideró hijos de Dios, y fueron contados entre ellos, y luego cayeron y se fueron a su propio lugar, como con toda verdad dice Pedro que Judas hizo. Tales personajes, no obstante, como Juan testifica, «no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros» (1 Jn. 2:19).

Lo que Juan expresa concisamente, el profeta Ezequiel lo presenta esencial y circunstanciadamente: «No estarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel» (Ez. 13:9). La misma clave también despejará la dificultad que pueda aparecer en los casos en que Moisés y Pablo expresan su disposición «de ser borrados del libro de la vida». El hecho es que, por el exceso de su dolor, estaban tan ansiosos que se pronunciaron dispuestos a perecer y no a que la Iglesia de Dios, numerosa como entonces era, se extinguiera. Cuando, sin embargo, Cristo dice a Sus discípulos: «regociaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos», habla de ello como de una bendición perpetua, de la cual jamás habrían de ser despojados. En una palabra, Cristo une y armoniza ambos sentidos, tocante a nombres escritos en el libro de la vida, cuando dice: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada» (Mt. 15:13). Con lo cual da a entender llanamente que también los réprobos a veces echan raíces, en apariencia, pero no los ha plantado la mano de Dios.

Sobre la comparación del apóstol Pablo (Ro. 5:18) donde dice él: «como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida», Georgio argumenta de este modo: «Si por causa de uno muchos murieron, mucho más debe abundar la gracia de Dios, para que muchos puedan reinar en vida por Cristo». Si el apóstol estuviese probando aquí que la gracia de Cristo se extiende a todos, me reconocería derrotado, y guardaría silencio sin decir nada más de todo esto. Pero el designio del apóstol es sencillamente demostrar cuánto más poderosa es *la gracia de Cristo* en los fieles que *la maldición* que recibieron *de Adán*.

Siendo así, ¿qué hay en esta bendita verdad que altere la elección eterna de los que Cristo ha restaurado de las ruinas de la Caída a la posesión y disfrute de la vida perdurable, dejando a los demás perecer en sus pecados? Pero nuestro monje desea espaciarse en las expresiones particulares del apóstol. «Pablo», dice, «abarca todo el género humano cuando usa los términos, “la transgresión de uno”, y “pasó a todos los hombres”. Por lo tanto, no se puede excluir legítimamente a nadie de la participación de la vida eterna». Pero si se nos permite razonar de ese modo, yo me inclinaría a sostener que, si así es, ¡Dios necesitaría, como consecuencia natural, crear mundos nuevos para que en ellos hubiera mejor administración de las cosas que en este! Cristo declara que *la maldición en Adán* de ningún modo igualó *la gracia en Sí mismo*, porque, como dice Su apóstol: «cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20).

Ahora bien, si los números de los hijos de los hombres —de los elegidos y de los reprobados, de los que están bajo la maldición y de los que están bajo la gracia— se redujeran a uno, ciertamente Cristo no podría salvar más de los que Adán destruyó, esto es, más de estos dos números de hombres. Por lo tanto, ¡la fe de Pablo en su propia elección y salvación debe estar en peligro total, a menos que algún nuevo mundo surgiera inmediatamente del mar! Pero no usaré otro escudo, en defensa de la verdad, que el que nuestro

monje mismo me ajusta en el brazo con otro pasaje de Pablo, que con jactancia aduce: «Así como en Adán *todos* mueren, también en Cristo *todos* serán vivificados» (1 Co. 15:22). Si este indigno oponente de la verdad aplicara el segundo miembro de este texto a todos los hijos de Adán, de inmediato Pablo alzaría la mano para detenerlo. Pues claramente dice, en seguida, que está hablando de los miembros de Cristo solamente: «Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida» (1 Co. 15:23). Es innegable que aquí Pablo se refiere a la resurrección, que será seguida por una bienaventurada inmortalidad —la inmortalidad en la cual, en el credo, confesamos nuestra fe cuando decimos: «Creo en [...] la vida perdurable».

CAPÍTULO 11

CONTRA GEORGIO DE SICILIA II

A FIN DE NO MOLER a mis lectores en vano ocupándonos con los argumentos absurdos de esta indigna persona, uno tras otro, mi propósito ahora será examinar algunos de los muchos que aún quedan inadvertidos.

DIOS NO EXHORTA A LOS PECADORES EN VANO

He explicado en páginas anteriores el sentido en que hemos de entender que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que todos se arrepientan y vivan. Cuando Dios exhorta a los hombres a arrepentirse, y les ofrece vida, la exhortación y la oferta son comunes a todos los hombres. Pero con respecto a Sus propios hijos, Dios los hace dignos del inestimable privilegio de quitarles los «corazones de piedra», y darles «corazones de carne». Tampoco, de ninguna manera, le concedo al monje que el Señor dijera en vano y al aire todas aquellas palabras por las que deja sin excusa a todos los malvados culpables de malicia hacia Él; mientras que al mismo tiempo obra en Sus elegidos de modo que la doctrina de Su verdad sea eficaz en sus corazones por el poder secreto de Su Espíritu, mientras la Palabra les resuena en los oídos.

Ni hay la menor razón para que provoque aflicción mental a nadie esa difamación común que profanamente insinúa «que Dios meramente escarnece a los hombres exhortándolos a andar, cuando Él sabe que están impedidos de los pies». Sin duda, Dios no causa

menoscabo alguno a nadie cuando les requiere nada más que aquello que realmente le deben, a menos que el deudor, que nada tiene con qué pagar, se jacte en la presencia de su acreedor de que le ha pagado todo; y eso, mientras el acreedor se ríe asombrado de su jactancia. Pero no voy a proseguir con esta parte de la seria batalla. La verdad que aquí está involucrada no se puede destruir sin también destruir la conciencia de cada humano.

Dios manda que los oídos de Su pueblo Israel reciban y sean llenos de la voz de Su profeta. ¿Con qué objeto? ¿Para que se les enterneciera el corazón? ¡No; sino para que se endurecieran! ¿Para que se arrepintieran los que oían? ¡No; sino para que, estando ya perdidos, perecieran doblemente! Si tú replicaras, oh monje, que la causa es mayor, y así rigiera sobre todas las consecuencias; esa confesión es todo lo que quiero que se me conceda en el caso presente. Por esto, no es de ninguna manera absurdo que la doctrina de la verdad, como Dios lo prescribe, se dé a conocer ampliamente; aunque Él sabe que entre las multitudes no tendrá efectos salvíficos. Ni menos frívola es la argucia cuando el monje afirma que la palabra de Cristo tocante a «la oveja» que fue «encontrada» después de estar «perdida», no puede concordar con la doctrina de la elección. Estoy, sin embargo, satisfecho de que puede, con mucha más propiedad y efecto, devolverle al monje la jabalina que me arroja. La pura razón de que Cristo diga que fue una oveja lo que se «trajo de vuelta» después de estar «perdida» por algún tiempo, es que, siendo una oveja, ¡estuvo segura, con referencia a su elección gratuita y eterna, bajo la protección del Pastor eterno todo el tiempo que estuvo perdida!

De la misma broza viene el dilema lógico que introduce, y con el cual espera desconcertarnos a todos. Argumenta:

Si existiere tal cosa como la elección especial, sería del todo imposible hacer compatible con ella la exhortación del profeta que dice, «Deje el impío su camino» (Is. 55:7). Si

esa exhortación se dirige a los elegidos, ¿cómo pueden ser «impíos» aquellos a quienes «todas las cosas les ayudan a bien»? Si se dirige a los réprobos, ¿cómo se les puede exhortar al arrepentimiento?»

Mi respuesta es que la exhortación del profeta se dirige tanto a los elegidos como a los réprobos —a los primeros, para que los que entre ellos, por un tiempo, se han sacudido el yugo, e irresponsablemente se han apartado del camino, puedan, por medio de esta advertencia, volver a su sano juicio; a los segundos, para que, entorpecidos en sus iniquidades, sean agujoneados, por medio de tales penetrantes reprimendas, a un sentido de su terrible condición. Pues nunca fantaseamos, ni damos a entender a otros, que los elegidos se atienen siempre al buen camino, bajo la dirección constante del Espíritu Santo; por el contrario, siempre afirmamos que sus pies resbalan, se descarrían, y se estrellan contra las rocas del pecado y del error, y con frecuencia se apartan no poco del camino recto de la salvación. Pero ya que la protección de Dios, que los gobierna y defiende, es más fuerte que todas las cosas, es imposible que caigan en ruina total.

El monje continúa: «A los hombres se les ordena cuidarse, no sea que perezcan. Pero al mismo tiempo es cierto que a los elegidos se les coloca fuera de todo peligro. Y para los réprobos toda advertencia y represión han de ser en vano.» A este argumento, contesto: Nada extraño hay en absoluto en este sagrado asunto. Los elegidos, empeñados en un conflicto perpetuo, requieren ser equipados con la armadura necesaria para la batalla. Además, la diligencia de todos generalmente se estimula con tales exhortaciones. Mientras que los reprobados, por desatender toda exhortación, demuestran por sí mismos, al cabo, ser incurables. En las enfermedades la medicina se administra asiduamente hasta que aparece la irremediable desesperanza de toda curación.

¿EL PADRE DE LOS FIELES O ELEGIDOS?

Otra objeción que alega Georgio es, «que a Abraham no se le llama padre de los elegidos, sino de los fieles; y que la salvación no se promete a los elegidos, sino a los que creen». ¿Quienes, entonces, piensa él que son aquellos reunidos con su padre Abraham en el reino de los cielos? Cristo declara indisputablemente que esta gran bendición pertenece sólo a los elegidos. Aún más, Cristo también dice que habrá de ponerse límite a las horribles destrucciones por venir «por causa de los escogidos». ¿Pues qué, negaremos que sean hijos de Abraham aquellos que junto con él son hechos miembros de la familia de Dios —la Iglesia? Y, tengan la bondad de decirme, ¿cómo es que a Abraham se le concedió tan gran honor de ser llamado el padre de los fieles, sino porque fue escogido por Dios? ¿Y cómo es que se tiene por hijos degenerados de Abraham a aquellos que por su fe no representan a su devoto padre?

En realidad, la audacia de este renegado indigno es perfectamente execrable. Se esfuerza con todo su poder, en todos sus argumentos, en desfigurar, borrar, y desechar la señal misma por la cual, más que por ninguna otra, Dios designa y distingue a Su pueblo. Confieso, sin titubear, que la vida eterna se les promete «a los que creen», con tal que, sin embargo, el monje no niegue por su parte que la vida eterna así mismo se le promete a los elegidos; pues dice Isaías: «y mis escogidos [la] poseerán por heredad» (65:9).

También exigiré de mi oponente que confiese que sólo aquellos creen a quienes Dios ilumina por Su Espíritu, y que confiese, además, que la elección es la madre de la fe. Pablo testifica que está dispuesto a «soportarlo todo por amor de los escogidos» (2 Ti. 2:10). Y Cristo proclama claramente que Dios el Padre «hará justicia» a todos sus escogidos (Lc. 18:7). Pablo, además, exhorta a los colosenses: «vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia [...]» (Col. 3:12). En otro lugar el apóstol declara que los elegidos están libres de toda acusación de

pecado o falta: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» (Ro. 8:33). ¿Serán, luego, desposeídos los creyentes de todas estas bendiciones? Esto sería hacer una separación más que hostil entre las cosas que Dios ha juntado mutua e inseparablemente. Es más, «para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese», los que una vez fueron ciegos, son «iluminados» para tener fe. Así reciben la justicia de Cristo, y por esa fe son «guardados» y «perseveran hasta el fin».

LA CULPA DEL PECADO

Continúa argumentando Georgio: «Cuando la Escritura anuncia destrucción sobre los que se pierden, de ninguna manera refiere o atribuye la causa de esa destrucción al consejo eterno de Dios, sino que declara que la causa está en los perdidos mismos.» Nosotros, sin embargo, nunca representamos que los reprobados estén destituidos del Espíritu de Dios, que clama a sus conciencias resistivas, para así proyectar la culpa de sus iniquidades hacia Dios. Cualesquiera sean los pecados que los hombres cometan, que descarguen toda la culpa sobre sí mismos nada más. Y si alguien intentara escapar de la culpa de su pecado, afirmo que el tal se hallaría atado tan firmemente por las cadenas de su propia conciencia que jamás podría librarse de la justa condenación de sus transgresiones. Que se excuse Adán cuanto quiera, diciendo que fue engañado por la incitación de la mujer que Dios le dio. Con todo eso, ¿dentro de sí mismo se hallará el veneno mortal de la infidelidad, dentro de sí mismo se hallará el peor de todos los consejeros, la ambición depravada; dentro de sí mismo se hallará la antorcha encendida de un desafío diabólico a Dios! Mucho menos excusable, por lo tanto, serán los que intenten, por la fuerza, extraer de los secretos profundos del consejo eterno de Dios, la causa de sus iniquidades, que por siempre está alargando su atroz cabeza desde lo profundo de la corrupción de sus propios corazones. Abundantemente merecen ser «entregados a una mente reprobada» los que no han glorificado a Dios como debían, hasta

donde Él pueda ser conocido por medio de la contemplación de «las cosas hechas» —los cielos y la tierra.

Aquellos que voluntaria, deliberada y maliciosamente desprecian la gracia de Cristo, y dan la espalda a la luz ardiente y resplandeciente del evangelio, merecen castigo aún más severo. Por lo cual reconozca cada uno sus propios pecados y se condene a sí mismo solamente, y, confesando con el corazón que toda la culpa es suya, suplique la misericordia de Su Juez.

Si algún réprobo pusiera reparos y se inclinara a causar un alboroto, la Escritura provee una respuesta pronta y amansadora, «Te perdiste, oh Israel» (Os. 9:13). Según observamos cerca del comienzo, la queja de la antigua Medea, en el poeta clásico, es totalmente ridícula, cuando se lamenta de que se cortaron los árboles del Monte Pelión a fin de proveer madera para la construcción de la nave Argo. El hecho es que la llama del amor, que le quemaba el lujurioso corazón, fue la verdadera causa de que destruyera a su padre y al reino entero, junto consigo misma. Mucho menos, ciertamente, se ha de prestar oídos a los argumentos de aquellos que traen de muy lejos, aun de la nubes mismas, causas remotas de su pecado y culpa. Ese pecado está siempre delante de sus ojos, emanando continuamente de una fuente profundamente arraigada en el corazón, de lo cual las evidencias son claras y perpetuas, no importa cuánto se esfuercen por encubrirlas. ¡La Escritura, por lo tanto, asigna la causa de todos los males al pecado natural de los hombres!

En realidad, la gran cuestión entre mí y el monje no es si los hombres rinden obediencia necesaria al juicio secreto de Dios o no, o si ese juicio los arrastra en su pecado inevitablemente, sin que les toque culpa alguna, cosa que declaramos no sólo falsa creencia, sino también vil y detestable profanidad. *La cuestión entre nosotros es* si los malvados, que por sus pecados voluntarios provocan la ira de Dios sobre sí mismos, fueron reprobados por Dios antes (como la causa justa aunque incomprensible de todo) «según el designio de su voluntad» (Ef. 1:11).

Pues bien, tal como Pablo condena con severidad los pecados humanos, agolpándolos con ímpetu sobre sus conciencias, y al mismo tiempo vindica la justicia de Dios con denuedo ante la difamación de los hombres; así también expresa, sin disimulos, que los que se precipitan a la ruina por sus pecados son «vasos de ira preparados para destrucción». También Cristo grava la culpa sobre los réprobos, como lo merecen. Pero, al mismo tiempo, señala que la gran causa de todo es que ellos son «plantas que no plantó mi Padre». En una palabra, el Padre le dio al Hijo los que eran Suyos para que los santificara. Inversamente, Pablo, después de demostrar que «los escogidos sí lo han alcanzado» (es decir, «la justicia que viene por la fe»), añade, «pero los demás fueron endurecidos». Insustanciales, pues, son todos los argumentos de Georgio que, fijando los ojos solamente en los pecados evidentes de los hombres, ¡nunca piensa en la fuente oculta de toda la malignidad de la especie humana —la corrupción de la naturaleza!

LA LIBERTAD DE LA VOLUNTAD HUMANA

El monje considera que nosotros estamos enredados en una gran absurdidad porque creemos que la voluntad humana tiene libertad de pecar, cuando los réprobos ciertamente pecan por necesidad. Pero la libertad de la voluntad humana a que nos referimos, y que nuestro monje conoce tan familiarmente, es, después de todo, muy desconocida de él. Pablo llama «libres» a algunos que son «libres acerca de la justicia» (Ro. 6:20), es decir, aquellos que, destituidos del temor de Dios y de toda temperancia, se gozan en la iniquidad. ¿Se sigue, luego, que estos no son «esclavos del pecado»? Nuestro monje nos condena también por limitar y atar el poder de Dios. «Pues», dice, «si Dios sabe de antemano y ordena todas las cosas que han de suceder, no tiene poder para cambiarlas después.» ¡Prodigiosa maravilla esta, que Dios no es como un hombre mortal, siempre flexible y variable, y que muda su parecer y propósitos a todas horas! ¡Aquello que el monje ataca con tanta violencia es que

el adorable Dios es por siempre inmutable y consecuente consigo mismo! Por consiguiente, su gran alucinación es que, aislando los decretos fijos de Dios de Su poder, hace que Él se vea dividido contra Sí mismo.

Si quisiéramos hablar como los Estoicos, diríamos, con arreglo al conocido concepto de Séneca, «que Dios es una necesidad en Sí mismo». Nosotros, no obstante, con mayor reverencia y sobriedad, decimos «que Dios siempre quiere lo mismo, y que esto es la pura alabanza de Su inmutabilidad». Cualquiera cosa que Él decreta, por lo tanto, la cumple, y esto está en divino acuerdo con Su omnipotencia. Y la voluntad de Dios, así unida inseparablemente con Su poder, constituye una exaltada armonía de Sus atributos digna de la Divina Providencia, que gobierna todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Por lo que toca al vano despliegue de este mezquino ser, de amontonar testimonio sobre testimonio de la Escritura que nada tienen que ver unos con otros, y que a menudo tienen sentidos y aplicaciones opuestas: de todo eso no hago el más mínimo caso. Pero aunque estoy dispuesto a pasar por alto su ignorancia, me inquieta el poner freno a su impudencia, a fin de impedir que aflija a los incautos. Después de señalar, a partir de un pasaje del apóstol Pablo, que Dios «les envía un poder engañoso, para que crean la mentira» (2 Ts. 2:10-11), cita otro pasaje de sentido muy semejante, donde el apóstol dice que la doctrina del evangelio «está aún encubierta entre los que se pierden; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos» (2 Co. 4:3-4). Confieso, claro está, que estos a ciegos se les llama «los incrédulos». Pero si la incredulidad es la única causa de la ceguera de estos sujetos, ¿qué significan las palabras que siguen de inmediato: «Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones» (2 Co. 4:6)? Sabemos que las tinieblas dominan en todas partes, pero es Dios el único, como aquí vemos, que saca luz de las tinieblas.

Como Georgio, además, nos acusa de crueldad, asegurando que nos cerramos el camino de la salvación, y a muchos otros también, mientras que Cristo muy bondadosamente invita a mujeres cananeas, a «ovejas perdidas», y aun a «perros extraños» a todo esto replicamos que fielmente exponemos ante todos los hombres las doctrinas de la fe y el arrepentimiento, a fin de que todos (Dios mediante) se beneficien de Cristo. Cuando la mujer de Zebedeo le rogó a nuestro Señor que sentara uno de sus hijos a Su derecha y el otro a Su izquierda, dijo Él, por vía de achicar aquel deseo desatinado e inoportuno, que tal deseo era impropio del estado y vocación presente de ella; y al mismo tiempo claramente insinuó que para cada uno hay un lugar determinado por decreto de Su Padre celestial, que a su tiempo se revelará.

De la misma manera, esa superstición que insiste en acontecimientos y temas futuros —que dependen solamente de Dios— superstición que la Escritura claramente exhibe, debemos siempre desenmascararla y no consentirla con el silencio. Mientras no llegue el día de la revelación de estas cosas, nuestro deber es hacer lo que Dios manda: exhortar a todos los hombres, sin excepción, al arrepentimiento y a la fe. La doctrina y proclamación del evangelio pertenecen a todos, y son para el beneficio de todos; y para esos fines se nos han encomendado, para que los declaremos abiertamente, hasta que los reprobados, por su deplorable obcecación, nos obstruyan el camino y cierren la puerta.

¿LA ELECCIÓN O EL MERO ENNOBLECIMIENTO?

Viéndose compelido por nuestro testimonio a admitir la doctrina de la predestinación, confirmada como es por el abundante testimonio de tantos pasajes de la Escritura, Georgio lanza otra sutileza al redondel, y nada puede uno imaginarse más estúpido y pútrido que esto: «Que los creyentes del Nuevo Testamento son “escogidos” de Dios, como aquellos a quienes Dios dio a conocer las riquezas del misterio que había estado oculto por las edades». A fin de reafirmar

este sentido que él da al tema por su propia disparatada fantasía, acopia todos los textos de la Escritura que manifiestan la excelencia de la gracia revelada en Cristo. Y entonces llega a la conclusión de que el contenido del primer capítulo de Efesios no tiene otra mira que demostrar que Dios condescendió a ennoblecer a los creyentes del Nuevo Testamento concediéndoles este singular tesoro. Y cuando se le apremia a precisar el tiempo al cual esta gracia se refiere, dice que fue hecha común a todos los hombres sin preferencia, desde la venida de Cristo hasta el fin del mundo.

Las palabras de Pablo, sin embargo, muestran que esta gracia tiene confines muy diferentes. La suma del testimonio de Pablo es que sólo aquellos que han sido predestinados a vida eterna son iluminados «según la eterna buena voluntad de Dios». No se puede negar que hubo, en la primera proclamación del evangelio, un llamado especial a ciertas personas. Tampoco el evangelio se anunció a todos. Y supongamos que alcanzó a los oídos de todos, proclamado por la voz externa; aún así el testimonio de Pablo tiene que ver con un llamado mucho más profundo, aquél por el cual el Espíritu de Dios penetra en los corazones de los hombres. Pero, cuando señalamos esta gran diferencia entre el llamado *externo* y el llamado *interno* y *efectivo*, esa distinción es, para Georgio, ¡nada más que un sueño!

Pero, sea esta diferencia asunto ya frívolo, ya grave, la experiencia de la fe nos procura un valioso entendimiento. Además, el apóstol no trata de la elección en este capítulo de Efesios con otro sentido, o con diferente propósito, que en otros lugares, como cuando (2 Ts. 2:13) «da gracias a Dios de que haya escogido desde el principio a los tesalonicenses para salvación». Y recuérdese que Pablo está aquí haciendo separación entre una pequeña compañía de creyentes y la multitud de los malvados.

Aquí el monje responderá: «que a los licenciosos despreciadores de la gracia, cuando de ellos se habla, siempre se les presenta en oposición a los elegidos». Pero esto no viene al caso, porque todo lo que estoy afirmando en esta ocasión es que Dios escoge

especialmente a algunos en preferencia a otros. Mientras que Georgio, por otra parte, continúa hablando que somos predestinados para nacer en un cierto tiempo, es decir, después de la venida de Cristo, según argumenta arriba. ¿Cuál, pues, es el caso del reprobado Judas, de quien Cristo dice que no era uno de los escogidos, sino que «es diablo», aunque había escuchado las palabras de su Divino Maestro y había gozado de su familiaridad hogareña? Cristo de inmediato y claramente añade: «No hablo de todos vosotros, yo sé a quienes he elegido» (Jn. 13:18).

Sin embargo, si hemos de escuchar a este fanático individuo, la condición de Herodes, que vivió después de Cristo, era mejor que la de David, que vivió antes de Cristo; y según él, ¡los impíos escribas y fariseos habrán de preceder a los santos profetas en el honor de la elección! Porque dirá que estos últimos, por razón de su edad y época, no estaban en el número de los creyentes escogidos. No sólo eso, sino que en todas partes vocifera que la gracia de la elección pertenece generalmente a una cierta época. En una palabra, se ofrece a sí mismo como garantía de que el apóstol en ningún sitio ha hablado de la predestinación de otra manera. ¿Qué? ¿Incluye el apóstol a todos los hombres de su época al decir, «a los que predestinó, a éstos también llamó» (Ro. 8:30)? ¿Qué? ¿Acaso no separa de entre la multitud general de la humanidad a aquellos de quien dice que «son llamados conforme a su propósito» (Ro. 8:28)? Finalmente, cuando el apóstol en otra parte dice, «lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios» (1 Co. 1:27), ¿se propone, al hacer una distinción tan evidente, aplicar sus palabras a toda su generación?

¿LA ELECCIÓN SE EQUIVALE LA PERSEVERANCIA?

Pero, encontrándose todavía enmarañado en la red de la verdad, echa por otra vía de escape: «Que no se llama elegidos a los que Dios prefiere sobre otros, sino a los que perseveran en la elección y gracia común». Con esto quiere decir que a la larga Dios considera elegidos

a los que se distinguen de la multitud común de los hombres por la persistencia de su fe. El pasaje del apóstol Pablo que aduce para probar su doctrina es éste: «Te encarezco delante de Dios... y de sus ángeles escogidos» (1 Ti. 5:21). Lo que el monje pretende que se le conceda de este pasaje es que, como los ángeles escogidos no se apartaron y cayeron con los ángeles apóstatas, procuraron para sí, por mérito tan alto, la gracia de la elección. Pero, si dijéramos, en cambio, que se mantuvieron firmes porque eran ángeles elegidos, ¡cuánto más cerca de la verdad estaría esa afirmación!

Cuando Cristo predice que la delusión satánica será tan fuerte que, si fuere posible, «engañará aun a los escogidos» (Mt. 24:24), da a entender la imposibilidad de que Satanás arrebatase a los escogidos por la violencia que pueda usar. ¿Qué poder, pues, supondremos que asegurará a los escogidos? Georgio fantasea: ¡la fuerza propia de cada uno! Muy distinta, sin embargo, es la declaración positiva de Cristo: «Nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (Jn. 10:28-29). Igualmente el apóstol de ninguna manera encarga a los creyentes a depender de su propia fidelidad; pero, en cambio les hace presente que «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1 Ts. 5:24).

El monje, no obstante, hace de cada uno el autor y disponedor de su propia elección. Mientras que Cristo declara positivamente que aquellos del mundo a quienes ha escogido son Suyos (Jn. 15:19). En perfecta armonía con esa declaración de Cristo, Pablo asevera con voz clara que «a todos los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8:28). Y afirma la misma gran verdad, con igual claridad, acerca de los niños aún no nacidos: «Para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí» (Ro. 9:11-13). ¿Qué, entonces, se ve aquí obligado el monje a hacer? Pues este indigno ser tendrá positivamente que probar, según su propia

doctrina, que Jacob, estando todavía en el interior del vientre de su madre, *procuró para sí mismo*, por su propia diligencia, el honor de su elección; y que la poseyó, *por su fidelidad*, hasta el fin.

¿INDIVIDUALES O GRUPOS?

Exactamente la misma proporción de razón y sentido común existe en la disputa del monje, «Que el rechazo al que alude Pablo no se refiere a individuos, sino a todo el conjunto del pueblo judío». La exposición que hace de este pasaje es que la nación de los judíos, al repudiar a Cristo, se privó de la herencia de vida eterna. Me siento en libertad de confesar que sobre este punto específico se ha apoyado la causa de toda disputa alrededor del gran tema en discusión. Pero nadie en su mente cabal concluirá o supondrá que toda esta gran materia queda confinada en estos estrechos límites. Pues en primer lugar, el apóstol Pablo llanamente enseña que la generación de Abraham estaba compuesta de individuos tanto elegidos como reprobados, promiscuamente mezclados. Luego, el mismo apóstol declara, generalmente, que a partir de la variada multitud de la especie humana, se producen, por nacimiento, los «vasos de ira» y los «vasos de misericordia» como clases disparejas, para la manifestación de la gloria de Dios.

A decir verdad, Pablo dice que *la primera causa inmediata* de la reprobación de Israel es que *no creyeron* el evangelio. Que esta causa la presentan los apóstoles claramente, yo de ninguna manera niego. Pero primero él establece, téngase en cuenta, la gran doctrina acerca de los juicios secretos de Dios. En dos cosas insiste principalmente el apóstol. *En primer lugar*, que Dios nunca estuvo tan ligado a un pueblo que Su libre elección no pudiera señorear en la selección o la reprobación de ciertos individuos. *En segundo lugar*, que los judíos, por su ingratitud, se cerraron la puerta de entrada a la familia de Dios, aun siendo los herederos singulares del pacto de vida eterna. Pero, la apariencia de alteración en los propósitos de Dios pudiera perturbar algunas mentes, pues tal parece que este

repudio por parte de los judíos estremece el consejo secreto de Dios. El apóstol se guarda de tal consecuencia con una apropiada declaración: «irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Ro. 11:29), y que, por lo tanto, «el remanente escogido por gracia» es salvo (Ro. 11:5). Con tales palabras el apóstol significa que la elección de Dios, que se fundamenta en Su consejo secreto, permanece firme e inmovible.

Pero el descaro de este indigno mortal se muestra con más bajeza aún al decir que Esaú no estaba reprobado antes de vender su primogenitura. Yo, de buena gana reconozco el testimonio del apóstol cuando dice que Esaú fue desechado después de haberse despojado de su herencia (He. 12:17). Pero, ¿hemos de suponer que el repudio de su padre Isaac, que en el momento Esaú soportaba, suprimió por completo el anterior juicio y propósito de Dios, que fue la causa original de su reprobación? Muy seguramente que no; no más de lo que la fe y la obediencia de Jacob lo privaron de la adopción libre y eterna.

RESUMEN

La observación con que comencé esta discusión, la repito ahora en la conclusión: que nadie jamás intentará refutar la doctrina que aquí he expuesto, excepto aquel que se imagina ser más sabio que el Espíritu de Dios. En nuestros días, sin embargo, la amarga oposición de los hombres ha alcanzado tal extremo que no reciben con sosiego y de buena gana aun lo que evidentemente se toma de la Escritura misma; y se arrogan las prerrogativas de Dios al imponerles a los demás la ley del habla y la del silencio. Con todo eso, algunos de estos insolentes pretenden ocultar sus verdaderos fundamentos so pretexto de modestia, manifestando que, por su parte, no osarían negar lo que todos los siervos de Dios han testificado.

Por mi parte, ¡sobria y reverentemente declaro que no conozco otra ley de modestia que la que he aprendido en la escuela de mi Maestro celestial! Estoy plenamente conciente de que se debe

adoptar toda prudencia posible para templar todas las cosas a fin de edificar a los hombres en la santísima fe. Pero como me he empeñado en hacer esto a lo largo de mi ministerio, y en el presente TRATADO también, con fe y con buena conciencia —si los escrúpulos de algunos no están aún satisfechos, pienso que he cumplido con mi deber. «El que tiene oídos para oír, oiga.»

CAPÍTULO 12

UNA BREVE RESPUESTA

SE ME HA CRUZADO EN el camino el disparatado manuscrito de cierto indigno mortal que, con toda su vileza, se ufana de ser defensor y vengador de la gloria de Dios guerreando contra el divino principio y doctrina: «Que Dios gobierna el mundo de tal manera que nada se hace sino por Su eterno consejo y decreto».

Mientras tanto, este miserable individuo no percibe que cuando falazmente presume de librar la justicia de Dios de toda imputación, al mismo tiempo subvierte totalmente Su poder; todo lo cual es un intento, como si dijéramos, de despedazar a Dios mismo. Para dar color a su profanación, prologa, tan malvada como maliciosamente, su empresa con esta observación: «Que Dios no es la causa del mal, ni quiere el pecado». ¡Como si, al reclamar para Dios la supremacía de todo dominio, nosotros afirmáramos que Él es el autor del pecado!

Es evidente que esas palabras atacan a JUAN CALVINO. Pero es de conocimiento general que JUAN CALVINO está demasiado lejos de la blasfemia de que este indigno ente lo acusa, para necesitar una prolongada protección de tal malignidad.

Juan Calvino constantemente declara con palabra firme en todos sus escritos, cuando quiera que el tema de discusión sea el pecado, que el nombre de Dios no se ha de mezclar o mencionar con el pecado, porque no hay nada compatible con el modo de ser de Dios sino la rectitud y la equidad. ¡Cuán repugnante, pues, es

la calumnia que involucra a un hombre, que por largo tiempo ha merecido bien de la Iglesia, en el crimen de hacer a Dios el autor del pecado!

¡*El blanco* de esta maliciosa calumnia asevera en verdad, desde el principio hasta el fin de sus publicaciones, que nada se hace excepto por la *voluntad* de Dios! Pero, al mismo tiempo afirma que el consejo secreto de Dios predomina sobre las cosas que malvadamente hacen los hombres de tal modo que ese consejo no tiene vínculo alguno con el pecado humano.

La suma de la doctrina del que así vilipendian es que Dios, de maneras asombrosas y por medios que desconocemos, dirige todas las cosas hacia el fin que quiere, para que su *voluntad* eterna sea la *primera causa* de todas las cosas. ¡Pero el vilipendiado confiesa que es incomprensible la razón de que Dios quiera lo que a nosotros nos parece incompatible con Su naturaleza! Y por lo tanto, declara con voz recia que no se debe indagar audazmente o con curiosidad el porqué de las obras de Dios. Al contrario, ya que los consejos de Dios son un abismo profundo, misterios que sobrepasan los confines del entendimiento, es más propio del hombre antes bien adorarlos con reverencia que investigarlos con presunción.

Entretanto, el objeto de toda esta vil calumnia mantiene, como un principio sagrado, que, aunque la razón de los consejos de Dios yace oculta y desconocida, aun así, ¡suprema alabanza de Su justicia ha de rendirse siempre a Dios, porque Su voluntad es, y tiene que ser, la más alta regla de toda equidad! Por consiguiente, aquel, quien quiera que sea, que desee abrumar al hombre que constantemente enseña estas cosas, con la atroz acusación de hacer a Dios el autor del pecado, primero hágase cargo de probar que cuando aquellos inicuos que, al crucificar a Cristo, hicieron «cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera» (Hch. 4:28), ¡hicieron a Dios partícipe de su maldad, y lo involucraron en parte de su culpa! Las palabras, «cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera», no son las palabras de *Calvino* (téngase en

cuenta), sino las del *Espíritu Santo* y de *Pedro*, y de toda la *Iglesia Primitiva*.

Entonces, que estos hombres insensatos y extravagantes, cesen ya de mancillar la pura y lúcida doctrina del *Espíritu Santo* con su contagio y su inmundicia, y así alucinar los ojos de los incautos; ¡para que los inexpertos, que no entienden la verdadera naturaleza de esta materia, al oír mención del pecado, no se estrellen contra la roca terrible y detestable de hacer a Dios el autor del pecado! Después que David se lamentó de que la violencia injusta de sus enemigos lo oprimía por todos lados, no deja de añadir, «¡que Dios ha hecho todo esto!» Cuando saqueadores despojaron a Job de sus bienes, y el diablo lo atormentó, ¡igualmente confiesa que todos estos males le vinieron de parte de Dios! Si alguno alegara, «que de esta manera se hace a Dios el autor del pecado», que riña con los santos profetas de Dios y con el *Espíritu Santo* mismo. Los santos profetas y los testigos del *Espíritu Santo* se afirmaron en la sagrada distinción de que todas las cosas se hicieron según Dios lo ordenó, y aun así, cualquier cosa que Dios quiere o decreta es recta y justa; ellos, pues, con igual sencillez y firmeza, lo exaltaron sobre todas las cosas, a Él que rige con Su reinado secreto y soberano a Satanás mismo y a todos los malvados.

ERRORES EXPUESTOS

Esta breve respuesta, hasta aquí, si Juan Calvino no dijera nada más, hubiera sido suficiente para refutar la calumnia inicua de este indigno sujeto, que ex profeso y perversamente corrompe y falsea sus conceptos y doctrinas. Pero a fin de que los fines y metas de este calumniador queden aún más al descubierto, ni el tiempo ni el esfuerzo serán en vano, tal vez, si examinamos algunos de los otros volúmenes que se levantan de su malicioso humo. Pues bien, ya que el propósito de este vano sujeto es privar a Dios de Su supremo dominio y gobierno; y puesto que, con toda la desfachatez imaginable, derriba de un golpe el principio de que el propósito de

Dios es *la primera causa* de todas las cosas; voy a echar mano de modo sumario a algunas de las *causas y razones intermedias* que él presenta, y examinarlas.

DIOS NO EJERCE UN PODER TIRÁNICO

Este depravado mortal asevera que las opiniones de Platón eran, por mucho, superiores a las mías, porque no toleraba que a Dios se le tildara de ser el autor del pecado. Mientras que este mortal no sabe, en realidad, ni lo que Platón piensa ni lo que dice. Tan aborrecible es aun el vocablo *maldad* a este profano escribidor, que positivamente niega que esos innumerables «males» a los cuales todos estamos sujetos, procedan de Dios. ¡Esto no es otra cosa que exponer a Dios en el acto de Su oficio de *Juez* del mundo! Pero cuando Calvino, y antes de él Lutero y Bucero, y anteriormente Agustín, y otros piadosos maestros, testifican que la voluntad de Dios es *la causa suprema* de todas las cosas que hay en el mundo, lo que más remoto estaba del pensamiento de cada uno, y de todos, era implicar a Dios en alguna sombra de falta. Y tocante a Calvino, en todos sus escritos declara detestable y repudia con celo férvido aquella idea del *poder absoluto*, o *tiránico*, de Dios, que *los teólogos filosofadores* ponen a circular en sus escuelas. Y por esta razón: porque el poder de Dios no debe ni puede separarse de Su sabiduría eterna. Con este argumento se refutan al punto los descarados ladridos de este inmundo perro, cuando hace proferir a los maestros honorables y fieles de la Iglesia de Cristo cosas que son blasfemas, aborrecibles e inauditas, y que, después de todo, ¡las saca, con igual futilidad y malignidad, del depravado taller de su cerebro!

LA CAUSA DE LA MALDAD

Habiendo vomitado toda esta vil calumnia, este impuro ente pretende probar que Dios no es la causa de los males —primero, a partir de la ley de *la naturaleza*; y luego, de la autoridad del *divino Platón*, que así lo denomina, y que (dice) nombra a Dios como la

causa del bien. La solución de todo el asunto es perfectamente simple. La imagen de la rectitud que reconocemos en Dios está estampada en todo el conocimiento natural del bien y del mal. En proporción, por lo tanto, al modo en que cada uno plasma su vida según la ley de la naturaleza, a tal grado representa la naturaleza de Dios. Para Dios la rectitud es un deleite en la misma proporción que la iniquidad le es una abominación. Pero cómo Él gobierna y domina por Su consejo secreto todo lo inicuo que el hombre perpetra, no nos incumbe a nosotros precisar; ¡pero sí nos incumbe tener la certeza, y proclamar, que en cualquier cosa que Él haga, nunca se desvía de Su perfecta justicia!

La misma repuesta ofrezco al segundo argumento de este despreciable ser. Este *noble campeón* de la causa de Dios propone la siguiente pregunta: Si Dios es el autor del pecado (según él afirma que nosotros decimos), ¿Por qué, siquiera en alguna medida, impide que se cometa pecado? ¿Por qué no impone por completo las riendas sobre la cerviz de los hombres? Ahora bien, ¿Qué significa el ladrido de este perro acerca de que Dios sea el autor del pecado? El hecho es que este prójimo fabrica monstruos en la imaginación con el fin de ganar la fama de que lucha contra ellos. Entonces, ¿qué si yo replacara, aunque de manera muy diferente, con la pregunta que de veras se puede hacer para afirmar *la omnipotencia* de Dios?: Si Dios no quiere que se hagan las cosas que se hacen, ¿por qué no impide que se hagan? ¿Por qué impone las riendas sobre la cerviz de los hombres para que las hagan? Pero al punto se puede deducir, a partir de este modo de repugnancia figurativa y contradicción, la sustancia de lo que Agustín atestigua:

De una manera secreta y maravillosa, es voluntad de Dios, en Su justicia, que se hagan las cosas que los hombres hacen en su injusticia. Aunque, según y conforme a Su voluntad, expresada en Su ley, Dios aborrece la iniquidad, y se complace sólo en la rectitud. De esta fuente fluyen todas

las maldiciones que se añaden a la ley. Si las iniquidades no le disgustaran, por ser totalmente contrarias a Su naturaleza, ni las censuraría ni exigiría castigos.

Por consiguiente, todo lo que este indigno ser ha amontonado para vindicar a Dios (según piensa) de la ignominia es enteramente superfluo e insubstancial. Y, en realidad, es él mismo que, todo el tiempo, lanza sobre Dios la idea de ignominia, mientras se afana en un caso dudoso (según a él le parece), con la intención de que Dios parezca ser bueno.

ADÁN NO PECÓ POR EL IMPULSO DE DIOS

Habiendo lanzado sus denuestos hasta el hastío, nuestro *santo campeón* se acerca un poco, y afirma que algunos hombres en estos tiempos peligrosos, que no se atreven a enseñar abiertamente que Dios es la causa de los males, sugieren lo mismo usando diversos modos de hablar, asegurando que Adán pecó por la voluntad de Dios, y que los inicuos consuman toda su maldad no sólo con la anuencia de Dios, sino por Su impulso positivo. Sobre esto nuestro noble retórico exclama con gran lamentación: «¡Oh hombre miserable! ¿Cómo puede ser que esto sea voluntad de Dios, que creó a Adán a Su imagen?» Como si yo tuviera que presentar una razón exacta de los consejos secretos de Dios, y hacer que los mortales entiendan al dedillo la sabiduría celestial, cuya altura y profundidad se les manda que contemplen y adoren. ¡No!, sino más bien que ataje Moisés esa necia locuacidad con su palabra: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros» (Dt. 29:29). Se ve aquí cómo Moisés, al mandar al pueblo a darse por contento con la doctrina de la ley, les amonesta dejar los consejos secretos a Dios solamente, como misterios que adorar, no indagar.

En este punto, hallando que la pluma se le había embotado y torcido, la aguza de nuevo para lanzar un furioso ataque contra aquellos que (según sus propios cálculos) mantienen que las iniquidades

se perpetrán no sólo por la voluntad de Dios, sino por Su impulso. Encontrándose ahora internado en un vasto campo, se regocija grandemente y delira, y no deja de proferir toda clase de improperios para embargar las mentes de ministros piadosos cuyas virtudes, pluguiera a Dios, él pudiera imitar, siquiera en una centésima parte. Primero, los pone en la misma clase de los libertinos. Si de ellos él fuere en principio diferente en el menor grado, por cierto arruinaría esta causa, la mejor de todas, por su ignorancia de marca mayor. Ya que existe un libro que Calvino escribió expresamente contra estos libertinos, ¿qué clase de cara ostentará el hombre que devuelve una recompensa tan inmerecida por una obra tan útil y santa? Contiene él positivamente que si Dios incita a los hombres a pecar, el diablo mismo no hace más que eso. Supongamos que concedemos, por un momento, esta profana comparación, ¿qué dirá nuestro héroe de los siervos de Cristo contra quienes el diablo siempre hace la guerra, pero Dios nunca? Pero veamos sobre qué argumentos apoya su profanidad este ser profano. «Que Satanás haga lo que quiera (dice él), y tiente como quiera, no puede compeler la voluntad del hombre. Pero Dios, que tiene el corazón del hombre en la mano, puede compeler la voluntad. Si, pues, Dios va a obligar, lo hará y deberá hacerlo, lo quiera uno o no.» Aquí se manifiestan a una la ignorancia y su audacia.

Ahora bien, todos los hombres de sano juicio están de acuerdo en que todo pecado es voluntario. Por consiguiente, no se encontrará uno, en sus cabales, que afirme que los hombres pecan en contra de su voluntad. Pero Calvino, según la Palabra de Dios, y siguiendo también a Agustín y a otros escritores piadosos, enseña que cuando los hombres pecan espontáneamente y de su propia voluntad, Dios, no obstante, pone en las manos de Satanás «un poder engañoso», para llevar a los réprobos de acá para allá, como Pablo atestigua (2 Ts. 2:11). De este modo, Satanás sale, por la orden de Dios, para ser un espíritu de mentira en la boca de todos los profetas, para engañar a Acab (1 R. 22:21-22). Pero no es mi propósito allegar testimonios de

la Escritura. Por el momento mi objeto es simplemente demostrar con cuanta insensatez este perro aúlla contra los inocentes. «¿Cómo se puede saber (dice) que un hombre es malvado sino por la maldad que hace?» ¡Como si nosotros, atribuyendo a los juicios secretos de Dios toda la licencia que Él pone en las manos de Satanás, con esto hiciéramos al Dios adorable el autor del pecado! ¡Como si nosotros, por el contrario, no testificáramos pública y universalmente que Dios está, y ha de estar, por siempre apartado absolutamente del pecado, porque (según estamos demostrando) Él ciega y endurece con la más estricta justicia y rectitud a los reprobados!

«Pero de este modo», arguye este héroe de Dios, «la voluntad de Dios y la del diablo serán la misma». No, eso no es así. Según he demostrado anteriormente, hay una muy grande diferencia, porque, aunque Dios y el diablo quieran lo mismo, lo quieren de maneras totalmente distintas. ¿Pues quién negará que Satanás desee ávidamente la destrucción de los malos, destrucción que, a pesar de eso, procede de Dios? ¡Aun así, el fin que se propone el *Juez* justo es infinitamente diferente del fin de un enemigo que respira crueldad insaciable! Fue voluntad de Dios que se destruyera a Jerusalén completamente; la misma destrucción que Satanás también deseó.

Yo preferiría desatar este sagrado nudo no con mis propias palabras, sino con las de Agustín, que, en su «Manual» contra Laurencio (cap. 101), discute noblemente el punto: ¿cómo es que el hombre quiere con voluntad malvada lo que Dios quiere con voluntad buena (como cuando un hijo perverso, por ejemplo, desea la muerte de su padre, y Dios quiere la misma muerte)?; y finalmente, cómo es que Dios ejecuta por las malvadas voluntades y pasiones de los hombres lo que ha decretado, y no por las buenas voluntades de Sus siervos. Refiero a mis lectores a la exposición de este sacro asunto que ofrece Agustín en la porción de sus obras a que he aludido.

Si, pues, la diversidad de fines no impide que la voluntad sea la misma, ¿no estaría a tono con su merecido que las profundidades del infierno se tragaran a este campeón de Dios antes de profanar la

Majestad Divina y mancillarla con sus asquerosas falacias? Pero, aun así, ¿tiene la osadía de acusarnos de negar en el corazón la justicia de Dios que profesamos con la boca! Este vil ser, mientras se atreve a decir con insolencia desenfrenada que aquellos contra quienes hace la guerra nunca se ocupan de la rectitud de la vida, ¿se complace en toda iniquidad, como si no hubiera un *Juez* en el trono del cielo! Pero, quisiera preguntar con calma, ¿En qué pecho es más probable que se haga un hazmerreír de la justicia de Dios? En aquel en que puede hallarse el anhelo de la piedad, o aquel en que las riendas se le entregan a toda especie de iniquidad? ¿El hecho real es que no hay nada en Calvino, ni en otros como él, que este gran maestro de moral odie más cumplidamente que *el resuelto e inmutable rigor de su disciplina moral!*

Insípido e iletrado como este indigno mortal es, todavía pretende enrolar en su vil servicio el ingenio más difamatorio, para demandar que «si el pecado de Adán fue por voluntad de Dios o de Satanás». ¿Se han permitido jamás los hombres piadosos o verdaderamente serios dar bromas o hacer chistes de misterios tan profundos; o aun ladrando como perros desvergonzados ante los misterios? Estos hombres en verdad confiesan que la Caída de Adán no sucedió sin el gobierno y dominio de la providencia secreta de Dios, pero nunca han dudado que el fin y el objetivo de Su consejo secreto sean rectos y justos. Pero a causa de que la razón de aquel acaecimiento permanece oculta en la mente de Dios, esperan sobria y reverentemente el momento de su revelación, que se hará el día en que veremos a Dios «cara a cara», a quien ahora «vemos por espejo, oscuramente», sin comprenderlo. Habiéndose gozado en el más soez abuso de los mejores y más piadosos hombres, ¡lo próximo que este pío guerrero haría es arrancarles la lengua a todos esos hombres y echarlas al fuego!

LA VOLUNTAD DOBLE DE DIOS

La probabilidad no es pequeña, sin embargo, de que la furia de este sujeto contra Calvino esté destinada a ser una ofrenda santa

a la memoria de su amigo Serveto, y que al lamentar la muerte de su íntimo camarada, y no encontrando otro medio de satisfacer su venganza, sobrepasa a todos los verdugos en su crueldad para con los defensores de la verdad. Tocante a la doctrina de la voluntad doble de Dios que Calvino, siguiendo a Agustín y a otros piadosos maestros, adscribe a Dios mismo, este excelente juez teológico afirma que se sorprende del balbuceo pueril que usan sus exponentes. ¡Todo el mundo debe tener por gran erudito a aquel que puede hablar del «balbuceo pueril» de otro! Pero esta treta insultante prueba plenamente que parlotea a la caza fatigosa de una gloria insustancial. Y luego añade: «Que esta distinción, la voluntad doble de Dios, la inventamos nosotros, porque sin ella nos hubiéramos expuesto a la acusación de blasfemar contra Dios».

Cuando por el contrario, esa palabra suya expresa y expone su frenética demencia, pues olvida que él mismo ha increpado perpetuamente a los más inocentes hombres por proferir blasfemias patentes. ¿Y, por favor, fue acaso blasfemia dudosa cuando hizo a Dios el autor del pecado, y afirmó que Él no sólo quiere el pecado, sino que positivamente impulsa a los hombres a pecar? De esta manera presenta a Dios como si renunciara a Su propia naturaleza, hartándose de iniquidades y deleitándose en ellas. Después de vomitar descaradamente estos ultrajes, ahora, olvidándose por completo de sí mismo y de lo que ha escrito, dice que nosotros damos a nuestras blasfemias cierta coloración para que no puedan percibirse.

Sus argumentos contra la voluntad doble de Dios. Vale la pena, sin embargo, observar los argumentos que aduce cuando trata de refutar la voluntad doble de Dios. Nos acusa de atribuir, por medio de esta doctrina, infidelidad a Dios, haciendo que Él diga una cosa y piense otra, contrario a los testimonios de la Escritura, donde Dios dice, «yo Jehová no cambio» (Ml. 3:6); «en el cual no hay mudanza» (Stg. 1:17). Pero este tonto mortal no considera que esta calumnia no ataca solamente a Calvino, y a otros semejantes testigos de la verdad, sino al mismo Moisés que, cuando declaraba que la ley se

dio a los judíos y a sus hijos, dejó todas las «cosas secretas» a Dios, diciendo que «pertenecen» a Él (Dt. 29:29). No que haya ninguna dificultad para rebatir esta calumnia, pues Dios, al mandar lo recto, deja ver con esto lo que de veras le place; tampoco tiene ningún otro consejo oculto en la mente por el cual desee, o quiera lograr, lo que condena en el hombre. Pero Él ejerce Sus juicios de una manera asombrosa, de modo que, por Su superior sabiduría y equidad ordena y dirige hacia un fin bueno cosas que, en sí mismas, son malas. Ni tampoco Calvino jamás habrá de conceder que Dios quiere lo que es malo —es decir, en cuanto es malo— sino que Sus juicios secretos y justos resplandecen maravillosamente al sojuzgar las iniquidades humanas.

Por ejemplo, por medio de los actos incestuosos de Absalón, Dios castigó el adulterio de David. Por consiguiente, cuando Dios mandó a Adán no gustar de la fruta «del árbol del conocimiento del bien y del mal», por ese medio puso a prueba su obediencia. Entre tanto, Él previó lo que habría de suceder; y no sólo lo previó, sino que lo ordenó. Si esta verdad es demasiado dura y áspera para el paladar de nuestro delicado juez teológico, que no culpe el sabor de la doctrina, sino su propia acerbidad y repugnancia. Cuando intenta encasquetarnos, con todo el peso del mazo de hierro que esgrimen sus ponderosas palabras, que la voluntad de Dios es una sola, y que por Sus profetas y por Cristo nos la revela, Agustín, por la fuerza de su autoridad, ataja todos los golpes del pesado martillo. Dice el santo padre:

Estas son las poderosas obras del Señor, exquisitamente perfectas en todo punto de Su voluntad. Tan sabiamente perfectas, que cuando las naturalezas angélica y humana habían pecado —es decir, que cada una había hecho no lo que Dios quería, sino lo que cada naturaleza quiso, aunque cada naturaleza hizo lo contrario a la voluntad de Dios en un sentido— aun así Dios, por la misma voluntad de cada

naturaleza, efectuó lo que rectamente quiso. Y usó como el Bien Supremo aún malas acciones para la condenación eterna de los que había justamente predestinado a castigo eterno, y para la salvación eterna de los que había predestinado para la gracia.

Por lo que toca a los primeros, ellos hicieron lo que Dios no quería; pero en cuanto a la omnipotencia de Dios, que puede sacar bien del mal, no pudieron por ningún medio querer hacerlo independientemente de esa Omnipotencia. Por el hecho mismo de actuar en oposición a la voluntad de Dios, esa voluntad se realizó por medio de ellos. ¡En esta manera todopoderosa de obrar consiste la potencia de las obras de Dios! De modo que, por un método inexplicable de obrar, lo que es, en sí mismo, contrario a Su voluntad, no se hace sin la voluntad de Dios, porque sin Su voluntad no pudo haberse hecho ni por asomo. Y aun así, Dios no quiere sin voluntad de querer, sino porque así lo quiere. ¡Como el Dios de la Bondad, Él no toleraría que el mal se hiciera jamás, a menos que, como el Dios de la Omnipotencia, pudiera, de ese mal obtener lo bueno!

Por lo cual, que continúe este indigno sujeto arrojando todas esas horribles herejías y blasfemias contra los más piadosos ministros de nuestros días, y aun el eminente Agustín. Es, por cierto, perfectamente seguro que la voluntad de Dios no ha de buscarse en ningún lugar sino en la Escritura. Pero, mientras este grosero puerco está hociéndolo todo, ¡no considera que aunque los fieles cultivan siempre la reverencia y la sobriedad, los juicios secretos de Dios no se pueden suprimir ni reducirse a nada! Pero una cosa es contemplar y adorar el «abismo grande» (Sal. 36:6) con toda modestia y fe, y muy otra rechazarla con contumacia, porque en el acto anega todos los poderes de la mente humana que intenta comprenderlo. Este vil mortal, sin embargo, a fin de desechar todos aquellos testimonios

de la Escritura que nos instruyen a afirmar la maravillosa y gloriosa providencia de Dios, queda muy pagado de sí mismo al declarar de una manera general que nosotros los herejes hemos profanado siempre la piedad, haciendo de ella un mero tapujo, y que hemos dado lugar, en el nombre de Dios, a toda clase de males. Si esta rotunda aseveración ha de considerarse suficiente para zanjar todo este asunto, lo mismo pudiera aceptarse como idóneo para refutar toda doctrina celestial, y obliterar el nombre de Dios enteramente.

Este indigno ser luego añade «que puede contestar de dos maneras cualquier argumento que podamos contraponerle. Mostrando, primero, que todos esos pasajes que aparentan atribuir a Dios la raíz del mal, no se refieren a Su voluntad efectiva, sino a que permite o deja que algo se haga». Pero, ¡fuera con esa calumnia!, que gravita en los vocablos bien y mal cuando se usan en la discusión de la voluntad y decretos eternos de Dios. Sabemos muy bien que nada es más antitético a la naturaleza de Dios que el pecado. Pero los hombres actúan de su propia maldad cuando pecan, de modo que toda la culpa recae sobre ellos mismos. ¡Pero convertir todos esos pasajes de la Escritura (donde la inclinación del alma, al actuar, se describe claramente) en un mero permiso de parte de Dios es un subterfugio frívolo, y un vano intento de escapar de la verdad y su poder! Los padres, no obstante, interpretaron estos pasajes usando la expresión permiso, porque encontraron que la aparente aspereza de los términos más directos ofendía a algunos la primera vez que los oían; así que se inquietaron por sosegarlos con una palabra más templada. Sin embargo, en su gran ansiedad y deseo de atenuar y evitar ofensa, cedieron un poco en la fijeza de atención que la gran verdad merecía.

Este indigno sujeto, sin embargo, que profesa intimar tanto con los padres, delata que ignora totalmente su pensamiento; pues apoderándose de aquellos casos de inexperiencia en Agustín a que ya he aludido, y que se encuentran en sus escritos mientras no estaba aún versado profundamente en la Escritura, deja en el tintero todos los pasajes patentes y poderosos en que Agustín reconoce los

juicios secretos divinos en sus operaciones efectivas (si así puedo expresarme) de cegar y endurecer a los reprobados. Este vano ser manifiesta la misma ignorancia y carencia de instrucción cuando nos dice, con la autoridad de Jerónimo, «que cuando se dice que Dios hace o crea males, las expresiones son figurativas». Pero si los «males» no son ni más ni menos que adversidades (como se sabe perfectamente y se reconoce universalmente) ¿por qué ir tras de una figura en cosas que son, por sí mismas, perfectamente manifiestas y claras?

LA DOCTRINA DE PERMISO

Examinemos un poco más de cerca, pero brevemente, la doctrina de permiso. A José lo vendieron inicualemente sus hermanos. Él dice más tarde que Dios lo envió a Egipto por medio de esta iniquidad, no por medio de sus hermanos, los perpetradores; y dice que todo esto se hizo por el consejo de Dios, a fin de que la familia de su padre tuviera sustento suficiente para sobrevivir. Pues bien, pregunto ahora, ¿es todo esto *mero permiso*? Job también testifica que fue Dios quien le quitó toda la riqueza de que los ladrones y saqueadores lo habían despojado. El «quitar» de Dios, ¿indica que Él no actuó? De Dios se dice que volvió los corazones de los gentiles para que odiaran a Su pueblo. ¿Diremos que esto fue un mero permiso de parte de Dios? La Escritura misma expresa el «volverse» como un acto positivo y público de Dios. Así que cuando se dice que Dios entrega a los hombres «a una mente reprobada», y los abandona «a pasiones vergonzosas», ¿no puede existir duda de que de esta manera se manifiestan esos actos de Sus terribles juicios mediante los cuales se venga con justicia de los réprobos!

Si fuera Dios un mero espectador indiferente de estos extraordinarios juicios y sencillamente permitiera que se ejecutaran, ¿desempeñaría de veras el oficio de *Juez* por ese mero permiso de un observador? Dios llama a Asiria la «vara de mi furor» (Is. 10:5); también dice que en manos de los asirios «he puesto mi ira»; a todos

los malvados los designa «vara» Suya; y positivamente declara que por medio de ellos hará lo que ha decretado hacer. ¿Qué lugar hallará aquí un mero permiso? Jeremías, refiriéndose a Moab, exclama: «Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová, y maldito el que detuviere de la sangre su espada» (Jer. 48:10). ¡Observen bien! Toda crueldad que estos hombres sanguinarios cometan, el profeta, con sentido diferente, la llama obra de Dios, porque Dios, por medio de esas manos, ejecuta Su venganza en los asirios. David, de manera similar, testifica que era Dios quien hacía todo el mal que sufría, y que, por lo tanto, «enmudeció» (Sal. 39:9). Ahora bien, ¿mediante qué figuras o tropos podrá alguien convertir la frase «tú lo hiciste» en tú lo permitiste, o discurrir que el hacer una cosa sea meramente permitir que se haga? También Pablo señala que es Dios quien «les envía (a los que se pierden) un poder engañoso, para que crean la mentira» (2 Ts. 2:11). Donde la «operación» (Ef. 3:7) de Dios es mani-fiesta, como lo es aquí, ¿mediante qué alquimia o fantasía podrá alguien extraer de tal «operación» la divina voluntad y propósito?

Este preeminente maestro y juez de teología prescribe, a manera de canon, que al interpretar tales pasajes como, «Tú no eres un Dios que se complace en la maldad» (Sal. 5:4), deben tenerse en cuenta, según la intención de ese texto, todos los que parecen atribuir maldad a Dios. Pero, ¿qué tiene que ver esto, en absoluto, con la cuestión presente? Nosotros no hemos fijado en Dios ni una mancha de iniquidad. Cuanto afirmamos es precisamente lo contrario. Todo lo que mantenemos, a lo largo de nuestros argumentos, es que Dios gobierna y domina, con rectitud perfecta y divina, cuantas cosas acaecen en el mundo. Si alguno de nosotros aislara el poder de Dios de Su justicia, entonces sí nos expondríamos mercedamente a la censura tácita de aquellos que perennemente y con reproches nos repiten al oído «que nada es más contrario al poder de Dios que la tiranía».

Pero ahora, mientras mantenemos que «Dios no se complace en la maldad», ¿se arrancará a Dios, por vía de ese pretexto, de Su

trono de Juez del mundo, y por no tener la omnipotencia con que obrar lo bueno por medio de hombres inicuos y sus malas acciones? El hecho es que, a causa de que Dios con frecuencia ejecuta Sus juicios por la mano de los malvados, ¡quienquiera que lo encierre dentro de los límites del permiso, al punto lo expulsará de Su oficio de Juez del mundo! Los hijos de Elí habían abusado de su oficio sacerdotal malvada y desvergonzadamente, y perecieron por mano de los filisteos. De acuerdo con el canon de nuestro gran teólogo la interpretación de esto es que todo sucedió por el permiso de Dios. Pero, ¿qué dice la Escritura? Que todo se hizo porque Dios había resuelto hacerlos morir. Observen nada más hasta qué punto de locura son instigados los locos por su locura cuando no hay religión ni modestia ni vergüenza que los ataje. Continúan en su arrebatado hasta sujetar no sólo a los hombres, sino a Dios mismo también, a sus frenéticas fantasías.

LA DIVINA LIBERTAD

Pero, ya que es totalmente absurdo sostener que algo pudiera hacerse contrario a la voluntad de Dios, viendo que Dios tiene la divina libertad de impedir lo que no quiere que se haga, expliquemos ahora en unas cuantas palabras con cuánto ingenio este sujeto intenta desembarazarse de este argumento que lo confronta:

Primero, afirma que es una ridiculez siquiera inquirir en este asunto. ¡Qué lástima que Agustín no tuviera un tutor como éste a su lado para economizarle todo el santo empeño que dedicó a esta gran materia, haciéndose así (según nuestro héroe teológico) «perfectamente ridículo»! Entretanto, Agustín prueba, con este mismo argumento, que la providencia secreta de Dios gobierna y domina todo lo que se hace en la tierra. ¡Ni vacila en concluir que todo lo que se hace, se hace por la voluntad de Dios! Y conforme con esa conclusión el salmista testifica que Dios, desde Su trono celestial hace lo que quiere: «Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho» (Sal. 115:3). Pero, tengan la bondad, ¿por qué es esto una ridiculez?

Nuestro gran tutor de teología responde: «Porque no es lícito pedirle a Dios *la razón* de sus acciones.» ¿Por qué, entonces, nuestro modesto tutor no retiene este gran recato en todo momento al tratar esta tan magna materia? ¿De qué lugar, pues, brotan los clamores y tumultos de este modesto ser? ¿De dónde, sino del hecho de que los fatuos e ignorantes descartan, con odio y desdén, el consejo de Dios? ¿Porque, palpablemente, sus mezquinas entendederas no pueden abarcar la profundidad e inmensidad de ese consejo! Luego, dejemos a Dios la libertad de ordenar todas las cosas según Su voluntad, y toda pendencia sobre esta cuestión llegará a su fin de inmediato. Pero justo y propio es que se deje a los locos contender entre sí para que se den fin unos a otros en destrucción mutua.

Segundo, con esto regresamos a la rancia y vana defensa que blande nuestro héroe teologal: «Que muchas son las cosas que se hacen contra la voluntad de Dios». Esto lo concedemos de muy buen grado, siempre y cuando que ese «contra» no se lleve demasiado lejos. Dios, por ejemplo, con frecuencia quiso unir a los judíos, pero ellos «no quisieron»; aunque los llamó por los profetas «desde temprano», como Él mismo lo expresa enérgicamente (Jer. 7:13). Pero, a causa de que la conversión es el don peculiar de Dios, Él convierte efectivamente a aquellos que quiere que se conviertan en realidad. El sentido en que Pablo dice que Dios «quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Ti. 2:4), deberán descubrirlo del contexto los lectores, como anteriormente hemos observado y explicado. Hay diferentes grados y clases de salvación (según lo indicamos al comienzo de este pasaje). Pero Dios no estima a todos los hombres dignos de la palabra externa (como arriba lo demostramos desde la historia del mundo y las escasas naciones a las que Dios siquiera envió Su palabra externa); y son pocos los que Él hace partícipes de Su iluminación secreta.

EL LIBRE ALBEDRÍO

Pero a fin de desenredarse más expeditamente de su perplejidad, este indigno mortal por fin echa mano del escudo del libre

albedrío para defenderse. Dice: «Que no es ninguna maravilla que Dios no impida a los hombres, que tienen la libertad de hacer lo que les plazca, hacer el mal». ¡Al contrario, esa es la poderosa maravilla! ¡Y puede resolverse solamente por la sublime verdad y doctrina de que todo lo que los hombres hacen, lo hacen conformemente a la voluntad eterna y el propósito secreto de Dios! Pero, ¿por qué nos impone este envanecido sujeto un vocablo fabricado de la nada? ¿Qué es el libre albedrío, si la Escritura en todas partes declara que el hombre, siendo prisionero, vasallo y esclavo del diablo, es llevado a iniquidad de toda especie con toda su mente e inclinación, siendo totalmente incapaz de entender las cosas de Dios, mucho menos practicarlas?

DESPEDIDA

En esta refutación de una deshonestidad descarada, en que se sostiene la omnipotencia de Dios honesta y claramente en contra de calumnias de toda clase, confío en que he cumplido humildemente una labor útil y agradable a la Iglesia, y además, aceptable a Dios.

LIBRO 2



UNA DEFENSA
DE LA
PROVIDENCIA SECRETA DE DIOS
POR LA CUAL EJECUTA SUS DECRETOS ETERNOS.

UNA RESPUESTA
A LAS «CALUMNIAS» (Ro. 3:8)
DE
UN CIERTO INDIGNO CALUMNIADOR
DIRIGIDO EN CONTRA DE
LA PROVIDENCIA SECRETA DE DIOS
Por JUAN CALVINO

PUBLICADO PRIMERAMENTE EN GINEBRA EN 1558

«Conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad». —*Efesios 1:11*

«¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables Sus caminos!» —*Romanos 11:33*

CATORCE ARTÍCULOS

*extraídos de los libros en latín, así como en francés
de Juan Calvino sobre la*

PREDESTINACIÓN



CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

EL MOMENTO EN QUE PIENSO en hablar sobre la Providencia de Dios, por la cual Él gobierna no sólo la vasta maquinaria del mundo entero y de cada ínfima parte de él, sino también los corazones y las acciones de los hombres, la gravedad y la complejidad del tema me confrontan. Pero, como ya he tratado la estupenda materia de una manera calculada para satisfacer, así espero, hasta cierto punto a todos los lectores de mente cabal y libre de prejuicios, la tocaré en la ocasión presente sólo de modo sucinto y de paso, adoptando toda posible brevedad. Nadie debe esperar de mí ningún esplendor de lenguaje, ni brillantez de pensamiento que corresponda a la magnitud y excelencia del tema. Me limitaré meramente a recapitular, en pocas y sencillas palabras, los argumentos que he dilucidado ampliamente en mi «Institución». Pero si viere la necesidad, entrelazaré con esos argumentos algunos testimonios adicionales de la Santa Escritura. También, según espero, purgaré, con una refutación clara, las argucias maquinadoras y malignas de Pighiol y de sus camaradas² de tal modo que no podrán, ni en el menor grado, lastimar o estorbar las mentes de los piadosos.

«Providencia» no significa que Dios esté sentado en el cielo, indiferente, meramente observando lo que se hace en el mundo; sino aquel

1 Fue para silenciar su ruidosa oposición a la doctrina de «la elección eterna de Dios» que Calvino escribió el Tratado anterior.

2 Tales como, por ejemplo, el presente «cierto indigno calumniador».

asentamiento, en Su elevado trono, totalmente activo e interesado, por el cual gobierna el mundo que Él mismo formó. De modo que Dios es, según se ve en el espejo de Su Providencia, no sólo el que hizo todas las cosas en un instante, sino también el Gobernante perpetuo de todo lo que creó. La Providencia que adscribimos a Dios, pues, atañe tanto a Sus manos activas como a Sus ojos atentos. Así que, cuando se dice que Dios gobierna el mundo por Su Providencia, no queremos decir meramente que mantiene y preserva el orden natural que originalmente se propuso en Sí mismo, sino que mantiene y perpetúa un cuidado particular de cada criatura que ha creado. Seguro y firme es el hecho de que fue la maravillosa sabiduría de Dios la que originalmente hizo el mundo y lo dispuso en su hermoso orden presente. Igualmente, si el poder omnipotente de Dios, siempre presente, no lo sostuviera así creado y dispuesto, no podría continuar ni una hora en el orden y forma que Dios le asignó.

Que el sol salga sobre nosotros día tras día; que en su rauda curso sus rayos se atemperen y sus grados estén tan bien ajustados; que el orden de las estrellas, tan maravillosamente dispuesto, nunca se altere; que la alternación de las temporadas se repita continuamente; que la tierra abra sus entrañas con regularidad anual para el sustento del hombre; que los elementos y sus partículas separadas no cesen de ejecutar sus funciones asignadas; en una palabra, que la fecundidad de la naturaleza jamás se deteriore ni se malogre —¡toda esta maravillosa operación, cooperación y continuación, seguramente que nunca se podrá pensar que proceda de ninguna otra causa que de la mano rectora de Dios! ¡Qué otra cosa será el salmo 104 sino una dilatada y resonante alabanza de esta Providencia universal! El apóstol Pablo loa esa Divina Providencia diciendo, «Porque en él vivimos, nos movemos, y somos» (Hch. 17:28). Por lo tanto, ya que el único Dios posee Su propia esencia peculiar, así también el principio viviente de la vegetación, por el cual todas las criaturas subsisten y sin el cual deben pronto perecer, debe considerarse, por fe, como una infusión secreta de Dios.

Pero, nuestro conocimiento de una Providencia general y universal será impreciso y borroso, a menos que sostengamos la creencia de que Dios cubre, bajo las alas solícitas de Su cuidado, todas y cada una de Sus criaturas, y al mismo tiempo nos demos a la contemplación de ese hecho. Enseñarnos esta gloriosa lección fue el propósito de Cristo cuando dijo, «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre» (Mt. 10:29). Al considerar, sin embargo, esta Providencia especial de Dios con que en secreto Él vela sobre cada criatura individual como obra de Sus manos, será necesario adoptar un punto de vista sagrado de los ciertos grados y las peculiaridades precisas que abarca divinamente.

El hombre es la más noble obra de Dios, para cuyo «bien» todas las cosas que los cielos y la tierra contienen fueron creadas; y la Escritura dice que la Providencia de Dios se ocupa principalmente del cuidado y gobierno del género humano. Pablo, al explicar el pasaje, «No pondrás bozal al buey que trilla», observa, «¿Tiene Dios cuidado de los bueyes?» (1 Co. 9:9), dando a entender que la atención providencial de Dios no tiene que ver con ellos en particular como su esfera propia de acción, sino que se emplea más especialmente en el cuidado de los hombres. En este respecto, la gestión de la Divina Providencia asume una luz más segura y una gloria más brillante, ya que su curso yace en el trato de Dios con los hombres como seres dotados de razón. Porque maravillosos son los juicios de Dios; ora castigando a los malvados; ora instruyendo a los fieles en la paciencia y crucificándoles la carne; purgando las iniquidades del mundo; despertando a muchos del sueño y la pereza; anonadando la arrogancia de los soberbios; haciendo un hazmerreír de la sapiencia de los sabios; y destruyendo las maquinaciones de los maliciosos. Por otra parte, la excelentísima bondad de Dios se despliega brillantemente cuando socorre a los que están en apuros, protege y defiende la causa de los inocentes, y cuando acude a ayudar a aquellos que han perdido toda esperanza de auxilio. El salmo 107 contiene una

descripción hermosa y gloriosa de la manera en que Dios encauza la Providencia que manifiesta a los hombres. En ese salmo el profeta señala que las vicisitudes, que los hombres generalmente consideran torrentes de cambios violentos, no son ondas convulsas que pasan sobre los humanos con impetuosidad ciega, ¡sino resplandecientes espejos en que podemos contemplar la bondad, la ira, o la justicia de Dios! En el cierre de este bendito salmo, el escritor infiere que si los piadosos y los «sabios» cumplidamente «guardaran» esta variedad de cambios en el mundo, cobrarían entendimiento en los caminos de Dios, y hallarían causa abundante para regocijarse. El salmista también implica que la misma contemplación, si la ejercieran los malvados, ¡les tataría la boca prestándoles una vista sobrecogedora de las maravillosas obras de Dios!

Pero ahora debemos considerar otros, y más excelsos, pasos de la Divina Providencia. Aunque Dios se nos muestra como el Padre y Juez de todo el género humano, aun así, siendo la Iglesia el santuario en que reside, es ahí donde manifiesta Su presencia por más claras y brillantes pruebas. Se muestra en ella como el Padre de Su familia, y condesciende a otorgar una perspectiva más cercana de Sí mismo, si así puedo expresarlo. La Escritura está llena de esos testimonios que declaran que Dios vela de manera especial sobre los fieles: «Los ojos de Jehová están sobre los justos» (Sal. 34:15); «Él guarda las almas de sus santos» (Sal. 97:10); «Él tiene cuidado de vosotros», dice Pedro (1 P. 5:7); «Aun vuestros cabellos están todos contados», dice el Señor mismo (Mt. 10:30). En una palabra, la Iglesia es el gran taller de Dios donde, de una manera más especial, despliega Sus obras maravillosas; y es el teatro más inmediato de Su gloriosa Providencia.

Por esta razón es que se dice que Dios ha designado a los ángeles, que son, como si dijéramos, Sus manos, para ser guardianes de modo particular de Sus santos que creen en Él; y que los ángeles tampoco tengan posición u oficio aparte del cuerpo de Cristo, del cual también son miembros. Por lo tanto, a fin de lograr una vista integral y amplia de toda esta divina materia, posemos primero los

ojos en aquel gobierno general del mundo entero que fomenta y hace medrar todas las cosas, para que el estado natural de todas, colectiva e individualmente, perdure y se preserve igual.

En segundo lugar, fijemos los ojos en el celo y cuidado de Dios al gobernar y guardar las partes y partículas separadas de todas estas cosas creadas, cuidado tal, que nada ocurre en ellas o referente a ellas, que sea desconocido o inadvertido. Debemos echar de ver, en tercer lugar, el cuidado especial que Dios tiene de la humanidad, cuidado tal que la vida y la muerte de los hombres, los destinos públicos de reinos y de naciones, y los casos privados de cada individuo, y cualquier cosa que los hombres ordinariamente achacan a la fortuna, están bajo Su régimen y disposición celestial. Por último, debemos observar aquella protección singular con que Dios defiende a Su Iglesia, protección en la cual Él manifiesta más explícitamente Su presencia y Su poder.

No hay palabras que puedan expresar adecuadamente la vasta y multiforme utilidad de esta doctrina. Ni nadie podrá contemplar con provecho la Providencia de Dios en el gobierno del mundo, según se nos presenta en las Escrituras y la vemos por fe, sino el que, sintiendo la necesidad de contemplar su Hacedor y el Creador de todas las cosas, ¡primero «inclina la cabeza» con aquel sobrecogimiento y reverencia, y con aquella humildad propia del que se halla en la presencia de tan estupenda Majestad! El hombre acostumbra rendir tributo a sus congéneres, juzgando sus obras con candor y modestia, especialmente cuando algo parece ser un poco oscuro y difícil de comprender en el momento. Si el hombre en tales casos se muestra más ansioso y diligente en inquirir la verdad, y prefiriere diferir el juicio antes que, por una decisión súbita, causar perjuicio a su prójimo; ¿no sería, pregunto, peor que desvarío, y algo más que ferocidad, tomarse una libertad diez veces mayor con Dios, y rebajar Sus estupendas obras a la escala de nuestro endeble juicio? ¿No sería desvariar de igual modo pronunciar una opinión impensada de cosas infinitamente sublimes y totalmente incomprensibles? ¿No

es delirio intentar el sondeo de Sus designios secretos, y sobre todo tratar con frivolidad misterios tan profundos y tan profundamente adorables? Esta insolencia se ha pavoneado en todos los tiempos, pero ha dado pasos más largos y se ha jactado con mayor clamor en el día presente que en ningún otro tiempo o época. Muchos infieles en nuestros días, dándose cuenta de que no pueden derribar a Dios del cielo (cosa que de veras tratan, como los gigantes de la antigüedad), hacen todo lo posible para arrancar de sus conciencias y de las de los demás toda partícula de religión y de verdadera adoración, vomitando las blasfemias más asquerosas y viles, dejando así al descubierto su profanidad y su ira contra Dios y Su verdad.

Es evidente que en la mayoría de estos sujetos la fuente de todo el mal es ésta: siendo personas de espíritu inconstante y fervido, gratifican primero su vana curiosidad. Luego, no teniendo mira o propósito fijo ante los ojos, se entregan a especulaciones enteramente inútiles. Encima de esto viene una audacia desenfrenada que les azuza la lengua a hablar con temeridad proporcionada exactamente a su desvergüenza. Otros están sujetos a un maligno estado de espíritu, diferente por cierto, pero igualmente pernicioso. Aturdiéndose con sueños absurdos, ahogan la mente en la voluntariedad o la desesperación o la indolencia. Todas estas son tretas del diablo; y su propósito al adoptarlas es enmarañar la verdadera, sana y santa doctrina en toda clase de «prodigios mentirosos» e inventos, mediante los cuales no sólo nos quitaría todo el provecho y fruto de la doctrina, sino también la haría despreciable o detestable o destructiva. Pero no importa cuáles sean los métodos que el diablo adopte, sea nuestro empeño siempre evitar la cautela pervertida a la cual algunos apelan, que para hacer frente a peligros como estos, no hallan una manera más factible que el ensombrecer o corromper lo que la Escritura declara con toda posible y natural sencillez.

Un remedio mucho más apropiado y efectivo para todos estos males es fijar la mente en la constante consideración de la manera en que debe contemplarse la Providencia de Dios, y con cuáles miras.

La primera mira es, que nos preserve de toda confianza arrogante y nos mantenga firmes en el temor de Dios; y que nos mueva a la oración persistente. Una segunda mira es que nos lleve a reposar en Dios con mente quieta y sosegada, y que nos enseñe a despreciar, con todo valor y seguridad, los peligros que nos rodean por todas partes y las innumerables muertes que de continuo nos amenazan de todos lados. Me esforzaré ahora en exponer, con toda posible brevedad, cada una de estas grandes miras. Aquellos que se imaginan que existe tal cosa como la fortuna o el azar, o que esperan algo de su propia industria o planes o fatigas, son llevados de un lado para otro por meros pretextos, impulsados en cualquier dirección, revolviendo cada piedra (según dicen), inventando nuevos medios, y corriendo al galope como caballo en campo abierto. ¡Pero con todo este ajetreo, no hay en ellos oración ni temor de Dios!

Aquel, sin embargo, que sabe y reflexiona que los hombres y sus intenciones, y el desenlace de todas las cosas, los gobierna y domina la Providencia de Dios, confesará tembloroso como el profeta Jeremías: «Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos» (Jer. 10:23). Reteniendo también aquellas palabras de Salomón —«De Jehová son los pasos del hombre; ¿Cómo, pues, entenderá el hombre su camino?» (Pr. 20:24)— se encomienda íntegramente a Dios, y depende totalmente de Él. Cuando la mente se halle en tal condición, siempre fluirán oraciones para que Dios comience y perfeccione toda obra que emprendamos, mientras reposamos completamente aquietados en Él, y solamente en Él. En el mismo grado, el que sueña con la voluntad de la fortuna se entregará a ser impelido, presa del miedo, por el diablo y los inicuos, como por feroces animales brutos —¡como si por sí mismos pudieran hacer algo! Y así este sujeto habrá de preocuparse y enojarse con ansiedad perpetua; y mirando su vida como si estuviera suspendida perennemente de un hilo, por así decirlo, vivirá en tormentos sin fin. Apenas será capaz de poner un pie frente al otro sin sentirse desesperado por su vida o su

bienestar. Mientras que los fieles, que tienen siempre frente a sí la mano de Dios que todo lo gobierna, jamás vacilarán en echar todos sus cuidados e inquietudes sobre Él. Y en todo momento tendrán la seguridad de que al diablo y a todos los inicuos, no importa qué tumultos puedan causar, Dios no sólo los tiene encadenados por los pies, sino que también los compele a hacer lo que Él quiere; y con esta certeza pasarán sus vidas en confianza y paz.

Las dos distinciones siguientes también arrojarán luz divina sobre esta sagrada materia. La Providencia de Dios ha de verse con referencia tanto a todo el tiempo pasado, como a todo el tiempo futuro. Al considerar la Divina Providencia del primero, todo poder se le ha de adscribir a Dios en todas las cosas (ya se vean con sus medios, sin sus medios, o contrarias a sus medios) —Dios ordena y determina todas las cosas. La consideración del tiempo pasado debía ser ésta: Si alguna cosa ha acaecido con éxito, y en cumplimiento de los deseos de un hombre mortal, que no haga «sacrificios a su red» (según Habacuc lo expresa, 1:15-16), ni hable de su prudencia, virtud o buena fortuna; ni ofrezca al hombre, ni a ninguna criatura, aquella alabanza que solamente a Dios se le debe. Pero que se sienta seguro continuamente de que Dios fue la primera causa y el autor de todo su bien, sin hacer caso de cuál haya sido el medio secundario por el que vino el bien. Y en el caso de todas las adversidades anteriores, repose uno en el consuelo de que todo sucedió conforme al beneplácito de Dios; pues el quejarme y contender con Dios no me valdrá de nada, y me atará con cadenas de culpa de obstinación impía contra mi Hacedor. Tenga en cuenta un hombre la memoria de su vida pasada de tal modo que reconozca, en todos los castigos que ha sufrido, los pecados que ha cometido y que provocaron esos castigos.

En cuanto al tiempo futuro, la mente piadosa ha de contemplar la Providencia de Dios de esta manera: Que la mente de los piadosos esté por siempre asiduamente fija en las promesas y amenazas de Dios. Porque tan pronto como la mente se aparta, se cierra a toda

instrucción en el temor de Dios, y cesa el progreso de la fe. Pero aquel que mantiene los ojos continuamente fijos en la omnipotencia de Dios según se la puede ver en el espejo de Su Palabra, y que se fía de Sus promesas que allí también se encuentran, se remontará en alas de la fe sobre todos los incontables peligros del mundo. Y luego, inclinándose ante las amenazas de Dios, que también se ven en Su Palabra, se humillará al verlas como si fueran tantas varas de castigo.

Cuando hablé de considerar la Providencia de Dios con sus medios, lo que quise decir es esto: Si alguno ayuda a su prójimo cuando éste se halla sumido en la extremidad del infortunio, la liberación que obra la mano del hombre no es una liberación humana, sino divina. El sol sale día tras día; pero es Dios quien ilumina la tierra con los rayos del astro. La tierra produce sus frutos; pero es Dios quien da el pan, y es Dios quien da fuerzas por el sustento del pan. En una palabra, como todas las causas inferiores y secundarias, por sí mismas, ocultan de nuestra vista al Dios glorioso (y lo hacen con demasiada frecuencia), el ojo de la fe debe elevarse mucho más para poder advertir la mano de Dios obrando por medio de todos esos instrumentos Suyos. Pero, la manera en que la Providencia de Dios puede obrar sin el uso de ningún medio, Cristo nos lo enseñó por Su propio ejemplo cuando rebatió la embestida del Tentador con este escudo: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt. 4:4). Así como el Redentor sabía que el poder de Dios no necesita ningún soporte externo en absoluto, también sabía que Él podía suplir fuerzas sin pan, fuerzas que, aun así, a Él le place, en Su misericordia, suplir por medio del pan.

¡Oh, cuánta gloria se ha de rendir a la Providencia de Dios cuando se la ve contraria a todos los medios; cuando estoy persuadido de que es más poderosa que todos los obstáculos que puedan oponérsele! Por esta confianza nada más, puedo superar todo temor o recelo. En verdad, esta es la escuela de combate en que Dios ejercita y pone a prueba nuestra fe. Cuando tantos obstáculos se nos

presentan como probables estorbos de Sus designios (según nosotros los percibimos), ¡cuántas criaturas aparecen en facha amenazadora, arriba y abajo, en el cielo y en la tierra! ¿Y qué, en tal caso, se ha de hacer? Si la fe puede elevarse a la altura divina del poder de Dios, combatirá y conquistará sin gran dificultad todos los medios que le cierren el paso, y que hacen todo lo posible por impedirle la victoria. Quienquiera, por lo tanto, que se contenga dentro de estos límites, y ni se torture con especulaciones irresolutas, ni excuse su indolencia porque oye que solamente Dios hace todas las cosas; ése ni se sumirá en la desesperación, ni se apartará a razonamientos frívolos que son totalmente indecorosos en la presencia de la Majestad de Dios.

Pero ahora debemos examinar este sagrado tema aún más de cerca. ¿De dónde se suscitan las contiendas en torno a la Providencia de Dios? La Providencia Divina misma, cuando se considera y estudia correctamente, como se debería, no engendra contienda. Pero la razón humana, al considerar las obras de Dios, encontrándose ciega, se precipita a reñir con su Hacedor. ¡Esto no es ninguna maravilla, pues los designios de Dios no armonizan con la razón carnal, designios ante los cuales los ángeles, con la vista en alto, se maravillan y los adoran! Esa depravación, sin embargo, es absolutamente intolerable —que nosotros, que por naturaleza apenas somos dignos de arrastrarnos cual gusanos sobre la tierra, no aprobemos nada sino aquello que, como si estuviera tirado en tierra, podamos mirar con desprecio con los ojos naturales. Pero a fin de que esta doctrina divina de la Providencia de Dios sea de mayor utilidad, será, según esperamos, útil tarea nuestra calmar la mente de los ignorantes y faltos de experiencia, y refutar «las calumnias» de los malvados y profanos.

A estos fines será deseable considerar, en primer lugar, que la voluntad de Dios es la gran causa de todas las cosas que se hacen en todo el mundo; y aun así, Dios no es el autor de los males que se hacen. Pero no diré, como Agustín —aunque, sin embargo, prestamente reconozco ser cierto que lo dijo: «En el pecado o en el

mal, no hay nada positivo». Esto es una sutileza de argumento que, para muchos, puede no ser satisfactoria. Yo adoptaría otro principio de argumentación, y diría, «¡Aquellas cosas que el hombre hace vanamente o sin justicia son, correctamente y con justicia, obras de Dios!» Y si esto pareciera a algunos, a primera vista, paradoja o contradicción manifiesta, no sean los tales tan exigentes o apresurados que no inquieren conmigo en la Palabra de Dios, y vean cómo esta divina cuestión se muestra en ese espejo. Pero, a fin de no defender con pertinacia insensata nada que yo por mi propia opinión le haya adscrito a Dios como si propiamente le perteneciera, oigamos lo que la Escritura efectivamente testimonia, y a partir enteramente de ahí demos forma a la definición de las obras de Dios. En lo que atañe a aquellas cosas que Dios realmente dirige por Su designio, pero que, según generalmente se ven, parecen ser fortuitas; referente a tales cosas el testimonio lúcido de la Escritura reza así, «La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella» (Pr. 16:33). De manera similar, si la rama que cae de un árbol, o si el hacha que inadvertidamente resbala de la mano de un hombre, cayera sobre la cabeza de un transeúnte y lo matara, Moisés dice que Dios hizo esto de acuerdo con Su propósito divino (Dt. 19:5), pues fue voluntad Suya la muerte de aquel hombre. Otros testimonios de la Escritura, del mismo tenor, quedarán sin aducir porque mi intención es nada más que señalarlos con el dedo en la presente ocasión. Pero, desde que los estoicos hallaron, en argumentos de esta especie, su doctrina de la necesidad, la verdadera doctrina de la voluntad y el propósito de Dios es odiosa para muchos, aun para aquellos que no se atreven a condenarla como falsa. Pero esta doctrina de necesidad estoica es una antigua calumnia que nos echan encima, y Agustín se quejaba con frecuencia de que esa carga lo agobiaba. Debí haber cesado mucho antes de esto. Pero, ciertamente, que nos reprochen de esta manera hombres que profesan algún grado de probidad, o candor, o fe, es muy indigno de su parte y muy afrentoso.

Bien conocida es la vana imaginación de los estoicos. Urdieron su doctrina del hado partiendo de la trama de las causas complejas de Gordio, con la que, habiendo enredado al propio Dios, fabricaron ciertas cadenas doradas (al decir de las fábulas) ¡para atar al mismo Dios del cielo, y sujetarlo a causas inferiores y secundarias! Imitadores de los estoicos son los astrólogos del día presente, que forjan su doctrina de la necesidad hadada a partir de ciertas posiciones de las estrellas. Dejamos, pues, a los estoicos con su doctrina del hado, mientras nosotros reconocemos la voluntad de Dios como la causa rectora de todas las cosas. Pero, librar al mundo de contingencia por completo sería absurdo. Omito aquí mención de las diversas distinciones que se hacen en las escuelas. Lo que he de aducir será sencillo, a mi juicio, y no forzado; y además, será de beneficio para conducir la vida.

Argüiría yo, pues, así: Lo que Dios ha decretado ha de suceder necesariamente; pero de tal modo que lo que de esta manera sucede no es, en sí mismo, real y naturalmente una necesidad. Tenemos una ilustración bien conocida en los huesos de Cristo nuestro Señor. La Escritura claramente testifica que Cristo asumió un cuerpo similar al nuestro en todo. Por lo cual, nadie en su sentido cabal vacilaría en confesar que los huesos del cuerpo de Cristo eran, como los nuestros, frangibles. Me parece, sin embargo, que envuelta en este asunto hay otra pregunta aparte: ¿Podía romperse algún hueso de Cristo? Según el decreto y la Palabra de Dios, era necesario que todas las partes de Su cuerpo permanecieran íntegras, intactas e indemnes. No es que yo hable y arguya de esta manera por objetar las formas de expresión recibidas cuando los hombres hablan de que la necesidad sea, en un sentido, absoluta, o cuando hablan de la necesidad de lo consecuente o de la necesidad de la consecuencia. Pero hablo así, y arguyo así, a fin de que ninguna sutileza de razonamiento pueda impedir al más sencillo lector entender y admitir la verdad de lo que testifico. Si, pues, consideramos la naturaleza de los huesos en el cuerpo de Cristo, eran frangibles, o susceptibles de fracturas.

Pero si miramos el decreto de Dios, que se cumplió a su debido tiempo, los huesos del cuerpo de Cristo no estaban más sujetos a fracturas que los ángeles a las penas humanas. En este caso, por lo tanto, cuando se nos requiere mirar en la ley y el orden de la naturaleza establecidos por Dios, de ningún modo rechazo la contingencia involucrada, en el sentido y significado que le asigno.

En cuanto a esto debemos tener muy en cuenta aquel principio que ya he asentado, que cuando Dios despliega Su poder valiéndose de medios y de causas secundarias, ese poder nunca ha de separarse de los medios o de las causas inferiores. Es desatino propio de un borracho decir, «Dios ha decretado todo lo que ha de suceder, y así habrá de suceder; por lo tanto, interponer cualquier esmero, empeño o esfuerzo de nuestra parte, es superfluo y vano». Pero, ya que Dios nos prescribe aquello que es deber nuestro hacer, y quiere que seamos los instrumentos de la operación de Su poder, juzguemos siempre que no nos es ilícito separar las cosas que Él ha unido. Por ejemplo, Dios «en el principio» mandó que la tierra produjera toda clase de hierba y fruto sin ningún arte o cultivo humano. Pero ahora usa la mano del hombre como el instrumento de Su operación: Si alguno presuntuosamente deseara recibir pan por el mero abrir de su indolente boca, nada más que porque la bendición de Dios hace que la tierra fructifique, no sólo pisotearía la Providencia de Dios con su alarde, también daría al traste con ella enteramente; estaría separando y despedazando lo que Dios ha unido con una trabazón inseparable.

Por lo cual, tocante al tiempo futuro, ya que los sucesos son todavía ocultos y desconocidos, cada uno debía estar tan atento al cumplimiento de su deber como si nada en absoluto se hubiese decretado sobre el resultado de cada caso particular. O (por mejor decir) cada uno debe de tal modo esperar lograr éxito en todas las cosas que emprende dirigido por Dios, que esté preparado para reconciliar cada contingencia con la segura e innegable Providencia de Dios. El Señor, además, promete Su bendición sobre la obra de

nuestras manos. Por esta promesa todo hombre piadoso considerará que Dios lo ha designado instrumento de Su gloriosa Providencia. Y ese hombre piadoso, confiando en esta misma promesa, se ceñirá con presteza para la faena, y se persuadirá de que no está lanzando al aire su trabajo en vano; sino que, descansando en la Palabra de Dios, creará que Dios, por Su propósito secreto, habrá de dirigir todo su esfuerzo hacia el resultado que sea mejor. En una palabra, así como la Providencia de Dios, si la miramos correctamente, no nos traba las manos, sino que nos las suelta para trabajar, tampoco estorba la oración, sino que la fortalece y confirma su sinceridad.

Una sobriedad mental análoga debía templarnos el juicio acerca del tiempo pasado, y en referencia a cosas que pudieron haber ya sucedido. No hay exhortación más conducente a la paciencia que oír que nada ocurre por casualidad; sino que cuanto ocurre es el cumplimiento de lo que fue decretado por «el beneplácito» de Dios. Mientras tanto, de ninguna manera se sigue que la indolencia, temeridad, descuido, o algún otro defecto, no sea la causa inmediata de la adversidad que estemos sufriendo. Y aunque las causas de los acontecimientos no siempre se ven o se entienden claramente, las mentes piadosas, aun ignorando tales causas, no cesan de rendir a Dios la alabanza de Su sabiduría y justicia en todo lo que acontece.

Donde, sin embargo, los pareceres, voluntades, propósitos y tentativas de los hombres intervienen, se presenta al pensamiento una mayor dificultad de argumento y juicio, especialmente cuando deseamos demostrar cómo la Providencia de Dios reina y gobierna en todos esos casos también; no sólo para impedir que nada se haga que no esté de acuerdo con Su voluntad, sino también que los hombres ni siquiera discurren en sus deliberaciones sino lo que Él inspire. Patentemente, Dios provee a diario pruebas maravillosas de Su Providencia al dar rienda suelta a las necias intenciones de los hombres, y, al parecer sin advertir sus grandes preparaciones, frustra, con el resultado, todas sus esperanzas. La Escritura también revela otro campo en que Dios manifiesta Su dominio y la poderosa obra de

Su mano —cuando hace enloquecer a los malvados; cuando los aturde y desconcierta, o los enajena de sus sentidos, o los pasma con estupefacción; y además cuando «les arrebató el espíritu», los despoja de su bravura, y los llena de tal pavor que ¡aun la caída de una hoja les hieló el corazón! Píghio, por lo tanto, carece de toda consideración común, pues recluiría a Dios dentro de los estrechos límites de Su creación material; haría de Dios nada más que un administrador juicioso, o un habilidoso general que, ducho en tácticas militares, prevé los planes del enemigo, y configura sus contraataques, como remedios, según las circunstancias lo requieran. ¡Como si la Escritura no representara claramente a Dios como el «que prende a los sabios en la astucia de ellos» (Job 5:13), que abate el espíritu de los príncipes, y convierte su conocimiento en necedad! ¡Es, pues, crasa ignorancia de Píghio negar que cuando alguien mata adrede a su semejante, esa muerte no es voluntad y decreto de Dios! Abriga esta idea, supongo, ¡imaginando que donde la voluntad del hombre está envuelta, la voluntad de Dios no está interesada! ¡Qué será, pues, de todos aquellos testimonios de la Escritura que declaran que la mano de Dios esgrime las espadas de los hombres? ¿Fueron muertos los hijos de Elí aparte de la voluntad humana? Con todo, a Dios se tributa la alabanza; fue voluntad Suya disponer, con rectitud, que fueran muertos (1 S. 4:10-12). Nadie que tenga siquiera un mínimo conocimiento de las Escrituras pondrá en tela de juicio el hecho de que Dios rige sin intermisión las manos de los hombres, que a veces las ata y otras las vuelve a este o al otro lado para ejecutar Sus decretos eternos. Aún más, la realidad, admitida universalmente por el sentido común, es que en la mano de Dios está el resultado de cuanto los hombres emprendan. Pero ya que aun este conocimiento es generalmente débil e incierto por causa de las densas tinieblas de la mente humana, la Escritura nos ha erigido un lugar de observación más elevado desde donde podemos mirar en derredor y contemplar a Dios gobernando y dominando todas las obras de los hombres de tal modo que produzcan el resultado que Él mismo ha decretado.

La esencia de todo este asunto es esta: Aunque los hombres, como bestias brutas que ninguna cadena coarta, se precipiten aquí y allá al azar, Dios con rienda oculta los sujeta y los gobierna tal que ¡no pueden mover siquiera un dedo sin efectuar la obra de Dios mucho más que la suya propia! ¡Pero a los fieles, que de buena gana le rinden su servicio, lo mismo que los ángeles, hay que considerarlos, de una manera que les es peculiar, como las manos de Dios! Sin embargo, estoy ahora hablando más particularmente de aquellos cuyo propósito es todo menos el deseo de cumplir la voluntad de Dios, o adoptar planes consecuentes o en armonía con Su designio, o conforme a Su voluntad. Los inicuos por cierto se glorían con frecuencia en sí mismos cuando quiera logran sus deseos. Pero el suceso a la larga prueba que sólo estaban cumpliendo lo que Dios había ordenado, aun en contra de su voluntad, ¡sin darse cuenta de que así era! Además, Dios mismo con mucha frecuencia usa a los malvados para castigar los pecados de los hombres, especialmente los de Su propio pueblo. Y en ocasiones los arrastra por el cuello, por así decirlo, para constituirlos en instrumentos de Su bondad para con los hombres y los santos.

Traer casos de las anteriores dispensaciones maravillosas de Su Providencia sería tarea demasiado grande y extensa para nuestro presente propósito. Sería mejor quizá sólo pulsar con el dedo algunos ejemplos. Cuando Dios movió a los asirios a hacer la guerra a Judá, los llama «vara de mi furor», y dice que les había puesto en la mano Su ira como arma (Is. 10:5). Pero el mismo Dios adorable más tarde la emprende con el orgulloso asirio, y lo increpa por no reconocerse como «el hacha» y «la sierra» que la mano de otro (la de Dios) forja y blande (v15). De la misma manera se dice de aquellos a quienes su propia ambición o crueldad o avaricia los compele a hechos de violencia, que son «santificados» por Dios para hacer Su obra, y que son Sus soldados alquilados para cumplir Sus propósitos. El Señor mismo, además, testifica que Él los llama por Su «silbido» y por Su «trompeta», para tomar las armas en Su causa, a fin de ejecutar Sus

decretos (v26). Un solo pasaje de los escritos de Moisés demostrará plenamente que los hechos malvados de los hombres preparan la senda de la bondad de Dios. La maquinación de los hermanos de José al venderlo a los madianitas fue más que inicua, pérfida y cruel. ¡Pero José mismo transfiere la razón de venderlo, aunque con un motivo diferente, a Dios mismo! «Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios» (Gn. 45:5, 8). Es evidente, por lo tanto, que aunque actuaron maliciosamente, Dios, no obstante, hizo Su obra por medio de ellos, a fin de que hallasen vida en la muerte. Ellos, en cuanto tocaba a su intención, habían matado a su hermano. Pero, a pesar de eso, a partir de aquella intención, la vida (es decir, la provisión para su vida natural y la de su familia entera) resplandeció sobre ellos.

La misma obra de Dios puede verse en Satanás, capitán de todos los malvados y príncipe de todas las tinieblas e iniquidades. Dios envió a Satanás ante el rey Acab con el mandato divino de ser «espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas» (1 R. 22:22). Así, el espíritu impostor viene a ser ministro de la ira de Dios, para cegar a los inicuos que no quieren obedecer Su verdad. También, el apóstol Pablo llama «mensajero de Satanás que me abofetee» al «aguijón en mi carne» que le fue dado (2 Co. 12:7). El veneno de Satanás lo convierte Dios en antídoto para curar el orgullo del apóstol. Díganme, les ruego, ¿qué clase de médico es Satanás, que nunca ha sabido otra cosa que matar y destruir? Pero Dios, que una vez mandó la luz resplandecer de las tinieblas, puede traer de modo asombroso, si así le place, salvación del mismo infierno, y así volver las tinieblas mismas en luz. Pero, ¿cuál es la obra de Satanás? En cierto sentido, ¡la obra de Dios! Es decir, Dios, manteniendo a Satanás firmemente atado en obediencia a Su Providencia, ¡lo vuelve a cualquier parte que le plazca, y de esa manera aplica las estratagemas y los designios del gran enemigo al cumplimiento de Sus propósitos eternos!

Si la Escritura no expresara claramente el modo secundario o instrumental en que Dios obra, no sería, aun así, muy difícil desatar este nudo. La otra pregunta, más difícil, es si Dios es quien obra en los corazones de los hombres, dirige sus deliberaciones, y encamina sus voluntades en esta y en aquella dirección, y les impide hacer nada sino lo que Él ha decretado que hagan. No estamos averiguando aquí si Dios produce o no cada uno de los santos afectos que moran en el corazón de Su pueblo, porque ello es cierto fuera de toda duda. La gran interrogante es, si Él tiene en la mano de Su poder todos los afectos depravados e impíos de los malvados, y los dirige de acá para allá, a fin de que deseen hacer lo que Él ha decretado efectuar por medio de ellos.

Muy ciertamente, cuando Salomón declara que «así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina» (Pr. 21:1), su intención es demostrar, de manera general, que no sólo la voluntad de los reyes, sino también todas sus gestiones externas, están bajo el dominio y la disposición de Dios. Moisés dice que el Señor mismo endureció el corazón de Faraón. De nada sirve huir al acostumbrado refugio del permiso de Dios, ¡como si pudiera decirse que Dios hace lo que sólo permite que se haga! Moisés afirma claramente que el endurecimiento del corazón de Faraón fue obra de Dios. La crueldad del corazón de Faraón se adscribe al designio de Dios sólo en el sentido de que, según se dice en otro lugar, Él dio a Su pueblo gracia en los ojos de los egipcios. Porque, ¿quién no puede ver que el poder de Dios domó y amansó bestias salvajes y feroces, cuando hombres como los egipcios se tornaron, de pronto, a la clemencia? ¿Por qué causa, y con qué fin, luego, podemos decir que Faraón hizo patente tal crueldad inhumana, sino porque a Dios le plació; en parte, para así probar la paciencia de Su pueblo; y en parte, para mostrar Su omnipotencia? De esta misma manera se dice que Dios «cambió el corazón de ellos (los enemigos egipcios) para que aborreciesen a su pueblo» (Sal. 105:25). Aquel pasaje de que «Faraón endureció aun esta vez su corazón» (Ex. 8:32) no altera el caso

para nada, porque no queremos hacer ver que influencias externas impelen a los hombres a actuar con violencia, ni imputamos a Dios la causa del endurecimiento de ellos; ¡como si personas cueles y de duro corazón no actuaran espontáneamente de su propia malicia, y no se espolearan a sí mismos a la obstinación y la vanagloria! Lo que mantenemos es que, cuando los hombres actúan perversamente, lo hacen regidos por el propósito de Dios. Lo mismo se expone en otro lugar de la Escritura, donde se dice que cuando los moradores de Gabaón resistieron a Israel, lo hicieron según el decreto y propósito de Dios que les endureció el corazón, como apunta Josué 11:20: «Porque esto venía de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos».

El modo mismo en que Dios actúa también se exhibe en la Escritura. En un lugar testifica que Dios, airado contra el pueblo, incitó el corazón de David a censar al pueblo (2 S. 24:1); pero, en otro lugar se indica acerca de este mismo hecho de David, que quien instigó esta vanidad en David fue Satanás, y que fue él quien indujo a David a numerar el pueblo (1 Cr. 21:1). De lo cual se infiere que Satanás fue la vara de la ira de Dios, y que Dios, por medio de los demonios y de los hombres, impele los corazones de los hombres adondequiera que desee. Esto se presenta de modo aún más expreso en otra parte de la Palabra de Dios, donde se dice que «el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl» (1 S. 16:23). Saúl, indudablemente, actuaba por su propia maldad; practicaba su malicia oculta por acción voluntaria. No obstante, era Satanás quien lo acuciaba; y no sólo porque Dios fuese un mero observador pasivo, sino porque Dios así lo quería. En realidad, no se puede decir propiamente que el espíritu malo venía «de Dios», a menos que fuera ministro ordenado por Dios para cumplir Su venganza y para ser, por decirlo así, Su ejecutor de justicia. Satanás no es el ministro de la ira de Dios meramente porque incita la mente de los hombres a pasiones y actos malvados, sino por efectivamente arrastrarlos y conducirlos cautivos, a voluntad suya, a cometer actos de iniquidad.

Es en este sentido trascendental que Pablo dice que Dios «envía un poder engañoso» a los hombres «para que crean la mentira», porque «no creyeron a la verdad» (2 Ts. 2:11-12). De aquí puede verse que Satanás no es solamente un «espíritu de mentira en la boca de todos los profetas» (2 R. 22:22) a la disposición de Dios, sino que también sus imposturas de tal modo entran a los reprobados que, privándolos totalmente de la razón, necesariamente los arrastra de cabeza al error. De esta misma manera debemos entender al apóstol cuando dice que aquellos que no dieron gracias a Dios, «Dios los entregó a una mente reprobada» y «a pasiones vergonzosas», para «hacer cosas que no convienen, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos». Acerca de esa Escritura Agustín señala que estos sujetos reprobados no fueron abandonados a los afectos corruptos de sus corazones por el mero permiso de un Dios que era sólo espectador desinteresado, sino por Su justo decreto, pues habían profanado vilmente Su gloria. De qué manera se hizo esto lo declara con toda llaneza el mismo pasaje de la Escritura (2 Ts. 2:11): «Dios les envía un poder engañoso». Por cuya razón, lo que acabo de afirmar queda perfectamente manifiesto: que los afectos íntimos de los hombres no son menos regidos por la mano de Dios que sus actos externos son precedidos por Su decreto eterno; y aun más, que Dios no ejecuta por mano de los hombres las cosas que ha decretado, sin primero obrar en sus corazones la voluntad que precede a los actos que han de realizar. Por lo tanto, lo que Agustín opina de esta importante materia hemos de acogerlo y mantenerlo cumplidamente. «Cuando Dios (dice) quiere que se haga lo que, en el curso de las cosas de este mundo, no puede efectuarse sin las voluntades de los hombres, Él inclina al mismo tiempo sus corazones a querer hacerlo, y también Él mismo lo hace, no sólo estimulándoles el corazón a que lo deseen, sino también decretándolo, así que no pueden sino hacerlo. Estas mismas personas no tenían ningún propósito de “hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”» (Hch. 4:28). Agustín, además, con gran

sabiduría propone que esa gran diversidad que se observa en las disposiciones de los hombres, evidentemente implantada en ellos por Dios, ofrece prueba ostensible de Su operación secreta, por la cual mueve y gobierna los corazones de toda la humanidad.

De todo lo dicho podemos colegir cuán vana y fluctuante es aquella defensa insustancial de la justicia divina que desea hacer ver que lo malo que se hace, se hace no por la voluntad de Dios, sino sólo por Su permiso. En cuanto las maldades que los hombres perpetran con designio malvado son en sí mismas inicuas, confieso (según he de explicar más de lleno inmediatamente) que de ninguna manera agradan a Dios. Pero que los hombres representen que Dios permanece indiferente, meramente permitiendo que se hagan las cosas que la Escritura claramente dice que se hacen, no sólo por Su voluntad, sino por Su autoridad, es simplemente una manera por entero frívola y vana de escapar de la verdad. Ciertamente es que Agustín en ocasiones cede ante este popular modo de expresión, pero cuando considera el asunto con mayor atención y lo examina más a fondo, de ningún modo tolera que el permiso sustituya al acto de Dios. No voy a citar al pie de la letra todo lo que el santo padre dice de esto en el Quinto Libro de su *Discusión* de este asunto, que escribió contra Julián. Sea suficiente por el momento citar un pasaje: «Aquel que conoce Sus propios justos juicios, hace todas estas cosas obrando de una manera maravillosa e inexpresable, no sólo en los cuerpos, sino también en los corazones de los hombres. Él no hace que las voluntades sean malas, sino que usa como le place las voluntades, que ya son malas, de los hombres; ni puede, de Sí mismo, querer nada que sea malo». «Precisamente de esta manera (continúa Agustín) la Escritura, si la consideramos con diligencia, demuestra que no sólo la voluntades buenas de los hombres, que Dios mismo, a partir de malas voluntades, ha hecho buenas, sino también que las voluntades que Él ha hecho buenas por Su gracia las dirige hacia buenos actos y a alcanzar la vida eterna. Además, aquellas voluntades humanas que resguardan el buen orden de las cosas en el mundo, de una

época a otra, como reyes, príncipes y gobernantes, etc., están de tal modo subordinadas al poder de Dios, que las inclina del lado que quiera, ya sea para conferir bondades a estos, o imponer castigos a aquellos, según Su voluntad y complacencia». El santo padre añade luego: «¿Quién no tiembla ante estos juicios estupendos de Dios, por los que Él obra lo que le place en los corazones de los hombres, dándoles siempre conforme a sus obras?» Y otra vez: «Claramente salta a la vista, a partir de los testimonios de la Escritura, que Dios obra en los corazones de los hombres para inclinar sus voluntades hacia donde le place, ya sea para dispensar el bien conforme a Su misericordia, o para infligir mal conforme a lo que merecen. ¡Y todo esto según Su propósito y decreto, el cual es patente unas veces, y otras velado, pero siempre justo! Deberemos por siempre tener muy fijo en el corazón que en Dios no hay iniquidad». Pero la razón por que el decreto de Dios está a veces oculto totalmente puede verse en la primera parte de ese libro de Agustín. Allí, después de haber dicho frecuentemente que los pecados de los hombres son a menudo castigos que Dios justamente les inflige a causa de sus pecados pasados, al fin encumbra su contemplación a aquel más alto y aún más velado secreto de Dios, es decir, que ¡Dios halla materiales justos en todos los hombres (excepto en aquellos que ha llamado por Su gracia) para constituirlos en ejecutores de Su ira!

«En cuanto a todos los demás mortales (dice Agustín) que no pertenecen a este número de los elegidos de Dios, sino a la masa común de la humanidad (de la cual masa aquellos fueron escogidos), ¡fueron hechos “vasos de la ira de Dios, y nacen para el uso y servicio de los elegidos de Dios! Dios no crea ni uno de estos “vasos de Su ira” a la ventura o por casualidad. Y conoce muy bien cada partícula del bien que hace por medio de ellos. Una parte de ese bien es que crea en ellos la excelencia de la naturaleza humana, y adorna por medio de ellos, como reyes, príncipes y magistrados, etc., el orden de las cosas en el mundo. Pero, por qué Dios unas veces paraliza los corazones de los hombres con temor y pavor, y otras los alienta con valor; por qué

les quita el ánimo a los príncipes, y muda el consejo de los sabios en necedad; por qué dota a unos con el espíritu de temperancia, y embriaga a otros con el espíritu de confusión y locura; para estos maravillosos juicios Suyos expone a veces una razón clara y conspicua. Mientras que es igualmente evidente que Su propósito secreto gobierna de tal modo a todos los hombres, que dirige la voluntad de quien quiere adondequiera le plazca». La naturaleza humana es común a todos los hombres, pero no la gracia Divina (según observa marcadamente el mismo santo padre en otro lugar de sus escritos).

Haciendo, pues, un repaso honesto y sobrio de toda esta elevada y divina materia, ¡la conclusión clara e indubitable será que la voluntad de Dios es la principal y más alta causa de todas las cosas en el cielo y en la tierra! La mente, por lo tanto, debe estar siempre sofrenada por el conocimiento de este potente hecho, a fin de que no se abandone ilícita y destempladamente a inquirir las causas de las cosas. Aquellas palabras de Agustín, «La voluntad de Dios es la necesidad de todas las cosas», parecerán ásperas de primera intención; y también lo que añade de inmediato por vía de explicación, que «Dios de tal modo ordenó todas las causas secundarias, que mediante ellas se efectuara aquello para lo cual fueron ordenadas, aunque no necesariamente». Pero que «Dios ordenó todas las causas primarias y remotas, para que por medio de ellas se cumpliera por necesidad lo que se propuso se cumpliera por su causalidad». Sin embargo, cuando se investiga con atención el argumento entero, la aspereza pronto se desvanece. Lo que el santo padre dice en otro lugar, aunque lo expresa en términos diferentes, es precisamente el mismo parecer, y su argumento no contiene nada que deba ofender: «Dios retiene (dice), ocultas en Sí mismo, las causas de algunas de Sus acciones, causas que no ha entreverado con las cosas creadas. Estas causas las lleva a sus efectos, no por aquella operación de Su Providencia por la cual ha determinado que ciertas naturalezas y sus capacidades existan y actúen, sino por la operación por la cual rige y dirige según quiere a las criaturas que ha hecho».

En esto, verdaderamente, estriba la gracia por la que se salvan los que estaban perdidos. Pues, ¿qué podrá ser más verdadero que el que Dios, en el gobierno de Sus criaturas, retenga oculto en Sí mismo algo más de lo que ha hecho visible en sus naturalezas? Por lo tanto la voluntad de Dios se considera ser, con razón, la primera causa de todo lo que se hace, porque Él de tal manera rige según le place las naturalezas de todas las cosas que ha creado, que dirige todas las decisiones y acciones humanas hacia el fin que Él mismo ha preordenado. Con esta doctrina, según lo que con justicia he observado anteriormente, se le pone a la mente y al espíritu un freno que debía mantenernos dentro de los límites de la modestia. Es en sumo grado absurdo no rendirnos a la voluntad de Dios, que está muy por encima de cualquier otra causa, a menos que podamos ver (según nos parece) una buena razón para así hacerlo.

Debemos siempre tener presente lo que antes he dicho, que Dios no hace nada sin las más elevadas razones. Pero siendo la voluntad de Dios la más segura regla de toda rectitud, esa voluntad debía sernos invariablemente la razón principal, y aún más —si así puedo decirlo— ¡la razón de todas las razones! Aquella humildad de fe que es hija de la reverencia a la justicia divina, no es de ninguna manera cosa estúpida, como muchos se imaginan. Pues, ¿quién sino aquel hombre que tiene profundamente impuesta en el corazón la persuasión de que Dios es justo, y todas Sus obras justas, permanecerá satisfecho con sólo Su beneplácito? Por lo tanto, aborrezco totalmente aquel dogma Sarbónico, que tanto se enorgullecen los teólogos papales en promulgar, de «que el poder de Dios es absoluto y tiránico». Sería más factible excluir la luz del calor del sol, o el calor del fuego, que aislar el poder de Dios de Su justicia. ¡Afuera!, pues, de las mentes piadosas todas esas especulaciones monstruosas de que Dios pueda hacer más, u otra cosa, que lo que ha hecho, o que pueda hacer algo sin el más alto orden o razón. Tampoco acepto aquel otro dogma de «que Dios, siendo en Sí mismo libre de toda ley, puede hacer cualquier cosa sin estar sujeto a culpa por

así hacerlo». Quien se figura a Dios sin ley, le roba la mayor parte de Su gloria porque lo despoja de Su rectitud y justicia. No es que Dios, por cierto, esté sujeto a ninguna ley, excepto en cuanto es ley para Sí mismo. Pero hay tal inseparable conexión y armonía entre el poder de Dios y Su justicia, que nada puede hacer sino lo que es moderado, legítimo, y acorde con la más estricta regla de rectitud. Muy ciertamente, cuando los fieles dicen que Dios es omnipotente, reconocen al mismo tiempo que es el Juez del mundo, y siempre consideran que Su poder está rectamente atemperado por la equidad y la justicia.

Todavía, sin embargo, no nos hemos enfrentado con la principal objeción de nuestros adversarios: «Si todas las cosas se hacen (dicen ellos) conforme a la voluntad de Dios, y los hombres no pueden hacer o proponer nada sino lo que Él quiere y ordena, luego Dios tiene que ser el autor de todos los males». La diferencia que en otros tiempos prevalecía en las escuelas, y que ahora es corriente en todas partes, es perfectamente verdadera, con tal que se entienda correctamente —«que el mal del castigo, pero no el mal de la falta, procede de Dios». Aun así, algunos, carentes de experiencia, a quienes les parece que el asunto puede decidirse con un par de palabras, pasan de largo el punto preciso que se debate, es decir, «Cómo puede Dios estar libre de culpa en aquel acto que Él mismo condena en Satanás y en los reprobados, y que también declara que los hombres condenan en sus semejantes». Ambos males se ven a menudo en el mismo acto, no en diferentes actos, esto es, que la alabanza del castigo ha de asignarse, por necesidad, a Dios, y la culpa del acto al hombre. Por ejemplo, unos ladrones se llevan el ganado del pío Job. El hecho es cruel y vergonzoso. Por este medio Satanás arrastra al patriarca a la desesperación; una maquinación aún más detestable. ¡Pero Job afirma que el autor de todo ello es otro! «Jehová dio (dijo), y Jehová quitó» (1:21). Job no se equivocó al atribuir a Dios lo que, en otro sentido, sólo se podía imputar a los ladrones. El patriarca, como si estuviera contemplando con los ojos en alto las cosas que se decretan

desde el trono de Dios en el cielo, confiesa que el Señor quitó, por manos de ladrones, las cosas que no hubieran podido tocar sino por Su autoridad y mandato. Todo esto lo explica Job considerando que Jehová hizo según le plugo. Oímos decir que, en esta ocasión, las acciones de Satanás y de Dios se dieron en común; y que nada se hizo sino por el consentimiento de Dios. Aquí pudiera decirse, «¿Cómo se podrá eximir a Dios de la falta de la que Satanás y sus instrumentos son culpables?» Si entre las obras de los hombres se hace distinción basada en la consideración del propósito y meta en cada caso particular; y si se condena la crueldad de aquel que le saca los ojos a un cuervo o mata una grulla, mientras que se alaba la virtud del juez que se limpia las manos por la ejecución de un malvado; ¿será la condición de Dios mismo peor que la del hombre? ¿No lo mantendrá Su justicia separado de los actos malvados de ofensores humanos o satánicos?

Pero empleemos una analogía más inmediata y que se adapta mejor. Aquel príncipe que, mediante una guerra justa y legítima, repulse de sus dominios la violencia, la rapiña y el pillaje, será siempre alabado entre los hombres. Para lograr ese fin se apresurará a armar miles de soldados que con codicia se lanzarán a derramar sangre, a despojar de su propiedad a los pobres e indefensos, y a cometer actos de libertinaje y violencia, por los cuales no merecerán elogios ciertamente. Dos ejércitos, en otra parte del mundo, traban batalla. Si la secuela es favorable para el hábil general bajo cuyo comando se libró la batalla, uno lo absuelve de toda culpa, aunque sólo sea un hombre mortal, mientras que, sin embargo, condena a los soldados que prestan sus manos para asesinar al prójimo por el precio de nefando alquiler. ¿Le robaremos, pues, a Dios la gloria de Su justicia porque a veces ejecuta Sus obras por medio de Satanás? Pero así es. Aunque el vapor que la tierra exhala a veces oscurece el brillo del sol y oculta su figura de la vista de los hombres, en realidad el sol todavía permanece con todo su fulgor; así la vanidad de los hombres crea muchos impedimentos vaporosos, por así decirlo, que

obstruyen la vista de la equidad de Dios, ¡y sin embargo, esa equidad permanece tan pura y perfecta como siempre! Aun así estos razonadores ignorantes mezclarían a Dios y a los malvados en la misma culpa, cuando el acto de Dios, obrando por medio de los malvados, es en ese sentido común a Él y a ellos. Pero no David. Cuando Simei lo acometió con reconvenciones y piedras, no miró al hombre, sino a lo que Dios mandó: «Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho» (2 S. 16:11). Y no se sublevó contra Dios, sino que con toda humildad presentó la espalda al látigo, y dijo, «¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así?» (v10). De igual manera habla también en los Salmos, «Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste» (Sal. 39:9). ¿A quién de los piadosos no reducirá al silencio, en un instante, la majestad de Dios? Y ¿de quién de ellos no arrancará la justicia de Dios una expresión de alabanza, y le obligará a prorrumpir en aquella devota exclamación de David, «Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho; quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy?» (2 S. 16:11, 12).

Luego, cuando la maldad de los hombres procede del Señor, y de una causa justa pero desconocida para nosotros, aunque la primera causa de todas las cosas es Su voluntad, yo muy solemnemente niego que sea Él, por lo tanto, el autor del pecado. Sin embargo, la diferencia entre causas, sobre la cual ya he hecho hincapié, no debe de ningún modo olvidarse —que una causa es inmediata, y otra remota. Es indispensable observar con cuidado esta diferencia a fin de que podamos entender claramente cuán amplia la divergencia es, y de cuánta importancia la distinción entre la justa e igual Providencia de Dios y la impetuosidad turbulenta de los hombres. Nuestros adversarios amontonan sobre nosotros calumnia mezquina e infame cuando nos lanzan a la cara la acusación de que hacemos a Dios el autor del pecado por mantener que Su voluntad es la causa de todas las cosas que se hacen. Cuando un hombre perpetra un delito injustamente, incitado por la ambición, la avaricia, la sensualidad o por cualquier otra pasión depravada, si Dios, por Su juicio justo pero

secreto, efectúa Sus obras por medio de las manos de un tal individuo, no se puede mencionar el pecado con referencia a Dios en aquellos Sus justos actos. Es perfidia, orgullo, crueldad, intemperancia, envidia, engreimiento, o algún otro deseo depravado lo que constituye pecado en el hombre. Pero, en Dios tal deseo no se puede hallar. Simei ataca a su rey con insolencia brutal. El pecado se hace manifiesto en el acto. Dios usa ese instrumento para efectuar la justa humillación de David. A Dios le place usar esa vara. Pero, ¿quién tachará a Dios de pecado por proceder de ese modo? Los árabes y los sabeos arrebatan el botín de la hacienda de otro. El pecado de rapacidad es evidente. Dios pone a prueba la paciencia de Su siervo por medio de la violencia de los saqueadores. Antes óigase la confesión heroica del patriarca, «Sea el nombre de Jehová bendito», remontarse de entre aquellos estragos, que no los denuestos profanos de los malvados y de los ignorantes. En una palabra, tal es el modo en que Dios obra por medio de los pecados de los hombres, que cuando venimos a tratar con Él del asunto de Sus rectos juicios, Su pureza eterna quita en un momento toda mácula que el inicuo razonamiento humano intente echar sobre Su gloriosa Majestad.

En este punto, sería provechoso escuchar la amonestación de Agustín: «En materia de unidad y armonía, existe a veces una gran diferencia entre los hombres y Dios tocante a Sus actos y juicios justos. Como cuando, por ejemplo, Dios rectamente quiere aquello que los hombres malvadamente quieren, y cuando Dios rectamente no quiere aquello que los hombres malvadamente no quieren. Así que, de nuevo, en materia de diferencia u oposición, Dios y los hombres no están en mal acuerdo. Como cuando los hombres quieren de buena manera lo que Dios rectamente no quiere, y cuando, también, los hombres rectamente no quieren lo que Dios rectamente quiere; por ejemplo, un hijo puede desear la muerte de su padre para echar manos a la herencia. Dios puede también querer que ese mismo padre muera. Dios quiso la destrucción total de Jerusalén, que el templo fuera profanado y arrasado, y que los judíos sufrieran todo extremo

de tormento; los idumeos, en tanto, anhelaban lo propio. Dios quiere que ninguna ayuda le llegue a un hombre horrible y despiadado que a nadie perdona, a fin de aplicarle su misma medida, cuando por todas partes se ve apretado hasta la ruina por la inevitable necesidad. Su propio hijo le negará todo deber de ternura, ni tendrá siquiera el mínimo deseo de socorrerlo en su desesperado apuro. Dios quiso que los hijos de Elí no escucharan los consejos de su padre, porque había determinado destruirlos. A los hijos, por su parte, tampoco les interesaba escuchar a su padre. A primera vista, parece que aquí hay una cierta armonía y conformidad; pero cuando consideramos de manera abstracta el mal y el bien involucrados, hay tanta disconformidad y oposición como entre el fuego y el agua. Un esposo deseará larga vida para su amada esposa, y Dios luego la llama para partir de este mundo. Cristo se estremeció ante una muerte que constituyó un sacrificio del más grato olor a Dios, y contra ella oró. La voluntad de cada uno, tanto la de aquel esposo como la de Cristo, aunque discorde a primera vista con la voluntad de Dios, fue igualmente sin culpa. Por consiguiente, lejos esté de todo ser humano arrastrar a Dios a participar de pecado, o culpa o reproche, cuando alguna aparente similitud se presente entre las pasiones claramente depravadas de los hombres y Su designio secreto. Siempre tengamos presente aquel pensamiento de Agustín: «Por lo tanto, por la poderosa y maravillosa operación de Dios (que es tan exquisitamente perfecta para lograr todo propósito y deseo de Su voluntad), aquello que se hace aun en contra de Su voluntad, no se hace, de una manera asombrosa e inefable, sin Su voluntad, porque no se pudo haber hecho si Él no lo hubiera permitido; y con todo eso, no lo permitió sin Su voluntad, sino de acuerdo con Su voluntad».

Por este medio se refuta la ignorancia o la maldad de los que niegan que la naturaleza de la voluntad de Dios puede ser una y sencilla, si es que existe alguna otra voluntad adscrita a Él que aquella que Él en Su propia ley revela llana y abiertamente. También hay quienes preguntan por escarnio, «Si existe otra voluntad de Dios

que no esté revelada en Su ley, ¿con qué nombre se le conocerá?» Pero, ¿deben estar privados de sus sentidos aquellos en cuya opinión nada significan todas esas Escrituras que hablan con tanta maravilla y admiración de la profundidad de los juicios de Dios! Cuando Pablo exclama, «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios!», muy ciertamente nos enseña, con toda claridad, que el juicio de Dios es algo más, y más profundo, que lo que se expresa con las sencillas palabras de Cristo en aquel memorable apóstrofe, «¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!», (Mt. 23:37). Y mientras que Dios quiso que los hijos de Elí no obedecieran a su padre, esa voluntad divina difería, en apariencia, del precepto de la ley que prescribe que los hijos obedezcan a sus padres. En una palabra, siempre que el apóstol expone los juicios maravillosos de Dios y la profundidad de Sus pensamientos y caminos, que son «insondables», no se refiere a las obras de la ley, que están siempre a la vista; más bien está magnificando la luz inaccesible que oculta el designio secreto de Dios, designio que, ¡exaltado muy por encima del más encumbrado alcance de la mente humana, nos vemos compelidos a contemplar poniendo los ojos en lo alto, y adorarlo!

Quizá alguien se aventure a decir, «Si esa luz es inaccesible, ¿por qué acercarse a ella?» Yo no me acerco por desear investigar, con curiosidad insolente, aquellas cosas que Dios quiere guardar ocultas en lo profundo de Su ser; pero, aquello que la Escritura declara patentemente, lo abrazo con fe constante y lo miro con reverencia. Pero uno dirá, «¿Cómo puede ser que Dios, que siempre es consecuente consigo mismo, en quien no hay sombra de variabilidad, aun así quiera lo que es contrario a lo que Él parece ser?» Contesto: Que no es cosa extraña que Dios, cuando habla con los hombres, se avenga con los límites de la comprensión humana. ¿Quién afirmará que Dios jamás se apareciera a Sus siervos, aun en visiones, tal como realmente es? El esplendor de Su gloria es tal que, verlo como

es, a simple vista, nos absorbería y anonadaría todos los sentidos en un instante. Así, pues, siempre se ha revelado de tal modo que los hombres puedan tolerar la revelación. Pero, ya sea que Dios nos hable en lenguaje infantil, o ya sea que encubra lo que Él sabe que está más allá de nuestra comprensión —que haya nada fingido o disimulado en lo que le place decir, solemnemente niego. Certísimo es lo que el salmo afirma, «Aborreces a todos los que hacen iniquidad» (Sal. 5:5). Dios no testifica aquí, por boca de David, otra cosa que no sea lo que ejemplifica cada día en la realidad al castigar a los hombres por sus transgresiones. Ni los castigaría si no aborreciera esos pecados. Uno puede ver, pues, que Dios es un vengador, y de esto se entiende con seguridad plena que no es un aprobador. Pero muchos son los que se engañan en estos asuntos sagrados, al no considerar rectamente que Dios justamente quiera aquellas cosas que los hombres hacen inicualemente. «¿Cómo se explica esto?» puede alguno decir. Contesto: Dios abomina toda relación carnal adúltera e incestuosa. Absalón deshonoró a las concubinas de su padre a la vista del pueblo. ¿Se hizo esto, en todos los sentidos, contrario a la voluntad de Dios? ¡No! Dios había predicho por Su siervo Natán que Absalón habría de hacerlo (2 S. 12:11-12): «Tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol».

La Escritura está repleta de ejemplos de la misma especie y tendencia. ¿Imputaremos, pues, por tal razón, la causa o la lacra del pecado a Dios, o lo representaremos como si tuviera una voluntad doble, y así hacerlo inconsecuente consigo mismo? Pero como ya he demostrado que Él determina, en ciertos casos, lo mismo que los impíos y profanos, aunque de manera diferente; así debemos mantener que Él determina del mismo modo que los impíos y reprobados aquello que en apariencia es diferente; de forma que en aquellas cosas que se nos presentan a la mente, la diversidad aparente es atemperada por la mayor unidad y armonía. Así que, la

impiedad monstruosa de Absalón contra su padre fue una violación páfida de la ley del matrimonio y una profanación crasa del orden de la naturaleza. Es, por tanto, certísimo que su atroz iniquidad fue sumamente ofensiva a Dios, el cual no se agrada sino con la honestidad, la modestia, la fidelidad y la castidad, y que determina que el orden legítimo que Él ha establecido entre los hombres se preserve sagrado e inviolado. Con todo eso, le plació castigar de esa manera el adulterio de David. Y así, de manera similar determina en cuanto a los hombres cosas que nos parecen muy diversas. La voluntad de Dios por la cual ordena lo que ha de acontecer, y por la cual castiga toda transgresión de Su ley, es una y es sencilla.

Ya hemos observado que los pecados son con frecuencia castigos por los que Dios venga de manera retributiva las transgresiones pasadas de los hombres. En todas esas dispensaciones de Su Providencia, hay dos cosas que requieren profunda consideración: el juicio justo de Dios, por medio del cual testifica que aborrece el pecado, al que visita con merecido castigo; y la maldad humana, que se opone directamente a la voluntad de Dios. Si ese infinito esplendor nos deslumbra la visión mental, ¿será una maravilla que los ojos del cuerpo no puedan soportar la vista del sol natural? ¿Es el sentido corporal de la vista más poderoso que el de la mente? ¿O será el esplendor de la majestad de Dios menor que el del sol natural? ¡Por lo tanto nos incumbe no afanarnos demasiado en la penetración del esplendor de la Majestad Divina! No sea que, entretanto, neguemos que sea cierto lo que la Escritura llanamente enseña y confirma por la experiencia, o que osemos considerar que esto o aquello, según nos parezca, no sea consecuente con el carácter de Dios. «Cuando el último día haya venido (dice Agustín), entonces se verá en la más brillante luz del intelecto lo que los creyentes ahora poseen por fe, hasta que se entienda con plena comprensión. ¡Cuán segura, inmutable y totalmente eficaz es la voluntad de Dios!, y también, ¡cuántas cosas puede Él hacer, pero no hará! ¡Pero no quiere nada que no pueda hacer!»

CAPÍTULO 2

ACUSACIÓN Y RESPUESTA

PREFACIO DEL CALUMNIADOR A
CIERTOS ARTÍCULOS (ES DECIR, CALUMNIAS)
QUE APARENTAN SER EXTRAÍDOS DE LOS ESCRITOS
DE JUAN CALVINO

ERES HOMBRE CONOCIDO AHORA EN casi todo el mundo, Juan Calvino. Tu doctrina tiene muchos partidarios y defensores, pero también muchos enemigos y detractores. En cuanto a mí mismo, que encarecidamente ansío que hubiera una sola doctrina, así como existe una sola verdad, y que tengo gran deseo de ver a todos, si fuera posible, afines en esa sola doctrina, me ha parecido que se te debía informar, de manera amistosa, de lo que se dice en todas partes contra tu doctrina. De modo que si es falsa, que puedas refutarlos y tener la oportunidad de enviarme la refutación; y así yo podría hacer frente a tus adversarios. Y te ruego que formules la refutación de tales argumentos de modo que el pueblo pueda entenderla claramente.

Hay muchos, en realidad, que difieren de ti, y difieren en muchas cosas. Por el momento, sin embargo, dejaré todo lo demás para otra ocasión, y trataré contigo de aquella gran materia —la doctrina del Hado, o Predestinación. Este asunto particular está provocando vastos disturbios en la Iglesia, el aquietamiento de todo lo cual me alegraría mucho; y los argumentos de tus contendientes en esta

importante materia son tan poderosos que no se pueden refutar por ninguno de los libros que hasta ahora hayas publicado.

Ciertos Artículos relacionados con esta vasta cuestión se han extraído de tus libros y se han propagado por todas partes. Dichos Artículos te los pondré ahora delante sin ningún orden regular, y a cada uno le añadiré los argumentos que tus antagonistas aducen en contra. Con este arreglo podrás ver de inmediato qué respuesta se espera de ti.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL PREFACIO DEL CALUMNIADOR

QUE HAYA MUCHOS ADVERSARIOS de mi doctrina lo sé muy bien y no me extraña. No es nada nuevo que alborotadores en todo lugar abran la boca en contra de Cristo, bajo cuyo estandarte lucho. Mi único pesar en esta sagrada cuestión es que, valiéndose de mi endeble costado, se apuñale la solemne y eterna verdad de Dios, que todo el mundo debe mirar con reverencia y adoración. Pero, advirtiéndome que esta verdad de Dios ha estado expuesta a las calumnias de los inicuos desde el comienzo, y que Cristo mismo, por decreto de Su Padre celestial, ha de ser siempre «piedra de tropiezo» y de contradicción (Ro. 9:33; Is. 8:14-15), considero que los defensores de la verdad tienen que sobrellevar esta ofensa con toda paciencia. La fiera mordedura de los inicuos, sin embargo, en ningún momento me hará arrepentirme de la doctrina que he enseñado, pues estoy plenamente confiado en que Dios es el origen y autor de ella. Ni ha sido tan exiguo el provecho que he derivado de los numerosos conflictos en que Dios mismo me ha alistado, para que ahora me alarmen los ruidos vanos y fútiles que haces.

Aún más, en cuanto a ti, pobre apuntador enmascarado, derivo algún consuelo de pensar que no puedes, sin descubrir tu repugnante

iniquidad contra Dios, serle ingrato al hombre que te ha tratado con mucha más bondad de la que mereces. Muy bien sé que no hay diversión más agradable a ustedes los académicos que desarraigar la fe de los corazones de los piadosos proyectando una sombra de duda sobre todo lo que estiman de valor. Y cuán dulces te parecen, según lo demuestra tu pluma, los denuestos que diriges contra la «Providencia Secreta de Dios», no importa cuánto pretendas ocultar tu mezquina satisfacción. Pero te cito a ti y a todos tus compañeros ante aquel tribunal del Juez del cielo, de cuya boca el trompetazo y la fulminación un día caerán sobre todos ustedes, y los postrará. Confío, sin embargo, en que yo, antes de concluir, haga que las insolentes palabras que contra Dios diriges sean tan inmundas ante los sentimientos de todo hombre bueno y piadoso, como ahora te son gratas al corazón.

Me exiges una refutación de esos vanos garabatos tuyos, que enviaste secretamente a París desde un pueblo de Suiza, con el propósito de derramar veneno sobre mi nombre por todas partes sin que yo lo supiera, y sin la posibilidad de aplicar algún remedio. Simulas, sin embargo, el deseo de conocer la verdad, pero ocultas tu nombre; con qué motivo, no lo sé, a menos que ya supieras muy bien que tengo la capacidad de destruir cualquier crédito que los hombres estuvieran dispuestos a concederte a ti y a tus compañeros. Pude conjeturar, o más bien determinar, en un momento quién eres, por los muchos indicios que tu libro ofrece. Pero si lo escribiste con tu propia mano, o si lo dictaste a Escoto, o quién sea el trompetero empleado por tu cuadrilla de dementes para que llevase a París lo que tú no osaste decir aquí, es cosa de total indiferencia para mí. Quisiera, en verdad, que fuera otro el autor del libro, o que tú mismo fueras hombre distinto del que eres. Pues, aunque siempre me has hablado respetuosamente, aún así, nunca me ha sido difícil descubrir y estar plenamente seguro de cuán grande es tu afición natural a poner tachas o reparos nimios. He tratado de corregir esa inicua inclinación a que te has abandonado con tantas exhibiciones

pueriles y fútiles, aunque en vano, porque a esa propensión natural siempre le has añadido una afectación depravada que te hace ir tras de la alabanza de la erudición y el ingenio, hasta por las más frías e insípidas intenciones de bromear con asuntos divinos. Ni puedes de ninguna manera cubrir esas vanas intenciones a la sombra de la autoridad de Sócrates, que (dices tú) acostumbraba atacar con agudo sarcasmo muchas cosas que se decían contra sus doctrinas. Aquel excelente hombre estaba dotado de muchas y eminentes virtudes, y a todas les estropeó el brillo por aquella flaqueza y defecto que tú, con tanto fracaso como ansiedad, intentas imitar.

Además, me pides que te envíe «una refutación de tu vano escrito que el pueblo pueda entender». Nunca he hecho otra cosa que esforzarme en ajustarme a la capacidad del más humilde e indolente lector, adoptando el más puro y sencillo lenguaje para la instrucción. Pero si tú no reconoces ningún otro modo de razonar que el que la mente natural de un mortal terrenal puede adoptar, al punto te cierras, con arrogancia y desdén, el único camino que te permitiría comprender la doctrina; y para conocerla el primer paso es la reverencia. De ningún modo soy desconocedor de los sarcásticos gestos tuyos y de los que son como tú, que tratan los profundos misterios de Dios con un desprecio que denuncia que, en tu estimación, todo lo que no goza de inmediato de tu buena opinión y aprobación pierde su gracia y autoridad. ¿Qué significa todo esto, que en el momento en que alguien decide abrir la boca contra mí, debo producir una refutación de sus calumnias? Sócrates, cuyo nombre esgrimes, no hubiera tolerado que lo colocaran en tal posición. No se hubiera resignado a que le dictaran una ley tal. No es que yo esté dispuesto a seguir a un hombre en todas las cosas. Pero si a alguien, no sólo en esta época, sino en cualquier otra, se le permitiera colocarse constantemente, con indignación, contra los malvados, y refutar las calumnias, tal como hizo Sócrates, seguramente aun los más malévolos e inicuos me concederían a mí también una justa oportunidad de mostrar la misma diligencia en mi defensa. Tus ladridos, pues,

son aún más intolerables porque pisoteas, con ciega ignorancia, mis numerosos libros en que me defiendo y doy respuestas a mis adversarios, y me requieres repetir el mismo trabajo de refutación dos o tres veces más.

Sin embargo, afirmas que hay un asunto particular en que los argumentos de mis enemigos son demasiado potentes para que el contenido de cualquiera de mis libros que hasta ahora haya escrito sobre el tema pueda refutarlos. Ese asunto, dices, es el gran tema de la predestinación, o el hado. Quisiera que te resolvieras a inquirir en esta materia modestamente, o a argüir acerca de ella honestamente, y no que desecharas todo pudor y confundieras cosas muy diversas, en un intento de evitar que la luz verdadera las ilumine. Hado es un término que usan los estoicos para referirse a su doctrina de la necesidad, que habían fraguado de un laberinto múltiple de razonamientos contradictorios; una doctrina calculada para llamar al orden a Dios mismo, e imponerle leyes para regir Su proceder. Pero yo defino la Predestinación, en conformidad con las Escrituras, como el designio de Dios, libre y sin trabas, por el cual gobierna toda la humanidad, todos los hombres y todas las cosas, y también todas las partes y partículas del mundo, por Su sabiduría infinita y Su justicia incomprensible. Si la depravación de tu mente y la vehemente avidez de quisquillas, y el orgullo diabólico te han cegado tanto que no puedes ver nada a la luz del mediodía; aun así, para aquellos lectores que de veras tienen ojos para ver, la distinción que he trazado demuestra, en un momento, la gran justicia y equidad (!) de tu altercado con Dios en esta profunda materia de Su «Providencia Secreta».

A esto añádele que, si hubieras estado dispuesto a examinar mis libros, te hubieras convencido al punto de cuán ofensivo me es el término hado; es más, te hubieras percatado, leyendo mis escritos, de que la malignidad y el odio de los inicuos y los indignos de su tiempo le echaron en la cara a Agustín este mismo aborrecible vocablo. También hubieras descubierto en mi testimonio que

estas objeciones las contestó aquel santo padre y piadoso maestro de manera tal que satisface todo el propósito de mi propia causa y defensa en la presente ocasión.

También en los Artículos (aparentando ser extractos de mis libros), los cuales dices que darás al público en el orden que te propones, encontrarás que la manera y sustancia de mis argumentos son precisamente los mismos que los de aquel santo padre de feliz memoria. Algunos maliciosos, sin embargo, sabiendo que esta doctrina no era bien conocida ni recibida generalmente, han publicado con alarde estos Artículos (que son en parte falsos y en parte mutilados). El fin que persiguen es enardecer a los ignorantes e inexpertos con el odio de lo que contienen, y así no puedan formar sino el más adverso juicio de ellos. Y aunque muchos pensaron, a primera vista, que los artículos que se exhibieron en días de Agustín eran realmente parte de sus escritos, el santo padre se quejó amargamente de que se le imputaban con falsedad. Los que hicieron la compilación habían combinado porciones de oraciones, con diligencia malévola, o habían corrompido, con arte inicuo, oraciones que eran enteras, verdaderas y piadosas, introduciendo astutamente algunas palabras para alterar por completo el original y así implantar ofensa en las mentes de los incautos. Y todos los lectores honrados y sinceros (muchos de quienes de buena gana se tomarán la molestia de comparar mi doctrina con estas viles calumnias) han de descubrir que los artículos que te jactas de presentar como extractos de mis escritos son de la misma descripción que aquellos que se publicaron en los días de Agustín aparentando ser verdaderos compendios de sus libros.

En primer lugar, adopto esta postura en contra tuya porque no actúas con bondad ni honestidad al prescindir de señas de remisión o referencia en los pasajes que pretenden ser extraídos de mis libros, de modo que los lectores puedan consultar los originales y asegurarse de que he escrito lo que los extractos representan. Y, ¿qué pudiera ser más inicuo que aseverar confusamente que en el curso de cincuenta volúmenes o más que he escrito, se encontraron

unos catorce artículos de tal o cual descripción? Si tuvieras siquiera una gota de decencia común, hubieras citado mis palabras, como cosa natural, al pie de la letra; o, si hubieras hallado alguna duda o peligro de no hacerlo así por carecer de la realidad y de los originales, debiste advertir a tus lectores de la incertidumbre del texto en tales casos. Mientras que ahora proyectas una sombra de duda sobre todas mis obras, esperando así borrar toda buena memoria de ellas en la tierra. De esta manera, para tu propia conveniencia, has corrompido malignamente y expuesto al odio y al desprecio mis libros, que todos pudieron haber leído sin ninguna ofensa. No condeno del todo a Agustín por su prudencia, que deseando enfrentarse con las mañas y la iniquidad de sus enemigos, atempera el talante de su respuesta para evadir el oprobio. Aun así, según mi parecer, la réplica que he de darte será más generalmente útil si en esta gran causa refuto tus denuestos abiertamente, con libertad y sin reserva, que si escribiera de tal modo que comunicara una mínima idea de retirada o evasiva.

CAPÍTULO 3

ARTÍCULO I

Artículo I (ES DECIR, CALUMNIA I):

«DIOS, DE SU PURA Y MERA VOLUNTAD, CREÓ LA MAYOR PARTE DEL MUNDO PARA LA PERDICIÓN».

*Este es el **Primer Artículo** que presentaré. Escucha ahora los argumentos que tus adversarios aducen en contra.*

AFIRMACIONES Y OBSERVACIONES DEL CALUMNIADOR

TUS CONTENDIENTES SOSTIENEN QUE ESTE artículo es contrario a la naturaleza, y contrario a la Escritura. Con respecto a la naturaleza, afirman que todos los animales sienten apego por sus crías. Esta naturaleza la reciben de Dios, y de ahí se sigue que Dios también ama a Sus criaturas; pues Dios no haría que los animales amaran a sus crías, a menos que Él mismo amara a las Suyas. Y esto lo prueban de la siguiente manera por Isaías 66:9: «Yo que hago dar a luz, ¿no haré nacer?» Como si hubiera dicho, «Lo que por Mi causa otros hacen, Yo también hago. Ocasiono que otros den a luz; por lo

tanto Yo también doy a luz». Por una paridad de razonamiento, pues, derivan este argumento y su conclusión: Dios hace que los animales quieran a sus crías. Por lo tanto, Él mismo también ama a Sus criaturas. Pues bien, todos los hombres son criaturas de Dios. Dios es el Padre de Adán, de quien proceden todos los hombres. Pero crear hombres para la perdición no es una obra de amor, sino de odio. Por lo tanto, Dios no creó a nadie para la perdición. Además, argumentan: «Crear es obra de amor, no de odio. Por lo tanto, Dios creó a todos los hombres en amor, no en odio». Otra vez, «No hay bestia tan cruel (por no hablar del hombre) que quisiera tener hijos para que vivan en miseria. ¡Cuánto menos, luego, se hallará ese deseo en Dios! ¿No sería Dios, en caso de que así creara, menos bondadoso y misericordioso que el lobo que creó?» Cristo argumenta de esta manera: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre...?» (Mt. 7:11). Exactamente así es que tus adversarios arguyen. Dicen: Si Calvino, aunque hombre malo, no deseara engendrar un hijo para miseria, ¿cuánto menos lo desearía Dios? Estos y otros argumentos similares los presentan tus oponentes en cuanto a la »naturaleza.

Pero con referencia a la Escritura, razonan de este modo: Dios vio que «todo lo que había hecho [...] Era bueno en gran manera». Así también el hombre, a quien creó «bueno». Pero, ¿y si lo hubiera creado para destrucción? Si ese fuera el caso, Dios creó para destrucción y perdición aquello que «era bueno en gran manera», y por lo tanto ¡Dios debe gozarse en la destrucción! Pero nada más que pensarlo es impiedad. De nuevo, arguyen: Dios creó un hombre y lo colocó en el Paraíso, lugar de dicha. Luego, Dios creó a todos los hombres para una vida de felicidad, pues todos fueron creados en el primer hombre. Y si todos cayeron en Adán, se sigue que todos se hallaban en Adán, y en las mismas condiciones en que Adán se hallaba. Además, Dios dice: «No quiero la muerte del pecador», y otra vez, está escrito que Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4). Aún más,

si Dios creó la mayor parte del mundo para la perdición, se sigue que Su ira sobrepasa Su misericordia, y por consiguiente, que Su ira se derrama sobre «la tercera y cuarta generación». ¡Mientras que es evidente que, al contrario, Su misericordia se extiende «hasta mil generaciones»!

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO I»

AQUELLO QUE TOMAS COMO TU *Primer Artículo* es «que Dios, por Su pura y mera voluntad, creó la mayor parte del mundo para la perdición». Pues bien, todo esto —«la mayor parte del mundo para la perdición», y «por Su pura y mera voluntad»— es una perfecta invención, producto del taller de tu propio cerebro. Aunque Dios ciertamente decretó desde el principio todo lo que habría de acontecer al género humano, expresiones al efecto de que el fin u objeto de la obra de creación de Dios fuera la destrucción o perdición, no se pueden hallar en ningún lugar de mis escritos. Así que, como un inundo cerdo, desarraigas con tu hocico asqueroso toda doctrina de olor suave esperando encontrar en ella algo sucio y ofensivo.

En segundo lugar, mi doctrina es que la primera y suprema causa de todas las cosas es la voluntad de Dios. Y en todo lugar enseño que dondequiera que en Sus propósitos y obras no sea evidente la causa, aun así, hay una causa que está oculta en Sí mismo. Y conforme a ella, Él no ha decretado nada sino lo que es sabio, santo y justo. Por lo tanto, referente a las opiniones que los eruditos sostienen acerca de la voluntad absoluta o tiránica de Dios, no solo las repudio, sino que las detesto porque separan la justicia de Dios de Su poder regidor. Mira, pues, tú, perro inundo, cuánto has logrado, y cuánto has adelantado tu causa por medio de tus descarados ladridos. En cuanto a mí, someto a todo el género humano a la voluntad de Dios, y al mismo tiempo afirmo que Dios nunca decreta nada sin la más justa

razón, razón que (aunque en el tiempo presente nos sea desconocida) se nos revelará en el último día en toda su justicia infinita y perfección divina.

Me echas a la cara, y con ello me increpas desvergonzadamente, la «pura y mera voluntad de Dios», idea que en más de un centenar de pasajes de mis libros repudio totalmente. Entretanto, sin ambages reconozco que mi doctrina es ésta: que Adán cayó, no sólo por el permiso de Dios, sino también por Su muy secreto designio y decreto; y que Adán arrastró consigo toda su posteridad, en su caída, a la destrucción eterna. Ambas posturas, según parece, mucho te ofenden, por ser (conforme a tu cuenta) «contrarias a la naturaleza y a la Escritura». Intentas probar que son contrarias a la naturaleza, porque todo animal ama a sus crías por naturaleza; de donde arguyes que, por lo tanto, Dios, que proveyó de tal afecto natural a bestias brutas, no debía, por cierto, amar menos a los hombres, ya que son Sus criaturas. Tu argumento y tu pensamiento son infinitamente bastos y soeces, e infinitamente indignos de la grandeza de la cuestión, al exigir de Dios, el Autor eterno de la naturaleza, lo que Él justamente exige del buey o del asno, los cuales Él ha creado. ¡Como si Dios debiera estar sujeto a las mismas leyes que ha fijado para las criaturas que hizo! A fin de que cada animal propague su especie, Él ha implantado en cada uno de ellos el deseo de propagarse. ¡Vete, pues, a protestar ante Dios, y pregúntale cómo es que por toda la eternidad ha permanecido satisfecho consigo mismo, y ha mantenido estéril, por decirlo así, Su propia excelencia y gloria, sin propagarse! Dios debía ciertamente ser siempre consecuente consigo mismo. Si tú, luego, has de ser nuestro juez en esta grande y estupenda materia, ¡Dios ha violado el orden al decidir subsistir sin prole antes que ejercer Su fecundidad!

Además, ya que todas las bestias brutas luchan por sus hijos, aun hasta la muerte, ¿cómo es que (de acuerdo con tu doctrina) Dios permite que tigres, osos, leones y lobos devoren las crías indefensas? ¿Será porque Su mano se ha acortado, de modo que no puede

extenderla desde el cielo para socorrerlas? Mira cuán amplio es el campo que se abre frente a mí si me inclinara a exponer y condenar todos tus estériles y absurdos razonamientos. Pero quedará satisfecho con hacer hincapié en un solo punto, y sea suficiente. Las señas del amor de Dios por todo el género humano son innumerables, lo que demuestra la ingratitud de aquellos que perecen o van «a la perdición». ¡Este hecho, sin embargo, no provee razón alguna para que Dios no limite Su amor especial o particular a unos pocos, a quienes, con infinita condescendencia, se ha complacido escoger de entre el resto!

Cuando Dios tuvo a bien adoptar la familia de Abraham, de ese modo testificó con toda claridad que no abrazaba a toda la humanidad con igual amor. Cuando Dios repudió a Esaú, el hermano mayor, y escogió a Jacob, el menor, ¡dio prueba manifiesta y notable de Su amor gratuito, ese amor con que ama solamente a aquellos a quienes resuelve amar! Moisés declara que Dios amó a una cierta nación, mientras pasó por alto a todas las demás, haciendo caso omiso de ellas tocante a amarlas de alguna manera particular. Los profetas testifican por todas partes que los judíos excedían y sobrepasaban a las demás naciones en excelencia e importancia por la única razón de que Dios los amaba inmerecidamente.

Cristo no se dirige a toda la humanidad, ni a la nación judía entera, sino sólo a la pequeña manada de Dios, cuando dice, y no lo dice en vano, «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino», (Lc. 12:32). Da a entender con estas palabras que ¡nadie conoce el favor de Dios para esperanza de vida eterna sino los que Él hace aceptables para Sí y en quienes se agrada por Su unigénito Hijo! Pero si te empeñas en sujetar a Dios a las leyes de la naturaleza, tienes, necesariamente, que acusarlo y condenarlo por injusticia, porque, a causa del yerro de un hombre, todos estamos enredados en la culpa y el merecimiento de la muerte eterna. Un hombre pecó, y todos somos arrastrados al castigo. Y no sólo eso, sino que por la contaminación de uno, a todos se nos arroja

en el contagio, y nacemos corrompidos y emponzoñados con enfermedad mortífera. ¿Qué tienes que decirle a este noble Maestro y Juez? ¿Acusarás de crueldad al Dios bendito, porque arrojó a toda Su progenie a la ruina por la Caída de un hombre? Pues aunque Adán se destruyó a sí mismo y a toda su descendencia, ¡la corrupción y la culpa de aquella Caída de un hombre deben adscribirse necesariamente al designio y decreto secreto de Dios! ¡La falla de un hombre nada podría tener que ver con nosotros, si a nuestro Juez celestial no le hubiera placido consignarnos a la destrucción eterna por esa razón!

Reflexiona ahora, por un momento, con cuánta astucia te vales de aquellos pasajes del profeta Isaías para encubrir tu error (Is. 54:1; 49:19-21, etc.). Parecía imposible creer que la Iglesia de Dios, en su cautiverio babilónico, desposeída de sus hijos, incapaz de producir otros, pudiera recobrar su fortaleza, y llegara a ser más fecunda de lo que había sido. En estos pasajes Dios le habla, digamos, de esta manera: «¿No soy capaz yo, por cuyo poder las mujeres conciben y dan a luz, de levantar descendencia para ti también?» Porque Dios habla así a Su Iglesia, tú, con ese pretexto, lo obligarías a asumir los afectos de cualquier clase de animal. Y te atreves a razonar que, porque Dios hace que los animales amen sus hijos, Él también ama a toda Su progenie, es decir, todo el género humano. Supongamos, por un momento, que te conceda esto; de ahí no se sigue que Dios ama a los Suyos de la misma manera en que las bestias aman a los suyos. Además, si Dios ama a los Suyos, no es menos cierto que Él tenga el derecho de repudiar, como Juez justo, a aquellos a quienes a lo largo de sus vidas les mostró en vano Su amor e indulgencia, como el más amoroso Padre.

Pero presto estás a responder en seguida que, «Crear es obra de amor, no de odio. Por lo tanto, Dios creó a todos los hombres en amor, no en odio». No logras percibir que, aunque todos los hombres son, en el Adán caído, aborrecibles a Dios, aun así, Su amor brilló con todo su esplendor cuando los creó al principio. Por lo

tanto, cualquiera otro, dotado del juicio más moderado y de equidad común, reconoce en el acto ese argumento, que te parece tan plausible, como frívolo y vano. En cuanto a lo que en seguida añades, no considero que sea deber mío refutarlo tanto como cortarlo de inmediato con un golpe de espada. Es evidente, por cierto, que el hombre nace para miseria. Pero, ¿ha de imputarse la causa de esto a mis escritos? ¿De dónde surge esta miserable condición nuestra, que somos sujetos no sólo a los males temporales, sino también a la muerte eterna? ¿No surge de la solemne verdad de que, por la Caída y la falla de un hombre, a Dios le plugo lanzarnos a todos en la culpa común? En esta miserable ruina de todo el género humano, pues, no es sólo mi opinión lo que se ve claramente, es la obra de Dios mismo que está patentemente manifiesta de modo innegable.

Mientras tanto, no vacilas en vomitar tu opinión profana y aborrecible de que Dios es peor que un lobo, pues quiere crear a los hombres para la miseria. Algunos, hay que recordar, nacen ciegos, otros mudos, y otros con deformidades monstruosas. Si vamos a dejarnos llevar por tu opinión como juez en estos asuntos sagrados y profundos, Dios es cruel también por afligir a Sus criaturas con males como estos, y todo eso aun antes de que hayan visto la luz. ¡Pero el día vendrá, puedes estar seguro, cuando desearás de todo corazón haber sido ciego antes que haber tenido una vista tan prodigiosamente aguda para penetrar en estos secretos del Dios eterno!

Acusas a Dios de injusticia; es más, dices que Él no es mejor que un monstruo si se aventura a decretar algo tocante a los hombres que sea diferente de lo que nosotros determinaríamos concerniente a nuestros hijos. Si así fuera, ¿cómo explicar el que Dios crea a algunos de entendimiento embotado, a otros de mayor incapacidad, y a otros idiotas del todo? ¿De veras crees que Su obra de creación, en cuanto a tales imperfectos mortales, Dios la hizo conforme a las fábulas de algunos judíos acerca de los faunos y los sátiros? Dicen ellos que la intervención del día de reposo le impidió ultimar la forma de esos monstruos, y que por lo tanto cayeron, a medio hacer, de Sus manos.

¡No! Más bien nos conviene aprender una lección humilladora de esos tristes espectáculos de seres humanos deformes; pero no comencemos a pugnar con el Hacedor del cielo y de la tierra, a partir de lo que imaginamos de Sus obras, o de lo que debían ser, en opinión nuestra. ¡El encuentro con algún idiota me advierte a reflexionar sobre cómo Dios pudo haberme hecho, si le hubiera placido! Cuantos idiotas y gente de entendimiento embotado hay en el mundo, tantos espectáculos me pone Dios de frente en que descubra Su poder, que no es menos objeto de asombro que de maravilla.

Pero en cuanto a ti, vocíferas contra Dios con toda impiedad y profanidad, diciendo que «es menos misericordioso que un lobo» ¡porque (según opinión tuya) se ha mostrado tan poco solícito del bien y de la felicidad de Su progenie! Antes de que la palabra de Cristo —«que Dios, porque es bueno, actúa con mayor bondad hacia Sus hijos que los hombres, que son malos» (Mt. 7:11)— se pueda utilizar para favorecer tus opiniones y argumentos, tienes que probar que todos los hombres son por igual hijos de Dios. Pero está claro que todos perdieron en Adán la vida eterna, y que, por lo tanto, la adopción de Dios es un acto de gracia especial; de donde se sigue que Dios más bien aborrece a los que así están apartados y alejados de Él. Todos los testimonios de la Escritura que citas son meros dardos, lanzados al azar por la mano de un demente, como cuando citas aquella palabra, «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Gn. 1:31). A partir de ese texto concluyes que el hombre también era «bueno en gran manera». Y de ahí luego inferes que Dios fue injusto al crear para la perdición lo que era «bueno».

Sin embargo, el sentido en que el hombre fue creado justo por naturaleza ya lo he explicado en muchos lugares de mis obras. El hombre, por cierto, no era mejor que el diablo antes de que éste perdiera su justicia angélica. Ahora, supongamos que yo te concediera por un momento que tanto hombres como ángeles apóstatas fueron creados para salvación, y aun así Dios, en vista de la futura

Caída de ellos, los condenó a todos a destrucción eterna, ¿qué ganarías de esa concesión que te ayudaría a sustentar tus argumentos? Ciertamente Dios sabía lo que habría de suceder, tanto en los hombres como en los ángeles apóstatas, y también decretó al mismo tiempo lo que Él mismo haría.

Referente a la doctrina de permiso, hablaremos de eso en lo sucesivo y en su lugar. Pero por el momento, si estuvieras dispuesto a responder que la presciencia de Dios no es lo que causa los males, te haría solamente esta pregunta: Si Dios previó la destrucción de los hombres y del diablo antes de crearlos, y simultáneamente no decretó su destrucción, ¿por qué no aplicó oportunamente un remedio adecuado para prevenir la Caída y el riesgo de ella? El diablo, desde el mismo comienzo del mundo, se enajenó de la esperanza de salvación. Y el hombre, tan pronto como fue creado, se destruyó a sí mismo y a su posteridad con destrucción mortal. Si, pues, la preservación de ambos estaba en la mano de Dios, ¿cómo es que (si es que no había decretado su destrucción) permitió su ruina? Más aún, ¿por qué no proveyó a cada uno de siquiera alguna medida de habilidad para resistir? No importa a qué tortuosos razonamientos recurras, podré sujetarte a este principio, que aunque el hombre fue creado débil y en riesgo de caer, aún así, esa debilidad contenía una gran bendición porque la Caída que de inmediato acaeció le enseñó que nada fuera de Dios es confiable, seguro o permanente. De ahí, pues, es evidente que todo lo que parlosteas de que los hombres fueron creados para salvación es un argumento mutilado y cojo, y formulado sin estudio adecuado. La verdad es que, cuando digo que no había nada en el hombre, al ser creado, contrario a la salvación, estoy, por ello y en ello, probando que la salvación estaba predestinada para todos los hombres.

Permíteme repetir este mismo argumento muy brevemente valiéndome de otras palabras. Lo que quiero decir es que, si argüimos partiendo de la perfección de la naturaleza con que Adán fue dotado en el momento de su creación, podemos decir

que fue creado para salvación, porque en aquella perfección de su primer estado no se encontraba causa alguna digna de muerte. Pero si llevamos la pregunta hasta la predestinación secreta de Dios, nos enfrentamos con un profundo abismo que debe al punto transportarnos a la maravilla y la admiración. El hecho es que si tú hubieras sido dotado de un mínimo sentido de reverencia piadosa, reconocerías en un momento que esta no es cuestión de si la perfección original del hombre estaba o no completa, sino de la voluntad de Dios y del decreto de Dios. El estado de este caso sagrado es como si el Espíritu Santo te hubiera dicho, «Ninguna criatura carecía de excelencia cuando fue creada, sino más bien tú y todos los que son como tú fueron despojados de toda ocasión de contender contra Dios». Aunque tú y los tuyos nieguen ruidosamente que hubiera ninguna cosa «buena» en el hombre así creado y condicionado, que debiera, por su Caída inmediata, destruirse a sí mismo y al mundo entero, ¡con todo, Dios mismo declara que tal estado de cosas le agradó! Por lo tanto, eso era lo cabalmente justo y recto.

Para que entiendas más correctamente a Moisés, él no declara (¡recuérdalo!) cuán justo y perfecto era el hombre; pero a fin de detener el ladrido de perros como tú, enseña que Dios concertó de tal manera el orden todo de la Creación, que nada más justo o más perfecto puede imaginarse. Por consiguiente, cuando Moisés pasa a hablar de todas las obras de Dios en conjunto, dice que «vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Gn. 131). Pero no afirma nada de eso en cuanto al hombre, individual, especial y absolutamente, en todos los sentidos. Después de narrar la creación del hombre, el historiador sagrado concluye diciendo, en palabras que se aplican generalmente al todo de la creación, que todas las cosas que Dios había creado eran «buenas en gran manera». En tales palabras han de incluirse, sin duda, y en armonía con ellas, las de Salomón también, cuando asevera que los impíos fueron hechos «para el día malo». «Todas las cosas ha hecho Jehová

para sí mismo, y aun al impío para el día malo» (Pr. 16:4).

Puedes pensar de ello de este modo: aunque el hombre, en el momento de su creación, era «bueno» en su naturaleza recientemente creada, aun así, esa rectitud, que era débil, frágil y expuesta a caer, no militaba en contra de la predestinación de Dios, ni era incompatible con ella. Por esa predestinación fue que el hombre pereció mediante su pecado y falta, aunque su naturaleza era pura al ser creado. Es más, observando su primitiva excelencia natural, y argumentando a partir de ella, el hombre fue creado, en este sentido, para salvación. Y sin embargo, apoyándote en el mismo argumento, infieres vana, absurda y descabelladamente, que el hombre fue creado «bueno» para perecer, pese a que era «bueno». Por el contrario, es manifiesto abierta e innegablemente que pereció por su flaqueza y pecado; y que, por lo tanto, pereció exponiéndose a la justa condenación y destrucción. La manera en que estas dos proposiciones y posiciones concuerdan y armonizan entre sí la mostraremos más adelante, como ya lo hemos hecho una y otra vez.

En este punto insertas la común objeción de que «Dios no quiere la muerte del impío», según dice el profeta Ezequiel (33:11). Pero, escucha, te ruego, lo que dice de inmediato, que Dios invita a todos al arrepentimiento (Ez. 18:30-32). A todos aquellos, pues, que retornan a la senda de la vida se les ofrece perdón gratuito. Pero lo próximo y lo principal que ahora hay que considerar es si esa conversión o «apartarse» que Dios requiere (v30) está en la potestad de la voluntad humana, ¡o si es un don privativo y soberano de Dios! Puesto que Dios invita y exhorta a todos al arrepentimiento, el profeta, sobre esa base declara con razón que Dios «no quiere la muerte del impío». Pero, ¿por qué Dios no convierte o aparta a todos igualmente para Sí mismo, es una pregunta cuya respuesta yace oculta en Dios mismo. Por lo que toca a tu acostumbrada manera de citar aquel pasaje del apóstol Pablo, Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Ti. 2:4), creo que ya he demostrado con asaz llaneza en repetidas ocasiones que intentas

sostener tu error poniéndole por debajo un puntal tan insustancial. Es más cierto que la certeza misma (por así decirlo) que el apóstol no está hablando en ese pasaje de individuos, sino de categorías de hombres en sus diversas vocaciones civiles y nacionales. Acababa de prescribir que la Iglesia ofreciera oraciones públicas por los reyes y otros en autoridad, y por todos los que ocupaban puestos de magistrado, de cualquier clase o rango que fuesen. Pero a causa de que casi todos los que entonces llevaban la espada de la justicia pública eran enemigos declarados de la Iglesia, podría muy bien parecerle extraño o absurdo a la Iglesia que se ofrecieran oraciones públicas por ellos. El apóstol contesta todas las objeciones, muy naturales, amonestando a la Iglesia a orar aun por ellos, y a suplicar a Dios que les extienda Su gracia y favor, con vistas al sosiego, paz y seguridad de la Iglesia.

Hay, acaso, un color más intenso en unas palabras de Pedro que pudieran acomodarse mejor a tus propósitos. Dice él que Dios «no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9). Si alguna cosa hubiere en la primera parte del pasaje que parezca difícil de entender a primera vista, se hace perfectamente llana por la explicación que sigue. Cuanto Dios «quiere que todos procedan al arrepentimiento», tanto quiere que ninguno perezca; pero, a fin de que Dios los reciba, tienen que «venir». Pero la Escritura en todas partes afirma que para que «vengan» Dios debe precederlos; es decir, Dios tiene que venir primero a ellos para así atraerlos. Mientras Dios no los atraiga habrán de permanecer donde están, entregados a la obstinación de la carne. Si hubiera en ti una sola partícula de recto juicio, reconocerías, en un momento, la amplia y maravillosa diferencia que existe entre estas dos cosas —que Dios transforma los corazones de «piedra» de los hombres en corazones de «carne»; y que es así que los conduce a la insatisfacción y desagrado propios, y los trae, como suplicantes, a rogar de Dios misericordia y perdón; y que después que su transformación, son recibidos a toda gracia.

Dios declara que ambas cosas proceden de Su pura bondad y misericordia; que nos da corazones para arrepentimiento, y que luego nos perdona por gracia cuando nos arrepentimos y le suplicamos. Si Dios no tuviera ánimo favorable para recibirnos cuando con sinceridad imploramos Su misericordia, no diría «Volveos a mí, [...] y yo me volveré a vosotros» (Zac. 1:3). Pero si el arrepentimiento residiera en la potestad de la voluntad humana, Pablo no diría, «por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad» (2 Ti. 2:25). Aún más, si Dios mismo, que exhorta por Su propia voz a todos los hombres al arrepentimiento —si Dios mismo, repito, que de tal manera exhorta, no atrajere a Sus elegidos por la operación oculta de Su Espíritu, Jeremías no describiría así a los que retornan: «Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios. Porque después que me aparté tuve arrepentimiento» (Jer. 33: 18-19). Esta solución del asunto (repito), si hubiera alguna vergüenza o modestia en un perro tan desvergonzado como tú, debiste haberla conocido pues se encuentra en un centenar de lugares en mis escritos. Y aunque te propongas rechazar tal solución, no obstante, tanto el apóstol Pablo como el profeta Ezequiel la respaldan y la confirman.

Pero cómo y en qué sentido es que Dios quiere que todos los hombres sean salvos es cuestión que aquí no vamos a rebuscar. Una cosa es cierta, que estas dos cosas —la salvación y el conocimiento de la verdad— están siempre inseparablemente unidas. Ahora, pues, contéstame: Si es voluntad de Dios que Su verdad se conozca entre todos los hombres, ¿cómo es que, desde la primera proclamación del evangelio hasta el presente, hay tantas naciones a las cuales Él no ha remitido Su verdad pura, y a quienes, por lo tanto, la verdad nunca ha llegado? Una vez más, si esa era la voluntad de Dios respecto a todos los hombres, ¿por qué nunca les abrió los ojos a todos? Porque la iluminación interna del Espíritu, con la que Dios ha condescendido bendecir a tan pocos, es necesaria e indispensable para la fe. Y hay otro nudo que también tendrías que desatar. Puesto

que nadie puede acercarse a Dios, sino aquel a quien la influencia secreta del Espíritu atrae, ¿cómo es que Dios no atrae a Sí a todos indistintamente, si realmente «quiere que todos sean salvos» (en la significación común de la expresión)?

Por lo tanto, de esta discriminación que Dios hace fluye la conclusión evidente de que existe en Él una razón secreta para excluir de la salvación a tantos seres humanos. De qué manera, entonces, Dios muestra Su misericordia a millares, tú nunca habrás de reconocer (mientras el orgullo que te envanece ciega y embota tus facultades). Pues no se promete la misericordia que pudiera abolir plenamente la maldición bajo la cual la raza entera de Adán yace, sino aquella que mana para siempre sobre los más indignos.

Así fue que Dios pasó por alto a muchos de los hijos de Abraham, escogiendo a uno de ellos, Isaac. Cuando nacieron los gemelos de Isaac, el mismo Dios también quiso que Su misericordia reposara en sólo uno de ellos, esto es, Jacob. Además, aunque Dios hace Su ira patente en muchos, no obstante, sigue siendo cierto eternamente que es «grande en misericordia» y «tardo para la ira»; de ahí que, en esa misma longanimidad con que soporta a los réprobos, refulge Su magna bondad. ¡Observa, pues, con cuánta eficacia tus objeciones, frívolas y falaces, de las que puedo desembarazarme en un instante, te enredan, te tienden lazo y te mantienen prisionero!

A fin de hacer que la misericordia de Dios sea mayor que Su ira, tendrás que ser escogido más para salvación que para destrucción. Supongamos que por un momento te concediera esto, ¿se lograría de ese modo mayor gloria para Dios? Claro que no. Aun así Dios sería tan injusto como siempre para con aquellos pocos que se pierden (si es que hemos de recibir y creer tus calumnias). ¡A menos que Dios ame a todas Sus criaturas igualmente, lo declararías, profana y atrozmente, menos bondadoso y misericordioso que un lobo! Pero más aun, si hubiera solo uno contra quien Dios desplegara justamente Su ira, ¿cómo se escaparía o evadiría la acusación de crueldad en tu ciego e impío juicio? Y todavía más allá, ¡ni siquiera admites,

como excepciones a las imputaciones de crueldad en Dios, que en el corazón del hombre existen provocaciones crasas de Su ira divina! Pero, comparando solamente ira con misericordia, meramente contiendes por la magnitud de la una o de la otra. Exactamente como si Dios, por escoger para salvación más que para destrucción, de ese modo, y solo de ese modo, demostrara que es un Dios misericordioso. Dios, sin embargo, nos muestra la grandeza de Su gracia de una manera muy diferente. No sólo perdona tantos y tan diversos pecados en Sus elegidos, sino que aun soporta y contiene con la obstinada malicia de los réprobos hasta que llene la medida de su iniquidad (Mt. 23:32).

CAPÍTULO 4

ARTÍCULO 2

ARTICULO II (ESTO ES, CALUMNIA II):

«DIOS PREDESTINÓ A ADÁN A CONDENACIÓN, Y A LAS CAUSAS DE LA CONDENACIÓN. PREVIÓ SU CAÍDA, QUE FUE VOLUNTAD SUYA POR SU DECRETO SECRETO Y ETERNO; Y ORDENÓ QUE CAYERA; Y A FIN DE QUE ESA CAÍDA ACONTECIERA A SU DEBIDO TIEMPO, DIOS LE PUSO DELANTE LA MANZANA, QUE SERÍA LA CAUSA DE LA CAÍDA».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

TUS CONTENDIENTES DICEN QUE ESTE *Segundo Artículo* es doctrina del diablo, y me exigen, Calvino, que les diga dónde, en las Divinas Escrituras, se encuentra la sustancia que este Artículo contiene.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO II»

EN ESTE *SEGUNDO ARTÍCULO* DE nuevo apareces exactamente como el mismo hombre de tiempo anterior. Presenta no más el pasaje de mis escritos en que yo enseñe «que Dios colocó la manzana

delante de Adán para que fuese la causa de su caída». Esto es, en realidad, la fuente misma de toda tu popularidad —tender una nube oscura sobre las mentes de los ignorantes para impedirles que se eleven hasta la altura de aquella verdad que se aparta del alcance de la comprensión común de la carne y de la mente carnal.

Pero, para no altercar por unas palabras, de buena gana y en un momento confieso que lo que he escrito es esto: «Que la Caída de Adán no fue un accidente ni sucedió a la ventura, sino que fue ordenada por el designio secreto de Dios». Esta es la doctrina que de modo tajante calificas como «la doctrina del diablo». Sé que ante tus propios ojos eres juez de la más alta autoridad, y por eso es que, en tu engreimiento, imaginas que puedes, con cinco palabras del más vil abuso, derribar la firme armazón de la verdad que he erigido, y que he sostenido con muy inexpugnables argumentos. Me requieres producir testimonio de las Escrituras, del cual sea ostensible que Adán no cayó sino por el decreto secreto de Dios. Pero si hubieras leído siquiera algunas páginas de mis escritos con un poco de atención, mi concepto, que en todas partes de mis libros aparece, no pudo habésete escapado —que Dios gobierna todas las cosas por Su decreto y designio secretos. Le atribuyes a Dios una presciencia a tu manera, representándolo sentado en el cielo, un ocioso, inactivo y desinteresado espectador de la totalidad de la vida de los hombres. Mientras que Dios, siempre reivindicando para Sí el derecho y el hecho de aguantar el timón de todo lo que se hace en el mundo, ¡nunca permite separación entre Su presciencia y Su poder! Este modo de razonar no es mío solamente, sino muy ciertamente también de Agustín. «Si (dice ese santo padre) Dios previó lo que no quiso que se hiciera, luego Dios no posee el gobierno supremo de todas las cosas. Dios, por lo tanto, ordenó lo que habría de suceder porque nada podía hacerse si Él no lo hubiera querido.»

Si esto lo juzgas absurdo, estarás tan lejos como antes lo estabas, y caerás de nuevo en la misma confusión en que caíste al considerar mi doctrina «la doctrina del diablo». Debiste aplicar a tu malicioso caso

aquel remedio que quizá estuvo presto en tu mano. Pero que no lo hiciste, ni podías hacerlo, está perfectamente claro. Quizá discurriste así: «Dios previó la Caída de Adán. Estaba en Su potestad impedirla si hubiese querido. Pero no fue esa Su voluntad. ¿Por qué no lo fue? No puede señalarse otra razón de que Dios no lo quisiera así, sino que Su voluntad tenía muy diferente inclinación». Pero si te sientes dispuesto a entablar contienda con Dios, sería mejor que profanamente lo acusaras de inmediato, y al punto lo condenaras por haber hecho al hombre de constitución tan frágil que quedó expuesto a caer, ¡y caer en la ruina eterna! Pero contestarás que Adán cayó por voluntad propia. Mi respuesta a eso es que Adán necesitaba que se le dotase de aquella fortaleza y constancia con que Dios dota a Sus elegidos a quienes quiere «guardar» sanos y seguros «sin caída» (Jd. 24).

Si el cielo no nos suministrara nuevas fuerzas a cada momento, tal sería nuestro riesgo de caer que con toda seguridad pereceríamos mil veces. Pero Dios provee de fortaleza invencible a todos aquellos que ha escogido, tal que los sostiene para que «perseveren hasta el fin». Entonces, pregunto de nuevo, ¿cómo es que Dios no concedió a Adán esa misma fortaleza y perseverancia, si es que quería que éste permaneciera firme y seguro? Indudablemente, en este punto toda boca ha de quedar en silencio y muda, o todos confesarán con Salomón que «todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo» (Pr. 16:4). Si esto te ofende por ser absurdo, piensa si será en vano que las Escrituras declaren tan a menudo que los juicios de Dios son «un grande abismo». Si nos fuera posible medir el impenetrable pensamiento de Dios usando el criterio de la capacidad humana, Moisés hubiera dicho en vano: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre» (Dt. 29:29).

Me exiges que cite el lugar de las Santas Escrituras del cual me valgo para demostrar que Dios no impidió la Caída de Adán, porque Su voluntad no era impedirla. Como si aquella memorable respuesta de Dios a todas esas indagaciones e indagadores no contuviera prueba

suficiente: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia.» De ahí el apóstol Pablo de inmediato concluye, con toda razón, que Dios no tiene misericordia de todos porque no es Su voluntad tenerla. Ciertamente estas palabras, sin que sea preciso intérprete alguno, declaran tersamente y con vigor que Dios no está atado por ninguna ley que le exija mostrar misericordia a todos indistintamente y por igual; sino que Él es Señor de Su propia voluntad, para impartir perdón a quien quiera y preterir a quien quiera. Además, es cierto que Dios era el mismo entonces que ahora, cuando el profeta dijo, «Él hace según su voluntad» (Dn. 4:35). Si, pues, Dios permitió la Caída de Adán en contra de Su voluntad (según prefieres entenderlo), dirás enseguida que Satanás lo venció en el conflicto; y de este modo plantearás, tal como los maniqueos, dos principios regidores. Pero Pablo, también alegando esta gran causa de Dios, lo compara (con sobriedad y solemnidad) con un alfarero, que de la misma masa puede hacer vasos de clases diversas según le plazca. El apóstol pudo haber comenzado su argumento, si así lo hubiera querido, con el pecado. Pero no lo hace así. Comienza a tratar el gran tema defendiendo el derecho de Dios desde el comienzo de Su gloriosa obra, a partir de Su voluntad secreta, eterna y soberana. Y cuando después añade: «Dios sujetó a todos en desobediencia», ¿acaso estará enseñando que esto sucedió contrario a Su voluntad, o aparte de ella? Al contrario, ¿no enseña que Dios fue el autor de ese estado de impiedad? Si contestas que todos fueron condenados a la incredulidad como lo merecían, el contexto no admite aun esa interpretación porque Pablo está hablando de los juicios secretos de Dios. Su solemne exclamación, «¡Oh profundidad...!», etc., milita directamente contra tal interpretación. Por lo cual, ya que Dios desde el principio predestinó a Cristo para socorrer a los perdidos, así por Su designio inconcebible e inestimable decretó una manera de manifestar Su gloria mediante la Caída de Adán.

De buen grado confieso que cuando Dios vindica el libre curso de Su misericordia, habla del género humano en general, que ya

había perecido en Adán; pero esto mismo era válido antes de que Adán cayera, es decir, que Su voluntad era entonces plenamente suficiente para mostrar misericordia cuando y según le placiera. Además, Su eterna voluntad, aunque no depende de nadie ni de nada sino de Sí mismo, ni tiene causa anterior que sobre ella influya, aun así se funda en la más alta sabiduría y en la más alta equidad. Aunque el caso es que los hombres requieren una ley que los gobierne y que refrene su intemperancia, en cuanto a Dios el caso es muy distinto. ¡Él es Su propia ley —es ley para Sí mismo—! Y Su voluntad es la más alta regla de la más alta equidad.

CAPÍTULO 5

ARTÍCULO 3

ARTICULO III (ESTO ES, CALUMNIA III):

«LOS PECADOS QUE SE COMETEN, SE COMETEN NO SOLO CON EL PERMISO DE DIOS, SINO AUN POR SU VOLUNTAD. ES FRIVOLIDAD ESTABLECER DIFERENCIA ENTRE EL PERMISO Y LA VOLUNTAD DE DIOS, EN CUANTO AL PECADO SE REFIERE. AQUELLOS QUE INTENTAN HACER ESA DIFERENCIA MERAMENTE INTENTAN GANARSE A DIOS POR LA LISONJA».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

TOCANTE A LA DIFERENCIA ENTRE la voluntad y el permiso de Dios, los argumentos de tus oponentes son estos: Calvino (dicen) se proclama profeta de Dios; pero nosotros decimos que Calvino es un profeta del diablo. Uno de estos asertos tiene que ser falso; la verdad no puede estar en ambos bandos. Si Calvino es profeta de Dios, nosotros mentimos; pero si Calvino es profeta del diablo, entonces miente, pues afirma que es profeta de Dios. Pero supongamos (¡por voluntad de Dios!) que ambas posturas fueran

ciertas; es decir, si Dios quiere que Calvino diga que es profeta de Dios, mientras que nosotros decimos que Calvino es profeta del diablo, se sigue que la contradicción es una voluntad, cosa que es imposible. Si Dios quiere lo que es falso, no quiere lo que es cierto. Otra vez, si Dios quiere lo que es cierto, no quiere lo que es falso. De lo cual se infiere que si Dios quiere que un bando hable la verdad, tiene que ser contrario a Su voluntad que el otro bando mienta. Pero uno de los bandos miente, sin lugar a dudas. Por lo tanto, un bando miente por el permiso, no por la voluntad, de Dios. Así que la próxima consecuencia es que existe diferencia aun en Dios mismo, pues Su permiso discrepa de Su voluntad.

Aducen tus adversarios, además, muchos ejemplos conspicuos de dicha discrepancia entre la voluntad de Dios y Su permiso, especialmente del capítulo 20 de Ezequiel, donde Dios, después de reprender a Su pueblo plena y severamente por no obedecer Sus mandamientos, concluye con estas palabras: «Andad cada uno tras sus ídolos, y servidles, si es que a mí no me obedecéis» (Ez. 20:39). Como si Dios dijera, «Les permito servir vuestra concupiscencia, si es que no han de obedecer mis preceptos». Y esto, por cierto, parece ser exactamente lo mismo que había dicho antes en el mismo capítulo: «Porque desecharon mis estatutos, por eso yo también les di estatutos que no eran buenos» (vv24-25). Podemos estar seguros de que Dios en realidad no dio a los israelitas estatutos que no eran, en sí mismos, buenos, pues todos los estatutos de Dios son buenos. Pero, porque desecharon los preceptos buenos de Dios, Él los abandonó; y así abandonados de Dios, cayeron en estatutos nefastos, tal como el hijo pródigo, abandonado por su padre, o mejor dicho, abandonando a su padre, cayó en la molicie y en todo género de males. Así, Pablo también enseña que a causa de que los hombres no amaron la verdad, Dios les envió un poder engañoso para que creyeran la mentira. Análogo parece ser aquel pasaje de Amós: «Id a Bet-el, y prevaricad, pues que así lo queréis» (4:4-5). De igual modo sucede en

los días presentes (como en tu caso con tus discípulos). Así como los hombres no querían obedecer a Dios que dice que aborrece el pecado, así también Dios ha permitido que existan espíritus engañosos como el tuyo, que enseñan que el pecado es voluntad de Dios, a fin de que aquellos que no obedezcan la verdad sean abandonados para obedecer la mentira.

Tus antagonistas se acogen al pasaje de Zacarías (1:15) en que Dios dice que estaba airado contra las naciones que están reposadas, porque cuando Él estaba enojado un poco con los israelitas, agravaron el mal; es decir, que afligieron a los israelitas más gravemente de lo que la ira del Señor contra ellos requería o podía perdurar. Esto, por lo tanto, se hizo por permiso, no por voluntad, de Dios. También presentan un ejemplo similar del profeta Obed, que censura al pueblo de Israel por oprimir al pueblo de Judá más fatigosamente de lo que la ira del Señor exigía (2 Cr. 28:6-15). Citan, además, el ejemplo del hijo pródigo, pues si dices que se entregó a una vida disoluta por la voluntad de su padre, sería la cosa más absurda posible. El hijo, por lo tanto, habría actuado así por el permiso del padre. De igual manera tus contrarios afirman que los malvados son hijos pródigos de Dios, y que pecan, no por voluntad de Dios, sino por Su permiso. También hacen referencia a aquellas palabras de Cristo, «¿Queréis acaso iros también vosotros?»

Ciertamente que Jesús no quería que se marcharan, pero se lo permitió. Finalmente, argumentan a partir de la naturaleza del sentido común, el cual dicta que debe haber una diferencia entre querer y permitir. Y afirman que fue conforme al sentido común que Cristo enseñó cosas divinas; y que si prescindes del sentido común de Sus enseñanzas, todas Sus parábolas caerían a tierra de inmediato, pues es por el sentido común que esas parábolas han de juzgarse y entenderse.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO III»

ESTE *TERCER ARTÍCULO* DEMUESTRA, COMO el que precede, con cuanta avidez y hasta qué punto te cebas de la calumnia. Si deseas morder con tanta ferocidad mi doctrina, ¿por qué, al menos, no citas mis palabras rectamente? En la magna causa que ahora tenemos en frente, afirmo que hacer diferencia entre el permiso y la voluntad de Dios es, en realidad, «frívolo». Pero interpones un argumento ingenioso y astuto, según te lo figuras, aunque es un sofisma hueco. Si todo se hace por la voluntad de Dios, Él quiere (según aseveras) aquello que es contrario en naturaleza y en principio, lo que se demuestra (según mantienes) diciendo que yo realmente soy un profeta del diablo, mientras que yo afirmo que soy un verdadero siervo de Dios. Esta apariencia de contradicción tiene el efecto de ofuscar y cegar tus ojos. Pero Dios mismo, que bien sabe cómo es que quiere la misma cosa en un sentido que es contrario a Su voluntad en otro sentido, no presta atención a tu embotado entendimiento y estupidez. Siempre que Dios llamaba a los verdaderos profetas, era Su voluntad que lidiaran celosamente y con ahínco en la declaración de la doctrina de la ley. En secreto se levantaron, ante esto, falsos profetas que lucharon por subvertir la doctrina. Por consiguiente, el conflicto entre los verdaderos profetas y los falsos resultaba inevitable. Pero Dios, no por eso contendía consigo mismo ni se contradecía, aunque era voluntad Suya que tanto los verdaderos profetas, como los falsos, aparecieran. Pretendes abrumarme con lo de la paciencia de Dios. Él, sin embargo, declara que ningún falso profeta aparece si Él así no lo ordena, ya sea para probar la fe de Su pueblo, o para cegar a los incrédulos. Cuando se levantara en medio de ti falso profeta (dice Moisés), Jehová vuestro Dios os está probando por medio del tal profeta (Dt. 13:1, 3). Pero ahora tú, con un comentario perverso y absurdo, transfieres a otro lo que Moisés adscribe expresamente a Dios. Así que, o niegas de inmediato que Dios escudriña los corazones de Su pueblo, o admites

lo que es verdad evidente e indudable: que los falsos profetas son instrumentos de Dios por medio de quienes pone a prueba, como por piedra de toque, aquello de lo cual Él mismo reconoce que es el autor. Ezequiel lo expresa más clara y señaladamente: «Cuando el profeta fuere engañado y hablare palabra, yo Jehová engañé al tal profeta; y extenderé mi mano contra él, y lo destruiré de en medio de mi pueblo Israel» (14:9).

Tú preferirías que nosotros quedáramos satisfechos con sólo el permiso de Dios. Pero Dios, por medio de Su profeta, asevera que Su voluntad y Su mano son la causa motriz en todo este asunto. Considera ahora, pues, quién es más digno de crédito: ¿Dios, que por Su Espíritu, la única fuente de la verdad, así habla de Sí mismo; o tú, parlotando de Sus misterios ocultos e inescrutables a partir de los inanes conocimientos de tu carnal cerebro? ¿Pues qué, cuando Dios convoca a Satanás para Su propósito, como el instrumento de Su venganza, y abiertamente le ordena ir y engañar a los profetas de Acab, acaso esta orden positiva no difiere en nada de un mero permiso? La voz de Dios no encierra ambigüedad de ninguna clase. ¿Quién (dice Dios), irá a engañar a Acab? Dios no da órdenes imprecisas a Satanás: Vé y sé espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas (1 R. 22:22). Quisiera que me dijeras si el hacer una cosa es lo mismo que permitir que se haga. Cuando David abusó en secreto de la mujer de otro, Dios declaró que haría que todas las mujeres de David fueran arrastradas afuera para ser ejemplo del mismo vergonzoso pecado abiertamente a la vista del sol. Dios no dijo, «Voy a permitir que se haga», sino «Yo haré esto». ¡Pero tú, en tu portentosa defensa de Dios (según crees), le ayudarías con tu falaz auxilio colocando al frente tu imaginario permiso! ¿Con cuánta diferencia piensa y actúa David! Mientras revolvía en la mente el temible juicio de Dios, exclamó, «¡Enmudecí, porque tú lo hiciste!»! De igual modo, Job bendice a Dios y confiesa que los ladrones lo saquearon, no por permiso solamente, sino por voluntad y acto de Dios; pues llanamente afirma que fue «Jehová quien dio, y Jehová quien quitó»

aquello que Él mismo había dado. Si, por autoridad tuya, dar y recibir han de entenderse igual que querer y permitir, la riqueza no sería merced que Dios concede, sino que nos caería en las manos al azar por el permiso de Dios. Pero si tú y tu sórdida cuadrilla continuaran vociferando contra Dios hasta el día del juicio, de todos modos Él, a su debido tiempo, habrá de justificarse y vindicarse plenamente. En cuanto a nosotros, adoraremos con toda reverencia los misterios que hasta aquí superan nuestra comprensión, hasta que el esplendor del pleno conocimiento fulgure sobre nosotros en aquel día en que veremos «cara a cara» a Aquél que ahora vemos «por espejo, oscuramente». «Entonces (dice Agustín) lo veremos en la más brillante luz, entendiendo lo que los piadosos ahora mantienen por fe. ¡Cuán segura, cierta, inmutable y eficaz es la voluntad de Dios! ¡Cuántas cosas puede hacer que aún no es voluntad Suya que se hagan; pero no quiere nada que no pueda hacer!

Sin embargo, con referencia al presente *Artículo*, te contestaré por boca del mismo pío escritor. «Estas son (dice) las poderosas obras del Señor, exquisitamente perfectas conforme a toda inclinación de Su voluntad. Y tan perfectas en exquisita sabiduría que cuando tanto la naturaleza angélica como la humana pecaron —es decir, que hicieron, no lo que Dios quería, sino lo que cada naturaleza quiso en cada criatura, por una voluntad similar— sucedió que lo que Dios, como Creador, no quiso, lo hizo de acuerdo con Su voluntad. De esta manera usó, como el Dios de bondad perfecta, aun el mal para condenación de los que había justamente predestinado para castigo, y para salvación de los que había predestinado, por Su misericordia, para la gracia. Por lo que tocaba a estas naturalezas transgresoras mismas, hicieron lo que Dios no quería; pero con respecto a la omnipotencia de Dios, no podían, aparte de ella ni sin su concernencia, haber hecho lo que hicieron. Por el mismo acto de efectuar lo que era contrario a la voluntad de Dios, la cumplieron. Por consiguiente, estas obras poderosas de Dios, exquisitamente perfectas, hechas según toda inclinación de Su voluntad, son tales

que, de una manera maravillosa e inefable, aquello que se hace contra Su voluntad no se hace sin Su voluntad, pues hacerlo no sería posible en absoluto, a menos que Él lo permitiera; aun así, no lo permite de mala gana, sino de buena. Tampoco permitiría, siendo el Dios de bondad, que algo se hiciera perversamente, a menos que, como el Dios omnipotente, pudiera, del mal que se hiciera, producir bien».

Los testimonios que aduces de la Escritura no tienen nada más que ver con el presente asunto y causa que el aceite tiene que ver con el vino para producir una mezcla, o para diluir el uno con el otro. Dios, hablando a los judíos por el profeta Ezequiel, y dirigiéndose a ellos como desobedientes, dice: «Andad cada uno tras sus ídolos, y servidles» (20:39). Esta voz, sin reserva lo digo, no es la de Dios ordenando o exhortando, sino Dios repudiando una impía mezcla de adoración —una adoración con la que los judíos habían profanado Su santuario. ¿Qué otra cosa se puede concluir de este pasaje sino que Dios en ocasiones permite lo que desaprueba y condena? Como si no fuera evidente a todos que Dios unas veces manda y otras permite, usando la misma forma de expresión. Dios dice en la Ley, «Seis días trabajarás». He ahí un permiso. Santificando cada séptimo día para Sí mismo, deja los otros seis para los hombres. De una manera un tanto diferente también permitió en tiempos pasados el divorcio a los judíos, cosa que sin embargo de ningún modo sancionaba. En el presente caso, que registra el profeta Ezequiel, a los de doble ánimo y a los pérfidos los abandonó a los ídolos, porque no tolera que Su nombre sea mancillado. Pero, ¿cómo es que has olvidado que todo esto se hace por la «Providencia Secreta de Dios», por la cual Él ordena y encamina, para cumplir Sus propósitos, todas las movidas y tumultos del mundo, según Su voluntad? Además, al corromper vana e ignorantemente como tú lo haces aquel otro pasaje (Ez. 20:24-25), evidencias cómo una persona impura y profana como tú hace caso omiso de todo lo sagrado. Las palabras de Dios son, «Porque [...] desecharon mis estatutos [...], les di estatutos que no eran buenos». Superficial es tu comentario de que cuando Dios

los abandonó cayeron en la idolatría. Pero es indudable que lo que Dios dice es que los entregó a los caldeos para ser esclavos, y que los caldeos, que eran idólatras, los oprimían con sus leyes tiránicas.

Pero la pregunta es ahora, si Dios meramente permitió que los caldeos arrastraran a los judíos al destierro, o si los empleó como vara, escogida por Él mismo, con la cual azotar a los judíos por sus pecados. Si todavía quieres hacer de la doctrina del mero permiso un pretexto, podrías igualmente consignar de inmediato a todos los profetas a las llamas, pues unas veces declaran que Satanás fue enviado por Dios para engañar, y otras veces que a los caldeos o a los asirios los mandó Dios para destruir. Al mismo tiempo afirman que Dios «silbó a los egipcios» a fin de usar el poderío de ellos para castigar a Su pueblo. Otra vez dijo que los asirios eran Sus soldados alquilados; que Nabucodonosor obró como Su siervo al saquear a Egipto, y que los asirios eran el «hacha» en manos Suyas, y la «vara» de Su furor que devastó totalmente a Judea. No voy a multiplicar, como bien pudiera, ejemplos análogos, no sea que rebasara todos los lindes moderados de la demostración (Is. 10:5).

Tu arrebatada audacia no es menos manifiesta cuando quieres hacer ver que el hecho de que Dios envíe un «poder engañoso» a los incrédulos para que crean la mentira, significa que permite que existan maestros falsos, y que, así como permitió que el hijo pródigo se sumiera en una vida disoluta cuando se apartó de su padre, así permite que Sus pródigos caigan en error y vanas ilusiones cuando reniegan de Él. Y cuando chorreas pomposamente todos estos desatinos, te figuras que tus lectores son tan ciegos que no ven que las cosas son muy distintas en las palabras de Pablo, que dice, «Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira (2 Ti. 2:11). Pero no es ninguna maravilla que parle de ese modo, a voluntad y a la ventura, aquel que se imagina que no hay tal cosa como juicio de Dios, o que no conoce el significado del juicio, o si lo sabe, lo mira con menosprecio. Nadie que no esté demente diría que un juez no tiene parte en el juicio de los malvados, o que se apartaría

con desidia y dejara a otros cumplir con el deber que propiamente sólo a él le pertenece.

Sin embargo, con tus ladridos intentas asustarme o provocarme, diciendo que por el permiso de Dios existen espíritus de error y de engaño que enseñan que el pecado es voluntad de Dios. Pero, si este mismo reproche se lo lanzaron a la cara al apóstol mismo, ¿por qué he de contristarme o quejarme por compartir este reproche con él? Alegas un pasaje del profeta Ezequiel que presenta a las naciones castigando al pueblo de Dios con mayor aspereza de lo que Su ira requería. ¿Eres de veras tan gran papanatas que no crees que Dios podía protegerlos lo suficiente para evitar que sus enemigos afligieran excesivamente a Su pueblo, y hacer que el castigo fuera menos severo, si le hubiera placido, o si hubiera querido? Tu respuesta es que las palabras del profeta insinúan este exceso de castigo. Tienes que haberte empapado dos o tres veces en estupidez si no percibes que Dios pone a prueba la paciencia de Su pueblo de una manera maravillosa con muy duras pruebas, unas veces de una manera, otras de manera distinta; ni que, al mismo tiempo y con frecuencia, la insolencia de Sus enemigos lo ofende al verlos demasiado gozosos por sus victorias, e insultando y tratando atrocemente a los vencidos. Aún más, tus fatuos comentarios y razonamientos caen a tierra de su propio peso, pues militan directamente unos contra otros y se destruyen mutuamente. La verdad y el hecho tienen que ser o que Dios ordenó efectivamente a esas naciones profanas castigar a Su pueblo levemente, o meramente se lo permitió. Si contestas que les ordenó hacerlo, llego entonces a la conclusión de que, aunque estos enemigos cercanos afligían, sin causa, a los miserables desterrados que entre ellos habitaban, aun así no hubieran incurrido en culpa si no hubieran traspasado los límites debidos en su trato cruel de los derrotados y cautivos. ¿Quién podría imputarles iniquidad por hacer lo que Dios les mandó?

Pero te afanas todo el tiempo en establecer una diferencia entre el permiso y la orden de Dios, haciendo ver que, aunque Dios mandó

a los enemigos de Su pueblo a infligirles castigo, fue sólo por Su permiso que cargaron la mano al ejecutar el castigo. Siguiendo el mismo razonamiento los israelitas también merecieron censura, pues afligieron a sus hermanos de Judá más allá de lo que la ira de Dios contra ellos (según tú razones) requería. Pero la demencia te ciega hasta el punto de hacerte decir que hubieran sido exentos de culpa si se hubieran moderado en el maltrato de sus hermanos. Tengo que llevarte una y otra vez a este punto: que los israelitas pecaron, no sólo porque usaron de severidad exagerada contra sus hermanos (por el permiso de Dios como te lo imaginas), sino porque también tomaron armas contra ellos. Así y todo, sin embargo, no vacilas en afirmar que no hubo pecado en que emprendieran guerra contra sus hermanos porque Dios estaba airado con el pueblo de Judá, y Él mismo armó a los israelitas para ejecutar Su venganza de ellos por Sus órdenes. Mientras que yo mantengo que los israelitas pecaron de dos maneras: primero porque no tenían ni intención ni deseo de cumplir la voluntad de Dios, aunque eran en realidad los instrumentos de Su venganza; y en segundo lugar, porque su fiereza misma demuestra que estaban destituidos de todo sentido de equidad. No sólo eso, sino que ya al principio descubres tu descarada ignorancia al pretender que los hombres, en cuanto a ellos mismos se refiere, yerran y caen por el permiso de Dios. Una representación tal de esta sagrada materia es impía y profana. Es hacer que Dios dé permiso a los hombres para practicar el mal en referencia a sus propias acciones, consideradas en sí mismas; siendo la verdad y la realidad que Dios estrictamente prohíbe y solemnemente veda el efectuar cualquier cosa que se oponga a Sus mandamientos. Pero, por qué Dios, de Su voluntad, permite a los hombres hacer el mal; aún más, por qué Dios por Su decreto íntimo abandona a los hombres al mal, a quienes aun así manda continuar en el camino recto: conviene a la sobriedad y a la modestia permanecer ignorantes de esto voluntariamente. ¡Escudriñar con insolencia este profundo secreto, como tú lo haces, es temeridad, osadía y locura!

Cuán hábil y apropiadamente interpretas el pasaje en que Cristo (según lo haces ver) permite a Sus discípulos marcharse (Jn. 6:67) es algo que debes aprender a partir de la realidad del caso. Cuando, refiriéndose a los que se habían ido, dice a los discípulos, «¿Queréis acaso iros también vosotros?» Está exhortándolos explícitamente a perseverar y permanecer con Él. Preguntándoles con dolor si quieren irse también, les pone, por decirlo así, un suave freno a fin de evitar que caigan junto con los apóstatas. ¿Y es así, te ruego me digas, que conviertes en permisos estos modos de hablar? Reconozco que, a primera vista, el sentido común entiende que ordenar es una cosa, y permitir otra. Pero el hecho es que esa diferencia, o igualdad, no es en realidad el asunto en disputa. La cuestión entre tú y yo es si Dios meramente observa, desinteresado y pasivo, como espectador indiferente y ocioso, todo lo que se hace en la tierra; o si, desde Su altísimo trono gobierna, domina y maneja, por Su disposición divina, cada acto de los hijos de los hombres. Y si el término «permiso» te da tanto gusto y placer, contéstame esta pregunta: El permiso de Dios, ¿es voluntario o involuntario? Que Dios permita involuntariamente lo niega de manera categórica el Salmo 115:3: «Nuestro Dios ha hecho todo lo que quiso» (o «todo lo que le ha placido»). Si, pues, Dios permite voluntariamente, en tal caso representarlo sentado en Su trono como mero espectador sin interés ni compromiso, es profanidad total. Por consiguiente, se sigue que Dios determina y gobierna por Su designio todo lo que es Su voluntad que se haga. Pero tú eres partidario de que, con lenguaje pueril, se rebaje este sublime misterio de Dios al dominio y a la medida del sentido común.

Tocante a tu objeción y argumento de que Cristo enseñó las divinas lecciones de Su magisterio ciñéndose a la capacidad de la gente de sentido común, Él mismo lo niega de plano, y al instante te condena por mentir y por tu desfachatez en este caso. ¿Acaso no oyes a Cristo mismo declarar que habló en «parábolas» con el propósito expreso de que la gente común, o la gente en general, «oigan y

no entiendan»? Es indudable, claro está, que el Espíritu Santo habla en muchos lugares de cierto modo, como una nodriza hablaría a los niños, porque nos tiene consideración. Pero esto es algo muy diferente de alegar, como lo haces tú, que el sentido común es juez idóneo y competente de esas profundas doctrinas que, por ser impenetrables, exceden la capacidad de los ángeles. Pablo proclama que «el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios [...], y no las puede entender» (1 Co. 2:14). De este modo amonesta a todos aquellos que desean adelantar en la escuela celestial a hacerse necios y a renunciar a toda su propia sabiduría. En una palabra, en todo lugar Dios reivindica para Sí mismo toda verdadera luz de la razón y del entendimiento. Por cierto, no tendría yo ni días ni volúmenes en suficiente número si intentara acumular los testimonios de la Escritura que condenan el sentido común como tinieblas absolutas. Son innumerables, y todos dicen que la luz se puede obtener sólo de los cielos, y que cualquiera que desee ser sabio en las cosas de Dios y de su propia salvación, debe renunciar a su sabiduría, no importa cuánta luz humana pueda llevar consigo. Quedaré satisfecho, pues, con sólo un ejemplo. Dios no quiso que la doctrina del evangelio se predicara a los gentiles, y la mantuvo apartada de ellos hasta que Cristo vino. Y es por esto que el apóstol denomina el evangelio «el misterio que había estado oculto desde los siglos y la edades»; y que aun los mismos ángeles en el cielo lo desconocían (Col. 1:26; 1 P. 1:12).

A pesar de testimonios como estos, sin embargo, todavía persistes en imponernos la suficiencia del sentido común, que por su voluntad y juicio naturales subvierte la doctrina del apóstol enteramente. Nada concedes que sea siquiera probable sino aquello de lo cual el sentido común sea estimador, árbitro y juez. Mientras que el profeta, al hablar de la Providencia secreta de Dios, exclama, «¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos» (Sal. 92:5). Pero tú, al contrario, niegas que nada sea divino sino lo que puedas medir con la regla de tu propia razón. ¿Qué será,

entonces, de la amonestación del apóstol cuando discute la substancial cuestión que estamos tratando? ¿Por qué exclama con el reproche, «¿Quién eres tú, oh hombre?»? Y luego, ¿qué significan su asombro y admiración, «¡Oh profundidad...!», «¡Cuán insondables!», Etc., etc.? El apóstol nos manda maravillarnos y asombrarnos pues cuando nos enfrentamos con el designio incomprensible de Dios, todos los sentidos y capacidades mortales se desvanecen. ¡Mientras que tú no admites nada que no puedas ver con tus ojos naturales!

CAPÍTULO 6

ARTÍCULO 4

ARTICULO IV (ESTO ES, CALUMNIA IV):

**«TODO CRIMEN QUE CUALQUIERA COMETE ES, POR LA
OPERACIÓN DE DIOS, BUENO Y JUSTO».**

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

CONTRA ESTE *CUARTO ARTÍCULO* TODOS tus oponentes citan a gritos el pasaje de Isaías 5:20: «¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!» Pues bien, si el pecado es obra justa y buena de Dios, se sigue que la justicia es una obra malvada e injusta de Dios, pues la justicia es todo lo contrario del pecado. Y si el pecado es justo, se sigue que la injusticia es justa porque el pecado es injusticia. Además, si el pecado es obra de Dios, debe seguirse (así arguyen tus oponentes) que Dios hace lo que es pecaminoso.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO A «CALUMNIA IV»

EN EL CASO DE ESTE *Cuarto Artículo*, también sigues mintiendo crasamente como antes, de lo cual desde ahora advierto con cautela a mis lectores, para que formen sus juicios a partir de la realidad de la materia antes que de tus repugnantes calumnias. No condeno tanto tus objeciones por sí mismas, como me quejo indignado de que, por alterar y pervertir mis palabras, tergiversas malignamente lo que sí dije. Todo con el propósito de soplar el fuego del odio contra mi doctrina, doctrina que es muy diferente de las falsas representaciones que de ella haces. Entablas conmigo una pugna, como si yo hubiera dicho «que el pecado es una obra justa y recta de Dios». En todo lo que escribo demuestro que detesto de todo corazón tal doctrina, y aun el concepto de ella. Así pues, mientras más maña te imagines poseer en el argumento, mayor es tu indiscutible puerilidad. Argumentando sobre este CUARTO ARTICULO tan falazmente enunciado, llegas a la conclusión de que la justicia es mala, y que la injusticia es buena, y que Dios, como el autor y (según horrendamente dices) hacedor de pecado, es injusto por castigar aquello que es Su propia obra. ¡En realidad, toda esa profanidad monstruosa es fabricación de tu propio cerebro! Siempre en todos mis escritos he condenado y refutado tales desatinos blasfemos con sumo cuidado y aborrecimiento.

Tú mismo, sin embargo, algún día hallarás, para dolor tuyo, ¡cuán aborrecible pecado es jugar y mentir de esa manera respecto de los misterios secretos de Dios! En esta guerra que has emprendido contra la verdad no estás tratando conmigo, sino con el juez supremo mismo del cielo, de cuyo tribunal, puedes estar seguro, jamás podrás escapar. Para que entiendas claramente que es Él con quien tratas, escucha lo que testifica Job —a la verdad inspirado por el Espíritu Santo y no por otro influjo alguno— que las acciones de Satanás y de los ladrones que lo despojaron de todo cuanto tenía, fueron obra de Dios mismo. Aun así, Job jamás, ni en el extremo

de su situación, tacha a Dios de pecado. No hay en el patriarca ni la más remota insinuación de que tal idea se le ocurriera. Al contrario, bendice el santo nombre de Dios por lo que había causado por mano de Satanás y de los ladrones (Job 1:21). De igual modo, cuando los hermanos del inocente José lo vendieron a los ismaelitas, la suma maldad del hecho es evidente. Pero cuando José adscribe a Dios lo sucedido como obra Suya, tan lejos está de imputar pecado a Dios que considera y loa Su bondad infinita porque por ese medio había provisto alimento a toda la familia de su padre (Gn. 45). Cuando Isaías declara que en la mano justiciera de Dios el asirio era la «vara de Su furor», con la cual estaba próximo a realizar una terrible mortandad por medio del mismo asirio (Is. 10:15), el profeta hace a Dios el autor de la atroz destrucción, pero sin la menor imputación de pecado a Dios, o la más remota idea de ello. De la misma manera, cuando Jeremías maldice a los que hicieron indolentemente la obra de Jehová (Jer. 48:10), el profeta usa la frase «la obra de Jehová» para señalar toda aquella cruel destrucción que los enemigos de los judíos les causaron. Vé, pues, a reconvenir al profeta por tales palabras y dile que ha hecho que Dios cometa pecado. En una palabra, todos los que tienen un mínimo conocimiento de la Escritura muy bien saben que se podría producir un volumen entero de pasajes similares de las Sagradas Escrituras, en que se hace a Dios el autor, pues es Él quien lo manda, de las acciones inicuas y crueles de hombres y naciones. Pero es una total vanidad prodigar más palabras en la discusión de un punto tan bien sabido y evidente.

¿No fue una extraordinaria manifestación de la gracia de Dios que no escatimara a Su propio Hijo? ¿No fue, igualmente, el entregarse a Sí mismo una maravillosa demostración de la gracia de Cristo? ¿De veras afirmarás, con tu inmunda y profana boca, que Dios pecó al ordenar la crucifixión de Su Hijo, y ordenar también a los hombres que perpetraron el hecho? (Hch. 4:28) ¿Fue pecado de Dios la obra de sacrificar a Su Hijo unigénito? ¡Oh no! Toda persona piadosa deshace este nudo muy fácilmente, como Agustín de la

siguiente clara y notable manera: «Cuando el Padre dio a Su Hijo, cuando el Señor entregó Su cuerpo, cuando Judas entregó al Señor, ¿cómo es que, en la misma e idéntica “entrega”, Dios es justo y el hombre culpable? La razón es que, en este mismo acto de Dios y del hombre, el motivo de Dios no fue el mismo que el del hombre. Por eso Pedro resueltamente dice que Poncio Pilato y Judas, y otros inicuos de los judíos, hicieron “cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera” (Hch. 4:28), según él mismo había dicho poco antes, “éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (2:23).» Si ahora das la espalda al término «anticipado conocimiento», el carácter definitivo del otro término, «determinado consejo», te demolerá al instante. El pasaje anterior tampoco da lugar al menor grado de ambigüedad, a saber, que Poncio Pilato y los judíos, y la gente malvada hicieron «cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera». Si tus entendederas no pueden contener un misterio y un secreto tan profundos como estos, ¿por qué no te maravillas y exclamas con el apóstol Pablo, «¡Oh profundidad...!»? ¿Por qué, como loco furioso, te atreves a pisotearlos? Si tuvieras una mente enseñable, hubieras hallado en mis escritos explicaciones de esta materia mucho más copiosas de las que aquí puedo repetir. Mi presente objetivo es sólo embotar el filo de tu impudencia, a fin de que no estorbe la mente de los débiles.

CAPÍTULO 7

ARTÍCULOS 5 Y 6

ARTICULO V (ESTO ES, CALUMNIA V):

**«NO SE COMETE ADULTERIO, ROBO, O ASESINATO SIN
LA INTERVENCIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS».**



ARTICULO VI (ESTO ES, CALUMNIA VI):

**«LA ESCRITURA ABIERTAMENTE TESTIFICA QUE LAS
ACCIONES MALVADAS SE PERPETRAN NO SOLO POR LA
VOLUNTAD DE DIOS, SINO POR SU AUTORIDAD».**

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

EN CONTRA DE ESTOS *Artículos Quinto y Sexto* tus oponentes presentan estos y muchos otros argumentos. Si el pecado (dicen ellos) es voluntad de Dios, luego Dios es el autor del pecado. Aún más, si el pecado es voluntad de Dios (así argumentan), luego no es

el diablo quien quiere el pecado, pues el diablo es mero sirviente de Dios. Y afirman que si Dios quiere el pecado, debe ser inferior a muchos hombres, puesto que muchos no están dispuestos a pecar. No sólo eso, sino que cuanto más alguno se acerque a la ley de la naturaleza, menos habrá de pecar. De otro modo, ¿cómo es que Pablo dice, «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago»? Si Pablo quiere pecar por naturaleza (según dice Calvino), ¿cómo es que Pablo no quiere lo que Dios quiere? Y, ¿cómo es que Pablo quiere aquello bueno que Dios (de acuerdo con Calvino) no quiere? Finalmente, tus oponentes te preguntan, ¿dónde testifican las Escrituras que Dios traza las acciones malvadas, no sólo por Su voluntad, sino por Su autoridad?

RESPUESTA DE JUAN CALVINO A LOS «ARTÍCULOS V Y VI»

EN EL CASO DEL *ARTÍCULO Quinto*, es con la intervención particular de la providencia de Dios que has pretendido indicar el pasaje de mi «Institución», de donde falsamente afirmas haberlo extraído. En esta ocasión los lectores podrán ver que yo expreso, tan exacta y fielmente como si mis adversarios mismos las expresaran, las cosas que estos artículos (es decir, calumnias) contienen y que ellos citan contra mis doctrinas.

Pues bien, echando mano, como lo has hecho, de este pasaje mutilado, ¿no mereces que todo aquel que te pase por el lado te escupa en la cara? Y aunque no tratas de ofrecer referencias en el caso del *Sexto Artículo*, todavía tu probada audacia da un salto aún más largo. Dime pues, ahora, yo, que en todos mis escritos he declarado tan reverente y solemnemente que cuando y donde quiera que se mencione el pecado, el Nombre de Dios debe mantenerse, con toda solemnidad, muy apartado; ¿he sostenido alguna vez o en algún lugar que «las acciones malvadas se cometen no solo por la voluntad de Dios, sino por Su autoridad»? Muy ciertamente, nada se podrá

decir que sea demasiado enérgico o demasiado severo para condenar tan monstruosa blasfemia. Estoy dispuesto a escuchar todo lo que tengas que decir tú, o cualquiera, para demostrar que la repudias. Que mi nombre, por lo tanto, jamás se vea enlazado con esa horrible profanidad.

Cuánto éxito tienes engañando a los necios, no sé, pero de una cosa estoy seguro: si alguien se tomara la molestia de comparar tus repugnantes invenciones con mis escritos genuinos, tu falta de pudor y tu iniquidad te dejarían pintado en tus verdaderos y execrables colores. Contienes profanamente que si Dios ama el pecado, debe aborrecer la justicia; y muchas otras cosas dices siguiendo en esa misma línea de profanidad. Y ¿por qué las dices, sino para que al fin te veas obligado a asentir, por tus propias convicciones, a mis doctrinas? Pues no fue ayer nada más, ni anteayer, sino que a lo largo de muchos años he escrito y hablado de Job de esta manera: Si en el expolio de ese patriarca, la obra de Dios, y de Satanás, y de los saqueadores, fuera una y la misma en el hecho considerado en abstracto, ¿cómo es que Dios está libre de aquella tacha (como santamente lo está) de la cual Satanás y los ladrones son culpables? Pues de esta manera: Si, en las acciones de los hombres, se observa una gran diferencia cuando los motivos y los objetivos de esas acciones se consideran debidamente, de modo que se condena la crueldad del que punza los ojos de un cuervo, o el sacrilegio del que mata una grulla (un ave objeto de gran veneración religiosa entre los antiguos), mientras que se alaba la sentencia del juez que se santifica las manos al condenar a muerte un asesino, ¿por qué ha de verse la posición de Dios inferior a la del hombre? ¿Por qué no ha de vindicarlo Su justicia infinita y mantenerlo separado de toda participación en la culpa de los hombres hacedores de iniquidad? Que los lectores observen por encima lo que ahora voy a añadir. Más bien, que lean con atención toda esa parte de mi «Institución» en que discurro sobre la Providencia de Dios, y en un momento verán que allí discuto, expongo y contesto todas tus turbias objeciones.

Que los lectores consideren también, si bien les parece, lo que he escrito en mi Comentario del Segundo Capítulo de los Hechos de los Apóstoles. Los hombres (allí he demostrado), cuando cometen asesinato o robo, pecan contra Dios porque son asesinos y ladrones, y porque, en el asesinato y en el robo, hay designio inicuo. Pero Dios, que soberanamente usa la iniquidad de ellos, se yergue en un lugar infinitamente diferente, y en una posición altísima sobre los hombres, los hechos y las cosas todas. Los propósitos y fines de Dios son infinitamente diferentes y más altos que los de los hombres. El propósito de Dios es, a causa de las acciones malvadas de los hombres, castigar a unos y ejercitar la paciencia de otros. Por tal razón, aunque de muchas maneras use las malas acciones de los hombres, Dios nunca se desvía, ni en mínimo grado, de Su carácter propio, es decir, de Su rectitud infinitamente perfecta. Por consiguiente, si una acción malvada ha de evaluarse en vista de su fin y objeto, ¡queda plenamente manifiesto que Dios no es, ni puede ser, autor del pecado!

La suma de todo este magno asunto es esta: Ya que una voluntad inicua en los hombres es la causa de todo pecado, Dios, al ejecutar Sus justos propósitos por mano de los hombres, está tan lejos de implicarse en tal pecado y falta humana, que de una manera maravillosa, hace que, por medio de ellos, la luz de Su gloria resplandezca en las tinieblas. Y, por cierto, en aquel mismo libro mío, *De la Providencia de Dios*, que inflamó contra mí estas llamas de los más profundos antros infernales, se encontrará repetidamente la declaración característica de que nada hay más impío o más desaforado que arrastrar a Dios a compartir el pecado y la culpa del hombre mientras ejecuta Sus juicios secretos por mano de los hombres y del diablo; no hay afinidad en absoluto entre los motivos y objetivos de Dios y los de los hombres y demonios. Hace más de doce años publiqué un libro que claramente me vindica a mí y a mi doctrina de todas estas calumnias, y que también debe resguardarme de este presente tumulto, si hubiere una chispa de honestidad o humanidad en ti o en tus socios.

Tocante a ese sueño loco e impío de los Libertinos, de que Dios sea el autor del pecado, y que fascinó a muchos, no me ufanaré ahora de haber refutado colmadamente esa horrorosa idea. Adrede emprendí allí la defensa de la causa de Dios, y demostré con luz meridiana que Dios no es, en ningún sentido o grado, o de cualquier modo, el autor del pecado.

CAPÍTULO 8

ARTÍCULO 7

ARTICULO VII (ESTO ES, CALUMNIA VII):

**«TODO LO QUE LOS HOMBRES HACEN CUANDO Y MIEN-
TRAS PECAN LO HACEN CONFORME A LA VOLUNTAD
DE DIOS, YA QUE CON FRECUENCIA LA VOLUNTAD DE
DIOS ESTA REÑIDA CON SU PRECEPTO».**

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

EN CUANTO A ESTE *SÉPTIMO Artículo*, tus oponentes te hacen esta pregunta: Si la voluntad de Dios a menudo discrepa de Su precepto, ¿de qué manera se puede saber cuándo Dios quiere, y cuándo no quiere, lo que manda? Porque (dicen) si Calvino afirma que lo que Dios manda debía siempre hacerse, sea que Dios lo quiera o no, se seguiría que Dios pudiera querer alguna cosa a fin de que Su voluntad sea resistida algunas veces. Porque si Dios me manda no cometer adulterio, y aún así quiere que lo cometa, aunque no debía cometerlo, se sigue que debo hacer aquello que es contrario a Su voluntad. Cuando Dios manda al pueblo de Israel generalmente, «No cometerás adulterio»; ¿quiere decir Él que ninguno de ellos

debe cometer adulterio, o que algunos deben cometer adulterio, pero otros no? Tus adversarios, Calvino, te piden una respuesta directa en este punto. Si contestas que la voluntad de Dios es que unos cometan adulterio, pero al mismo tiempo quiere que otros no lo cometan, harás que Dios sea inconsecuente consigo mismo tocante al idéntico precepto.

Si a estos argumentos de tus adversarios contestas afirmando que Dios posee una voluntad doble —una abierta y manifiesta, la otra secreta— en tal caso habrán de inquirir: ¿Quién, entonces, fue el que le hizo saber a Calvino esa voluntad secreta? Porque si Calvino y sus seguidores conocen esa voluntad secreta, luego no puede ser secreta, y si no la conocen, ¿cómo, pues, tienen la osadía de hacer afirmaciones acerca de aquello que no conocen?

Tus contendientes preguntan nuevamente si Dios da órdenes consonantes con Su voluntad, cuando manda a Su pueblo a orar, «Hágase tu voluntad», y cuando también Cristo dice, «Todo aquel que hace la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mr. 3:35). Además, hay aquel pasaje de Pablo, «He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor» (Ro. 2:17, 18). Sin duda que aquí tenemos la voluntad de Dios, y lo que la ley manda, y si esa voluntad es buena (y ciertamente lo es), se seguirá por necesidad que aquello que le es contrario, es malo, pues todo cuanto se contraponga a lo bueno tiene que ser malo. Y también la memorable exclamación de Cristo, «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, [...] y no quisiste!» Ciertamente Cristo habla de la voluntad directa y manifiesta de Dios, es decir, la voluntad que Él mismo (Cristo) había explicado de tantas maneras. Pues bien, si la mente de Cristo se figuraba otra voluntad de Dios contraria a esta voluntad, entonces Su vida entera tiene que haber sido una contradicción.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO VII»

EN ABSOLUTO ME INTERESA RESPONDER a este *Séptimo Artículo*. Señálame el lugar de mis escritos en que afirmo que «con frecuencia la voluntad de Dios está reñida o en pugna con Su precepto». Idea semejante jamás me pasó por las mientes, ni siquiera en sueños. Totalmente al contrario, entre muchas otras explicaciones similares, he expuesto y descrito fielmente cuán sencilla y uniforme es la voluntad de Dios, y que es una sola; aunque entre el designio secreto de Dios y Su doctrina general, haya, para los ignorantes e inexpertos, a primera vista, una cierta apariencia de disconformidad. Pero, quienquiera que modesta, sobria y reverentemente se someta a Dios y se comprometa con Él y con Su enseñanza, podrá ver y reconocer en un momento (tanto como la capacidad de la mente humana pueda verlo y reconocerlo) cómo es que Dios, que prohíbe el adulterio y la fornicación, castiga el adulterio de David con la mujer de Urías, por medio de la relación incestuosa de Absalón con las mujeres de David. Dios siempre quiere una y la misma cosa, aunque con frecuencia en diferentes formas. Por lo cual, para evitar que la inmundicia de tus mentiras eche sobre mí o sobre mi doctrina alguna suciedad, reciban mis lectores en una palabra esta solemne declaración: que lo que me arrojas a la cara, como si yo lo promulgara con respecto a las dos voluntades de Dios, es una total ficción tuya. En cuanto a mí, siempre he proclamado que existe entre el secreto u oculto designio de Dios y la voz abiertamente revelada de Su doctrina, la más perfecta, divina y consumada armonía.

Es verdad que Agustín, por vía de concesión y para ofrecer una explicación a sus adversarios, mencionó una voluntad doble, o diferentes voluntades de Dios —una voluntad secreta, y otra abierta o revelada— pero representó esa voluntad doble de tal modo que demostró que están en tal completa armonía la una con la otra, que el «último día» habrá de manifestar gloriosamente que nunca hubo, ni hay, en este multiforme carácter de las obras y operaciones de

Dios, la menor inconstancia, conflicto o contradicción, sino la más divina e infinita armonía y consonancia.

Habiendo establecido este solemne principio y adoptado esta posición inalterable, ahora, si así lo deseas, desenvainaré la espada para batallar contigo por la verdad. Tu argumento es éste: «Si Dios le prohíbe a un hombre hacer aquello que quiere que el hombre haga, o si manda hacer aquello que en realidad no es Su voluntad, luego Él manda con el propósito expreso de que se resista Su voluntad». Pues bien, ni yo ni mi doctrina tenemos nada que ver en absoluto con parte alguna de la inmundicia de esta argumentación. De ningún modo reconozco que sean más las opiniones profanas a que hace referencia. Al contrario, la suma de mi doctrina es ésta: que aquella voluntad de Dios que se nos descubre en Su Ley claramente demuestra que la justicia es Su deleite, que aborrece la iniquidad, y además, que es muy cierto que no amenazaría castigar a los hacedores de mal si ese mal le agradara. Esto, sin embargo, de ningún modo le impide a Dios determinar, por Su designio secreto e inexplicable, que se hagan aquellas cosas, en cierto sentido y manera, que no quiere que se hagan, y que prohíbe hacer.

Si presentas en este punto la objeción de que hago que Dios sea inconsecuente consigo mismo, al replicar quisiera preguntarte si te corresponde a ti prescribir leyes o límites a Dios, vedándole hacer nada que pudiera exceder tu juicio y tu capacidad de comprensión. Moisés dice llanamente que «las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros [...] para que cumplamos todas las palabras de esta ley» (Dt. 29:29). ¿Le negarías, pues, a Dios el derecho de hacer nada sino aquello cuya razón puedas tú plenamente entender y explicar? Después que la profundidad del designio de Dios, que empantana toda capacidad humana de comprensión, se dejó ver plenamente en el libro de Job, la sublime descripción cierra con esta significativa insinuación, «He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!» (Job 26:14). Pero por lo que a

ti toca, no consentirías que Dios tuviera Su propio designio, sino aquel que puedas ver patentemente como cuando miras algo con tus ojos naturales. Serías más que ciego, sin embargo, si no puedes ver que cuando Dios, por Su voz, te prohíbe cometer adulterio, Su voluntad es que no seas adúltero. Y con todo eso, Él, el mismo Dios grande, ejecuta Sus juicios rectos en aquellos mismos adulterios que condena; juicios que muy ciertamente ejecuta con Su pleno conocimiento y voluntad.

Considera este asunto de manera más breve y concisa: La voluntad de Dios es que no se cometa adulterio, porque es corromper y violar el santo vínculo del matrimonio, y una gran transgresión de su justa ley. Pero, hasta donde Dios use los adulterios, tanto como otros hechos inicuos de los hombres, para ejecutar Su venganza sobre los pecados humanos, ¡seguro es que ejerce el oficio y ejecuta el sagrado deber de Juez, no a disgusto, sino de buena gana! Por consiguiente, en cualesquiera ocasiones en que los caldeos o los asirios actuaran cruelmente en sus terribles victorias y horribles matanzas, por tales barbaridades atroces de ninguna manera los alabamos. Aún más, Dios mismo declara que será Él el vengador de los afligidos y de las víctimas de trato inhumano. ¡Pero ese propio Dios justo declara en otro lugar que estas matanzas son sacrificios que Él ha preparado para Sí mismo! (Is. 29, 34:6; Jer. 46:10; Ez. 39). ¿Y negarás tú que Dios quiere aquello que dignifica con la honorable designación de «sacrificio»? Despierta, pues, de tu sueño, deja la obcecación de tus ojos, y reconoce al fin que Dios, por caminos secretos e impenetrables, gobierna y predomina sobre Sus justos juicios.

Tú, con todo eso, por sutil argumentación, que estimas maravillosamente sesuda, inquieres si Dios, desde el momento en que prohibió el adulterio, quiso que todos fueran adúlteros, o sólo algunos de ellos. Recibe esto como respuesta segura y cierta: de todos exige Dios castidad porque la estima en todos. La experiencia, sin embargo, deja ver (sin que entremos en pruebas o mención de los hechos importantes) que hay en Dios razones, motivos y maneras

diversas de Su voluntad. Si Él quisiera que todos fueran igual y positivamente castos, así los constituiría, sin duda alguna. Por lo cual, puesto que la castidad es don singular de Dios, la conclusión pronta y evidente es que Él quiere aquello que manda en Su Palabra de manera diferente de aquello que efectivamente obra y cumple por Su Espíritu regenerador. De ahí que tu lengua impura y profana no tiene fundamento alguno para reprochar a Dios de inconstancia. No hay en Dios ni duda ni ambigüedad en nada de lo que mande o prohíba, sino que llanamente descubre Su carácter puro y santo en ambos casos. Tampoco hallarás nada en Su voluntad secreta y oculta, por la cual rige y prepondera sobre todas las acciones de los hijos de los hombres, que contradiga Su pureza, santidad y rectitud.

La prostitución es sumamente ofensiva a Dios, el autor de la castidad. Con todo, fue voluntad de ese mismo Dios santo castigar el adulterio de David por medio de la lujuria incestuosa de Absalón. Dios prohíbe que se derrame la sangre humana. Tan grandemente como ama Su propia imagen, así la resguarda por Su propia protección. Pero aun así, levantó de entre naciones inicuas a los asesinos de los hijos de Elí, porque era voluntad Suya que se les diera muerte; así nos lo demuestra llana y literalmente la Historia Sagrada. Si tu ceguera te es piedra de tropiezo en el camino, aquellos que de veras poseen ojos ven en Dios una coherencia perfectamente santa y armoniosa. Esto observan cuando Él, el mismo Ser Divino que aborrece la fornicación y la matanza en cuanto son pecados, o (lo que viene a ser lo mismo) que detesta los pecados de fornicación y de asesinato por ser transgresiones de Su justa ley, ejecuta Sus juicios secretos y justos al castigar merecidamente la iniquidad de las naciones y de los hombres por medio de las fierezas y pecados de otras naciones y de otros hombres. Presumes de penetrante sabiduría cuando demandas, «Si Dios tuviere una voluntad secreta, ¿cuándo y cómo me será revelada?» La respuesta a tu impía pregunta no será difícil cuando reconozcas, y me concedas, que hemos de seguir solamente al Espíritu Santo como preceptor nuestro. Pues si Dios, según

el testimonio de Pablo, «habita en luz inaccesible» (1 Ti. 6:16), y si el mismo apóstol declara reverentemente que «inescrutables son sus caminos» (Ro. 11:33), ¿por qué no se me permitiría mirar con asombro y adorar Su voluntad secreta que se oculta a mi comprensión? En el libro de Job se exalta la sabiduría de Dios con las más sublimes alabanzas a fin de que los mortales sepamos y confesemos que ningún intelecto humano puede contenerla. ¿Te propones, pues, hacer mofa de todo lo que se dice de una materia tan excelsamente secreta? ¿Increparás a David por necio cuando proclamó solemnemente y adoró aquellos juicios de Dios que admitió eran un «abismo grande»? (Sal. 36:6). A todos los profetas y a todos los apóstoles les oigo decir que los propósitos de Dios son incomprensibles. Lo que todos ellos declaran lo abrazo yo con fe firme y resuelta, y lo que creo lo profeso y lo enseño con libertad y sin titubeos. ¿Por qué, pues, esta reverencia mía por la voluntad secreta de Dios se me ha de imputar como falta y crimen?

Para que no te me echés encima, diciendo que traigo ejemplos y pruebas de las Escrituras enteramente fuera de propósito, entiende que el caso de Pablo y el mío son por cierto uno y el mismo. El apóstol habló de la elección y reprobación secretas de Dios, y veneró las riquezas y profundidad de Su sabiduría, lo incomprensible de Sus juicios y lo inescrutable de Sus caminos. Y con todo eso, no cesaba de afirmar sin ambages que de quien quiere Dios tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. En una palabra, te ruego que no prolongues tu alborozo por causa de la contradicción inconciliable que imaginas haber descubierto en mis doctrinas. Las Escrituras proveen una abundancia de testimonios que atañen a la voluntad de Dios que Él esconde en Su secreto. Lo que de ellos he aprendido, lo afirmo sin miedo, y de ello hablo como de cosa que es segura y cierta. Pero, pues que mi entendimiento humano no es capaz de encumbrarse a alturas tan prodigiosas, adoro con reverencia, temor y temblor aquel misterio que es tan alto y tan profundo que los ángeles mismos no pueden penetrarlo. Por esta razón ofrezco con

tanta frecuencia en mis escritos la amonestación de que ¡nada hay mejor o más seguro en estos solemnes asuntos que una discreta ignorancia!, porque la insensatez de los que codician ser sabios más allá de lo que está escrito o de lo que Dios permite, es peor que la furia de los dementes.

Después de todo lo dicho, podrás ver por cuán segura y cierta tengo para mí la voluntad de Dios, acerca de la cual las Escrituras testifican con abundante claridad y plenitud. Esa voluntad, sin embargo, es tan secreta e incomprensible en cuanto a las razones que Dios tenga para querer esto o aquello, o cómo lo quiera, que las inteligencias angélicas no alcanzan a comprenderla. La realidad es que la vanagloria y la jactancia tuya, y de todos los que son como tú, de tal modo los enloquecen que se empeñan con todas sus fuerzas en reducir a nada cualquier cosa que no puedan entender, concediendo así que está más allá de sus capacidades. Prosigues echándome a la cara inconsecuencias, discrepancias y contradicciones, cosas que ya he aclarado cientos de veces. Y tocante a tu procacidad, con la que intentas abrumarme, es tan insípida e insustancial que no cala en mí. Y si me acusas de que imito a Dios, tú, a causa de tu presumida y diabólica imitación de Su sabiduría, verás un día, para tu daño eterno, qué es exaltar la tuya propia, de ese modo haciéndote igual al Altísimo. El único dolor y la agonía que siento son consecuencias de tus blasfemias frenéticas, con las que profanas la sagrada Majestad de Dios, de la cual profanación Él mismo será, en la hora que Él señale, el seguro e indudable Vengador.

Siendo buena la voluntad de Dios, voluntad que Él ha revelado en Su Ley, cualquier cosa que se oponga a esa Ley y a esa voluntad, yo habré de darla por mala. Cuando vociferas que esa voluntad secreta y oculta de Dios, por la cual separa los «vasos de misericordia» de los «vasos de ira» según «Su beneplácito», y por la cual usa ambos «vasos» como le plazca, se opone a Su Ley, cuando dices eso, exhalas de la sentina de tu ignorancia una invención detestable de tu cerebro, y una horrible mentira.

Libremente admito que Cristo alude a la voluntad revelada de Dios cuando dice, «¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos [...] y no quisiste!» (Mt. 23:37). Reprocha a los judíos por la misma ingratitud y dureza de corazón, según ya lo había hecho en el cántico de Moisés (Ex. 15:17, etc.). Muy bien sabemos que Dios en realidad concedió a la nación judía todas las bendiciones que las palabras de ese cántico expresan. Vemos, por lo tanto, que los protegió bajo la sombra de Sus alas dándoles Su ley, las ordenanzas para la adoración, y los muchos beneficios que les dispensó, por los cuales los ligó a Sí mismo; y hubiera continuado preservándolos si su terquedad y obduración indomables no los hubieran apartado de Él. Así que, después que Cristo había testificado Su voluntad tan a menudo y de tantas maneras diferentes a fin de persuadir a la obediencia a una nación perversa, aunque en vano, es con la mayor justicia que se queja de su ingratitud. En cuanto a que todas estas cosas las confinamos al tiempo en que vivió Cristo, lo haces con tu habitual ignorancia de las cosas divinas. ¡Exactamente como si Cristo no fuera el Dios verdadero, que, desde el principio no ha cesado de desplegar las alas de la gracia sobre Su pueblo elegido! Pero en este punto concluyes, al momento, que si en Cristo había otra, y secreta, voluntad, mientras así hablaba a Jerusalén, la vida entera de Cristo tuvo que haber sido una contradicción. ¡Como si el atraer con la voz y con bondad, pero dejar el corazón impasible, sin el toque de la inspiración de Su Espíritu secreto, fueran en Cristo actos disímiles y contrarios!

Mas, para que el desatino y futilidad de tu calumnia aparezca más claramente, contéstame, te ruego, esta pregunta: ¿Cuándo se queja Cristo de que se equivocara o que fuera engañado por el hecho de que la vid de la cual esperaba uvas, produjo sólo uvas silvestres? ¿Qué respuesta puedes dar, noble maestro y hábil retórico? ¿Le imputarás ignorancia a Cristo para no hacerle hablar falsamente? ¿Pues qué, impidieron y derrotaron enteramente los judíos los designios de Dios? Según lo que dices, el bienaventurado Dios se consumía en

dudas de qué habría de suceder, y el suceso lo engañó y lo sorprendió al fin. ¡No! Ni tampoco se alterarán las cosas si haces que las palabras de Cristo, que Él dirige a la circunstancias y al estado de Jerusalén, se refieran a la presciencia secreta de Dios. En otro lugar Dios dijo, «Ciertamente me temerá» (Sof. 3:7), pero se apresuraron a corromperse más y más. Dios había esperado algún provecho de los grandes castigos que infligió, pero luego se lamentó frustrado. ¿No puedes, pues, desenmarañarte de esta serie de verdades divinas de ningún otro modo que reducir a Dios al orden, y hacer que dependa de la libre determinación de los hombres para cumplir Sus designios eternos? Sin duda, está claro y evidente al entendimiento más ordinario que Dios, a fin de describir cuán grande era la iniquidad de Su pueblo, habla como en persona y manera de hombres cuando estos se quejan de que todo su esfuerzo es nulo porque se desvaneció la esperanza que ponían en su éxito.

Es muy cierto que a aquellos a quien Dios quiere reunir para Sí, los «atrae» eficazmente por Su Espíritu, y que aquello que está en Su mano y designio hacer, lo realizará en cumplimiento de Sus promesas. Por consiguiente, cuando muchos que son llamados no le siguen, queda manifiesto que esa manera de reunir, de la cual Cristo se queja por ser improductiva e ineficaz, no estaba acompañada de aquella influencia eficaz de Su Espíritu a la cual alude con frecuencia en otros lugares. Por ejemplo, en el profeta Isaías, «recobrar el remanente de Su pueblo» (11:12); «del oriente traeré tu generación, y del occidente te recogeré» (Is. 43:5); «os congregará el Dios de Israel» (Is. 52:12). El profeta acababa de decir, «Jehová desnudó su santo brazo», para desplegar Su poder «ante los ojos de todas las naciones» (Is. 52:10). De aquí que el profeta repita un poco más adelante, «Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias» (Is. 54:7). Pero lo que he propuesto anteriormente acerca de los preceptos de Dios es suficiente y abundante, así espero, para tapar la boca de todas tus blasfemias. Dios nada manda fingida, ambigua o falsamente, sino que llana y solemnemente declara qué

quiere y qué aprueba. Su intención y voluntad son que Sus elegidos (a quienes efectivamente inclina y sujeta a Su obediencia) le rindan una clase de obediencia diferente de la que le ofrecen los réprobos, a quienes también llama por la voz externa de Su Palabra, pero a quienes no condesciende a «traer» efectivamente por Su Espíritu.

La obstinación y la depravación son naturales e iguales en todos los hombres; de modo que nadie está dispuesto a asumir el yugo de la obediencia a Dios voluntariamente y de buena gana. A algunos Dios les promete el Espíritu de obediencia; a otros los deja en la depravación. A pesar de todo tu insustancial hablar, la verdad es que no a todos se les promete indistintamente «un corazón de carne» y «un nuevo corazón», sino a los elegidos en particular a fin de que anden en los mandamientos de Dios. ¿Con qué responderás a estas cosas, noble maestro y juez de la verdad? ¿Y qué si Dios invitar a la masa entera de la humanidad a venir a Él, y aun así, a sabiendas y de Su propia voluntad, les niega Su Espíritu a la mayor parte, «trayendo» sólo unos pocos a la obediencia por la inspiración y obra secreta de Su Espíritu —se acusará al adorable Dios, por esa razón, de inconsistencia?

CAPÍTULO 9

ARTÍCULOS 8 Y 9

ARTÍCULO VIII (ESTO ES, CALUMNIA VIII):

«EL ENDURECIMIENTO DE FARAÓN, Y SU CORAZÓN OBSTINADO Y REBELDE FUERON OBRA DE DIOS, AUN POR EL TESTIMONIO DE MOISÉS MISMO, QUE ADSCRIBE TODA LA REBELIÓN DE FARAÓN A DIOS».



ARTÍCULO IX (ESTO ES, CALUMNIA IX):

«LA VOLUNTAD DE DIOS ES LA CAUSA SUPREMA DE TODA DUREZA DE CORAZÓN EN LOS HOMBRES».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

EN LOS *ARTÍCULO OCTAVO* Y *Noveno* tus adversarios hacen esta pregunta: ¿Qué, pues, quiere decir Moisés cuando escribe, «Y Faraón endureció su corazón»? ¿Hemos de interpretar esas palabras de esta manera: a saber, «Y Dios endureció el corazón de Faraón»?

Seguramente que esta debe ser una manera de hablar mucho más violenta que señalar, «Dios endureció el corazón de Faraón»; es decir, Dios conocía la dureza natural de su corazón porque Faraón había rehusado obedecerle. Otra pregunta hacen similar a ésta, acerca de las palabras, «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sal. 95). Pues bien, si interpretaras este pasaje formulándolo, «Dios no desea que endurezcáis vuestro corazón», una explicación tal implicaría la mayor absurdidad porque haría que Dios mandara a los hombres hacer aquello que es Su prerrogativa exclusiva. Si el endurecer corazones es obra de Dios, sería absurdo mandar a los hombres endurecer sus propios corazones o no endurecerlos, pues no serían más capaces de hacerlo que de añadir o quitar un codo de su estatura.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO A LOS «ARTÍCULOS VIII Y IX»

UNA VEZ MÁS RUEGO QUE mis lectores, tú profano calumniador de la Verdad, me presten su confianza, y comparen mis escritos y toda mi «línea» de enseñanza con tus artículos pervertidos y mutilados. Si tuvieran la bondad de así hacerlo, tu difamación se descubrirá acto seguido, y toda la llama de ojeriza que enciendes contra mí pronto habrá de extinguirse por sí misma. Mientras tanto, no niego haber enseñado, igual que Moisés y Pablo enseñan, que Dios «endureció» el corazón de Faraón. Pese a todo eso, desprecias tanto a Moisés como a Pablo, y consideras como una nada todo lo que se lee en sus escritos. Y entonces te adjudicas el cargo de reprenderme, y de preguntarme, pues que en un lugar se lee que «Faraón endureció su corazón», si hay necesidad de hacer una interpretación más violenta del pasaje, y decir que «Dios endureció el corazón de Faraón». No es necesaria otra respuesta a esta pregunta que la que tú mismo provees en las palabras de este mendaz artículo. Pretendiendo citar de mis obras, o corrompiéndolas o no

entendiéndolas, las haces decir que, puesto que la voluntad de Dios es la causa suprema o remota del endurecimiento, el hombre mismo, que se endurece de corazón, es y debe ser la causa próxima del endurecimiento. He mostrado en muchos lugares y con toda claridad la diferencia entre la causa suprema o remota, y todas las *causas mediatas o próximas*. Mientras que un pecador puede hallar la raíz de toda pasión inicua en sí mismo, ¿qué base podrá haber para imputar a Dios falta alguna por las transgresiones de tal pecador? Ese acusador de Dios procede, como he dicho en otro lugar, exactamente como la nodriza de Medea, según la presenta el antiguo poeta, que desafortadamente exclama, ¡»Oh que el hacha jamás hubiese cortado en el Monte Pelió los tablones que formaron la nave Argo!» Su señora, la impura princesa, se quemaba en depravada lujuria y sentía que esa fuerza la impulsaba violentamente a traicionar y arruinar el reino de su padre. Mientras tanto, aquella nodriza insensata no culpaba la pasión corrupta de su señora, ni la profunda incitación de Jasón, ni veía de ninguna manera aquellas causas inmediatas; sino que continuaba quejándose de la nave que había traído a Jasón a la Cólquida, y se lamentaba de que aquella nave la habían construido en Grecia. Exactamente lo mismo hace el hombre que, conciente de su pecado y falta, sale a buscar una causa remota de su iniquidad, aun en Dios mismo, y se olvida total y ridículamente de lo que es en sí mismo.

Seguro estoy de que ahora debes ver que aunque Dios, secreta y soberanamente, endurece el corazón de los hombres, ninguna falta se le puede imputar, pues cada uno endurece su corazón por la maldad e iniquidad esenciales de su propia naturaleza.

Pero cuando Dios dirige los corazones de los hombres a obedecerle y adorarlo, eso es enteramente otra forma de Su proceder. Todos por naturaleza somos testarudos y nos resistimos, y por eso nadie desea hacer lo bueno a menos que Dios obre en él y lo lleve de la mano. Aunque la Escritura dice que «del hombre son las disposiciones del corazón» (Pr. 16:1), y que los fieles disponen el corazón

para buscar a Dios y rendirle adoración voluntaria, la Escritura de ninguna manera se contradice en este punto, sino que con claridad demuestra que todo verdadero adorador de Dios le rinde servicio de buena gana, con afecto y santa libertad de alma. No obstante, esto en manera alguna contradice o estorba el hecho de que, por las operaciones e influencias de Su Espíritu secreto, Dios cumple Su parte.

Pero respecto a que endurece los corazones de los hombres, eso es una manera diferente de Su obrar, según acabo de observar. Dios no gobierna a los reprobados por Su Espíritu regenerador, sino que los entrega al diablo, y los abandona para que le sean esclavos. De tal manera domina sus voluntades depravadas por Su juicio y designio secretos, que nada pueden hacer sino aquello que Él ha decretado. Por consiguiente, tal es la divina armonía y la coherencia maravillosa de estas cosas, que aunque Dios endurezca a quien quiera endurecer, todavía, todo aquel así endurecido es la causa y autor de su propia condición. Pero no deseo explayar en demasía mis observaciones en contestación a este artículo; permítaseme, pues, grabar en el ánimo y en la memoria de los lectores píos y rectos la siguiente amonestación de Agustín: «Cuando el apóstol dice que Dios “entregó” a ciertos sujetos a “pasiones vergonzosas” (Ro. 1:26), es ignorancia absurda referir esto a la paciencia de Dios. El mismo apóstol en otro lugar conecta la paciencia de Dios con Su poder, cuando dice, “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?” (Ro. 9:22)», etc. En verdad, aun si este devoto y docto padre y maestro nunca hubiera escrito o hablado de esta importante materia, la sola autoridad de Dios debía ser suficiente, y más que suficiente, para el entendimiento y la fe. No soy yo quien dijo que «Él quita el entendimiento a los jefes, y los hace vagar», o «Dios reprimió el corazón de Faraón para que no se inclinara a la compasión y a la misericordia». No soy yo quien dijo, «que Dios vuelve los corazones de las naciones y los endureció a odiar a Su pueblo», o «que silbó por los egipcios y los usó como siervos Suyos». No soy yo quien dijo, «que

Senaquerib fue vara en la mano de Dios para castigar a Su pueblo». Yo no dije todas esas cosas. Son todas declaraciones del Espíritu de Dios mismo.

¿Pues qué?, cuando la Escritura misma afirma que un espíritu malo de parte de Dios atormentó a Saúl, ¿achacarás esto nada más que a la paciencia o al mero consentimiento de Dios? Cuánto más se acerca Agustín a la verdad en su instrucción admonitoria, al observar: «Los pecados que Satanás y los inicuos cometen son particularmente suyos; pero aquello que esos pecados logran se efectúa por el poder de Dios, quien divide las tinieblas de la luz según Su voluntad». Ahora tú me acusas de decir lo que Dios mismo entretanto afirma en Sus propias palabras. En este punto, sea el mismo Agustín quien te responda en mi lugar cuando dice: «Si se hace un examen meticulado de la Escritura, quedará demostrado que Dios no solamente dirige las buenas voluntades de los hombres (voluntades que Él ha hecho buenas siendo malas primero) hacia buenos actos y hacia la vida eterna, sino que también aquellas voluntades que persisten en su corrupción natural están de tal modo bajo el poder de Dios, que Él las encamina e inclina cuando y hacia donde quiere, ya sea para dispensar bendiciones o para infligir castigos; y que lo hace por juicios muy secretos, pero al mismo tiempo sumamente justos».

CAPÍTULO 10

ARTÍCULO 10

ARTÍCULO X
(ESTO ES, CALUMNIA X):

«SATANÁS ES UN MENTIROSO, SUJETO A
LO QUE DIOS DISPONGA».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

CONTRA ESTE *DÉCIMO ARTÍCULO*, CALVINO, el cual es parte de tu doctrina, tus antagonistas arguyen de esta manera: Si Satanás es un mentiroso bajo la potestad de Dios, entonces ser mentiroso es justo, y por lo tanto Satanás es justo. Si es justo mandar a mentir (y lo es si Calvino dice la verdad), luego obedecer una mentira también ha de considerarse justo a causa de la justicia del precepto. Además, ya que obedecer un precepto injusto es injusto, también obedecer un precepto justo es justo. Si a esto Calvino responde que Satanás no es un mentiroso por obediencia —es decir, por mera obediencia a Dios— nosotros contestamos, ciñéndonos a las declaraciones del propio Calvino, que Satanás es mentiroso, aunque no por obediencia a Dios, sino por disposición Suya.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO X»

♦ **REFLEXIONA SOBRE LA CLASE DE hombre** a quien disparas tus flechas! La aserción a la que apuntas tus armas no es mía; procede del Espíritu mismo de Dios. Las palabras exactas de la Escritura son estas, «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?» (Is. 6:8). Prestamente Dios llamó a Satanás y le mandó ir para ser espíritu de mentira en boca de todos los profetas a fin de engañar a Acab (1 R. 22:20-22). Pues ahora ladra, perro que eres, tan fuerte como quieras. Opacar con tus denuestos la gloria de Dios te será tan imposible como oscurecer el resplandor del sol por escupirle en el ardiente rostro. Mas permíteme de nuevo emplear las palabras de Agustín, no las mías, «Cuando Dios declara que envía falsos profetas, y que Su mano está sobre ellos para hacer que engañen a hombres y a reyes, esto no es un acto de Su mera paciencia o permiso, sino un ejercicio de Su poder eficaz». Y acerca de tu parloteo de que Satanás no es un mentiroso por mandato de Dios, por obediencia a ese mandato —no es ninguna maravilla que te enmarañes en nudos y redes incontables mientras rehúsas reconocer que Dios usa las artimañas de Satanás de manera inexplicable, por Su soberana voluntad, a fin de manifestar por ese medio la justicia y la equidad de Su dominio supremo. Mas aun así, nunca exime a los inicuos instrumentos que emplea de pecado y de culpa, que les pertenecen; instrumentos que Su poder compele a ejecutar Sus decretos, y en cierto modo, aun en contra de sus voluntades. Aunque, por lo tanto, tu amarga malicia aúlle cien veces o más, lo que yo emito no es la voz de Calvino, sino la de Dios, quien dice, «He dado mandamientos a mis santos». Por consiguiente, si te imaginas que Dios se atribuye más de lo que debía, más tarde o más temprano Él hallará la manera de vindicarse de todas las acusaciones como las tuyas, y de vengarse de todos los acusadores como tú.

CAPÍTULO 11

ARTÍCULO 11

ARTÍCULO XI (ESTO ES, CALUMNIA XI):

«DIOS DA LA VOLUNTAD A AQUELLOS QUE HACEN EL MAL. TAMBIÉN SUGIERE AFECTOS DEPRAVADOS Y DESHONESTOS, NO SOLO POR PERMISO SINO EFECTIVAMENTE, Y LO HACE PARA SU PROPIA GLORIA».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

EN OPOSICIÓN A ESTE *UNDÉCIMO Artículo* tus adversarios arguyen de la siguiente manera: Calvino en realidad le atribuye a Dios lo que evidentemente pertenece al diablo, como queda manifestado por la armonía del testimonio de toda la Escritura. Además, si Dios sugiere afectos depravados y deshonestos, y con todo nos manda resistir afectos depravados, pues entonces nos manda positivamente resistirlo a Él mismo, y viene a ser, por ende, inconsecuente consigo mismo. «Toda buena dádiva descende de lo alto, del Padre de las luces» (dice la Escritura, Stg. 1:17). ¿Deben considerarse, pues, aun los afectos depravados, buenas dádivas? ¿Descienden también del Padre de las luces? Claramente Santiago afirma que «Dios no

tienta a nadie, sino que cada uno es tentado de su propia concupiscencia» (1:13-14). Mientras que tú a esto añades que Dios lo hace para Su propia gloria, tus adversarios sostienen que una idea tal es absurda. Nabucodonosor, por cierto, conoció la justicia y el poder de Dios cuando, a causa de su orgullo, se vio mudado en la naturaleza y costumbres de una bestia bruta; y por ello glorificó a Dios, porque juzgó y patentemente pudo ver que Dios era justo y poderoso.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO XI»

OTRA VEZ, SEGÚN YA LO has hecho, procedes a fabricar monstruos irreales, y a matarlos en tu fantasía, atribuyéndote gloria en un descomunal triunfo que vanamente crees haber logrado sobre un inofensivo siervo de Dios. Sin embargo, en cuanto a los lugares de mis escritos donde he hablado o enseñado las doctrinas que este artículo contiene, esos lugares no puedes, ni jamás podrás, encontrar. Así es que, sin que tenga yo que decir una palabra, tu futilidad e impudencia juntas caen por tierra. Con referencia a los homicidios, adulterios, rapiña, y fraudes, etc., con que los inicuos se corrompen, mi enseñanza es que todas estas perversidades proceden de la violenta maldad de sus naturalezas. Pero enseño que Dios, que saca luz de las tinieblas, de tal modo gobierna a estos hombres y por medio de ellos, que, por Su juicio secreto e incomprensible, y valiéndose de la malignidad de ellos, ejecuta Sus decretos eternos. Ahora bien, si tú quieres contender contra estas verdades solemnes, disponte de inmediato para trabar batalla con Dios mismo. Él está muy bien preparado para arrostrar tu alocado asalto.

Si en ti hubiera siquiera una gota o una chispa de recato o mansedumbre, sin duda debía satisfacerte al punto aquel contraste que siempre observo, y que una y otra vez ocurre en mis escritos. Si los malvados que descubren la raíz de todo mal en sí mismos sólo inquirieran de sus propias conciencias dónde yace la culpa,

esas conciencias testificarían que la culpa de toda su perversidad ha de hallarse en la raíz de la iniquidad toda que dentro de ellos reside. Tampoco dejarían de ver que Dios, dirigiendo sus voluntades depravadas hacia donde le plazca, se sirve de esos afectos viles para producir bienes. Si con esto estás reñido, una vez más te digo que no contiendes contra mí, sino contra Dios mismo. ¡Oh, si tú pudieras, de lo profundo del corazón, confesar que Dios es el Padre de las luces! Entonces, como Pablo muy bien lo expresa, no te abrirías paso, por tu osadía, hacia aquella «luz inaccesible»; no trocarías, por tu insolencia profana, esa luz en tinieblas.

Además de esto, revelas tu ignorancia y falta de juicio al concluir que, puesto que toda cosa buena desciende del Padre de las luces, luego, los actos terribles de justa venganza ante los cuales los inicuos temen y tiemblan no proceden del mismo Ser glorioso. Aún mayor es tu insensatez y estupidez cuando me preguntas si considero que los afectos depravados y perversos figuran entre las buenas dádivas y dones perfectos que descienden del Padre de las luces. ¡Sí, por cierto! Tú mismo eres prueba solemne de que existe una diferencia maravillosa entre el Espíritu de sabiduría, de juicio y de conocimiento, y el espíritu de adormecimiento y delusión, aunque ambos vienen de Dios; uno para misericordia, el otro para juicio. ¡Sí! Hay una diferencia maravillosa entre el Espíritu de regeneración, que crea de nuevo a los fieles a la imagen de Dios, y un espíritu malo de parte de Dios, que lleva a los réprobos a la enajenación, como en el caso de Saúl.

Con igual descaro me atacas por enseñar que Dios ejecuta Sus decretos por medio de Satanás y de los réprobos, para manifestar de ese modo Su gloria. Que Satanás sea instrumento de Su ira lo testimonia Dios directamente tanto en Su Palabra como por la experiencia universal. Y, ¿con qué fin decimos que Dios obra por mano de Satanás, si no es que Dios, mediante Satanás y su malicia y sus actividades, fomenta Su gloria, y la manifiesta? Por esa mañosa astucia respecto a Satanás te figuras que has eludido la red de esta divina

materia. Pero no te es posible impedir, con todas tus contenciones inicuas contra la verdad, que Dios engendre Su propia gloria. ¡No! No más de lo que Faraón pudo impedir, por la locura de su orgullo, que Dios mostrara el resplandor de Su gloria, porque para eso lo puso Dios, para mostrar en él la gloria de Su poder. Me harás frente diciendo que Nabucodonosor dio gloria a Dios cuando confesó la justicia de Dios en Sus juicios terribles. Sin embargo, para que eches de ver el desprecio que siento por todas tus insustanciales e inútiles flechas, yo mismo voy a ayudarte en la presentación de tu argumento, y te pondré en el magín aquello que de otro modo nunca hubiera allí entrado. ¿Con qué propósito exhortó Josué a Acán a dar gloria a Dios? (Jos. 7:19). Se propuso demostrar que Dios sería glorificado por la detección del profano robo de Acán y de su mentira.

La pregunta esencial ahora es si existe sólo una manera en que Dios pueda manifestar Su gloria. Porque si la gloria de Dios no brillara en medio de las mentiras y de las otras maldades de los hombres, Pablo hablaría en vano al decir que sólo Dios es veraz y todos los hombres mentirosos; igualmente en vano hablaría cuando de inmediato añade, «si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios?» (Ro. 3:5).

Cuando argumentas que la voluntad de Dios es que todas las naciones lo alaben por las bendiciones que otorga, lo que afirmas es cierto, siempre que también concedas que hay un gran bosque de circunstancias de las cuales Dios, por Sus maravillosas operaciones, obtiene gloria para Sí. Por ignorar estas cosas provees la ocasión para el justo castigo de tu orgullo. Porque, ostensiblemente riéndote de toda sana lógica y razonamiento legítimo, perpetuamente arguyes de la especie al género de manera negativa.

No juzgo digno de una respuesta prolongada tu chanza profana y blasfema, cuando insinúas que Dios castigue a los hombres por gastar las barbas que Él mismo creó. Porque, ¿quién jamás dijo que Dios creó la iniquidad, aunque sea cierto que Él, por Su propósito secreto e impenetrable ordena y domina la iniquidad para fines

justos, buenos y gloriosos? Afuera, por tanto, con tu insolencia estúpida e insípida, pues crasamente confundes la barba del hombre, que crece natural e imperceptiblemente aun mientras duerme, con actos de impiedad, que son voluntarios, perceptibles y concientes. Enfurécete conmigo con toda la violencia que quieras. A pesar de eso, en esto me afirmo y me mantengo, que aunque Dios por cierto decreta y domina los afectos depravados de los hombres con objeto de lograr Sus propósitos eternos, justamente castiga a los agentes e instrumentos depravados, y los condena en sus propias conciencias.

Solamente observa cómo de nuevo te embrollas en una red que tú mismo has tejido; simulas confesar que no conocemos los decretos de Dios, y luego sostienes que podemos comprender Su justicia tan claramente como la del hombre. Supongamos ahora que alguien te preguntara si los secretos de Dios contienen alguna justicia, ¿lo negarías? ¿Quisieras hacer ver, o afirmarías que la justicia de Dios, en Sus actos secretos que David y Pablo contemplan con asombro y adoración porque superan el último alcance de sus poderes intelectuales, puede entenderse fácilmente y conocerse por entero? ¿No contienen justicia la profundidad y las riquezas de la altura de la sabiduría de Dios patente en Sus juicios maravillosos? ¿Por qué, pues, has de negar que Dios es justo cuando quiera que los motivos de Sus obras exceden tu comprensión? En el libro de Job se hace una insigne distinción divina entre aquella sabiduría de Dios que es insondable, el esplendor de la cual mantiene la naturaleza humana a una distancia inmensurable, y otra sabiduría que Él manifiesta en Su ley que nos revela por escrito. De esta misma manera, tú, si no lo confundieras todo, debías haber hecho una diferencia entre la maravillosa y profunda justicia de Dios, que ninguna capacidad humana puede alcanzar y comprender, y la regla de justicia que Dios ha prescrito en Su ley que nos revela con objeto de poner en buen orden las vidas de los hombres. Yo en seguida confieso que es por la doctrina que el Evangelio abiertamente revela que Dios de seguro

juzgará al mundo. ¡Pero es igualmente indudable que reivindicará, al mismo tiempo, la integridad de Su providencia secreta contra todo alborotador profano!

Por cierto, si conocieras, aun en grado mínimo, el Evangelio del cual con presuntuosidad parloteas, fácilmente entenderías cómo es que Dios ricamente galardona la rectitud que promulga en Su gloriosa ley; que jamás priva de la corona prometida a aquellos que de corazón obedecen Sus mandamientos; y que, no obstante, castiga justamente a todos los que rehúsan obedecer. A estos, sin embargo, los llama siervos Suyos, porque los tiene en las manos para el logro de Sus propósitos eternos. De ahí que Jeremías llame «siervo» de Dios, con especial significado, a Nabucodonosor, aquel furioso saqueador de naciones y esclavo de Satanás. Si yo he enseñado que Dios, según puede verse en Sus juicios por todas partes, inclina los corazones de los hombres de acá para allá a fin de ejecutar Sus designios y decretos, cuando los profetas de Dios declaran estas mismas cosas con las mismas palabras, y cuando cito sus propias palabras, ¿por qué me imputas las tales citas como si fueran atroces crímenes que yo haya cometido? ¿Acaso no son éstas las palabras precisas de la historia divina? «Volvió a encenderse la ira de Jehová contra Israel, e incitó a David contra ellos a que dijese: Vé, haz un censo de Israel y de Judá» (2 S. 24:1).

CAPÍTULO 12

ARTÍCULO 12

ARTÍCULO XII (ESTO ES, CALUMNIA XII):

«LOS IMPIOS, POR SUS HECHOS DE IMPIEDAD, MÁS BIEN HACEN LA OBRA DE DIOS ANTES QUE LA SUYA PROPIA».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

CON REFERENCIA A ESTE *DUODÉCIMO Artículo*, Calvino, que es doctrina tuya, tus contendientes arguyen de este modo: Si éste es realmente el caso, entonces Dios se mueve a ira contra lo bueno frecuentemente. Porque si la iniquidad es obra de Dios, luego es buena, ya que todas las obras de Dios son buenas. Además, si la iniquidad es buena, se sigue por necesidad que la piedad es mala, por ser directamente contraria a la iniquidad. Así pues, de nuevo se sigue que cuando las Santas Escrituras nos mandan aborrecer el mal y amar lo bueno, nos mandan amar la iniquidad y aborrecer la piedad. Tus contrarios también afirman que este artículo de tu doctrina de veras tiene sabor a libertinaje, y en consecuencia se extrañan de que seas tan resuelto enemigo de los libertinos.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO XII»

DELANTE DE DIOS, DE LOS ángeles y del mundo entero, otra vez testifico que lo que en realidad enseñé sobre este particular, tú lo has pervertido totalmente por la más baja y maliciosa calumnia. Si de veras te parece cosa absurda enseñar que los inicuos hacen la obra de Dios, traba la batalla de inmediato con Jeremías, el profeta de Dios, cuyas palabras son estas, «Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová, y maldito el que detuviere de la sangre su espada» (48:10). Las palabras «la obra de Jehová» evidente e innegablemente hablan de matanzas hostiles y desolaciones, que tú seguramente calificarás de iniquidad, viendo que proceden de pura avaricia, crueldad y orgullo. A los caldeos los aguijoneaba su propia ambición y sed de saqueo, tanto que, haciendo caso omiso de toda justicia, se abrían camino por la rapiña y la matanza para lograr sus intenciones inhumanas. Pero como a Dios le plugo castigar, valiéndose de los caldeos, la idolatría y la provocación de los moabitas, su depravación no alteró el hecho de que por sus impías manos ejecutaron los juicios de Dios sobre los moabitas. ¿De qué te sirven, pues, tus ladridos y gruñidos? ¿De qué te sirven tus profanas razones y argumentos de «que, por lo tanto, la iniquidad es buena»? Como si a Dios pudiera imputársele iniquidad porque, por Su admirable obrar, encauza la maldad de los hombres hacia un fin y propósito diferente por completo del que los inicuos trazaron. No sólo eso, sino que pretendes instalarme en la misma laya de los libertinos, los delirios de cuya secta he procurado exponer y confutar más que cualquiera otro; así que no necesito defenderme de nuevo en esta presente ocasión.

CAPÍTULO 13

ARTÍCULOS 13 Y 14

**ARTÍCULO XIII
(ESTO ES, CALUMNIA XIII):**

«PECAMOS POR NECESIDAD (CON RESPECTO A DIOS), YA SEA PORQUE PECAMOS ADREDE O ACCIDENTALMENTE».



**ARTÍCULO XIV
(ESTO ES, CALUMNIA XIV):**

«CUALESQUIERA SEAN LAS INIQUIDADES QUE LOS HOMBRES COMETAN POR VOLUNTAD PROPIA, ESAS INIQUIDADES PROCEDEN TAMBIÉN DE LA VOLUNTAD DE DIOS».

OBSERVACIONES Y ASEVERACIONES DEL CALUMNIADOR

CONTRA ESTOS DOS ARTÍCULOS TUS adversarios alegan los siguientes argumentos: Si pecamos por necesidad, todas las exhortaciones son baldías evidentemente, y el profeta Jeremías por lo tanto dice en vano estas palabras al pueblo, «Así

ha dicho Jehová: He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte. El que quedare en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de pestilencia; mas el que saliere y se pasare a los caldeos que os tienen sitiados, vivirá, y su vida le será por despojo» (Jer. 21:8-9). Toda esta advertencia y amonestación es absolutamente vana, repito, si, por el estado y necesidad de las cosas, pasarse a los caldeos era una imposibilidad tan grande como tragarse una montaña.

Si Calvino contesta que Dios despliega Sus mandamientos ante los hombres para hacerlos inexcusables, nosotros replicamos que esto también es efectivamente ilusorio. Porque si un padre ordenara a su hijo comerse una montaña, y el hijo no lo hiciera, el hijo no sería más inexcusable después de la orden del padre, de lo que era antes. De la misma manera, si Dios me mandara no hurtar, pero aun así tengo que hurtar por la necesidad que Él me impone; y si por esa necesidad no puedo abstenerme de hurtar más de lo que puedo comerme la montaña; no soy más inexcusable después del mandamiento de lo que antes era, ni soy más excusable antes del mandamiento de lo que era después. En una palabra, el argumento de los oponentes de Calvino es que, si esta doctrina es en realidad verdadera, un hombre es inexcusable aún antes de que Dios le ponga Su mandamiento frente a los ojos. De donde se sigue que todo mandamiento que se dé con la intención de hacer inexcusable al ser humano, es del todo superfluo e inútil.

Además, si Dios reprueba al inicuo antes de su iniquidad —es decir, antes de nacer, aun desde la eternidad— y si, consecuentemente, peca por necesidad, ya es inexcusable y está condenado antes de que se le dé a conocer ningún precepto. Y es así convicto antes de cometer ningún acto de malignidad en absoluto; mientras que todas las leyes, humanas y divinas, condenan a un hombre después del hecho y por el hecho.

RESPUESTA DE JUAN CALVINO AL «ARTÍCULO XIII»

SE ME HACE IMPOSIBLE PRECISAR o comprender lo que realmente quieras decir o lo que te propongas en este *Decimotercer Artículo* (es decir, calumnia). Paréceme que eres como alguien que trata de hechizar los sentidos de la gente con un zumbido de susurros mágicos. Porque, ¿qué son pecados accidentales? ¿Quién, además de ti, ha fabricado jamás extravagantes criaturas tales como son éstas, en el taller del cerebro humano? En otros lugares de mis escritos, y siempre, he enseñado que todas las cosas que parecen suceder por accidente están bajo el gobierno y dominio de la Providencia secreta de Dios. ¿Quién será aquél que te autorizó para extraer de mis enseñanzas la idea de pecado accidental? Y, esta doctrina que he enseñado, ¿es mía propia, la inventé yo? ¡NO! El autor es Dios mismo. Si cuando alguien está cortando las ramas de un árbol, el hacha saltare de su mano e hiriere en la cabeza a un transeúnte, ¿es esto, te parece, un accidente? Eso no es lo que pensó el siervo de Dios, Moisés. Por medio de él declara el Espíritu Santo que al hombre que recibió el golpe lo mató Dios. Y, ¿osarás decir que Dios arroja Sus armas y asesta Sus golpes a este lado y al otro como lo haría un individuo ebrio o desquiciado? Por cierto, si, como te lo figuras, los hombres pecan aparte del propósito, entendimiento, o la mente de Dios, ¿cómo podría ser Dios Juez del mundo? Y si las cosas que se hacen en el mundo se hacen aparte del propósito, entendimiento, conocimiento y voluntad de Dios, ¿de qué manera excede Dios al hombre mortal? ¿En qué es el adorable Dios superior al hombre y mayor que él?

Por consiguiente, cuando afirmo que Dios sabe, y que todo pecado humano le concierne, ¿te sientes impelido por ello a tal locura y odio de la doctrina que me acuses de fabricar un dios falso? Supongamos ahora que te concediera que los hombres pecan sin que Dios lo sepa y sin que le importe para nada, ¿qué Dios quedaría en el cielo o en la tierra en virtud de tal concesión? Mas, aun así, te figuras

con jactancia ser un gran y popular maestro; mientras que, desposeyendo a Dios de todo interés en todas las cosas que los hombres hacen, sean pecados o no, y meramente concediéndole la dignidad del título de Dios, como Lucrecio hizo con sus sueños, haces del Dios adorable nada más que un ídolo inerte e indiferente.

Tocante a tus argumentos de que si los hombres pecan por necesidad, luego toda doctrina es superflua, todo precepto inútil, toda amonestación insustancial, y todas las reprensiones y amenazas absurdas; si el libro de Agustín «sobre la compulsión y la gracia», dirigido a Valentino, no es suficiente para borrar del cerebro estas objeciones frívolas (Dios nombró de modo especial a Agustín para discutir ese asunto), no vale la pena que me oigas ni una palabra más sobre esta sagrada materia. Además de esto, de tal modo les he arrebatado a Pighio y a tu maestro preferido, Serveto, el agarre que tienen de esta calumnia, que los lectores enseñables y candorosos no requieren que les diga ni una palabra más para defenderme en este punto de mi testimonio. Sólo voy a ofrecer unas breves palabras a las calumnias jactanciosas que contra mí diriges concerniente a esta doctrina fundamental que estamos tratando. Si no le permites a Dios mandar nada que rebase los límites de la comprensión natural de los hombres, cuando Él te llame a comparecer ante Su tribunal te hará ver con terrible sencillez lo que Él ha declarado, y no en vano, por la boca de Su apóstol: que ha consumado por Su gracia aquello que era imposible para la Ley (Ro. 8:3). Muy claro se ve que en la Ley se promulga la justicia perfecta que Dios requiere, para que esté a la mano y se muestre claramente ante los ojos de todos los hombres, si los hombres sólo tuvieran el poder de cumplir lo que Dios manda. Pero el apóstol explícitamente declara que lograr la justicia que la Ley exige es, de parte nuestra, imposible. ¿En qué te fundas, pues, para contender con Calvino e injuriarlo por su doctrina en este punto divino?

Si hurtas por necesidad (atendiendo ahora a tu propio argumento), ¿te parece que serías menos excusable después de haberse

decretado la Ley, que antes? Muy diferente es el concepto que Pablo tiene de sí mismo, cuando confiesa que «soy vendido al pecado», pero al mismo tiempo testifica que la Ley «produce ira». Demuestra así que es inútil poner enfrente el escudo de la necesidad para defendernos, ya que la conciencia de cada uno lo condena de iniquidad voluntaria y deliberada.

Permíteme ahora plantearte esta pregunta: Hace un año, cuando tenías en la mano el gancho con que derribar árboles para hacer leña que calentase tu casa, ¿no fue tu propia voluntad lo que te indujo a robarle leña a tu vecino? Si, pues, este solo acto basta para condenarte merecidamente, que a voluntad, de manera ruin y malvada, te lucraste por el menoscabo de tu vecino, no importa cuánto ruido hagas ahora respecto a la necesidad, esa necesidad no te absolvió en aquella ocasión. Y referente a tu argumento, aún más gritón, de que nadie puede ser condenado justamente excepto por causa de su crimen, y posterior al crimen; por lo primero no hay contienda entre tú y yo, ni causa para ello (o no debía haberla), porque en todas partes enseño que nadie perece sino por el juicio justo de Dios. Pero no puedo reprimir mi testimonio de que detrás de tus palabras yace oculta una gran profundidad ponzoñosa. Porque si tu exposición de esta materia divina y tu figura retórica han de aceptarse, Dios, que justamente incluye a todo el linaje de Abraham en la culpa del pecado original, aparecerá injusto.

Niegas que sea lícito y correcto que Dios condene a ninguno de los mortales, a menos que sea por motivo de pecados cometidos. Mortales sin número parten de esta vida mientras están aún en plena infancia. Así que mejor sería, pues, que entablaras tu sañuda guerra contra el mismo Dios, que pone bajo la culpa del pecado original a pequeñuelos inocentes, acabados de salir del claustro materno, y los sujeta a Su ira y a la merecida muerte eterna. ¿Quién, ten la bondad de decirme, no detestará la blasfemia de altercar así con Dios, cuando, ya con la voz, ya con la pluma de la verdad, se exponga la blasfemia a la vista? Maldíceme cuanto quieras, pero no

lances blasfemias al Dios adorable. En cuanto a mí, no puedo esperar librarme de los reproches de aquellos que no eximen ni al siempre bienaventurado Dios mismo.

Respecto de la segunda parte de tu argumento, que a nadie se puede condenar sino hasta después del crimen, te pido que nada más peses en tu balanza la levedad y vacuidad de tu palabrería. Tus propios maestros, Pighio, Serveto y otros inmundos perros ladrones, por lo menos confiesan que todos los que Dios previó ser merecedores de destrucción eterna, los condenó antes de la fundación del mundo. Entre tanto tú no le reconoces a Dios el derecho de condenar a nadie a la muerte eterna, sino a los que han comparecido ante jueces terrenales por razón de los crímenes que efectivamente perpetraron. ¡De tales argumentos, los lectores pueden al punto colegir el alcance de la maravillosa demencia tuya, que no titubeas en desarraigar, por mero juego o burla, todo el solemne orden de la justicia divina!

LA DESCRIPCIÓN QUE EL CALUMNIADOR HACE DEL DIOS FALSO

El Dios falso es lento para la misericordia y pronto para la ira. Ha creado la mayor parte de la humanidad para la perdición, y los ha predestinado no sólo a la condenación, sino también a la causa de su condenación. Por lo tanto, desde la eternidad Dios ha decretado sus pecados, pecados que ocasiona porque son voluntad Suya, y que consecuentemente se cometen por necesidad, de modo que ni robos, ni adulterios, ni homicidios se cometen si no es por Su voluntad e instigación. Pues Él sugiere a los hombres afectos depravados e inicuos, no sólo permisiva, sino efectivamente, y les endurece el corazón. Por esto se ve que, viviendo los hombres perversamente, más bien cumplen la obra de Dios antes que la suya propia, y no les es posible hacer otra cosa. Este Dios hace mentiroso a Satanás; de modo que la causa de las mentiras de Satanás no está en sí mismo, sino en el Dios de Calvin.

**LA DESCRIPCIÓN QUE EL CALUMNIADOR
HACE DEL DIOS VERDADERO**

No obstante, el Dios que la naturaleza, la razón y las Santas Escrituras evidencian patentemente contradice a este Dios de Calvino, pues está inclinado a la misericordia y es lento para la ira. Y creó al primer hombre, de quien proceden todos los otros, a Su imagen, a fin de instalarlo en el Paraíso y concederle vida eterna. Este Dios quiere que todos sean salvos, y que ninguno perezca. Precisamente para lograr ese propósito envió a Su Hijo al mundo, para que Su justicia sobreabundase allí donde el pecado del hombre abunde. La luz de esa justicia «alumbra a todo hombre que viene a este mundo», y este Hijo de Dios, el Salvador del mundo, llama a todos, «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». Este Dios sugiere afectos buenos y honorables, y libra a los hombres de la necesidad de pecar (en la que se precipitan a sí mismos por la desobediencia); y sana toda clase de enfermedades y dolencias entre el pueblo. Es más, tan misericordioso es que nunca niega Su misericordia y socorro a nadie que se los pida. En realidad, este Dios verdadero viene con el propósito expreso de destruir las obras del Dios de Calvino, y echarlo fuera.

Pues bien, estos dos Dioses, siendo por naturaleza contrarios, engendran hijos que también son contrarios. Los hijos de aquel falso Dios inmisericorde son soberbios, despiadados, envidiosos, sanguinarios, calumniadores, disimuladores, muestran una cosa en el rostro y llevan otra en el corazón, impacientes, impetuosos, maliciosos, sediciosos, contenciosos, ambiciosos, avaros, amadores de los deleites más que de Dios; en una palabra, llenos de afectos depravados e inicuos que su Dios les ha inspirado. En cambio, el otro Dios engendra hombres compasivos, modestos, afables, benévolo, benéfico, que aborrecen el derramamiento de sangre, sinceros, candorosos, que hablan la verdad desde la abundancia del corazón, apacibles, mansos, sosegados, que detestan el tumulto y la riña, desprecian el renombre, liberales, amadores de Dios más que de los

deleites; en una palabra, llenos de todos los afectos puros y honestos, que su Padre les inspira.

Esa es la opinión que tus adversarios tienen de tu doctrina, Calvino, y esos los argumentos que contra ella esgrimen. Y a todos aconsejan que juzguen tu doctrina por sus frutos. Además, afirman que tanto tú como tus discípulos llevan fruto abundante de tu Dios; y que son, en la mayor parte, contenciosos, sedientos de venganza, siempre aferrados y atentos a los agravios que reciben, y llenos de innumerables vicios adicionales que tu Dios genera en ellos.

Si alguno replicare a estas aseveraciones de tus adversarios, y alegare que estas no son tachas que tu doctrina suscita, tus oponentes responderían que tu doctrina evidentemente sí engendra tales hombres. Y que así es el caso queda manifiesto por el hecho de que muchos, después de abrazar y seguir tu doctrina, vienen a ser tales, no habiendo sido anteriormente personas de esa calaña. Dicen, entretanto, que aquellos que creen la doctrina de Cristo siempre son hechos mejores; pero, por el contrario, aseguran que tu doctrina manifestamente hace peores a los hombres. También aseveran que cuando tú o tus seguidores profesan una doctrina sana, no se les puede creer.

La verdad es que hubo una vez en que yo mismo favorecía tu enseñanza, y hasta la defendí, aunque en realidad no la entendía claramente. Tan alto concepto tenía de tu autoridad, que me parecía que el mero albergar un pensamiento contrario era un verdadero crimen. Pero ahora, después de oír los argumentos de los que se te oponen, no tengo nada que contestar a sus conclusiones y demostraciones. Es cierto que tus discípulos intentan responder en defensa tuya, y cuando pueden encontrar algunos que te favorezcan, entre ellos se ufanan con imprudencia temeraria de tener la verdad de su lado. Sin embargo, cuando tienen que enfrentarse con tus oponentes, titubean y corren a tus libros buscando protección; pero lo que allí hallan es demasiado flojo para sostenerlos. Tu razonamiento es tan débil y, en gran medida, tan defectuoso, que tan pronto como

sueltan tu libro de la mano, sueltan tu razonamiento de la memoria, y por ende no logran convencer a tus adversarios. Por otra parte, los argumentos de tus contendientes son claros, poderosos y rápidamente se confían a la memoria. Así que los analfabetos (a esta clase pertenecían los más de los que seguían a Cristo) al punto pueden entenderlos; de ahí resulta que la mayoría de tus discípulos dependen más de tu autoridad que de un sano juicio. Descubriendo que no pueden vencer a sus adversarios con argumentos, los tienen por herejes e intolerantes, rehuyen su compañía, y aconsejan a todo el mundo hacer lo propio. En cambio, yo, que siempre he sido de la opinión de que lo que se dice, no la persona que habla, debe ser el objeto que se ha de tomar en cuenta, juzgo que a todos debemos oír, y que todo lo que se dice debe probarse cumplidamente, y lo que sea bueno debemos recibirlo y retenerlo.

Por lo que, Calvino, si puedes sacar algunos argumentos que sean verdaderos, claros y juiciosos, con los que uno pueda refutar a tus antagonistas, exhíbelos ante todos nosotros, te ruego, para que así demuestres que en realidad eres un defensor de la verdad. Tú sabes lo que está escrito, «Yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan» (Lc. 21:15). En cuanto a mí mismo, dondequiera que pueda hallar la verdad, estoy dispuesto a seguirla y a exhortar a los demás a adoptar el mismo curso. Si acaso te has equivocado (pues todos somos humanos), te suplico, Calvino, que des gloria a Dios haciendo una confesión plena. Tal acto de tu parte sería más noble, e impulsaría tu fama más que el perseverar en el error. Pero te ruego que no te llenes de enojo conmigo por esta carta, de la cual nada tienes que recelar si eres justo y verdadero. En primer lugar, porque es para tu propio beneficio que te amonesten los argumentos que en ella te presento. En segundo lugar, puesto que crees, según dices, que todo se hace por necesidad, tienes que creer que esta carta también la escribí por necesidad. ¡Que te vaya bien!

RESPUESTA DE JUAN CALVINO A LOS «ARTÍCULOS XIII Y XIV»

AHORA SÓLO ME RESTA VINDICAR la gloria del Dios verdadero y eterno de tus maldiciones y blasfemias profanas.

Tú te ufanas diciendo que yo pongo delante de los hombres al diablo en el lugar del Dios verdadero. Mi defensa nada más tiene que ser breve e inclusiva. Todos mis escritos testifican patentemente que nunca me he propuesto otra meta, o propósito, o ferviente plegaria, que el que todo el mundo se dedique a Dios con todo temor, reverencia y santidad; que todos los hombres cultiven en buena conciencia la equidad entre sí y para con los demás; y también que mi propia vida corresponda con mi doctrina. No voy a desairar y deshonorar la gracia de Dios comparándome contigo o con tus camaradas, cuya pretendida vida irreproachable consiste en una mera apariencia externa rastrera. Me limito a observar que si algún juez arbitrador imparcial e íntegro viniera a juzgar entre nosotros, admitiría de inmediato que una santa reverencia a Dios distingue tanto mi lenguaje como las costumbres de mi vida; y con igual presteza confesaría que cualquier cosa que de ti procediera exhalaría temor y pavor, cosas que los piadosos desprecian y de las que se ríen.

Pero, a fin de examinar con la mayor brevedad tus mezquinas calumnias —¿quién o qué puede ser más profano que tú al contender que Dios se muestra lento para la misericordia y pronto para la ira si ha predestinado a la mayor parte del mundo a muerte eterna?— una cosa es cierta, y es que no importa qué clase de Dios puedas fabricarte o imaginarte, el único y adorable Dios debe ser adorado y es adorado por todos los piadosos, el Dios que por más de dos mil años dejó a todo el género humano, excepto la familia de Abraham, vagando en oscuridad total para destrucción de sus almas. Si estás dispuesto a acusar a Dios de crueldad porque condescendió a bendecir con la luz de la vida una sola familia de la tierra, entretanto que por voluntad Suya naciones sin número permanecieron durante los mismos dos mil años sumidas en las tinieblas de la muerte de sus

almas, una pregunta proveerá respuesta solemne a toda indagación del profundo misterio. ¿Cómo es que naciones enteras no fueron destruidas cada día, hasta que no hubiera más gente? ¿Cómo es que el mundo no fue destruido cien veces cada año, si tal cosa fuere posible? ¿Cómo es que durante esos dos mil años se manifestaron tantas evidencias de la paciencia y de la misericordia de Dios para con los hombres? Aun el mismo apóstol Pablo, habiendo aseverado que «los vasos de ira» fueron «preparados para destrucción» por el decreto secreto y eterno de Dios, no olvida ni vacila en alabar Su paciencia y longanimidad. Si, pues, el testimonio del apóstol no te satisface, me parece que alguien humilde como yo puede, sin mayor cuidado, desatender todo tu rezongar contra mi doctrina.

Dios, sin embargo, no necesita mi endeble defensa. Él es ahora, y en el último día será, poderoso Vengador de Su propia justicia, aun cuando todas las lenguas sucias del mundo entero aunaran sus esfuerzos para nublar esa justicia con oscuridad y confusión. Así que, puedes continuar, con tu pandilla de espíritus afines, lanzando tus blasfemias al cielo mismo; sin duda alguna les caerán sobre sus propias cabezas. En lo que atañe a tus viles denuestos, puedo sobre-llavarlos con paciencia y sin dificultad, con tal que no toquen al Dios siempre bendito, cuyo siervo soy. Te desafío a comparecer ante Su tribunal (donde un día deberás presentarte), para que se muestre, como un día se mostrará, justo Vengador de Su doctrina, contra la cual tú tan furiosamente embistes en mi débil persona.

Con respecto a la descripción que haces de la naturaleza del Dios verdadero, juzguen los lectores cuán apropiado sea tu argumento acerca del Ser Divino, partiendo de tu absurda proposición de que el inicio de todo verdadero conocimiento de Él emana del sentido común. Que existe un Dios es una verdad que el común consentimiento de todas las naciones y de todas las épocas acepta, porque el germen y principio de ese conocimiento lo imparte la naturaleza a la mente de todos los hombres. Pero, aquello que Dios es, ¿cómo podrá la razón definirlo?, razón que, por la potencia de

su propia vista, nada puede sino hacer de la verdad una mentira, y adulterar cuanto de luz y de entendimiento posean la verdadera religión y la fe. El Espíritu Santo nos manda hacernos insensatos si es que de veras queremos ser escolares de la doctrina celestial, porque el hombre animal no puede recibir ni gustar nada de la sabiduría divina. Directamente al contrario, tú harías que la razón humana y el sentido común formaran un juicio del gran Dios adorable. Y no sólo quisieras erigir la razón, que por ser ciega siempre extingue la gloria de Dios, en director y guía, sino que exaltarías esa razón ciega sobre la Escritura misma. No es maravilla, pues, que con indolencia consientas que religiones de toda especie se confundan en una; ni que consideres a los turcos, imbuidos por los delirios de Mahoma, y que adoran quién sabe qué deidad, tan adoradores de Dios como el que invoca, instruido por la palabra y la fe segura del Evangelio eterno, al Padre de Cristo nuestro Redentor. Que tú no patrocines seriamente a los infieles es un hecho que tus sonrisas sarcásticas proclaman abiertamente, las cuales dejan ver que crujes los dientes ante los artículos más sencillos y santos de nuestra fe. Al mismo tiempo, que intentes justificar las supersticiones de las naciones es prueba de que tu propósito malicioso es extirpar de la tierra toda doctrina de la santa religión que los Oráculos Sagrados de Dios revelan y enseñan.

Por otro lado, partiendo de esa misma razón humana, madre de todos los errores, das forma a ese Dios tuyo, que quiere, aparte de cualquier elección o predestinación de Su parte, que todos los hombres sean salvos. ¿No tiene, acaso, la palabra elección, que con tanta frecuencia encontramos en las Escrituras, ningún significado? ¿Es vocablo totalmente hueco y vacío? ¿No significan nada la Ley, los Profetas, y el Evangelio cuando por todas partes proclaman con voz diáfana que todos aquellos que el eterno designio de Dios escogió antes de la fundación del mundo fueron iluminados para salvación? Repito, ¿es el testimonio unánime y armonioso de la Ley, los Profetas, y el Evangelio totalmente insustancial cuando vocean, exentos de

toda ambigüedad, que la fuente y causa de la vida eterna es el amor gratuito de Dios, por el cual ama y abraza, no a toda la humanidad, sino aquellos de entre la humanidad a quienes le place?

¿Qué te aprovechará, ulteriormente, te ruego me digas, bramar cien veces contra esta verdad? Encandilas la vista de los ignorantes e indoctos poniéndoles ante los ojos, como si fuera una nube radiante, tu doctrina de que Dios quiere salvar a todos. Pero si estas palabras del apóstol no guardan perfecta armonía con la elección por la cual Dios predestinó a Sus hijos para vida eterna, permíteme hacerte esta pregunta: ¿Cómo es que Dios, si quería salvar a todos, no reveló a todas las naciones y a todos los hombres el camino de la salvación? Bien sabida es por todos aquella notable palabra de Dios en la ley, «He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte» (Jer. 21:8). Si, pues, fuese voluntad de Dios congregar para salvación a todos por igual, ¿por qué no puso delante de todos el camino de la vida y la salvación? A todo esto, el hecho es que estimó digna de este alto privilegio a una sola familia o nación. Y no confirió esta gran bendición a esa familia por ninguna otra razón que Su amor por ellos (si hemos de acreditar el testimonio de Moisés), y porque «los escogió para que le sean un pueblo único» (Dt. 14:2).

Afirmas que Cristo fue enviado del cielo a fin de que Su justicia sobreabundase allí donde el pecado era abundante. Esta sentencia tuya, no obstante, evidencia que has aparecido, aviado por el diablo en las profundidades del mismo infierno, con este espíritu y doctrina, para encubrir toda posible mentira religiosa con una exhibición de piedad y verdad, permitiéndote exponer a la irrisión a Cristo mismo y Su verdadera religión. Porque, si Dios quiere que la justicia de Cristo sobreabunde dondequiera que el pecado abunde, luego la condición de Pilato era tan buena y segura como la de Pedro o la de Pablo. Pero, por no decir nada de Pilato, Pablo declara que entre la justicia de Cristo y la fe del Evangelio jamás podrá haber separación. Y, ¿qué Evangelio había, ten la bondad de decirme, en Francia y en otras lejanas naciones paganas cuando Cristo andaba en esta

tierra? ¿No era Dios el mismo antes de que Su Hijo viniera, como lo era después que vino, y como lo es ahora, y por siempre será? ¿Por qué, pues, les retuvo el tesoro de la salvación a las naciones de la tierra, excepto a la familia de Abraham, hasta que «vino el cumplimiento del tiempo»? (Gl. 4:4).

Por lo cual puedes hincharte de furia hasta lo sumo, y estallar en escarnio contra el apóstol Pablo, si quieres y crees que es necesario, pues es él quien declara que el misterio escondido desde los siglos en Dios fue anunciado y aclarado a todos (Ef. 3:8-9). Y ahora que resuena la voz del Evangelio, la justicia de Cristo no alcanza a nadie, salvo a aquellos que la reciban por fe. Y ¿de dónde proviene esta fe? Si contestas, «por el oír», la respuesta es verdadera. Pero, recuerda que el oír tiene que estar acompañado de la revelación especial del Espíritu Santo. Isaías se muestra maravillado de que el brazo de Jehová se manifieste sobre tan exiguo número (53:1). Pablo se vale de las palabras exactas del profeta Isaías para limitar el don de la fe a los elegidos nada más. ¿No permitirás ni admitirás que Dios haga diferencia alguna en cuanto a la salvación de los hombres? Cristo afirma escuetamente, «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados» (Mt. 11:28). El mismo Redentor de los hombres también exclama en otro lugar, «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Jn. 6:44). En nada se menoscaban la armonía y la verdad cuando el mismo Salvador, que por Su voz externa invita a todos sin excepción a venir a Él, aun así declara que el hombre no puede recibir nada si no le es dado de arriba, y que «ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre» (Jn. 19:11; 6:65).

Hay otra escritura que del mismo modo manchas y perviertes con tu cochina contaminación cuando dices que «la luz de la justicia de Cristo alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Jn. 1:9). Pero, ¿no había dicho Juan inmediatamente antes que «la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella»? (v5). Juan quiere decir que cuanto de razón y entendimiento se le dio al hombre en el principio, el pecado lo sofocó y lo extinguió, y

que el único remedio que ahora queda es que el Espíritu de Cristo dé luz a los ojos que no pueden ver. Es muy cierto que Cristo nunca negó Su gracia a nadie que se la pidiera. Pero olvidas, entretanto, que el Espíritu Santo dicta y dirige toda oración y súplica verdadera. Igualmente desconoces que la fe, que es fruto y consecuencia de la libre elección, es la llave que abre el oído de Dios y la puerta del reino de los cielos. Es evidente que no conoces estos primeros principios de las doctrinas de Cristo. Si vedaras estos principios, de inmediato abatirías el Evangelio de Cristo al mismo nivel de los sombríos misterios paganos de Proserpina o de Baco. Es una genuina maravilla que los que han sido embrujados por tan enormes errores y engaños lleguen a mezclarse en la compañía de los cristianos.

Por lo que toca a tu sucia aseveración de que mi Dios forma a mis discípulos a mi semejanza —cruels, envidiosos, soberbios, calumniadores, que se traen una cosa en la lengua y otra en el corazón— saldré a refutar tus descarados denuestos, preparado no tanto con palabras, sino con los hechos. Por no tener deseo alguno de devolver tus ultrajes, dejaré que tus ruines calumnias, en lo que a mí toca, yazgan muertas y enterradas por mis propias manos. Excepto que me permito (por sagrada obligación moral) hacer una solemne declaración, poniendo a Dios por testigo: que durante el tiempo que te mantuve en mi casa, jamás conocí un hombre más presumido, más pérfido, o más desprovisto de bondad humana. Seguro estoy de que los que no confiesan que eres un impostor, un sujeto de audacia descarada, un bufón religioso, declaradamente resuelto a derribar a gritos la piedad toda; aquellos, digo, que no confiesan que estos sean tus principios auténticos, no han formado una opinión exacta de tu carácter. Estoy ansioso por saber cuál acto particular mío te induce a acusarme de crueldad. Yo mismo no sé cuál sea ese acto, a menos que tenga que ver con la muerte del gran maestro tuyo, Serveto. Encarecidamente pedí que no le dieran muerte, de lo cual sus jueces son testigos, y en aquel tiempo dos de entre ellos eran sus fieles favorecedores y defensores. Pero basta ya

de hablar de mí mismo.

Cuáles sean los verdaderos frutos de mi doctrina, tanto en esta ciudad como en todas partes, es cosa que dejaré a la indagación y reflexión de todos. De esta escuela, que tan atrozmente atacas y sin cesar desgarras en pedazos, Dios escoge cada día hombres de los más elevados principios, y del más grato olor de Su verdad, para dar lustre a la doctrina de Su Evangelio, y para ser víctimas de malicia y de crueldad. Todos los que de veras crecen y adelantan en la doctrina del Evangelio (de cuyo número ni el mundo ni la Iglesia tienen que arrepentirse o avergonzarse), mantienen la vida por los más escasos medios, con dificultad por cierto, pero con la mayor paciencia y con la mayor bondad para con todos. Diciendo un adiós espontáneo a todo género de ostentaciones, se dan pacífica y libremente a la frugalidad; unánimes, renunciando al mundo y a la molicie, albergan la esperanza de una inmortalidad bienaventurada. Por ser adverso a la jactancia y a la gloria propia, he llamado a testificar a estos dechados brillantes de Su gracia, que Dios pone delante del mundo para evidenciar y defender la verdad de la doctrina que en vano te esfuerzas en despedazar con tus viles agravios.

Pero, por favor, dime qué eras cuando apoyabas mi doctrina. ¿Qué consideraciones regían tu mente en aquellos días? Dices que nunca pudiste entenderla bien porque la influencia de mi autoridad te era un escollo que te inducía a pensar que era un crimen atroz tener opiniones ni remotamente contrarias a las mías. ¡Esto es cosa de maravilla! Tienes que haber sido un mentecato auténtico si no pudiste comprender, después del esfuerzo de tantos años, lo que yo te enseñaba de la manera más cordial en mi propia casa, y que había expuesto al alcance de tus oídos en las reuniones públicas de la congregación. Se hallan, sin embargo, muchos testigos creyentes, de que aunque yo me afané largamente, mas en vano, en corregir y sanar por todos los medios posibles la depravación de tu naturaleza, durante el tiempo en que profesabas ser uno de mis seguidores, tenías una brida más o menos efectiva que te cohibía

de tus malos caminos. De modo que es evidente que la causa real de que te alejaras de mí parece ser un vehemente deseo de sacudirte las riendas para así poder irrumpir con licencia desenfrenada en tu presente trayectoria impía, que es tu verdadero deleite y de la cual te jactas.

Señalas que es principio tuyo no reparar en quién habla, sino en lo que se dice. Quisiera yo que esto hubiera sido tu genuina costumbre desde hace tiempo, para que te beneficiaras del trabajo de otros y así avezarte a un espíritu enseñable. Mientras que ahora, siendo la temeridad y la charlatanería tus únicas capacidades, todo el favor que puedas granjearte de parte de los mal intencionados, lo obtienes de tu ruin desprecio de los demás. Nada me atribuyo a mí mismo; pero de veras me parece que hasta ahora he merecido bien de la Iglesia, y que si ella me concediera un lugar entre los fieles siervos de Dios, nadie tendría el derecho de obstinarse en someter mi autoridad al desprecio. Si hubieras aseverado que un escaso número de ignorantes esperaban mi señal de aprobación, o estaban pendientes de mi opinión, o que mi fama y autoridad ejercían dominio sobre ellos, entonces tu calumnia tal vez hubiera poseído algunos visos de la verdad. Mas ahora, ya que conviertes en notoria desgracia mía el que mi doctrina no satisfaga ni agrade a los iletrados, ¿quién te parece que te creará, si dices que solamente los doctos y talentosos gustan de mis libros, y que de allí obtienen su sabiduría? Y no sólo eso, sino ¿que los intimida mi autoridad de tal modo que no ensayan establecer un juicio propio? Si así son las cosas, vamos a demostrar, por tu propia autoridad, que nada puede reputarse como cierto o correcto sino aquello que la multitud ignorante tenga por digno de aplauso.

¡Pues sí!, tú a todos ahuyentarías de las útiles artes y ciencias liberales, y te ufanarías entre tus colegas de que todo estudio y erudición es inservible, y que consagrar tiempo a la filosofía, a la gramática, a la lógica, y aun a la teología misma, es gastarlo en vano. Así pretenderías suprimir todo estudio provechoso por esta

razón: para procurarte discípulos ignorantes, y engrandecerte en medio de ellos. Y tales eran los que siguieron a Cristo, según dices. ¡Como si la fe cristiana se opusiera a la erudición, o fuera incompatible con ella! Presten atención los lectores cristianos a la diferencia que existe entre tú y yo. Yo siempre afirmo que a los más sabios entre los hombres, mientras no se hagan sencillos, y, desprendiéndose de todo su saber, se entreguen humilde y mansamente a la obediencia de Cristo, los ciega su engreimiento, y quedan completamente incapaces de gustar ni una gota de doctrina celestial. La razón humana está desprovista del gusto de los misterios de Dios, y ciega es toda perspicacia humana. Sostengo, por lo tanto, que el principio y la esencia de toda sabiduría divina es la humildad. Esto nos despoja de toda la sabiduría de la carne, y nos prepara para adentrarnos en los misterios de Dios con reverencia y con fe. Tú, por el contrario, invitas a hombres ignorantes y sin instrucción a presentarse en público; hombres que, despreciando el saber y ensoberbecidos nada más de vanidad, imprudentemente intentan pasar juicio en cosas divinas. Tampoco admites a nadie por jueces legítimos en materias divinas, excepto aquellos que, satisfechos con la opinión de la razón y del sentido común, descartan todo lo que no se les acomode cabalmente a la mente y al gusto.

Respecto al otro reproche con que abrumas a mis humildes seguidores, el de herejes, para satisfacerlos basta el testimonio del apóstol Pablo, por cuya autoridad prefieren apartarse de tales indudables herejes como tú y tus seguidores, sin contaminarse a sabiendas los oídos escuchando tus blasfemias. Mantienes, sin embargo, que esa no es la norma que te motiva. Sostienes que todos los hombres merecen que se les atienda. ¿Crees tú, entonces, que el apóstol dice en vano, «Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación, deséchalo» (Tit. 3:10)? Si alguien te hubiera negado el derecho de ser oído, tendrías razón para quejarte. Pero, siempre se te concedió la libertad de parlotear a tu gusto en la asamblea del pueblo; es más, cuando te llamaban y casi te arrastraban, y con

frecuencia te sentabas vencido sin nada que decir, ¿qué más libertad de expresión pretendes si los oídos de los piadosos siempre están dispuestos a escucharte, hasta ahitarse y asquearse de tus blasfemias frente al adorable Dios? Tú mismo eres capaz de hallar complacencia y deleite exponiendo al ridículo todos los grandes principios esenciales de la piedad. Pero, ¿quisieras que por tal razón todos los hijos de Dios fueran tan necios que se rieran de tu desfachatez atrevida, o que toleraran tus profanos vituperios sin proferir palabra o manifestar alguna emoción?

Con respecto al sagrado caso en cuestión, estoy seguro de que por este medio te he dado respuesta idónea, para que todos los lectores de juicio cabal logren percibir prestamente que no estoy destituido del todo de aquel bendito Espíritu que da boca y sabiduría. Si todavía estás decidido a oponer resistencia a esa boca y sabiduría, todo lo que podrás conseguir es sufrir desgracia y confusión correspondientes con tu terquedad. Con todo eso, no voy a cesar de desear y rogar que te inclines ante la verdad manifiesta de Dios, aunque apenas me aventuro a esperar que lo hagas.

Para concluir, añado una palabra acerca de tu último escarnio: que no tengo razón para enojarme por tus reprensiones, porque, de acuerdo con mi propia doctrina, escribí por necesidad. Pero las Escrituras me proveen una exhortación solemne y efectiva a la paciencia. Nada puede ser más instructivo y apropiado, en este caso, ni más a propósito para apaciguar mi indignación, que esta advertencia de David, «Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho» (2 S. 16:11). David podía ver que a Simei lo incitaba en aquel momento el mismo furor de maldecir con que tú ahora ardes. Pero David entendió, por pensarlo bien, que aquellas maldiciones que Simei, en circunstancias que daba por fortuitas, lanzaba en contra suya, las dirigía la soberana Providencia secreta de Dios. Por lo tanto, se refrenó pronunciando aquellas memorables palabras. Y, en verdad, nadie jamás sobrellevará los asaltos del diablo y de hombres malvados con ecuanimidad y moderación sino el hombre que puede

volverse a Dios solamente y hacer caso omiso de los asaltos, que son ordenados por Dios; aquel hombre que puede decir, con las palabras de Dios mismo, «Jehová te reprenda, oh Satanás» (Zac. 3:2). Amén.

Ginebra, 5 de enero de 1558.

REFERENCIAS BÍBLICAS

El Antiguo Testamento

Génesis

1:31 260, 262

32:28-32 50

45 291

45:5 229

45:8 229

Éxodo

8:32 230

9:16 57, 58, 162

15:17 307

20:5 169

34:7 169

Levítico

11:3 12

Deuteronomio

1:17 101

4:7-8 98

4:37 98

9:27 69

10:12 78

10:14-15 103

10:17 101

13:1 278

13:3 278

14:2 339

14:7 168

19:5 223

29:29 194, 199, 271, 302

Josué

7:19 322

24:2-3 103

1 Samuel

4:10-12 227

16:23 231

2 Samuel

12:11-12 243

16:11 239, 345

16:12 239

24:1 231, 324

1 Reyes

19:18 114

22:20-22 318

22:21-22 195

22:22 229, 279

2 Reyes

22:22 232

1 Crónicas

21:1 231

2 Crónicas

19:7 100

28:6-15 277

Job

1:21 237, 291

5:13 227

26:14 302

Salmos

5:4 203

5:5 123, 243

19:7 95

34:15 216

36:6 116, 200, 305

39:9 203, 239

40:6 74

51:4 104

73:22 126

92:5 286

95 312

97:10 216

105:25 230

115:3 204

145:9 82

147:20 98

8:18 88

10:5 202, 228, 282

10:15 228, 291

10:26 229

11:12 308

29 303

29:16 64

34:6 303

43:5 308

45:9 64

49:19-21 258

52:10 308

52:12 308

53:1 89, 340

54:1 258

54:7 308

54:13 40

55:7 174

60:2 98

65:2 114

65:9 176

66:9 253

Proverbios

16:1 313

16:4 78, 83, 263, 271

16:33 223

20:24 219

21:1 230

26:4 10

Jeremías

6:30 159

7:13 205

10:23 219

21:8 339

21:8-9 328

24:7 144

31:33 94

32:18 70

33:18-19 265

46:10 303

48:10 203, 291, 326

Isaías

6:8 318

6:9-10 70

8:14-15 246

Ezequiel

3:6 198

13:9 170

13:17 157

14:9 279

18:20 70, 168

18:23 92

18:26 135

18:30-32 263

20:24-25 276, 281

20:39 276, 281

33:11 93, 263

36:26 95

39 303

Daniel

4:35 272

Oseas

9:13 178

Amós

4:4-5 276

Habacuc

1:15-16 220

Sofonías

3:7 308

Zacarías

1:3 265

1:15 277

3:2 346

Malaquías

1:1-3 49

2:10 81

El Nuevo Testamento**Mateo**

4:4 221

7:11 254, 260

10:22 134

10:29 215

10:30 216

11:15 74, 144

11:28 340

13:9 74

13:10-16 73

15:13 170

20:15 102

23:32 267

23:37 242, 307

24:24 161, 184

25:34-36 105

25:42 111

Marcos

3:35 300

4:9 74, 144

4:11 73

Lucas

1:48 105

8:8 74, 144

8:10 73

12:32 257

14:25 144

14:35 74

18:7 176

21:15 335

Juan

1:5 340

1:9 340

1:12-13 51

3:6 95

6:37 38, 88

6:44 39, 340

6:45 40, 41

6:64-65 40

6:65 97, 143, 340

6:67 285

7:24 101

8:43-44 141

9:3 117

10:16 168

10:26 42

10:28-29 42, 184

11:52 166

12:37-40 72

13:18 163, 183

15:15 74

15:16 159

15:19 184

17 136

17:2 133

17:6 130

17:12 88, 133

19:11 340

Hechos

2:23 38, 292

4:28 190, 232, 291, 292

10:34-35 100, 104

13:48 90

17:28 214

19:5 133

28:25-26 72

Romanos

1:16 89

1:26 314

2:5 96

2:10-11 100

2:17-18 300

3:5 322

3:23 164

5:18 171

5:20 171

6:20 179

8:3 330

8:7 36, 141

8:28 36, 107, 183, 184

8:30 36, 108, 183

8:33 135, 177

8:38-39 135

9:9-13 45, 46

9:11 48, 52, 103

9:11-12 103

9:11-13 184

9:12 52, 53, 103

9:14 54

9:15 54

9:16 55

9:17 118, 162

9:18 41

9:19 19, 64

9:20 17

9:22 118, 314

9:33 246

10:12 82

10:14 144

10:16 89

10:20 89

11:2 38

11:5 38, 186

11:7 38, 151

11:7-8 71

11:17 132

11:17-22 138

11:29 186

11:32 82

11:33 28, 162, 305

11:35 102

16:26 82

1 Corintios

1:27 183

2:12 90, 136

2:14 90, 286

2:16 90, 136

3:6-7 95

4:7 26, 109

9:9 215

9:27 158

10:5 132

15:22 172

15:23 172

2 Corintios

2:16 89

4:3-4 180

4:6 180

5:10 112

5:19 166

12:7 229

Gálatas

1:15 159

3:27 132

4:4 340

5:19-21 141

Efesios

1:3-4 33

1:8 160

1:8-9 35, 160

1:11 35, 178

2:10 66, 95, 153

2:12 168

2:14 169

3:7 203

3:8-9 340

5:25-27 141

Filipenses

1:6 138

2:12 137

2:13 137, 143

Colosenses

1:26 14, 286

2:12 133

3:12 176

1 Tesalonicenses

5:24 184

2 Tesalonicenses

2:10-11 180

2:11 195, 203, 232

2:11-12 232

2:13 92, 182

1 Timoteo

2:1 100

2:4 92, 97, 99, 167, 205,
254, 263

5:21 184

6:16 305

2 Timoteo

2:10 176

2:11 282

2:17 7

2:19 66

2:21 65

2:25 265

Tito

3:10 344

Hebreos

6:8 159

8:9-10 94

12:17 186

Santiago

1:13-14 320

1:17 198, 319

1 Pedro

1:2 37

1:12 286

1:20 38

2:10 168

3:21 132

5:7 216

2 Pedro

3:9 264

1 Juan

2:19 134, 170

Judas

24 271

Ministerios de Gracia Internacional

...ayudando a cumplir la Gran Comisión



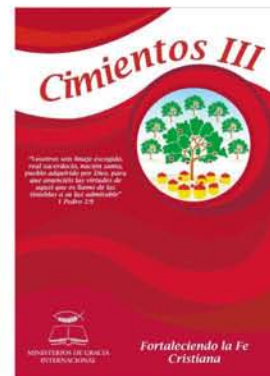
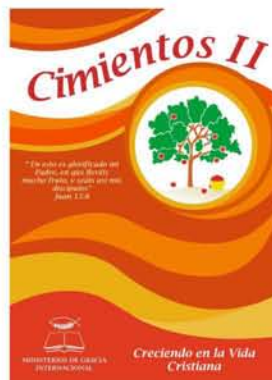
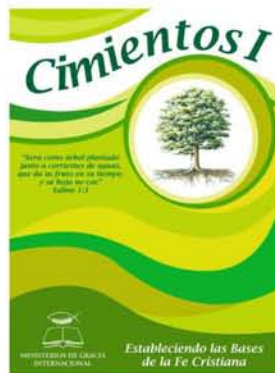
Nuestros Principios:

GANAR

EDIFICAR

CAPACITAR

ENVIAR



"LA BIBLIA ES LA ÚNICA REGLA DE FE Y CONDUCTA"

REFORMADOS POR CONVICCIÓN...



E-mail- mindegracia@gmail.com